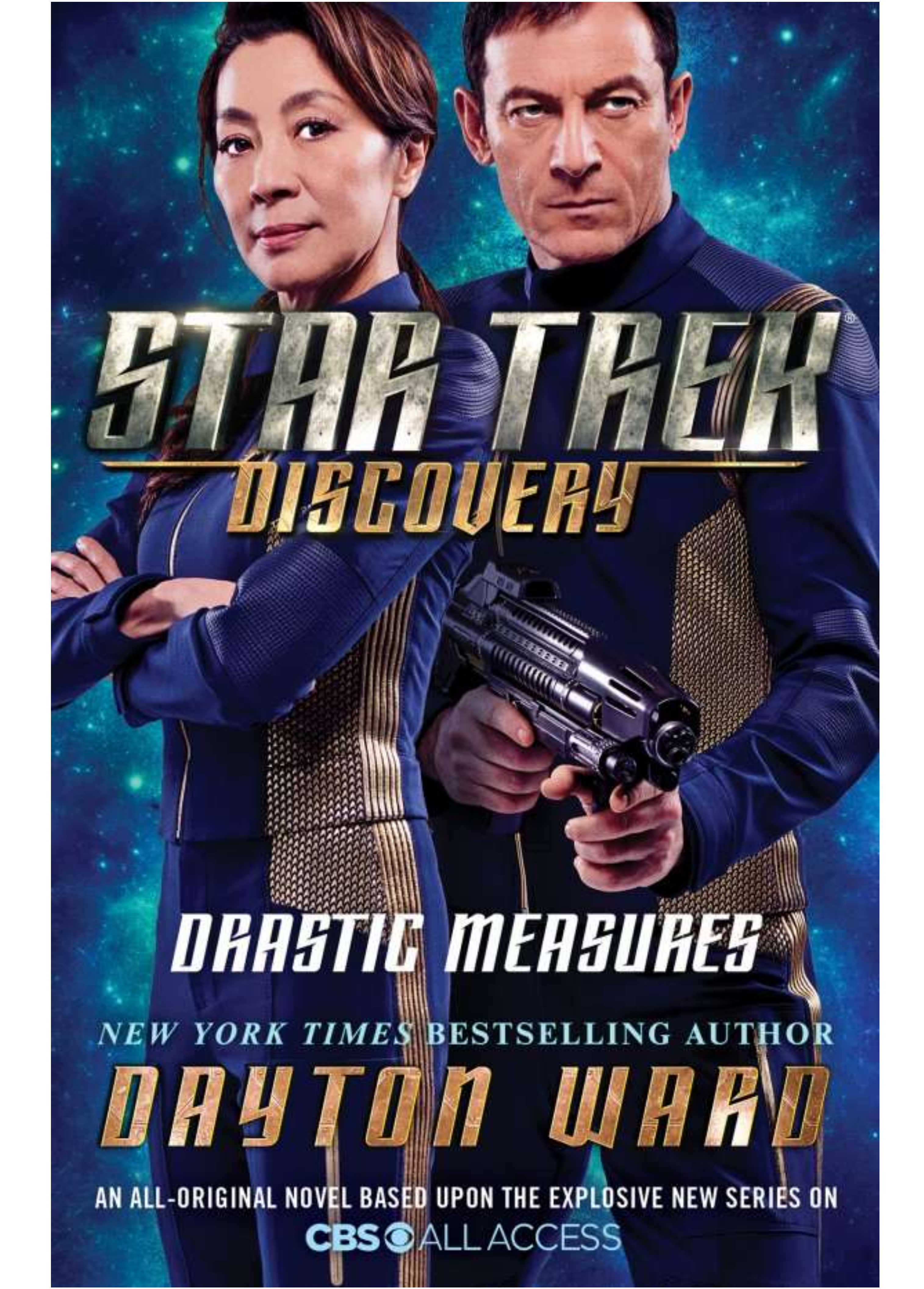

STAR TREK®
DISCOVERY
DRASTIC MEASURES
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
DAYTON WARD
AN ALL-ORIGINAL NOVEL BASED UPON THE EXPLOSIVE NEW SERIES ON
CBS ALL ACCESS

Es el 2246, diez años antes de la Batalla en las Estrellas Binarias, y un contagio agresivo está devastando los suministros de alimentos de la remota colonia de la Federación en Tarsus IV y las ocho mil personas que la llaman hogar. Se han enviado señales de socorro, pero toda asistencia significativa está a semanas de distancia. El teniente comandante Gabriel Lorca y un pequeño equipo asignado a un puesto de control de la Flota Estelar se ven atrapados en la creciente crisis, y dan testimonio de que el gobernador de la colonia, Adrian Kodos, emplea una solución inimaginable para evitar el hambre masiva.

Mientras espera la transferencia a su próxima asignación, la comandante Philippa Georgiou tiene la tarea de llevar a Tarsus IV a un pequeño grupo de socorristas apresuradamente reunidos. Se espera que esta partida de avanzada pueda ayudar a estabilizar la situación hasta que llegue más ayuda, pero Georgiou y su equipo descubren que es demasiado tarde: el gobernador Kodos ya ha implementado su atroz estrategia para extender las asediadas reservas de alimentos de la colonia y salvaguardar la supervivencia a largo plazo de la comunidad.

En medio de su misión de rescate, Georgiou y Lorca ahora deben buscar al arquitecto de esta horrible tragedia y al hombre a quien la historia algún día llamará «Kodos el Verdugo»…



Medidas drásticas

Dayton Ward



Título original: *Star Trek: Discovery: Drastic Measures*
Autor: Dayton Ward
Publicación del original: 2018
Traducción: Faku J Berrade
Revisión: …
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
20.05.20
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Trek y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

~~¡Que la Fuerza te acompañe!~~… Larga vida y prosperidad, o lo que sea.

El grupo de libros Star Wars

Para Michi, Addison, y Erin

Nota histórica

Esta historia tiene lugar en el año 2246, aproximadamente diez años antes de la «Batalla en las Estrellas Binarias» (*Star Trek: Discovery*), y diecinueve años antes de que la *U.S.S. Enterprise* bajo el mando del Capitán James T. Kirk encuentre la barrera de energía al borde de nuestra galaxia (*Star Trek: La Serie Original* —«Donde Ningún Hombre Ha Ido Antes»).

Prólogo

Extracto de *Los Cuatro Mil: Crisis en Tarsus IV*
Publicado en 2257

A diferencia de las que se encuentran en la Tierra, las colonias penales ubicadas en otros mundos de la Federación carecen de las comodidades modernas. Aun así, en comparación con las instalaciones encargadas de la vivienda y el tratamiento de pacientes diagnosticados con trastornos mentales graves o que han sido declarados culpables de los crímenes más atroces, el centro correccional de Garodon V es cómodo.

Su historia como mundo habitado comenzó como el sitio para un puesto de observación de largo alcance de la Flota Estelar, encargado de monitorear una parte de la Zona Neutral que separa a la Federación y el territorio Romulano. Ese deber había sido transferido hacía décadas a una serie de estaciones de observación diseñadas para aumentar la línea de estaciones de monitoreo desplegadas a lo largo de la frontera un siglo antes, luego del cese de la Guerra Terrestre-Romulana. Ahora sirve como una instalación de soporte de naves de la Flota Estelar. Una pequeña comunidad civil también prospera, aunque en el otro lado del planeta. La colonia penal en sí está aislada de manera similar, escondida en un valle entre montañas a mil kilómetros del centro de población más cercano.

Una de las principales diferencias entre este asentamiento y otros, como la colonia de Nueva Zelanda de la Tierra, es que los enviados aquí aceptan que son prisioneros, encarcelados por crímenes contra la sociedad. Los responsables de su encarcelamiento creen que estos internos son capaces de lograr la redención. Con ese fin, solo hay un puñado de presos en residencia condenados por delitos más graves, como asesinato o complicidad con los asesinos. Una de esos prisioneros es el tema de la entrevista de hoy.

Paseamos por el estrecho camino de grava que rodea los terrenos que circundan el grupo de edificios que conforman el asentamiento principal de la colonia. Con sus manos atadas por restricciones y sus tobillos equipados con bandas que le permiten caminar, pero no correr o patear, Hisayo Fujimura ignora al equipo de cuatro oficiales de seguridad que nos acompañan esta mañana. Según su horario oficial, se supone que Fujimura debe presentarse en el comedor para ayudar a preparar la comida del mediodía de los reclusos. Es un deber por el que alberga un profundo odio, por lo que esta es una interrupción bienvenida. El sol brilla a través de los árboles, y parece saborear el calor en su piel pálida. Se ha enrollado las mangas de sus overoles amarillos muy por encima de los codos y las mangas de los pantalones por encima de las rodillas, una aparente violación del código de vestimenta de los prisioneros, pero que nadie parece interesado

en hacer cumplir. En el horizonte, las nubes de tormenta amenazan con ahuyentar la paz y la tranquilidad que ha definido el día hasta este momento.

—Solo puedo hacer esto una o dos veces por semana, dependiendo del clima —dice Fujimura—. Suele llover durante mi período de ejercicio normal. He pedido caminar bajo la lluvia, pero no me dejan. —Levantando sus muñecas, señala las bandas alrededor de sus tobillos—. No es como si no supieran dónde estoy, o que me pueda escapar. —Ofreciendo una sonrisa de complicidad, agrega—: Se da cuenta de que los guardias no son necesarios, ¿verdad? Quiero decir, por mi. No están aquí por mí; están aquí para protegerle. Piensan que podría intentar matarle o algo así. —Ella se ríe de su propio chiste.

Caminamos en silencio durante cincuenta o sesenta metros, doblando en las curvas del camino. Esta no es nuestra primera reunión, por supuesto; el primer encuentro fue una sesión introductoria, que le permitió a Fujimura conocer los posibles temas de discusión y le dio tiempo para reflexionar sobre cómo podría responder a preguntas específicas. Es una consideración extendida a todos los entrevistados para el libro, y es justo que alguien que tenga puntos de vista en contradicción con tantos de los otros contribuyentes reciba la misma cortesía.

—Entonces —ofrece después de unos momentos—, usted quería hablar con una seguidora de la causa. Una verdadera creyente, como dicen. No sé si esa es la descripción perfecta, pero supongo que sigue siendo lo suficientemente buena. Después de todo, fue lo suficientemente buena para la gente que me envió aquí.

Rascarse la nariz es un simple acto, pero atrae la atención de uno de los guardias. Aunque nuestros cuatro escoltas han mantenido una distancia discreta, aunque cercana, los movimientos de Fujimura causan que uno de ellos, un humano rubio que parece demasiado joven para estar en la Flota Estelar, avance y comience a caminar en nuestra dirección. Una vez que la prisionera deja caer sus manos frente a ella, el guardia se relaja, aunque mantiene su mirada fija en nosotros mientras regresa a su posición en el perimetro que él y sus compañeros han creado.

Fujimura emite una risa tranquila.

—Están muy nerviosos. Me pregunto cuántas veces puedo molestarles mientras estemos aquí. —Como si ella sintiera que sus intentos de auto-diversión ya se están volviendo perjudiciales para la entrevista, su expresión se vuelve más seria.

»No soy una asesina a sangre fría, no importa lo que digan las transcripciones de la corte. Emigré a Tarsus IV por las mismas razones que mucha gente. La colonia ofrecía una oportunidad de autonomía, una oportunidad de decidir por mí misma la vida que quería llevar, libre de interferencias de la Federación. —Se encoge de hombros—. Bien, tal vez no sea completamente libre, pero estábamos lo suficientemente lejos como para que nadie pareciera interesado en nosotros. Éramos solo una pequeña colonia, continuando con nuestra agricultura y otros esfuerzos para crear una comunidad autosuficiente que no necesitara depender de cheques regulares o envíos de suministros como lo hacían otros asentamientos. —Un resoplido burlón puntúa ese comentario.

»Puede que no haya sido la vida más glamorosa, pero fue nuestra. La de todos. Lejos de los planetas centrales superpoblados e incluso de algunas de las colonias más grandes que se estaban abriendo camino para convertirse en miembros de la Federación por sí mismas. Nací en Mantilles, pero una vez que las fronteras se expandieron en esa dirección se convirtió en uno de los principales puertos de escala para la Flota Estelar y los buques mercantes, y gracias a su clima templado era atractivo para los turistas. Los nativos odiamos ese tipo de cosas.

Una intersección donde el camino se dobla sobre sí mismo después de envolverse alrededor de un pequeño estanque nos da razones para detenernos por un momento. Fujimura no dice nada más mientras observa una fila de patos que se mueven a lo largo del borde del estanque o nadan en el agua.

—Casi todos los que vivían en Tarsus IV cuando yo llegué allí querían lo mismo: permanecer solos. No estábamos tratando de separarnos, ni nada estúpido como eso. No se trataba de ser anti-Federación. Solo queríamos trazar nuestro propio curso, para bien o para mal. La colonia había vivido así durante décadas, incluso antes de que yo naciera.

»Escuchamos sobre el desastre de Epsilon Sorona igual que todos los demás, a través de las transmisiones de noticias de la Federación. Lo que no supimos hasta que fue decidido era que los refugiados de ese planeta serían reubicados en Tarsus IV. —Fujimura levanta sus manos—. Bueno, eso no es del todo cierto. El gobierno de la colonia lo sabía. La Gobernadora Ribiero y la alta dirección dieron la bienvenida a la idea y a los refugiados con los brazos abiertos. En sí mismo, era lo correcto, por supuesto. Necesitaban un nuevo hogar, y Tarsus era uno de los pocos planetas coloniales que podía albergar una afluencia tan grande de nuevos colonos con una interrupción mínima. Era un planeta grande, con mucho espacio para todos. Y no que la Federación simplemente nos los hubiera dejado. Brindaron todo tipo de asistencia, enviando nuevos equipos, ayudando a construir nuevas viviendas, aumentando nuestra distribución de energía y agua y otras necesidades de infraestructura. En verdad, Nueva Anchorage creció un cuarenta por ciento más en dos años gracias a la ayuda de la Federación, y nuestra red eléctrica y sistema de riego para las comunidades agrícolas mejoró diez veces. Deberíamos haber estado agradecidos, y lo estuvimos, al menos por un tiempo.

Hace una pausa de nuevo, observando a más patos abandonar las orillas del estanque en favor del agua.

—No son indígenas, sabe —ofrece, señalando hacia las aves acuáticas—. Al igual que los colonos, el personal de la Flota Estelar, los civiles y nosotros, se los importa junto con toda la otra vida animal, y también parte de la flora. No los arrojaron aquí así porque sí, desde luego. Se realiza una amplia investigación antes de introducir vida alienígena animal y vegetal en un nuevo ecosistema. Una idea novedosa, ¿no le parece?

Es obvio a dónde va con esto, y no hay necesidad de hacerle preguntas adicionales.

—Si tan solo hubieran puesto ese nivel de esfuerzo en la reubicación de Tarsus. Imagine lo diferentes que podrían ser las cosas hoy. Obviamente, algo no se hizo o simplemente se pasó por alto. He leído las conclusiones oficiales, junto con algunos

informes que disputan esos hallazgos. —Ella se encoge de hombros—. Han pasado diez años, y todavía no sé a quién o qué creer.

Comenzamos a caminar nuevamente, siguiendo el camino alrededor del lado oeste del estanque. Aquí no hay árboles, y el sol ahuyenta el persistente frío de la mañana. Una mirada al horizonte muestra que la línea gris de nubes tormentosas se ha vuelto más grande y más oscura. La lluvia llegará aquí dentro de una hora, tal vez dos como máximo.

Mucho se ha escrito sobre la causa de la infección por hongos que devastó el suministro de alimentos del planeta. En los años transcurridos desde la crisis, ha servido como una advertencia sobre los riesgos de combinar elementos de dos o más ecosistemas planetarios. Las lecciones tomadas de Tarsus IV continúan siendo enseñadas, en particular evitando que otra calamidad vuelva a ocurrir. De igual importancia es la necesidad de una gestión adecuada de la crisis.

—Hubo muchas señales en los primeros días —dice Fujimura—. La gente se estaba haciendo nudos buscando algo o alguien a quien culpar. ¿Podría haberse prevenido la peste? ¿Era algo que incluso tuvimos la oportunidad de detener, o era inevitable? No teníamos forma de responder esas preguntas, y la simple verdad era que nada de eso realmente importaba a pesar de que demasiadas personas se revolcaban en discusiones sin sentido. Piense lo que quiera de él, pero Kodos tenía un plan. No quería perder el tiempo en nada que no implicara lidiar con la situación en el futuro.

»Yo estaba allí esa noche. Con él, quiero decir. Kodos no habló mucho en las horas previas a la reunión. Le llevamos comidas, pero había adoptado esta política autoimpuesta de no comer hasta que implementara su plan para salvarnos. Muchos libros y artículos de noticias que he leído a lo largo de los años lo retratan como un hombre frío y despiadado al que no le importaban las personas cuyas vidas controlaba. —Fujimura niega con la cabeza—. Esa noche, se podía ver laduda. Demonios, podía sentirse.

Se detiene, su mirada se aleja del camino no hacia el estanque, sino hacia el horizonte. Es obvio que recordar la noche del «Sacrificio» pesa sobre ella.

—Esa noche, Kodos estaba parado en la ventana de su oficina, observando cómo la gente se dirigía al anfiteatro. La mayoría de las personas iban a pie, pero había algunos vehículos. Las calles y las aceras estaban repletas de gente camino a la reunión. Por todo, pensé que Kodos estaría nervioso. Sería su primer discurso público en la colonia desde que había asumido el cargo de gobernador, después de todo. —Hace una pausa y suelta un profundo suspiro—. De haber sido yo, hubiera estado aterrorizada, pero a medida que el reloj marcaba el tiempo, una extraña calma pareció asentarse sobre él.

Los relatos de esas pocas personas que estuvieron en condiciones de observar a Adrian Kodos en esas últimas horas se desvían en varios aspectos, pero todos revelan a un hombre consumido por el discurso que debía pronunciar. Los ayudantes y los miembros del consejo de liderazgo recuerdan haberlo visto llevando una lista de datos durante todo ese día. Ninguno conocía el contenido del discurso que estaba redactando, por supuesto, pero pronto lo aprenderían.

—Como era una de las pocas que sabía lo que estaba por suceder, estuve allí mientras trabajaba en su discurso. Recorría su oficina, dando grandes vueltas en círculo mientras lo practicaba. —Fujimura niega con la cabeza mientras reanudamos nuestra caminata—. No fue solo una simple lectura; para mí, lo estaba tratando como una verdadera actuación.

Por supuesto, solo queda una sola pregunta real. Una que Fujimura ha estado anticipando desde el comienzo de la entrevista, y no retrocede cuando finalmente se le pregunta.

—En una sociedad civilizada, ¿puede Kodos justificarse o perdonarse alguna vez? Pensamos que todos en el planeta morirían. Intentaba salvar a tantas personas como creía posible. Obviamente no lo habría hecho si tuviera alguna idea de que vendría ayuda, ¿pero en ese momento? Era lo que él consideraba la mejor opción, de una selección de horribles opciones.

Ella deja de caminar de nuevo, y nuestros ojos se encuentran.

—Pero no nos engañemos a nosotros mismos. No estaba actuando solo, y no lo hizo sin apoyo. Yo estuve allí, desde el principio. Sabía lo que iba a pasar. Tuve la oportunidad de expresar mi desaprobación, pero mantuve la boca cerrada. No quería que nadie más muriera, pero estaba de acuerdo con que fuera alguien más que yo. No estaba allí cuando Kodos puso en marcha su plan, pero tampoco hice nada para detenerlo.

»¿Por qué? Porque quería vivir. Tan simple como eso. En muchos sentidos, eso hace que la gente como yo sea aún peor que Kodos. Después de todo, los crímenes verdaderamente horribles fueron cometidos por aquellos que estábamos convencidos de que tenía razón y decidimos ayudarlo. La historia tendrá su espacio para nosotros… para siempre.

COLONIA DE LA FEDERACIÓN
PLANETA TARSUS IV
2246

1

Con los brazos extendidos delante de él y con su phaser aferrado con ambas manos, Gabriel Lorca detuvo su avance por el pasillo cuando la puerta se abrió en el otro extremo. Erguidos al otro lado de la puerta había dos hombres, ninguno de los cuales era miembro del equipo de Lorca. Ambos hombres estaban vestidos con el uniforme de las fuerzas de seguridad de la colonia, y cada uno llevaba un phaser. Sus ojos se abrieron por la sorpresa al ver a Lorca de pie a pocos metros de ellos.

—Usted no es la criada.

Disparó.

Solo uno de los hombres logró levantar su phaser, aturdido por el disparo de Lorca, incluso antes de que cayera al suelo. Un solo disparo de su propia arma mordió el suelo mientras Lorca disparaba una vez más. El otro hombre se dejó caer en un montón junto a su compañero, lo suficientemente cerca de la puerta para que sus censores la obligaran a permanecer abierta.

Lorca consideró brevemente la idea de que podría haber ayudado mayormente mantener a uno de los hombres conscientes, al menos lo necesario como para extraer alguna información útil. Descartó la noción. Los intrusos estaban aturdidos, y el hecho de haber forzado su entrada en una instalación de la Flota Estelar era suficiente para que adivinara sus intenciones. Podrían ser interrogados una vez que la situación estuviera bajo control y el puesto avanzado fuera asegurado.

Acercándose a los hombres caídos, Lorca verificó que ambos estuvieran fuera de combate antes de adueñarse de sus armas. La cicatriz en el suelo del phaser de su oponente era suficiente como para decirle que ambas armas estaban configuradas para matar, en lugar de aturdir.

¿Pero por qué?

Incluso con las medidas de emergencia promulgadas por el gobierno de la colonia en respuesta a la crisis actual, no había razón para tomar medidas tan extremas como la que estos oficiales de seguridad de Nueva Anchorage, la ciudad principal del planeta, parecían estar emprendiendo. ¿Qué podía haber motivado una decisión tan precipitada? Lorca y su equipo ya habían prometido su total apoyo para ayudar a la Gobernadora Gisela Ribiero y su personal a transitar la situación que enfrentaban. La relación entre la población civil de la colonia y el puesto de observación del sensor de la Flota Estelar aquí en Tarsus IV había sido de mutua cooperación, remontándose a la fundación de la colonia décadas antes. ¿Acaso la gobernadora había enloquecido? Si estaba dispuesta a enviar equipos aquí en una aparente misión de asesinato, ¿qué más podría hacer?

Supongo que tendré que preguntárselo.

Ajustando el nivel de energía de cada arma a una configuración de aturdimiento, Lorca las metió a ambas en la cintura de sus pantalones civiles. Luego, usó su pie para alejar a cada hombre de la puerta, ttras lo cual regresó al corredor y permitió que la puerta se cerrara. Un simple toque en el panel de control ubicado en el mamparo adyacente activó el mecanismo de bloqueo de la puerta. Ahora solo se podía abrir desde este lado.

Dos menos. ¿Cuántos quedan?

Unos pasos que corrían en su dirección hicieron que Lorca se volviera para mirar hacia atrás por el corredor, con el phaser listo, pero bajó el arma al ver a la Alférez Terri Bridges, otra del equipo de cinco personas del puesto avanzado, que doblaba una esquina. A diferencia de él, la oficial junior de control de sensores estaba vestida con un uniforme de servicio estándar de la Flota Estelar, aunque su cabello castaño hasta los hombros parecía despeinado. Cuando su mirada se encontró con la suya, su expresión se alivió.

—Gracias a Dios. Una cara amigable.

Feliz de ver a un miembro de su equipo, Lorca sintió que su nivel de ansiedad bajaba, pero solo un poco.

—¿Está bien?

Bridges asintió con la cabeza.

—Sí. —Señaló con un pulgar sobre su hombro, de regreso por donde había venido—. Sorprendí a dos más cerca de la entrada secundaria. Las armas que llevaban estaban configuradas para matar, señor. Los sensores internos mostraron otra docena más o menos, moviéndose dentro o alrededor del puesto avanzado. ¿Alguna idea de qué carajo se trate todo esto, Comandante?

—Puedo suponer, pero sería una puñalada en la oscuridad. —Lorca le indicó que lo siguiera antes de comenzar a bajar por un corredor que los llevaría a la sala de control principal de la instalación—. Tiene que estar conectado a los protocolos de emergencia que la gobernadora puso en vigencia, pero solo si está fuera de sus casillas. No pueden simplemente estar detrás de nuestras tiendas de alimentos restantes. Además, ya prometimos todo lo que teníamos para ayudar lo mejor que pudiéramos.

Según los últimos informes procedentes de la oficina de la gobernadora, la infección por hongos que arrasaba los asentamientos de Tarsus IV no se había indentificado. Asimismo, se desconocían sus orígenes. No estaba en disputa el efecto que la contaminación tenía en el suministro de alimentos de la colonia. El hongo estaba devastando los alimentos orgánicos a un ritmo alarmante, dejando solo alimentos preenvasados y paquetes de raciones de campo o de emergencia para alimentar a más de ocho mil colonos. El hongo también se había infiltrado en las granjas coloniales e instalaciones hidropónicas, impregnando el suelo y obligando a la erradicación de cultivos y plantas en Nueva Anchorage y los asentamientos más pequeños y periféricos. El equipo de procesamiento de alimentos responsable de transformar el material crudo no comestible en comidas reales también se había visto afectado. Los ingenieros estaban desmantelando y descontaminando la maquinaria, mientras que la mayor parte de los compuestos alimenticios comprometidos estaban siendo destruidos en un intento

desesperado por salvar al menos parte del material. Sin embargo, hasta que se pudiera detener la infección, todo este esfuerzo sería en vano.

El problema más inmediato era que incluso las estimaciones más generosas determinaban que las tiendas de alimentos restantes nunca se extenderían lo suficiente como para sostener a todos por un período de tiempo apreciable. Se había enviado una llamada de auxilio y la ayuda estaba en camino, pero existía la preocupación de que la asistencia no llegaría antes de que se agotaran los suministros ya limitados. En respuesta a esta difícil situación, el liderazgo de la colonia había promulgado protocolos estrictos que regían la distribución de los alimentos restantes. También estaba vigente el toque de queda, que prohibía a los ciudadanos estar fuera entre las 2200 y las 0600. Al personal de seguridad le encomendaron hacer cumplir las nuevas restricciones y mantener el orden, su nuevo mandato muy lejos de las actividades cotidianas ordinarias que ejemplificaban la vida entre la población de Tarsus IV.

De su bolsillo trasero, Lorca extrajo su comunicador de la Flota Estelar y abrió la tapa. El dispositivo no emitió su chirrido revelador para indicar su activación. ¿No funcionaba?

—Éste es Lorca a cualquier miembro del equipo del puesto avanzado. Respondan. —No hubo respuesta de los otros tres oficiales del contingente, cuyo paradero y estado seguían siendo desconocidos. En cambio, recibió un único silbido bajo, lo que indicaba un problema con la frecuencia de las comunicaciones. Hizo un gesto a Bridges para que probara su propio comunicador, esperando con creciente temor mientras ella repetía la llamada a los otros miembros del contingente de la Flota Estelar de la instalación y recibiendo el mismo resultado.

—Si tuviera que adivinar —dijo—, nos están interfiriendo de alguna manera. Sin embargo, necesitaría un tricorder o acceso a sensores externos.

Lorca rechazó la sugerencia.

—Estoy bastante seguro. Vamos. —Indicó a Bridges que lo siguiera—. Necesitamos llegar a operaciones. Después de que la computadora señalara la entrada no autorizada, le ordené que sellara esa sección y solo se abriera a los comandos de voz del equipo. Eso no impedirá que alguien atraviese las puertas, pero debería darnos un poco de tiempo.

No encontraron resistencia mientras atravesaban el único nivel de la instalación. Alejándose de las viviendas y áreas de recreación de la tripulación, pasaron los compartimentos designados para los sistemas de generación y distribución de energía del puesto avanzado junto con la computadora principal, el sensor y el equipo de comunicaciones. La mayoría de estos componentes eran automáticos, aunque requerían un mantenimiento de rutina y de reparación ocasional de Lorca y su gente. De lo contrario, las tareas principales del equipo giraban en torno al análisis de los datos recibidos de una red de matrices automatizadas de sensores de espacio profundo. Cada sonda apuntaba hacia los lejanos confines del Cuadrante Alfa, en busca de signos de actividad o civilizaciones, además de estar siempre atentos a la aproximación de posibles amenazas.

A diferencia de las estaciones de observación construidas sobre asteroides y desplegadas a lo largo de la Zona Neutral que separaba a la Federación del espacio reclamado por el Imperio Romulano, los conjuntos estaban deshabitados. Inmensas construcciones de armazón de metal protegían el hardware de monitoreo sensible acunado dentro de ellos. El mantenimiento rutinario de las matrices quedaba bajo el dominio del Cuerpo de Ingenieros de la Flota Estelar y, por lo general, era manejado por el personal de ingeniería de las naves espaciales que patrullaban el área. Esto dejaba al pequeño equipo del puesto avanzado con la tarea a menudo mundana pero necesaria de revisar la telemetría recibida de las matrices y transmitir los hallazgos relevantes y otra información a la Base Estelar 11, la instalación de soporte de la Flota Estelar designada para este sector.

Llevaba mucho tiempo a pesar de ser un trabajo poco exigente, y muy lejos de defenderse de las intrusiones armadas.

El puesto avanzado de observación Tarsus IV, o «OT-4», establecido casi un siglo antes, era una instalación remota a cierta distancia de la base estelar más cercana e incluso más lejos de la emoción del deber de una nave espacial. Su presencia en el planeta era anterior a la colonia civil y había continuado operando como su propia entidad después de la llegada de los primeros pobladores hacia fines del siglo XXII. La ubicación del planeta lo había convertido en un destino ideal a lo largo del comercio en constante expansión y las rutas de patrulla de la Flota Estelar en este sector del espacio. A medida que los esfuerzos de colonización continuaban presionando hacia afuera desde la Tierra y las regiones de territorio de mayor tráfico pertenecían a la aún floreciente Federación Unida de Planetas, Tarsus IV se fue convirtiendo en un punto de anclaje en las cartas de navegación estelares. Después de pasar años casi aislados, el personal de la Flota Estelar asignado al puesto avanzado había dado la bienvenida a los recién llegados con los brazos abiertos.

Al igual que el resto del contingente actual, Lorca llegó al servicio solo seis meses antes. Era habitual rotar el equipo completo de cinco personas cada dos años, luego de un breve período de transición, ya que el equipo saliente se aseguraba de que sus reemplazos estuvieran al día en sus nuevas asignaciones. Después de servir durante tres años como líder del destacamento de seguridad a bordo de la *U.S.S. Helios*, y cuatro años en otras dos naves estelares antes de eso, Lorca estaba buscando un cambio de ritmo y escenario. El deber en una base estelar regular de la Flota Estelar o en una instalación terrestre poco le atraía, y fue su capitán y mentor, Zachary Matuzas, quien le sugirió el trabajo en Tarsus IV en OT-4. Matuzas, un oficial al mando tan poco convencional como Lorca jamás había conocido hasta ese momento de su breve carrera, le informó que no solo la observación y la retransmisión avanzada eran una parte importante de la misión de seguridad general de la Flota Estelar, sino que le proporcionaría una amplia oportunidad para redescubrir sus «piernas terrestres» en adición de una apreciación por los espacios abiertos, el aire fresco y la luz solar real. Después de revisar los requisitos para servir como líder del pequeño equipo de la Flota Estelar asignado a OT-4, el recién nombrado

Teniente Comandante Lorca decidió que era un contrapeso perfecto para casi una década en el espacio.

El espacio suena bastante bien en este momento.

Al acercarse al final del corredor que conducía desde las áreas de trabajo y tripulación del puesto avanzado, Lorca se detuvo en la escotilla que les daría acceso a las áreas de comando y control de la instalación. También contenía una salida de la estructura, que los intrusos seguramente habrían explotado como parte de su entrada forzada. ¿Habría invasores al otro lado de la puerta? Sin un tricorder o la capacidad de consultar los controles del sensor del puesto avanzado, no había forma de saberlo.

—Podríamos tener compañía —dijo, manteniendo la voz baja. Para enfatizar su punto, levantó su phaser y apuntó hacia la puerta.

Bridges levantó su propia arma, acunándola con ambas manos.

—De acuerdo.

Al igual que las otras entradas a los espacios de las viviendas de la tripulación, esta escotilla no se abría automáticamente cuando alguien se acercaba, sino que tenía que ser desbloqueada por un código ingresado en el teclado emportrado en el mamparo. Al ingresar su propio código de acceso, Lorca sintió que apretaba más su phaser mientras su otra mano se cernía sobre el control en el teclado que ejecutaría el comando para abrir la puerta.

—Aquí vamos.

En los dos segundos que pasaron cuando tocó el control y la puerta se deslizó a un lado, Lorca notó dos cosas. Primero, vio las formas inmóviles de la ingeniera del equipo, la Suboficial Jefe Meizhen Bao, y del Teniente Piotr Nolokov especialista en comunicaciones, tendidas contra los mamparos a ambos lados del corto corredor. Sintiendo ira en su interior, Lorca desvió la mirada hacia dos intrusos que estaban parados frente a la puerta que conducía a operaciones. Uno de los hombres, un individuo musculoso con el pelo rubio muy corto, sostenía su phaser cerca de su cara y lo usaba como una antorcha para cortar la escotilla reforzada. Ambos vestían el uniforme de las fuerzas de seguridad de la colonia, y escucharon el sonido de la puerta detrás de ellos abriéndose. El hombre que observaba a su compañero trabajar, de complexión más delgada y con el cabello negro llegándole a los hombros, reaccionó primero, el phaser en su mano izquierda se levantó para apuntar hacia Lorca y Bridges.

—¡Comandante!

Lorca se sintió empujado hacia su izquierda, y el rayo phaser del intruso cortó el aire y rozó su brazo derecho. Agachándose, Bridges devolvió el fuego y acertó al oficial de seguridad en el pecho. Cayó de espaldas contra la pared detrás de él y se deslizó al suelo al mismo tiempo que su compañero se agachaba y giraba para disparar en su dirección. Lorca fue más rápido, apuntando y disparando antes de que el otro hombre pudiera abrir fuego. El intruso cayó de rodillas previo a desplomarse hacia adelante y caer a la cubierta.

—Gracias por eso —dijo Lorca, ofreciendo un gesto respetuoso a Bridges antes de atravesar la escotilla y salir al corredor. Mantuvo su phaser nivelado a los dos intrusos aturdidos hasta verificar su inconsciencia. Satisfecho de que ninguno de los dos iría a ninguna parte pronto, pateó sus phasers antes de girar hacia donde Bridges se arrodillaba junto a la forma caída de Meizhen Bao.

—Está muerta, señor —informó la oficial de sensores. Miró el cuerpo de Piotr Nolokov—. Ambos lo están.

¿Por qué?

¿Qué posible justificación podría haber para un acto tan desenfrenado? A pesar de solo servir con ellos durante el breve período desde que fueron asignados a OT-4, estas personas se habían convertido en algo más que colegas. La remota naturaleza de su asignación actual se había ocupado de que fueran los mejores amigos del otro. Bao había sido una tenista formidable, lo cual Lorca había descubierto de la manera más difícil durante sus frecuentes y enérgicos juegos los domingos por la mañana, mientras que Nolokov se creía un astrónomo aficionado. No era inusual encontrarlo sentado en un campo abierto a un kilómetro al oeste del puesto avanzado en noches despejadas, usando un antiguo telescopio refractor para mirar las estrellas en el cielo nocturno de Tarsus IV. Lorca se había unido a él en algunas de esas ocasiones, durante las cuales también disfrutaba de las muestras del último bourbon producido por el teniente utilizando un método de su propia creación. Los resultados eran algo que tenía que experimentarse para ser apreciado, como aprendió Lorca.

Ahora los dos se habían ido, asesinados de manera violenta sin ninguna razón sensata. Alguien necesitaba responder por esto. Lorca sabía que no estaría satisfecho hasta que obtuviera una explicación adecuada, sin importar lo que tomara o de quién se viera obligado a extraer las respuestas. Si eso significaba abrirse paso a través de cada miembro de la fuerza de seguridad de la colonia y llegar hasta la gobernadora, entonces que así fuera.

Maldito hasta el último de ustedes.

Sus pensamientos desaparecieron por el sonido de la puerta de operaciones deslizándose a un lado sin previo aviso, y Lorca se sacudió para mirar en esa dirección, levantando su phaser y apuntando hacia cualquier nueva amenaza que se le acercara.

2

—¡Oiga!

Lorca miró más allá de su arma hacia los ojos como platos del Teniente Aasal Soltani. El especialista principal en informática del puesto avanzado levantaba las manos sorprendido, y sus ojos estaban fijos en el phaser que se cernía a escasos centímetros frente a su cara.

Exhalando de alivio, Lorca bajó el phaser.

—Lo siento. —Tomando un respiro mientras se felicitaba por no dispararle al suboficial, dijo—: Me alegra ver que está bien, Aasal.

—A mí también, señor.

Soltani parecía cansado y preocupado, y si Lorca leía su rostro con cierta precisión, también podría haber una pizca de miedo. Hombre alto y delgado con piel y cabello oscuro, era originario de Arabia Saudita en la Tierra, y cuando hablaba lo hacía con una cadencia que parecía casi musical.

Mirando más allá de Lorca, Soltani ofreció una pequeña sonrisa sin alegría cuando vio a Bridges.

—También es bueno verla, Alférez. Cuando sonó la alarma, me aseguré en operaciones y esperé a que llegaran los demás. —Su expresión cayó cuando su mirada se volvió hacia las formas en el suelo de Bao y Nolokov—. Piotr y Meizhen estaban siendo perseguidos por estos dos hombres. No estaban armados. Nunca tuvieron una oportunidad. —Miró a los oficiales de seguridad aturdidos—. Les dispararon sin decir una palabra, luego pasaron junto a ellos y comenzaron a cortar la puerta. Si no hubieran llegado a tiempo…

Asintiendo en comprensión, Lorca puso una mano sobre el hombro del otro hombre.

—Está bien, Aasal. No había nada que pudiera haber hecho.

Los tres oficiales trabajaron para llevar a sus cámaradas caídos a operaciones antes de que Lorca cerrara la puerta. Solo entonces se permitió relajarse un poco. La adrenalina todavía lo estaba impulsando, alimentando su ansiedad y su enojo, y requirió un esfuerzo físico para recuperar sus emociones. Quería justicia por Nolokov y Bao, pero sabía que había preocupaciones más inmediatas.

Pronto. La palabra golpeaba el interior de su cráneo, repitiéndose una y otra vez mientras miraba los cuerpos de sus colegas. *Tienen mi palabra, amigos.*

Obligándose a apartar la mirada de sus formas inmóviles, entró en el centro de operaciones. Era simple y utilitario —una habitación rectangular con estaciones de trabajo en tres de sus cuatro paredes. Una gran pantalla de visualización— más grande que la pantalla principal que era una característica común de la mayoría de los puentes de naves espaciales —dominaba la pared frontal y estaba flanqueada por un par de consolas

de computadoras. Las estaciones dedicadas a varias estaciones primarias se alineaban en las otras dos paredes. A diferencia del puente de una nave, no había una silla de mando en el centro de la habitación. En cambio, el lugar de autoridad de Lorca residía en una estación de trabajo situada encima de un estrado elevado cerca de la pared opuesta a la pantalla de visualización. Al ver que la Alférez Bridges ya estaba sentada en la estación de control de su sensor, comenzó a moverse en esa dirección.

—¿Con cuántos intrusos más estamos lidiando?

Bridges asintió sin apartarse de su consola.

—Hay otras diez señales de vida que no son nuestras, señor. —Señaló una de las pantallas de computadora más pequeñas de su estación—. No parece que estén dando vueltas. —Al detenerse para ingresar una serie de comandos en una fila de teclas de control, agregó—: Definitivamente se están retirando. Estoy viendo un par de transportes terrestres ubicados a unos cien metros al sur de nuestra posición.

—Aturdimos a seis de ellos —respondió Lorca, mirando a Soltani—. Tendremos que asegurarlos en algún lugar hasta que pueda hablar con ellos. —El puesto avanzado no estaba equipado con un bergantín o celda de retención, por lo que tendrían que improvisar una solución—. Pónganlos afuera y aseguren las escotillas exteriores, a excepción de los dos que encontramos fuera de operaciones. Esos pueden ir a los cuartos de invitados adicionales. No hay ventanas allí, y podemos asegurar la escotilla lo suficientemente bien. No necesitarán estar allí por mucho tiempo. —No tenía intención de retenerlos más de lo necesario, pero aún no había decidido qué haría con ellos una vez que estuviera convencido de que no tenían más valor para él. Además, estaba la cuestión de que habían matado a Bao y Nolokov, que no podía quedar sin abordar.

Una cosa a la vez.

El Teniente Soltani, que había tomado posición en su propia estación de trabajo en el centro de la sala, dijo:

—Comandante, tenemos otro problema. Las comunicaciones han caído. Pensaba que solo nos estaban bloqueando. En cambio, parece que toda la matriz está fuera de línea.

Antes de poder detenerse, Lorca miró la forma inmóvil de Piotr Nolokov. Aunque cada miembro del equipo OT-4 había recibido capacitación cruzada en múltiples disciplinas para ayudarse mutuamente según fuera necesario, Nolokov era, por mucho, el más calificado del grupo en lo que respectaba a operar, mantener y reparar el equipo de comunicaciones del puesto avanzado.

—He revisado los registros del sensor —dijo Soltani—. Solo ha estado inactivo durante unos diez minutos. Deben haberlo hecho al salir. Puedo inspeccionar los sistemas internos y proporcionar una estimación de las reparaciones.

Lorca asintió con la cabeza.

—Usted y Bridges ocúpense de nuestros visitantes y luego lidiarán con eso. —No le gustaba la idea de estar aislado, no solo de la colonia sino también de transmitir o recibir mensajes de la Base Estelar 11 o cualquier nave que se dirigiera a Tarsus IV para prestar ayuda.

Bridges giró en su asiento. Su expresión una vez más era una máscara de preocupación.

—Señor, ¿la gente que se retira del área? Llevan cajas de armas. Cinco, en plataformas antigravedad.

—¿Qué? —Lorca se inclinó más cerca, mirando las lecturas por sí mismo—. Hijos de puta. ¿Ha confirmado que la armería fue violada?

Frunciendo el ceño, Bridges respondió:

—Sí, señor. La cerradura de la puerta todavía está activada, pero los sensores internos muestran la intrusión. Probablemente cortaron la escotilla de la misma manera que sus amigos al intentar entrar aquí.

—¿Podría ser esa la razón por la que vinieron en primer lugar? —preguntó Soltani—. ¿Pero por qué? La fuerza de seguridad de la colonia tiene sus propias armas.

Lorca se volvió y cruzó la habitación hasta su puesto de trabajo.

—Tenemos cosas que no ellos no. —Se dejó caer en la silla detrás de su escritorio y buscó la interfaz de la computadora de mesa—. ¿Qué demonios se llevaron?

A pesar del tamaño del puesto avanzado, todavía mantenía una instalación de almacenamiento sustancial que incluía un arsenal. Este último era un remanente de los días en que OT-4 llevaba un contingente más grande que representaba a toda la población del planeta. Había habido inquietudes con respecto a la seguridad de la instalación en un área de espacio tan aislada e irregularmente visitada en el borde del territorio de la Federación. Con eso en mente, las capacidades defensivas activas de la instalación eran mucho mayores de lo que eran hoy. La mayoría de las armas más pesadas disponibles para ese fin habían sido desmanteladas y almacenadas. Aunque habían sido actualizadas o reemplazadas a intervalos normales junto con el resto del equipo del puesto avanzado, permanecían en sus contenedores de envío, escondidas en la armería. Las únicas excepciones habían sido los brazos laterales personales asegurados en cajas de seguridad en la vivienda de cada miembro del equipo.

Bridges llamó su atención una vez más a su consola y dijo:

—Los sensores internos de la armería se han desactivado. No puedo obtener un inventario del contenido de la sala. —Echó una mirada hacia él—. Según el tamaño de las cajas, supongo que rifles phaser, pero tendríamos que hacer una verificación visual para estar seguros.

Lorca, que acaba de fracasar en su propio intento de recuperar el contenido de la armería a través de la red informática del puesto avanzado, frunció el ceño.

—No. Tengo una mejor idea.

3

Con las muñecas aseguradas y atados a las sillas adquiridas por el Teniente Soltani, los dos hombres obsevaban a Lorca con miradas de desdén. Ni ellos ni él dijeron nada al entrar en los cuartos de huéspedes, flanqueados por Soltani y Bridges, y el silencio permaneció intacto durante los siguientes sesenta o setenta segundos. Fue entonces que Lorca fue recompensado cuando el hombre musculoso con cabello rubio —el que cortaba la puerta de operaciones cuando fueron interrumpidos— se movió en su asiento, y su expresión de desafío comenzó a dar paso a la incertidumbre.

—No tengo mucha paciencia para este tipo de cosas —dijo Lorca después de varios segundos más—. Así que hagámoslo ya. Ambos están acusados de asesinato de dos oficiales de la Flota Estelar, robo con agravantes, posesión no autorizada de la propiedad de la Flota Estelar y hacerme enojar. Es lo primero y lo último en esa lista lo que debería preocuparles en este momento. Esas dos personas eran mis amigos. Ninguno de los dos parece lo suficientemente inteligente como para haber planeado y ejecutado esta pequeña incursión, así que me dirán quién les envió aquí.

—¿Y si no lo hacemos? —dijo el rubio, ganándose el ceño de desaprobación de su compañero de cabello oscuro.

Para responder a la pregunta de su detenido, Lorca dio un paso adelante y descargó la suela de su bota en el pecho del hombre. La fuerza de la patada fue suficiente para que el otro hombre y su silla trastabillaran hasta caerse al suelo, de espalda y con los pies apuntando hacia el techo.

Ignorando los gemidos de sorpresa y enojo del hombre, Lorca dirigió su atención a su otro invitado no deseado.

—¿Quien les envio? No me haga preguntarle de nuevo. ¿Fue la Gobernadora Ribiero? —Para su sorpresa, el hombre se burló en respuesta a la pregunta.

—¿Ella? No. Ya ni siquiera está a cargo. No tiene experiencia con situaciones de emergencia como esta. —Su mirada de desprecio se endureció—. Por lo que fue removida.

Lorca solo conocía a Gisela Ribiero gracias a un puñado de breves encuentros desde su llegada a Tarsus IV. La gobernadora había estado en el cargo poco tiempo después de las elecciones más recientes, que habían tenido lugar unos meses antes de una repentina e inesperada afluencia de colonos transportados desde otro mundo colonial que había sufrido un desastre natural, lo que había requerido la evacuación y la reubicación. Hasta ese momento, había sido, por mucho, la prueba más formidable para Ribiero en su breve mandato como gobernadora, y los crecientes dolores de esa abrupta expansión habían causado una pequeña cantidad de conflictos, por lo que Lorca sabía de la situación. Entre los otros desafíos que esto presentaba, también había enfrentado sentimientos

contradictorios de los colonos originales de Tarsus, que iban desde la aceptación de la situación hasta la protesta directa. Se había ganado a la población jugando con su humanidad básica y su empatía; Lorca recordaba un rechazo no insignificante de aquellos que habían adoptado posturas duras sobre lo que algunos percibían como un pisoteo de su independencia básica y derecho a decidir por sí mismos cómo utilizar mejor la casa que habían construido aquí. A medida que pasaron los meses y los refugiados de Epsilon Sorona continuaron asimilándose en su nuevo hogar, gran parte de los comentarios negativos ofrecidos por algunas transmisiones de noticias y publicaciones parecieron menguar.

Pero obviamente no se extinguieron por completo.

Por supuesto, los obstáculos que surgieron con el reasentamiento de los colonos de Epsilon Sorona palidecieron en comparación con la actual crisis ecológica. Lorca pensaba que era injusto juzgar a Ribiero con demasiada dureza sobre este punto, dada la velocidad con que se había extendido el contagio. Había habido muy poco tiempo para intentar comprender el contagio o encontrar una manera de detenerlo. La primera prioridad de Ribiero fue velar por la seguridad de los colonos.

Al parecer, alguien tenía otras ideas.

—¿Quién está a cargo ahora? —preguntó Soltani.

Todavía boca arriba y atado a su silla, el rubio respondió:

—Se llama Kodos. Aparentemente tiene algo de experiencia con el manejo de crisis, y acordó asumir el cargo de gobernador hasta que la superemos.

—¿Y quién es Kodos? —preguntó Bridges.

—Escuché el nombre, pero nunca lo conocí. —Lorca solo conocía a un puñado del personal de la Gobernadora Ribiero, y le parecía preocupante que el consejo de liderazgo de la colonia considerara conveniente sacarla de su cargo. ¿Cómo recibiría el resto de la ciudadanía una acción aparentemente imprudente? En cuanto a Kodos, Lorca hizo una nota para averiguar todo lo que pudiera sobre el nuevo gobernador antes de intentar hablar o reunirse con él.

A los detenidos, les preguntó:

—¿Y él fue quien los envió aquí?

Los dos hombres intercambiaron miradas antes de que el rubio dijera:

—Sí.

—¿Con órdenes de matarnos? —Lorca dejó que su voz se endureciera mientras hacía la pregunta. Tuvo el efecto deseado en ambos hombres, ya que sus ojos se abrieron con renovada preocupación.

—Se suponía que inspeccionaríamos sus armas y sus tiendas de alimentos —dijo el hombre de cabello oscuro—. Verificar cuánto escapó de la contaminación.

Acercándose, Lorca fulminó con la mirada al hombre.

—Ya compartimos esa información con la Gobernadora Ribiero. Ofrecimos unir nuestros recursos restantes con el resto de la colonia y estirarlo todo lo que pudiéramos.

Solo un tercio de los compuestos crudos utilizados para los procesadores de alimentos del puesto avanzado no se habían visto afectados por la infección por hongos, y el resto puesto en cuarentena y destruido por el Jefe Nolokov. Una vez logrado esto, el ingeniero había asegurado el material no contaminado en contenedores sellados al vacío. Lo que quedaba era suficiente para alimentar a todo el equipo de cinco personas durante casi dos meses sin recurrir al racionamiento. También había un suministro de paquetes de alimentos individuales de emergencia que agregaban otras tres semanas a ese total. Temprano en el día, Nolokov había confirmado pequeñas cantidades del hongo destructivo en dos de los seis procesadores de alimentos de la instalación, lo que requirió la desactivación y descontaminación de ese equipo. El jefe eligió limpiar todas las unidades, solo para estar seguro. Con la infección aún activa, los procedimientos de descontaminación eran una medida temporal, pero era deseo de Nolokov hacer todo lo posible para adelantarse a la situación en la mayor medida posible.

Armado con esta información, Lorca envió un mensaje a la gobernadora justo antes del final de su turno de servicio anterior. Quería demostrar a Ribiero y a todos los colonos que él y el equipo OT-4 eran parte de esta comunidad, en tiempos de adversidad y prosperidad. Este nuevo gobernador, Kodos, debería haberlo sabido antes de enviar al equipo al puesto avanzado en su extraña misión.

—Ofrecimos nuestra ayuda —dijo Lorca—, y, sin embargo, ustedes entraron aquí sin reparos sobre matarnos, y una vez que se hizo evidente que no serían capaces de hacerlo, sus amigos robaron nuestras armas antes de salir corriendo. ¿Qué planean hacer con lo que tomaron? —Cuando ninguno de los prisioneros optó por responder, sintió sus manos apretarse en puños, y requirió de toda su fuerza de voluntad para mantener sus brazos a los costados. Los otros hombres pudieron ver sus emociones en aumento cuando ambos lo miraron con creciente miedo.

Tomándose un momento para verificar que su temperamento permaneciera bajo control, Lorca relajó sus manos, pero mantuvo su tono frío y duro.

—Obviamente no podemos enviarlos con la seguridad de la colonia; al menos, no hasta que haya tenido la oportunidad de verificar en quién podemos confiar. No puedo matarles, aunque el pensamiento cruzó por mi mente más de una vez. Por ahora, se quedarán aquí. Compórtense y serán entregados al capitán de cualquier nave de la Flota Estelar que venga a ayudarnos. Arruinen esto, y los arrojaré desde cualquier acantilado que pueda encontrar. ¿Entendido?

No esperó una respuesta, sino que se dio la vuelta y salió de la habitación. Solo después de que estuvo en el pasillo y fuera de la vista de los prisioneros, permitió que su ira fuera liberada a secas, canalizada en su puño mientras golpeaba el mamparo cercano.

—¿Comandante? ¿Está bien? —Era Bridges, de pie junto a Soltani, cerca de la puerta ahora cerrada de los cuartos de huéspedes.

Aliviando el dolor en su mano, Lorca no dijo nada por un momento mientras flexionaba los dedos para asegurarse de no haber roto nada. Se inclinó hacia la pared que

era el blanco de su ira, usando su otra mano para prepararse mientras exhalaba varias respiraciones profundas y relajantes.

—Me disculpo por eso. —Sacudiéndose el dolor residual en su mano, hizo un gesto hacia los cuartos de huéspedes—. Verifiquen que estén asegurados. Tendremos que mantenerlos aquí hasta que podamos averiguar qué hacer con ellos.

Si era cierto que el nuevo gobernador, Kodos, había enviado al equipo de intrusos aquí, entonces era posible que el resto de la fuerza de seguridad de la colonia pudiera movilizarse de manera similar contra el puesto avanzado. Ahora que Lorca y los demás sabían a lo que se enfrentarían, podrían prepararse para nuevas incursiones, pero no podrían evitar ningún tipo de ataque sostenido. Lorca sabía que tenían que adelantarse a esta situación antes de que se saliera de control.

—Necesito un minuto —le dijo a los demás—. Aasal, comienza a revisar esa matriz de comunicaciones. Fíjese si puede echarle una mano, Alférez. Me reuniré con ustedes en operaciones.

Bridges asintió.

—Sí, Comandante.

Una vez solo, Lorca se movió por el corto pasillo hacia sus habitaciones, permitiendo que la puerta se cerrara detrás de él antes de soltar un suspiro cansado. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer? Esta no era una situación para la que había recibido capacitación. En sumente, solo había un curso de acción: confrontar a Kodos, quienquiera que fuera, y llegar al fondo de esto. En lo que respectaba a Lorca, y hasta que se demostrara lo contrario, el gobernador era quien respondía por Meizhen Bao y Piotr Nolokov.

Cruzando a su escritorio, Lorca notó el pequeño ícono parpadeante en la esquina inferior derecha de la pantalla de su computadora, indicando un mensaje no visto. La marca de tiempo mostraba que el mensaje se había recibido hacía menos de una hora, antes de la intrusión y la desactivación de la matriz de comunicaciones. Lorca tocó el control para acceder al mensaje y vio que era de Balayna Ferasini, una geóloga civil a quien había conocido poco después de su llegada al planeta.

> *«Gabriel, sé que dijiste que no vendrías a la ciudad esta noche debido a las nuevas reglas del toque de queda, pero algo sucederá más tarde esta noche. ¿Has oído las noticias sobre la Gobernadora Ribiero? Aparentemente la han retirado de su puesto y el consejo ha instalado un nuevo gobernador. Nunca he oído hablar de él, pero supuestamente tiene experiencia con el manejo de emergencias en situaciones como las que estamos enfrentando. Se llama Kodos. ¿Lo conoces?».*

Nacida en Alfa Centauri, Balayna era, en una palabra, hermosa, con el cabello oscuro y rizado cayéndole sobre los hombros y unos cautivantes ojos verdes y jade que lo habían atraído desde el primer momento en que los vio. Lorca la había conocido por casualidad en una de las tabernas más populares de Nueva Anchorage. Comenzaron una conversación que terminó más allá del cierre del bar, y su relación creció y creció durante

los meses intermedios. Su naturaleza despreocupada, calidez de corazón y su perspectiva implacablemente positiva de la vida fue algo que fascinó a Lorca casi hasta el punto de la intoxicación. Hasta ese momento, nunca había estado con alguien como ella, e incluso sus amigos más cercanos lo describían a él como convencional: primitivo y apropiado, si no completamente aburrido. Balayna fue la contadora perfecta para todo eso, pero en lugar de juzgarlo, en cambio lo había sacado de un caparazón que ni siquiera se había dado cuenta que habitaba hasta conocerla. Al final de esa primera noche, estaba fascinado.

Se convirtió en un hábito pasar los fines de semana en la ciudad con ella, e incluso habían discutido mudarse a su hogar de forma permanente. Aunque no había venido a Tarsus IV en busca de una relación, la idea de extender su tiempo aquí, o incluso dejar la Flota Estelar y quedarse, era algo que Lorca se había hallado considerando cada vez con más frecuencia.

«De todos modos, ha convocado una reunión especial para esta noche en el anfiteatro. Hablará con toda la colonia cara a cara. Todos han recibido una invitación personal para asistir. Parece que está tratando de abordar las preocupaciones y tal vez elevar la moral. Dado el tamaño de la población actual, han enviado mensajes para informarnos que nos están dividiendo en dos grupos, ya que solo la mitad de nosotros cabe en el estadio al mismo tiempo». Balayna hizo una pausa, suspirando. *«Parece mucho despliegue para un simple discurso, pero probablemente podríamos necesitar un poco de camaradería en este momento. Sé que dijiste que querías honrar el toque de queda y las otras nuevas reglas, pero me sentiría mejor si estuvieras aquí conmigo esta noche. Tal vez el nuevo gobernador pueda otorgarte a ti y a tu equipo exenciones especiales o algo así. Si recibes este mensaje, estoy programada para asistir a la primera reunión. Nos vemos aquí en mi casa, e iremos juntos. Hablamos pronto».*

El mensaje terminó y la imagen de Balayna desapareció, reemplazada por una insignia de la Flota Estelar y dejando a Lorca para reflexionar sobre este nuevo desarrollo. Una gran reunión de colonos en el anfiteatro no era una ocurrencia inusual. El lugar había sido construido con la idea de poder acomodar a toda la población al tiempo que mostraba todo tipo de actuaciones en vivo y otros eventos. Sin embargo, si el nuevo gobernador quería transmitir información crítica a todos los que estaban a su cargo, ¿por qué no utilizar el sistema de comunicación de la colonia? Quizás Balayna tenía razón, y este era un medio para tranquilizar a los colonos y mantenerlos actualizados sobre la situación actual.

Suena como algo que no debemos perdernos.

4

Ocupando espacio en una esquina de la bahía de carga de la nave, el pequeño escritorio de campo estaba inundado de pizarras de datos y tarjetas junto con algunas herramientas. También había una pequeña lámpara y una terminal de computadora, junto con una taza de café vacía y los restos de un paquete de raciones. ¿Era el almuerzo o la cena? No podía recordarlo. Ahora que lo pensaba, ni siquiera podía recordar el contenido de la comida.

Quizás eso sea algo bueno.

Philippa Georgiou estaba sentada en su silla, ambas manos moviéndose hacia la parte baja de su espalda mientras se estiraba y soltaba un suspiro de alivio. Una mirada al cronómetro en la esquina de la pantalla de la terminal antes de cerrar los ojos le dijo cuánto tiempo había estado sentada aquí, y la revelación solo sirvió para profundizar la fatiga que luchaba por mantener a raya. Lo que el cronómetro también le había dicho era que su día estaba lejos de terminar. El descanso se hallaba a horas de distancia, acechando detrás de una verdadera pila de tareas que parecía estar creciendo incluso mientras continuaba esforzándose para escalarla. Si tenía suerte, podría tener tiempo para una ducha y una siesta rápida antes de llegar a su destino.

Y ahí es cuando comienza el verdadero trabajo.

—¿Comandante Georgiou?

Abriendo los ojos, Georgiou levantó la vista para ver a la Teniente Enamori Jenn de pie frente al escritorio. ¿Cuánto tiempo había estado allí? El tiempo suficiente para decir su nombre dos veces, se perató Georgiou.

—Lo siento, Teniente. —Sintiendo una punzada de vergüenza, Georgiou forzó una sonrisa cansada mientras señalaba su escritorio—. Estos informes son bastante paralizantes.

Jenn hizo una mueca, sosteniendo una pizarra de datos propia.

—Me temo que solo estoy agregando a eso, Comandante. Tengo los recuentos de inventario finales que solicitó a los líderes del equipo.

—Bueno, pedí por ellos. —Georgiou tomó la lista de datos de Jenn y la colocó sobre los demás que exigían su atención—. Gracias por tomar la iniciativa en esto. Lo revisaré una vez que tenga un descanso en un mes más o menos.

Jenn sonrió con comprensión y simpatía por la débil broma. Era una sorprendente mujer Betazoid. Su especie era casi indistinguible de los humanos, siendo la principal diferencia los iris negros de sus ojos. Su cabello castaño estaba recogido y alejado de su cara y sostenido en su lugar por una banda plateada en la base de su cuello, la cola de caballo resultante caía debajo de sus hombros. La parte superior de la túnica de su uniforme estaba desabrochada, dejando al descubierto su camiseta oscura de la Flota

Estelar. Su mundo natal, Betazed, se había incorporado recientemente a la Federación, y Jenn representaba la primera exposición de Georgiou a su gente, conociéndola por primera vez durante su sesión informativa conjunta en la Base Estelar 11 antes de abordar la *U.S.S Narbonne.* Por lo que Georgiou podía ver, los Betazoid preferían permanecer a solas, al menos en cuanto a compartir detalles de sus vidas personales. Jenn era una persona agradable, realizaba sus deberes con precisión y cuidado, y en menos de dos días se había convertido en una ayuda inestimable para Georgiou. El equipo en el que ambas habían sido destinadas trabajaba a un ritmo frenético para prepararse para la situación que todos sabían que les esperaba.

—Necesito alejarme de esto —dijo, separándose del escritorio y poniéndose de pie. Se contuvo de emitir un gemido involuntario de alivio cuando los músculos de su espalda le agradecieron el cambio de posición—. Incluso si es solo por unos minutos.

Alejándose de la esquina que había establecido como su oficina temporal y con Jenn caminando a su lado, Georgiou se movió por la gran bahía de carga. La cámara era una de las doce que ocupaban la mayor parte del volumen interior de la *Narbonne*, y como dos compartimentos adyacentes, este estaba lleno hasta rebosar de todo tipo de suministros y equipos. No tenía que revisar ninguno de los informes de inventario de la Teniente Jenn para saber que los alimentos ocupaban la mayor parte del espacio asignado a ella y a su equipo para esta misión. También estaba la cosa con mayor demanda hacia dónde se dirigían, y Georgiou sabía que a pesar del gran tonelaje de material actualmente bajo su cuidado, era solo el comienzo de lo que se necesitaría.

Pero es un comienzo.

—¿Alguna actualización del capitán? —preguntó Jenn.

Georgiou negó con la cabeza, recordando su última conversación con el Comandante de la *Narbonne*, Aurobindo Korrapati.

—Todavía no hay respuesta de la colonia, a pesar de que han intentado contactarlos desde que salimos de la Base Estelar 11. También tiene a sus ingenieros utilizando todos los trucos que saben para extender la potencia a los sensores de largo alcance de la nave, pero todavía estamos demasiado lejos. Tal vez en una hora más o menos. —A la velocidad actual de la nave, estaban a menos de diez horas de su destino.

Tarsus IV.

No era más que uno de los numerosos mundos coloniales de la Federación sobre los que Georgiou no sabía nada. Solicitar información de la computadora de la *Narbonne* había hecho poco para iluminarla más allá de la recopilación habitual de estadísticas sobre la fundación del asentamiento y la cantidad de personas que llamaban hogar al planeta. De particular interés fue su selección como el nuevo hogar para refugiados de otra colonia que había sufrido un desastre que había requerido la evacuación total de ese mundo; Georgiou recordaba haber leído sobre eso en algún informe. Tal acción drástica había sido lo suficientemente poco común como para llamar la atención, pero también fue una de las cosas que notó en su búsqueda para comprender la causa de la situación en la que ella y su equipo se estaban metiendo.

—Cuando estaba en la Academia, tenía amigos que crecieron en mundos coloniales —dijo mientras avanzaban hacia la bahía—. Después de abandonar la Base Estelar 11, contacté a algunos de ellos que sabía que habían pasado por momentos difíciles, como eventos climáticos extremos, terremotos e incluso enfermedades. Nada a esta escala, pero pensé que sería útil tener una idea de qué esperar de los colonos cuando lleguemos.

Con ese fin, Georgiou insistió al Capitán Korrapati y al oficial de comunicaciones de la *Narbonne* para localzar y enviar mensajes subespaciales a sus antiguos compañeros de clase, todos los cuales habían sido dispersados a varias naves o instalaciones. Su idea había valido la pena, ya que pudo obtener una nueva visión de la mentaldad de los colonos asediados por la crisis.

Jenn preguntó:

—¿Qué dijeron sus amigos?

—La Federación tiene planes de contingencia para todo tipo de cosas —respondió Georgiou—. Tarsus IV es un pequeño problema porque su población es mucho más grande de lo que se esperaría ver tan lejos de los principales centros de población. —Sabía que esto era el resultado del esfuerzo de reubicación, que había agregado seis mil colonos a los dos mil que ya vivían en Tarsus IV. Aunque el reasentamiento fue inusual en su alcance, el planeta era más que capaz de soportar una comunidad de ese tamaño.

O eso pensamos.

—Incluso los mejores planes tardan en implementarse —dijo Jenn—. Especialmente cuando hablamos de planetas a años luz de regiones pobladas o muy transitadas. No importa cuán rápido puedan ir nuestras naves, el espacio sigue siendo muy grande.

Georgiou asintió.

—Y ayudar a ocho mil personas no es tarea fácil.

La situación en Tarsus IV, según lo informado durante su reporte de misión del comandante de la Base Estelar 11, el Almirante Brett Anderson, era grave. Los suministros de alimentos y la capacidad de crear más atacados por una contaminación fúngica diferente de lo que se había encontrado con anterioridad, poniendo en peligro la vida de toda la población. Después de recibir la llamada de socorro original, las estimaciones iniciales de la Flota Estelar calcularon la llegada de naves de rescate a la colonia en poco más de un mes, momento en el cual las tiendas de alimentos restantes en el planeta se habrían agotado por mucho tiempo. Los colonos de Tarsus IV estaban pasando por tiempos difíciles, rogando por un milagro, que había llegado en dos partes.

Primero la noticia de que una nave de la línea se estaba apresurando a gran velocidad desde su patrulla de la frontera Federación-Klingon. Una nave espacial de clase *Constitución*, una de las naves más nuevas y poderosas de la Flota Estelar, podría proporcionar todo tipo de apoyo a su llegada, incluidos equipos dedicados de ciencia e ingeniería que podrían abordar el problema de la infección aún activa.

Suponiendo que nos pongamos en marcha cuando lleguemos allí, por supuesto.

Una respuesta más inmediata era la mezcla ecléctica de oficiales y especialistas civiles improvisados por el Almirante Anderson, puestos a cargo de Georgiou y arrojados

a bordo de la *Narbonne*. Los miembros del equipo que comandaba, muchos de los cuales aún no conocía por su nombre, maniobraban y trabajaban alrededor de las pilas de contenedores de carga y otros buques de almacenamiento que ocupaban espacio en la cubierta. Al igual que ella, estos hombres y mujeres habían estado trabajando a un ritmo vertiginoso desde que abandonaron la Base Estelar 11 menos de cuarenta horas antes. Todo sobre esta respuesta se estaba ejecutando de manera apresurada, porque eso era todo para lo que había tiempo, pero Georgiou todavía estaba trabajando para armar un plan viable que desplegara a su gente, así como los suministros que llevaban de la manera más eficiente. Había analizado cada fragmento de información sobre Tarsus IV y su ciudad capital, Nueva Anchorage, utilizando esos datos para configurar su plan con énfasis en la distribución de material, así como en los esfuerzos de descontaminación y restauración de la infraestructura de fabricación y procesamiento de alimentos de la colonia. Todo eso tendría que abordarse dentro de los primeros días de arrivo de la *Narbonne*, y Georgiou quería que su equipo se pusiera en marcha, ya que dependería de ellos mantener la línea hasta que llegaran otras naves para aumentar el esfuerzo de asistencia. Ella y su gente podrían estar cansados ahora, pero estaba segura de que sus preparativos darían resultado una vez que descendieran al planeta.

—*Puente a la Comandante Georgiou.*

La voz del Capitán Korrapati resonó en la bahía de carga, y le tomó un momento a Georgiou ubicar un panel de comunicaciones en un mamparo cercano. Moviéndose hacia él, presionó su control de activación.

—Aquí Georgiou.

—*Lamento interrumpir su trabajo, Comandante, pero me gustaría verla en mi despacho privado.*

Georgiou intercambió miradas con Jenn, sus ojos se abrieron por la sorpresa. ¿Qué podría significar esto?

—Allí estaré, señor.

Ella cortó la conexión antes de volverse hacia Jenn.

—No sé cuánto tiempo tomará esto, pero dígale al equipo que terminen sus quehaceres y que se tomen un descanso. Volveremos en cinco horas. —No era la recompensa ideal por el arduo trabajo que su gente había estado realizando hasta este momento, pero tendría queser suficiente. Ya habría tiempo para descansar más tarde.

—Sí, comandante —respondió Jenn.

Georgiou salió de la bahía de carga, maniobrando por el pasillo hacia un cruce de escaleras. Le había llevado menos de un día aclimatarse al plan de cubierta de la *Narbonne*, debido a su tamaño y diseño. No era una nave de línea o incluso una nave científica avanzada, era una nave de apoyo a la colonia: una nave utilitaria diseñada para el tipo de «trabajo duro» que se requería para establecer, restaurar o incluso rescatar o reubicar asentamientos planetarios. Esencialmente un cilindro demasiado largo con barquillas warp adosadas contra su casco primario superior, la mayoría de sus espacios interiores consistían de inmensas bodegas de carga y compartimentos de atraque

necesarios para transportar grandes cantidades de personas e incluso ganado. Diseñada para aterrizajes planetarios, la nave también podría servir como refugio para los colonos recién llegados hasta que se construyeran viviendas más permanentes. El resto de la nave era una red relativamente simple de corredores conectados y conductos de servicio. A diferencia de las naves espaciales con sistemas de turboascensores que funcionaban tanto horizontal como verticalmente, la *Narbonne* poseía solo ascensores estándar que conectaban sus ocho cubiertas, con un par de elevadores ubicados adelante, a popa y en medio de la nave.

Georgiou había aprendido en su primer día a bordo que era más eficiente utilizar la red de escaleras si quería llegar a un lugar rápido. Gracias a esto, llegó al puente menos de cinco minutos después de la convocatoria del capitán. No lo encontró en el asiento elevado en el centro del despacho, sino que estaba de pie en una de las estaciones de trabajo perimetrales, rondando sobre el oficial sentado allí. Al final de los cincuenta, al menos de acuerdo con el expediente personal que Georgiou había revisado, Aurobindo Korrapati era un hombre delgado, con el pelo muy corto y blanco que proporcionaba un agudo contraste con su piel marrón oscura. Su uniforme parecía ajustarse a la precisión exacta, y sus botas estaban pulidas a un alto brillo. Incluso sin el rango de capitán en su uniforme, todo sobre el hombre parecía gritar «El encargado».

—Gracias por venir, Comandante —dijo, al notar su llegada cuando cruzó el puente hacia él—. Pido disculpas nuevamente por sacarle de su trabajo, pero creo que esto es algo que merece su opinión.

A pesar de su posición como oficial de rango en la nave, Korrapati era un hombre de cortesía inquebrantable en todas las cosas. Había una actitud tranquila e inmóvil sobre él que Georgiou apreciaba, sobre todo porque sabía que el capitán no siempre había sido el jefe de una simple nave de apoyo colonial. Una revisión de su registro de servicio, antes de la partida de la *Narbonne* de la Base Estelar 11, le reveló que Korrapati había nacido en Marte de padres que emigraron al planeta desde Chennai, India, en la Tierra. Anteriormente se había desempeñado como primer oficial y luego capitán de la *U.S.S. Glouchester*, una nave de patrulla de largo alcance que había visto su parte de fuertes rasguños y combates durante su mandato. La mayor parte de esa acción había sido contra merodeadores o piratas de Orión, de quienes Korrapati defendió a naves mercantes civiles y la ocasional colonia de la Federación. Este era un hombre que había sido probado más allá de los límites de las aulas y las simulaciones por computadora. Eso tenía un peso sobre Georgiou, quien había dejado su antigua carrera más marcial a favor de contribuir al mandato de exploración interestelar en constante expansión de la Flota Estelar.

—¿Que puedo hacer por usted, señor?

Indicándole que lo siguiera, Korrapati comenzó a cruzar el puente. Al igual que el resto de la nave, el centro neurálgico de la *Narbonne* era un testamento para funcionar sobre las formas. Las estaciones de trabajo rodeaban el área de comando del puente, que contenía la silla del capitán, así como las consolas para el timón y los oficiales de

operaciones. A esta hora de la noche de la nave, solo un tercio de las estaciones estaban ocupadas. Todo lo relacionado con el puente sugería una nave que no se beneficiaba del mantenimiento y cuidado regular que se les brindaba a las naves de la línea. En cambio, era la tripulación de ingenieros talentosos y dedicados y otros técnicos del transporte que mantenían a la *Narbonne* volando. Eso fue obvio para Georgiou a las pocas horas de subir a bordo y asumir su papel de «pasajera».

La escotilla que conducía al despacho privado del capitán estaba dispuesta en el mamparo cerca de la sección de popa del puente, justo a la derecha de la escotilla que conectaba este compartimento con un corredor de servicio y el resto de la nave. Korrapati abrió el camino hacia la habitación contigua y Georgiou le siguió, entrando y permitiendo que la puerta se cerrara detrás de ella.

—¿Café? —reguntó Korrapati mientras se movía hacia un mostrador que se extendía desde la pared en la parte trasera de la habitación. El espacio tenía una abertura para comida y, para sorpresa de Georgiou, una cafetera en su propia máquina de café.

—¿Usted lo prepara? —le preguntó.

Korrapati asintió con la cabeza.

—Absolutamente. —Hizo un gesto hacia la abertura de comida—. He intentado todo lo que se me ocurre para programar una receta adecuada en ese artilugio, pero es inútil. —Sosteniendo la taza en la mano, agregó—: Mi hermano vende sus propias mezclas a tipos pasados de moda como yo. Esta la hizo solo para mí, y guardo la receta en mi caja fuerte, junto con los otros documentos y códigos vitales para la seguridad de la Federación.

Incapaz de sofocar una risita mientras aceptaba la taza, Georgiou asintió con agradecimiento.

—Me siento honrada. —Rechazó la oferta de edulcorantes, prefiriendo su café sin aditivos.

—Ayúdese, una vez que haya decidido que es el mejor café que ha probado.

Después de servirse una taza, Korrapati se trasladó a la silla detrás de su pequeño escritorio en ángulo, que estaba en una esquina frente a la puerta. Le indicó que se sentara en el sofá integrado en una alcoba al lado del escritorio. Georgiou aprovechó la oportunidad para examinar el pequeño conjunto de estantes empotrados en la pared frente a la cafetera, y notó la selección de libros de tapa dura de estilo antiguo junto con algunos recuerdos. Sonrió, admirando la colección y pensando en la pequeña biblioteca que ella había acumulado a lo largo de los años y que llevaba consigo de una tarea a otra. Al igual que la suya, los libros aquí eran una mezcla de volúmenes antiguos y desgastados y recientes ediciones de facsímil. Descubrió que los gustos de lectura del capitán abarcaban desde filosofía e historia —humana y de otro tipo— hasta literatura clásica e incluso algunos títulos modernos de ficción. La última categoría indicaba que Korrapati era tradicionalista en muchos aspectos de su vida más allá de ceder sus necesidades de café a una máquina. Parecía compartir su preferencia por un libro físico contra su contraparte electrónico.

—Como puede imaginar —dijo después de tomar un sorbo de su café—, esto no es algo que esté ansioso por discutir frente a la tripulación. En este momento, solo mi primer oficial y mi personal de comunicaciones están al tanto de lo que le voy a contar. Me gustaría que siguiera así, al menos hasta que sepamos más.

Acunando su taza de café entre sus manos, Georgiou respondió:

—Entendido, Capitán.

Korrapati se recostó en su asiento, dejando su taza sobre el escritorio y recorriendo su borde con los dedos de su mano derecha.

—No ha habido respuesta de Tarsus IV. Ni siquiera estamos seguros de que estén recibiendo nuestros llamados. Decir que no me gusta lo que eso podría significar es quedarse corto.

—Particularmente porque no ha habido otro contacto desde que la Base Estelar 11 recibió la llamada de socorro inicial hace tres días.

—Exactamente. Según el Almirante Anderson, la colonia ni siquiera reconoció su mensaje de que las naves de rescate estaban en camino mucho antes de lo previsto originalmente. —Korrapati frunció el ceño—. Uno pensaría que es motivo de celebración, o algo así.

Georgiou preguntó:

—¿Alguna noticia de las otras naves detalladas para la operación de rescate?

Todavía jugando con su taza de café, Korrapati sacudió la cabeza.

—Aún no. En el último informe, dos se estaban presionando para llegar a la Base Estelar 11 al final del día, cargadas y dirigiéndose hacia nosotros doce horas después de eso. La otra nave permanecerá en silencio hasta que esté lo suficientemente lejos del área de su última asignación. Aparentemente, el Comando de la Flota Estelar quiere que sus movimientos se mantengan en secreto todo lo posible. —Se encogió de hombros—. Hay otras tres naves de esa clase que se desplegarán para fin de año. No vamos a poder mantener las *Constituciones* en secreto para siempre.

Dada su asignación pendiente a la *U.S.S. Desafiante* tras su puesto previo a bordo de la nave científica *Arquímedes*, Georgiou había revisado las especificaciones técnicas de las naves espaciales de clase *Constitución*. Eran las joyas de la corona en el despliegue de naves de exploración del espacio profundo de larga duración de la Flota Estelar, destinadas a misiones de varios años mientras operaban lejos de la estructura de soporte de las bases estelares y otras instalaciones. La flota inicial de doce naves también serviría como la última palabra en proyección de fuerza hacia las fronteras del espacio de la Federación. Se enfrentarían cara a cara con lo que sea que les lanzaran los adversarios interestelares como los Imperios Klingon y Romulano.

Hubo quienes habían cuestionado la necesidad de naves tan abiertamente destinadas a misiones militares, dado el estado actual de las relaciones. No se habían reportado encuentros con Romulanos durante más de ochenta años, después de la Guerra Terrestre-Romulana que precedió a la fundación de la Federación. Derrotados por una alianza de fuerzas de la Tierra, Vulcanas, Andorianas y Tellaritas, los Romulanos estuvieron felices

de esconderse tras de sus fronteras y dejar al resto del cuadrante lo suficientemente libre, pero los veteranos de la Flota Estelar como Georgiou sabían que era solo cuestión de tiempo antes de que el Imperio resurgiera.

Lo mismo se creía del Imperio Klingon, que también parecía ignorar el espacio de la Federación y las naves en favor de las preocupaciones en otros lugares. Habían pasado años desde el último encuentro registrado con una nave Klingon. ¿Cuánto duraría esa incómoda paz?

No lo suficiente.

Con una expresión aleccionadora, Korrapati se inclinó hacia delante en su silla y apoyó los antebrazos sobre su escritorio.

—Comandante, no me importa decir que me incomoda cómo se está desarrollando todo esto. Me disgusta no saber el estado actual de la colonia, o a lo que podemos estar encaminándonos. Hay algo… simplemente incorrecto acerca de todo esto, pero que me condenen si puedo decirle lo que creo que es.

—Entiendo, señor. —La experiencia y el instinto le decían a Georgiou que algo extraño estaba sucediendo en Tarsus IV. Más allá de la plaga reportada y sus efectos desastrosos, ¿qué más podría haberle sucedido a la desafortunada colonia? Incluso sin comunicaciones primarias, todavía había otros métodos para establecer contacto. Se podría lanzar una baliza de socorro desde el planeta, por ejemplo, programada para dirigirse a la Base Estelar 11 o transmitir un mensaje hasta que fuera detectada por una nave que pasara.

Después de terminar su café, Georgiou se levantó del sofá y se dirigió a la cafetera, sirviéndose otra taza de la bebida personal del capitán.

Realmente es bastante buena.

—Espere —dijo, rememorando algo que recordaba de su informe de misión. Se apartó del mostrador para mirar a Korrapati—. ¿Qué hay con el puesto avanzado de la Flota Estelar allí?

El capitán frunció el ceño.

—No hemos podido contactarlos tampoco. Su último informe de estado también fue hace tres días, e indicó que tenían muchos suministros para controlar la crisis hasta que llegara la ayuda, pero solo si se aislaban del resto de la colonia. El líder del equipo allí, el Teniente Comandante Lorca, informó que donarían sus suministros no contaminados a la causa y compartirían sus lotes con el resto de los civiles.

—Un pequeño gesto, pero importante.

Georgiou recordó de su revisión de la historia de la colonia que el puesto avanzado era anterior a la fundación del asentamiento; parte de los esfuerzos continuos de la Flota Estelar para monitorear las fronteras de la Federación y las amenazas potenciales más allá de las líneas imaginarias que servían para dividir el territorio en los incontables mapas de cartografía estelar. En cuanto a la colonia misma, a pesar de su tendencia a evitar la mayor supervisión directa posible de la Federación, las personas que vivían en el planeta mantenían una buena relación con el contingente de la Flota Estelar. Sabía que,

independientemente de las escasas tiendas de alimentos que poseía el puesto avanzado, no iría muy lejos para mitigar la crisis más grande que enfrentaban los colonos, pero el acto aún generaría buena voluntad y una sensación de sacrificio compartido con todos los obligados a soportar tales dificultades.

Por supuesto, ahora la pregunta era: ¿por qué el Comandante Lorca y su equipo también estaban fuera de contacto? ¿Experimentaban dificultades similares o relacionadas con las que afectaban a la colonia? Se estaban acumulando demasiadas preguntas sobre esta misión, sin respuestas fáciles, y Georgiou estaba comenzando a sentir algo de la misma incertidumbre e incluso temor que el Capitán Korrapati debía estar sintiendo.

—Estoy empezando a sentir que es el primer día de lecciones de natación —dijo—, y el instructor me lanzó al fondo de la piscina con una bolsa de arena alrededor de mi cuello.

Korrapati estaba golpeteando su escritorio con los dedos.

—El único consejo que puedo ofrecer en este momento es lo mismo que le diré a mi tripulación: prepárese para cualquier cosa, Comandante. Estamos entrando en una habitación oscura sin saber dónde está el interruptor de la luz, o quién podría estar escondido allí.

—Así es como hemos procedido desde el principio, Capitán. —Sin información real sobre la situación, Georgiou había optado por desarrollar un plan que preveía el peor de los casos y no contaba con la asistencia de los propios colonos. Si llegaban y resultaba que los habitantes de Tarsus IV podían ayudar, tanto mejor, pero hasta que pudiera demostrar lo contrario, estaría operando bajo el supuesto de que ella y su equipo estaban solos.

No solo tenían la tarea de prestar ayuda inmediata a los colonos, sino que Georgiou también tenía la responsabilidad de determinar si la situación justificaba una evacuación a gran escala de toda la población. Tal decisión no se podría tomar hasta que ella estuviera en el sitio y fuera capaz de evaluar el alcance de la emergencia y sus impactos no solo en los habitantes sino también en el planeta. ¿Sería capaz Tarsus IV de sostener la vida una vez que se abordara la crisis actual? Esa pregunta quedaría sin respuesta hasta que se completara un estudio exhaustivo de la infección por hongos. También tendría que priorizarse detrás de la necesidad inmediata de ayudar a los colonos de Tarsus IV a atravesar la calamidad que enfrentaban. Por lo que Georgiou sabía, dependería de quien fuera enviado a relevar al Capitán Korrapati como oficial superior de la Flota Estelar a cargo de la fuerza de respuesta.

En la Base Estelar 11 mientras esperaba el transporte para su próxima asignación como primer oficial a bordo de la *U.S.S. Desafiante*, Georgiou se encontró «reclutada» por el almirante en el servicio de emergencia y ligada a la nave de transporte para servicio temporal. Trabajando con los recursos a su disposición, Anderson había reunido a suficientes personas para formar un equipo médico, grupos de seguridad, varios especialistas técnicos y un destacamento del Cuerpo de Ingenieros de la Flota Estelar. Un

tercio del destacamento especial había sido retirado de la tripulación permanente de la Base Estelar 11, con el saldo completado por personal como Georgiou, todos en camino a otro lugar cuando el deber y el destino llegaran. Mientras que el Capitán Korrapati había logrado retener el mando de su nave y la autoridad general para esta primera fase de respuesta de la Flota Estelar a la emergencia, ella sería responsable de desplegar su equipo según fuera apropiado para lo que sea que encontraran una vez que la *Narbonne* llegara al planeta. Ambas eran medidas provisionales, o como lo había expresado el almirante —«de socorro».

El pitido del intercomunicador de la nave se entrometió en ese momento, seguido de lo que reconoció como la voz de la Comandante Natalie Larson, la primer oficial de la *Narbonne.*

—*Puente al Capitán Korrapati. Solicitó que se le avisara cuando ingresáramos al rango máximo de sensores del sistema Tarsus. Hemos cruzado ese umbral e iniciado un barrido del área. No hay señales de otro tráfico de naves, y tampoco estamos captando ninguna comunicación de la colonia.*

Intercambiando una mirada con Georgiou, Korrapati preguntó:

—¿Cuál es nuestro TDA?

—*De aproximadamente nueve horas, veinte minutos a nuestra velocidad actual, señor.*

—Continúe en curso y mantenga los barridos del sensor. Sigan intentando contactar con la colonia a intervalos de treinta minutos. Notifíquenme una vez que estemos lo suficientemente cerca como para escanear el planeta, o si algo más cambia.

—*Sí, señor. Puente fuera.*

Una vez que se terminó la comunicación, Korrapati extendió la mano para frotar el puente de su nariz.

—Están siendo bastante tercos, ¿no? —preguntó después de un momento.

Georgiou asintió con la cabeza.

—Así parece, señor.

—¿Recuerda lo que dije sobre estar preparados ante cualquier cosa?

—¿Sí?

—Bueno, ahora tiene alrededor de nueve horas para estar preparada para todo lo demás.

5

—Nunca había visto las calles tan abarrotadas.

Al caminar por un sendero a través del parque que servía como el espacio verde central de Nueva Anchorage, Gabriel Lorca y Terri Bridges hacían todo lo posible para actuar como si fueran solo dos ciudadanos más que se dirigían hacia el anfiteatro.

—Sí —dijo Bridges—. Cuatro mil personas que se dirigen en la misma dirección tendrán ese efecto. El toque de queda no empieza hasta dentro de dos horas, después de todo.

—Mayor presencia de seguridad. —Lorca había notado a docenas de oficiales uniformados, la mayoría de pie en las intersecciones principales o en las entradas a varios edificios. Con el toque de queda vigente en toda la ciudad y los asentamientos periféricos, sospechaba que su número aumentaría mientras trabajaban para hacer cumplir el nuevo mandato. No dudaba que un porcentaje significativo de la fuerza también estaba desplegada en el anfiteatro para ayudar a controlar a las multitudes. Eso estaba bien para él.

Al igual que él, Bridges lucía un atuendo civil, de acuerdo con sus instrucciones. Viajando vía transportador a las afueras de la ciudad, todos los miembros del equipo llevaban phasers, las armas escondidas debajo de las chaquetas civiles o debajo de las camisas para no llamar la atención. No tenían sus comunicadores, ya que Lorca había optado por dejarlos atrás por la posibilidad de que sus frecuencias pudieran rastrearse. Después del incidente en el puesto avanzado, miraba a cada oficial de seguridad de la colonia que encontraban. Nadie parecía estar reconociéndolos bajo ningún concepto, pero ya había decidido no correr riesgos innecesarios. Eso incluía entrar al anfiteatro o ir a donde pudiera concentrarse el personal de seguridad. Quería la capacidad de escapar y desaparecer entre la multitud si las circunstancias requerían tal acción.

—Por aquí —dijo, señalando hacia un edificio de apartamentos situado a lo largo del perímetro oeste del parque. Balayna Ferasini vivía aquí. Con las comunicaciones del puesto avanzado aún fuera de línea, Lorca se había visto obligado a confiar en los sistemas civiles para intentar comunicarse con ella, pero no había respondido a su primera llamada, por lo que le había dejado un mensaje informándole de su inminente llegada. Mientras él y Bridges se acercaban al departamento de Balayna desde el sur, Aasal Soltani se dirigía hacia allí desde el norte. Lorca esperaba que el hecho de no viajar juntos le permitiera al equipo escapar aún más de la atención de la seguridad de la colonia.

Entrar al edificio no resultó ser un problema. Incluso el único agente de seguridad que vieron en la calle pareció no prestarles atención. Del mismo modo, obtener acceso a la residencia de Balayna también se produjo sin incidentes, ya que Lorca poseía el código

de entrada para la cerradura del teclado de su puerta, que había compartido con el resto del equipo en caso de que la fuerza de seguridad los obligara a separarse y evadir su persecución.

—¿Balayna? —gritó cuando entró al departamento, y la luz del vestíbulo se encendió en respuesta a su presencia—. ¿Estás aquí?

Con Bridges siguiéndolo, entró más en el domicilio, permitiendo que la puerta se cerrara detrás de ellos. El vestíbulo se abría a la sala de estar del apartamento, que estaba decorada de manera discreta con un sofá y un par de sillones reclinables sobre una mesa baja de café. Todo descansaba sobre una gran alfombra de área que Lorca sabía que Balayna había comprado a un comerciante Tellarita en el distrito de mercado de la ciudad. Las estanterías se alineaban en las paredes a su izquierda y derecha, a excepción de una sección que estaba dominada por una pantalla de visualización típica de una residencia de este tamaño. La pantalla permitía al espectador acceder a las redes de noticias de la colonia y la Federación, así como a las bibliotecas de entretenimiento personal y comunitario.

La pared del fondo estaba compuesta por ventanales que se extendían desde el piso hasta el techo. Se había colocado una puerta que daba a las ventanas, permitiendo el acceso a un gran balcón sobre el que descansaban un par de sillones y una pequeña mesa redonda. El arte adornaba el reducido espacio que quedaba en la pared, y las estanterías estaban llenas casi hasta rebosar de libros impresos antiguos de todas las formas y tamaños, junto con un puñado de fotografías enmarcadas más pequeñas y otros recuerdos. Los ojos de Lorca se detuvieron en una imagen, acunada en un marco plateado, de él y Balayna. Estaba sin camisa mientras ella vestía un traje de baño de dos piezas, con agua azul brillante y arena blanca y fina como telón de fondo. Había sido de una excursión a la única aldea costera de la colonia un mes antes, y no pudo evitar sonreír ante los recuerdos de la semana que pasaron allí juntos.

—Bonito lugar —ofreció Bridges.

Gruñendo en reconocimiento, Lorca se trasladó al pequeño escritorio que ocupaba la esquina más alejada de la habitación. Un tazón cuadrado de madera, del tipo que todo vendedor podría jurar que había sido tallado en el primer árbol talado en una colonia, estaba lleno de papelitos de las diversas galletas de la fortuna que le había dado para que abriera. No sabía por qué los guardaba, pero era una de esas pequeñas peculiaridades que amaba de ella. Distraídamente, seleccionó uno al azar y lo miró antes de guardarlo en el bolsillo. Encendió la pequeña lámpara y sobre el escritorio descansaba un bloc de notas y un bolígrafo. La hoja superior de la libreta contenía un mensaje, escrito en lo que reconoció como la letra de Balayna.

Gabe,

Fui a la reunión. Nunca nos encontraremos en esa multitud, así que si lees esto, mira el discurso y espérame.

Ansío verte pronto.

Con amor Balayna

Después de escucharlo leer la nota en voz alta, Bridges preguntó:

—¿Lo llama «Gabe»? Eso es dulce.

—Ella es una de las pocas que puede hacerlo sin arriesgarse a sufrir graves lesiones. —Lorca le ofreció una pequeña sonrisa para mostrar que estaba bromeando, pero la verdad era que prefería que lo llamaran por su nombre. Balayna ignoró este deseo, juguetonamente, por supuesto, y en verdad se sentía bastante cómodo con ella haciéndolo.

El sonido de la puerta del departamento abriéndose hizo que Lorca y Bridges desenfundaran sus phasers, solo deteniéndose al ver a Aasal Soltani entrando al vestíbulo.

—Es bueno verlos a los dos —ofreció Soltani cuando el recién llegado se unió a sus compañeros—. ¿Soy el único que está feliz de no estar en la calle?

—Ni lo pienses —respondió Bridges.

Alejándose del escritorio de Balayna, Lorca hizo un gesto hacia la pantalla de visualización.

—Balayna se ha ido al anfiteatro y nos ha pedido que la esperemos. Podemos ver todo aquí. —Todavía le parecía extraño que el nuevo gobernador, Kodos, optara por un medio aparentemente ineficiente de transmitir información a la colonia, cuando un discurso transmitido por la red de noticias de la colonia sería más rápido y llegaría a todos simultáneamente. Quizás Balayna tenía razón, y esto era tanto una asamblea para la moral y la tranquilidad como para la difusión de información, al menos parte de la cual sería menos que placentera.

Después de moverse para sentarse en el sofá, Soltani tomó el panel de control que estaba sobre la mesa de café, presionó los controles para activar la pantalla y seleccionar el canal para la red de noticias principal de la colonia.

—Son más de las ocho de la noche —dijo—. El discurso debería comenzar pronto.

La imagen se fusionó en un montaje de impresionantes vistas: exuberantes bosques, espectaculares cadenas montañosas enmarcadas por brillantes cielos azules, cascadas en caída, olas oceánicas surgiendo contra arenas blancas y brillantes. Lorca reconoció algunos de los lugares, habiéndolos visitado con Balayna o con uno de su equipo. Estos pronto fueron reemplazados por imágenes de Nueva Anchorage, una ciudad vibrante llena de actividad. Impresionantes edificios junto con el arte y la escultura que adornaban varios de sus parques públicos mezclados con imágenes de hombres, mujeres y niños dedicados a una variedad de trabajos o actividades recreativas. Muchos de los puntos de referencia de la ciudad que estaban siendo reproducidos, incluido el puerto espacial y el edificio de la gobernación, se desvanecieron y fueron reemplazados por impresionantes vistas de extensas tierras de cultivo y filas de invernaderos y sistemas de riego.

—*Este es nuestro mundo* —dijo una voz profunda y dominante—. *No fue un regalo. Todo lo que hay aquí, todo lo que hemos llegado a amar, apreciar y depender, es producto de nuestra dedicación y trabajo, junto con los de sus padres y los de sus padres*

antes que ellos. Desde que se fundó esta colonia, quienes la llaman hogar han sido impulsados por un solo deseo: el derecho a la simple autodeterminación. Durante más de un siglo, esa fue la promesa de Tarsus IV. Aquellos de ustedes descendientes de los colonos iniciales dieron la bienvenida a personas como yo a su entorno, personas que compartieron sus valores y que buscaron los mismos objetivos y propósitos en la vida. Al igual que muchos otros, me inspiró a seguir su ejemplo y hacer mi parte para contribuir al todo mayor.

Las escenas de los hermosos paisajes y la próspera agricultura desaparecieron, reemplazadas por una nueva serie de imágenes que resultaron mucho más aleccionadoras. Ahora las granjas estaban ennegrecidas y muertas, o mostraban sus cultivos ardiendo, enviando columnas de humo oscuro hacia los cielos. Cuando las imágenes cambiaron a las de las personas, desapareció la felicidad y la promesa de vidas cumplidas. En cambio, había máscaras de preocupación, miedo y angustia. Los niños lloraban. Los bebés aullaban. Los adultos parecían tristes, como si estuvieran listos para rendirse o ceder ante una contienda abrumadora.

—*Todo por lo que hemos trabajado está amenazado. La miopía de unos pocos nos ha amenazado a todos. Si no actuamos, todo desaparecerá de nosotros como consecuencia de una acción precipitada, y también como castigo por crímenes perpetrados no por nosotros, sino más bien contra nosotros. No se equivoquen: un ajuste de cuentas está sobre nosotros; y es cómo respondamos a este desafío lo que definirá el legado de este mundo para siempre.*

La pantalla cambió a lo que Lorca reconoció como una vista del anfiteatro como si uno estuviera parado en su extremo más alejado, mirando a través de una extensión de personas hacia un estrado que se elevaba sobre los que se agitaban en el suelo. Observó que nadie estaba sentado en las gradas ni a lo largo de los senderos para caminar o las entradas de los túneles que conducían a vestíbulos debajo de las filas de asientos elevados, aunque los guardias de seguridad estaban estacionados a intervalos aleatorios a lo largo de la pasarela que rodeaba las gradas en su punto medio. Mientras tanto, los miles de colonos reunidos estaban parados en la hierba. Las luces, grupos de bombillas colocados en altas columnas de metal dispuestas alrededor del perímetro del lugar, iluminaban el campo y parte de la plataforma elevada, pero Lorca vio que el área que sostenía un podio estaba en sombras.

—Hay mucha gente allá abajo —observó Bridges, quien se había sentado al lado de Soltani—. ¿Por qué no usar las gradas?

Lorca, con los brazos cruzados mientras se mantenía de pie detrás del sofá, sacudió la cabeza.

—No tengo idea, aparte de que quizás sea la forma más rápida de hacer que la gente entre y salga.

Señalando a la pantalla, Soltani dijo:

—Algo está pasando en el estrado. Creo que está comenzando.

Todos los ojos se volvieron hacia la pantalla cuando una figura se movió desde la oscuridad en la parte trasera del estrado al podio. Lorca vio lo que parecía ser un hombre humano —o al menos humanoide—, la mitad superior de su cuerpo aún oculta en las sombras. ¿Era esto una consecuencia del ángulo de la cámara o una elección deliberada? El efecto era amplificado por la brillante iluminación en el campo del anfiteatro, sobre el cual Lorca supuso que tenía que haber cerca de cuatro mil personas, o aproximadamente la mitad de la población total de la colonia. Los guardias estaban firmes en cada esquina del estrado, con dos más ubicados detrás de la figura en el podio. Sus uniformes eran casi idénticos a los usados por el grupo que se había infiltrado en el puesto avanzado, y Lorca sintió una punzada de irritación mientras los estudiaba. Aunque todos llevaban pistolas de mano, las armas permanecían en fundas en la cintura de cada oficial.

—Parece disfrutar de la teatralidad, ¿no? —dijo Bridges. Nadie ofreció comentarios en respuesta a su pregunta.

Hubo un crujido de estática, lo que indicó la activación de un sistema de transmisión de audio, y en ese momento una sola voz retumbó a través de los altavoces ubicados alrededor del anfiteatro.

—*Buenas tardes, ciudadanos de Tarsus IV. Soy el Gobernador Kodos, y estoy ante ustedes esta noche no solo como su nuevo líder, sino también como un miembro de esta comunidad, que se encuentra al borde de la catástrofe. Tengan la seguridad de que el contagio que ha devastado nuestro suministro de alimentos pronto será contenido, pero el daño que ha causado es severo y exige una acción extrema de nuestra parte si queremos sobrevivir. Se han enviado llamadas de socorro, pero los últimos informes de la Flota Estelar nos dicen que la asistencia está a casi un mes de distancia, mucho más de lo que podemos sobrevivir con nuestros niveles actuales de alimentos. Como consecuencia, se han promulgado varios protocolos de emergencia para la seguridad de todos los ciudadanos.*

»Muchos de aquellos en los que han confiado para dirigir esta colonia a través de la prosperidad y la adversidad les han fallado. El hecho de que permitieran que se produjera la situación que ahora enfrentamos es suficiente crimen, pero luego agravaron su ofensa al no tener una visión de la mejor manera de enfrentar esta crisis que nos amenaza a todos. Navegar en este momento difícil no presentará escasez de desafíos. El éxito depende de poder tomar decisiones difíciles, incluso imposibles. Los líderes que eligieron para asumir esta responsabilidad han demostrado ser indignos de la confianza que ustedes les dieron.

»Debido a esto, junto con un grupo de almas igualmente valientes y comprometidas, he dado un paso adelante, respondiendo al llamado de un deber no deseado. Con su hábil asistencia, soy yo quien los guiará a través de las circunstancias más difíciles. Ya asumimos el control de los roles críticos dentro del gobierno de la colonia, evaluamos nuestra situación y los recursos disponibles para abordar esta crisis, y tomamos algunas decisiones difíciles.

»La verdad inexpugnable es que simplemente no podemos alimentar a ocho mil personas hasta que llegue la asistencia. Incluso con un racionamiento estricto, agotaremos nuestros suministros en solo unos pocos días. La ayuda está a semanas, si no más. Por lo tanto, enfrentamos decisiones duras e implacables. Hubo quienes se mostraron en desacuerdo con nuestros métodos y nuestras conclusiones, hasta el punto de que su disensión podría significar un desastre para todos nosotros. No tuvimos más remedio que proceder a pesar de esa resistencia. Si queremos asegurar nuestro futuro, debemos liberarnos de los grilletes del pensamiento seguro y convencional, que solo puede llevarnos por un camino hacia la fatalidad. Lo que hagamos a partir de ahora debe ser con los mejores intereses de la comunidad en su centro.

Kodos se detuvo en respuesta a un coro de murmullos y otros sonidos de preocupación e incertidumbre que emanaban de la multitud reunida ante él. Lorca observó cómo los oficiales de seguridad que lo flanqueaban en las esquinas del estrado depositaban sus manos sobre sus armas enfundadas.

Soltani preguntó:

—¿De qué demonios está hablando? Parece que está llamando a la anarquía total o algo así.

—Dado con lo que estamos lidiando —respondió Bridges—, es de esperar cierta disensión. —Levantó la ceja derecha casi de forma Vulcana—. De ahí el toque de queda y la mayor presencia de seguridad, entre otras cosas.

En la pantalla, la audiencia había reprimido sus diversas reacciones al discurso del gobernador, y Kodos continuó.

—*Seguiremos adelante y haremos lo que se deba hacer para preservar todo por lo que se fundó esta comunidad y por todo lo que se ha esforzado por lograr. Debemos hacer esto a pesar de la incertidumbre e incluso la cobardía que detuvo a mis preecesores. Eso significa hacer sacrificios por el bien común, de acuerdo con una serie de directivas que estoy implementando de inmediato. Lo que hago ahora, lo hago por la supervivencia de nuestra civilización y por aquellos mejor adecuados para llevar nuestro legado hacia adelante. La revolución es exitosa, pero la supervivencia depende de medidas drásticas. Su existencia continua representa una amenaza para el bienestar de la sociedad. Sus vidas significan la muerte lenta para los miembros más valorados de la colonia. Por lo tanto, no tengo otra alternativa que sentenciarlos a muerte. Su ejecución ya ha sido ordenada. Firmado: Kodos, Gobernador de Tarsus IV.*

Tan inesperadas fueron las palabras que había oído que Lorca tardó un momento extra en procesar su verdadero significado. No solo él, ya que intercambió miradas sorprendidas con su equipo, incluso cuando un nuevo retumbar surgió de la audiencia del anfiteatro.

—¿Acaso él…? —dijo Bridges, pero las palabras murieron en su garganta.

Lorca la oyó, pero no respondió, paralizado por la pantalla cuando comenzó lo inimaginable.

Aullidos de energía cayeron en cascada por el lugar al aire libre, y Lorca inmediatamente reconoció las firmas de armas de energía a gran escala. Visibles en las entradas de los túneles en los niveles superiores del anfiteatro se encontraban enormes cañones phaser, cuyas variaciones se empleaban en toda la Flota Estelar y la Federación para defensa terrestre, así como misiones más inocuas como perforar pasajes subterráneos para esfuerzos mineros o aprovechar fuentes de agua o agua subterráneas. Nunca en su vida Lorca los había visto siendo utilizados de la manera que ahora contemplaba.

—Mierda.

Fue toda la reacción que pudo reunir cuando los rayos mortales barrieron el campo, atravesando a los colonos reunidos con despiadada eficiencia.

Entonces comprendió.

¿Balayna? ¡No!

Gritos de terror y angustia llenaron el aire, puntuados por el chirrido agudo de las armas que disparaban sobre la multitud. Lorca se percató con creciente horror de que los gritos de los colonos reunidos disminuían en número e intensidad con cada segundo que pasaba a medida que los cuerpos se desintegraban frente a la embestida. Las armas estaban puestas al máximo, tanto los cañones más grandes como los rifles manejados por docenas de oficiales de seguridad colocados en las gradas por encima del campo. Sus ataques infernales no dejaban nada a su paso, excepto gritos que se desvanecían de hombres, mujeres y niños que involuntariamente habían marchado hacia sus propias muertes.

Y en algún lugar en medio de esa matanza estaba Balayna.

—Tenemos que hacer algo —dijo Soltani, pero Lorca sabía que era una respuesta reflexiva; un intento desesperado por evitar la indescriptible masacre que se llevaba a cabo ante sus ojos. Entendía y simpatizaba cuando oleadas de indefensión y tormento similares lo invadieron.

Tan abruptamente como había comenzado, la ejecución finalizó.

No simplemente una ejecución, se castigó a sí mismo Lorca. *Un asesinato. Un asesinato en masa.*

El humo flotaba en el aire sobre el campo, grandes porciones del mismo ardiendo a raíz de las andanadas. Un silencio sofocante descendió sobre la hierba chamuscada y la tierra, sobre la cual nada se movía, sobre la cual no quedaba nada que se moviera.

Al apartar los ojos de la espeluznante escena, Lorca vio que el podio estaba vacío. Kodos se había ido. Todavía tenía que estar allí, en algún lugar del anfiteatro, probablemente siendo trasladado a un lugar seguro. Salvo por el puesto avanzado de la Flota Estelar, no había transportadores en uso en ninguna parte de la colonia, por lo que Kodos y sus acompañantes tendrían que depender del transporte convencional, pero ¿a dónde irían?

Lorca lo quería. Quería la garganta del gobernador en sus manos. Quería sentir el pulso del otro hombre debajo de sus dedos, su frecuencia aumentando con cada momento que pasaba mientras apretaba cada vez más fuerte, hasta que los latidos se detenían o la

tráquea se rompía o simplemente arrancaba ese puñado de tejido cuando la luz se desvanecía de los ojos de Kodos.

Balayna.

—¿Comandante? —Era Bridges, ahora de pie, bloqueando a Lorca la vista de la pantalla—. Señor, ¿se encuentra…?

Mirando más allá de ella, vio que la imagen del anfiteatro había desaparecido, reemplazada por un hombre erguido frente a lo que Lorca reconoció como el telón de fondo para una de las destacadas estaciones de noticias de Nueva Anchorage. El hombre decía algo sobre que el toque de queda volvía a estar en pleno efecto y que los infractores serían arrestados. Sobre el despliegue de fuerzas de seguridad en toda la ciudad, sin duda para contener lo que serían al menos algunas manifestaciones de resistencia y violencia una vez que terminaran de absorber el impacto de los asesinatos que acababan de presenciar. También emitieron advertencias sobre confrontar a los agentes de la ley de la colonia, con severas sanciones prometidas por cualquier ataque u otros actos de insurrección.

—No tiene ningún sentido —dijo después de un momento, obligando a sus palabras y pensamientos a ordenarse—. Incluso con la ayuda a semanas, podrían haber sobrevivido. Racionar la comida disponible. Encontrar alguna forma de resistir el tiempo suficiente hasta que la ayuda llegara aquí.

—Incluso con la mitad de la población —dijo Soltani—, la colonia estará estirando las pequeñas cantidades de alimentos no contaminados a un grado sorprendente. Podrían sobrevivir, pero de ninguna manera sería agradable.

Bridges agregó:

—¿Pero decidir que la mitad de la población necesitaba morir? ¿Para salvar la otra mitad? ¿Cómo se toma ese tipo de decisión? ¿En base en qué criterios?

—Tenemos que ponerlo bajo custodia —dijo Soltani—. De alguna manera, pero no será fácil. ¿Qué tan grande es el contingente de seguridad?

Lorca sacudió la cabeza.

—No lo sé. ¿Un par de cientos, tal vez? Los colonos sobrevivientes ciertamente los superan en número. —Se percató de la magnitud de lo que eso significaba. Cuatro mil personas habían disminuido en cuestión de minutos, mientras que él se había visto obligado a verlos morir.

—No hay forma de que este Kodos haya decidido hacer esto sin un plan de algún tipo —dijo Soltani—. Tenía que saber que habría personas que atacarían con ira y dolor. —El especialista en informática señaló la pantalla de visualización—. Si estaba preparado para hacer eso, entonces está listo para matar a cualquier otra persona que intente moverse contra él.

Bridges dijo:

—¿Pero por qué? Al principio creí que podría estar simplemente loco, pero eso no explica la ayuda que obviamente obtuvo para lograr esto.

—No sé —dijo Lorca—, pero lo averiguaré. —Hizo a un lado la imagen de Balayna, que estaba en el primer plano de su mente, obligándose a concentrarse en el asunto en cuestión—. Antes de que podamos hacerlo, tenemos que enviar un mensaje a la Flota Estelar. Tienen que saber qué pasó aquí y qué esperar cuando llegue la ayuda. Por lo que sabemos, Kodos está planeando algo contra cualquier nave que llegue aquí primero. No podemos dejar que nadie entre a ciegas en esta situación.

—Es una apuesta segura que Kodos nos estará buscando —dijo Bridges—. Tiene que saber que no podemos dejar que esto quede sin respuesta.

Soltani preguntó:

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperan que corramos y nos escondamos en algún lugar —dijo Lorca—. Tenemos una oportunidad de sorprenderlos antes de que se acerquen a nosotros, así que hay que hacer que cuente. —Miró alrededor del departamento, que no era más que un cruel recordatorio de lo que Kodos le había quitado—. Probablemente este lugar sea seguro para esta noche, pero no hay forma de saber si están al tanto de mi relación con Balayna, por lo que tendremos que descubrir otro. No podemos ir con nadie que conozcamos en la ciudad. —Lanzó una mirada involuntaria a la pantalla de visualización—. Suponiendo que alguno de ellos haya sobrevivido.

No podían volver al puesto avanzado; era el primer lugar donde los buscarían las fuerzas de seguridad. En cambio, tendrían que esconderse, mezclarse, volverse invisibles y tal vez intentar localizar y detener a Kodos, todo mientras esperaban que llegara la ayuda.

De una forma u otra, el verdugo tendría que responder por sus crímenes. Lorca haría de eso su misión.

Balayna y las otras cuatro mil personas no merecían menos.

6

¿Podría haber estado completamente equivocado?

El techo del edificio de apartamentos le daba a Kodos una vista ofrecida por muy pocas estructuras en el área. Desde aquí, tenía lo que debía ser un maravilloso panorama de Nueva Anchorage. A esta hora, mucho después de la puesta del sol, las calles y callejones se iluminarían, y las luces de innumerables ventanas aparecerían como pequeñas constelaciones rogando por la aceptación de las estrellas muy por encima.

En cambio, mientras se apoyaba contra el parapeto que rodeaba el techo del edificio y miraba hacia la ciudad, la gran mayoría de las ventanas que podía ver estaban oscuras, dejando solo las farolas y otras fuentes de luz externas para pintar el retrato nocturno de Nueva Anchorage. La escena de esta noche era puntuada por fuegos dispersos de diferentes tamaños. Las alarmas desde el nivel de las calles se transmitían con la brisa, y si se esforzaba por escuchar, Kodos podía sentir gritos y otros sonidos asociados con grupos de manifestantes.

—Llegan informes de toda la ciudad —dijo su asistente, Ian Galloway—. Las unidades de seguridad están respondiendo a docenas de llamadas. La mayoría son aglomeraciones de menos de diez personas, pero existe la preocupación de que los grupos pequeños puedan unirse mientras más tiempo dure esto.

Hubo una pausa y Kodos vio a Galloway mirando algo en la tableta que llevaba en la mano izquierda. El hombre más joven parecía cansado. Su ropa y su cabello castaño oscuro parecían despeinados, como si lo hubieran despertado a una hora muy temprana y trabajado todo el día. Para Kodos, Galloway también parecía un poco asustado.

—La mayor parte de la población parece estar cumpliendo con el toque de queda y las otras reglas de emergencia que hemos establecido, pero algunos de los comandantes de la guardia están preocupados de que esto no dure.

Se habían esperado distrubios, Kodos lo sabía, una vez que la población sobreviviente pudiera procesar la conmoción del «Sacrificio», como había elegido llamar al evento en el anfiteatro. Había habido una protesta inicial, anticipada, por supuesto, pero la acción directa en las primeras horas había sido silenciada, gracias a los esfuerzos de las fuerzas de seguridad para hacer cumplir el toque de queda. Menos de tres docenas de ciudadanos fueron arrestados esa primera noche, pero ese número se había superado por mucho antes del anochecer de hoy.

Y solo empeoraría.

—Quizás otro discurso sea necesario —dijo Galloway—. Un nuevo mensaje para la gente, pidiendo calma y asegurándoles que todo va a estar bien.

Al apartarse del parapeto, Kodos miró a su asistente con descarado escepticismo.

—¿Qué se les puede decir? ¿Cómo puedo hacerles entender que estábamos actuando en lo que creíamos que era el mejor curso para la supervivencia continua de la colonia?

Al principio, las matemáticas simples habían sido el mayor impulsor de su decisión. Más de ocho mil colonos, con suficiente comida para sostener menos de la mitad de ese número hasta que supuestamente llegara la ayuda de la Flota Estelar. Ante hechos tan fríos e incontrovertibles, ¿qué más podía hacer? El racionamiento solo prolongaría el sufrimiento en lugar de aliviarlo, ¿y con qué fin? ¿Perder tal vez la misma cantidad de personas que las elegidas para el Sacrificio y el sufrimiento continuo de los que quedaban? Su solución, aunque dura, al menos poseía una virtud de misericordia y conllevaba la posibilidad de proteger a la comunidad de la disolución. ¿Alguien creería lo mismo, dentro de décadas, una vez que el relato de esta tragedia se hubiera comprometido con las páginas de la historia?

—Sí, hay quienes nos apoyaron, pero ¿cuántos darán un paso adelante y proclamarán esa lealtad? —Kodos sacudió la cabeza—. Sospecho que ese número será muy bajo.

—Usted estaba actuando en nuestro mejor interés, señor.

Incluso cuando Galloway pronunció las palabras, Kodos escuchó el leve indicio de duda en la voz del otro hombre. Eso era comprensible, admitió. Al presenciar el Sacrificio mientras estaba de pie al lado de su gobernador, la reacción inmediata de Galloway fue, como tantas otras, de sorpresa e incredulidad. Pero para sorpresa de Kodos, su asistente pareció procesar todo lo que se desarrollaba ante él con rápida eficacia antes de dirigirse al gobernador y decirle lo que Kodos mismo creía que era verdad. Las palabras, pronunciadas con un toque de incertidumbre, aún resonaban en su mente.

Es lamentable, señor, pero necesario.

—Lo que enfrentamos son tiempos difíciles, Ian —dijo Kodos—, pero tengo que creer que aquellos de nosotros que sobrevivamos a este desafío saldremos mejor por la experiencia. Nuestro verdadero temple habrá sido probado y podremos aplicar las duras lecciones aprendidas aquí para mejorar la calidad de vida de las generaciones futuras.

Otros expresaban sentimientos similares, incluida la mayoría de los hombres y mujeres que lo habían acompañado a Tarsus IV una década antes en busca de un nuevo comienzo y nuevas oportunidades. Si bien había habido indicios de preocupación con respecto a las ramificaciones del Sacrificio una vez que llegara la ayuda de la Federación, varias personas comenzaban a expresar al menos cierto grado de comprensión de lo que había ordenado.

¿O era simplemente su percepción, vista a través de un filtro nublado de sesgo y deseada validación?

Era algo que había meditado detenidamente mientras finalizaba sus decisiones sobre quién sería sometido al Sacrificio. Las elecciones habían involucrado varios factores, incluido el valor percibido de cada colono y las posibles contribuciones futuras a la comunidad, no solo a corto plazo, sino en los años y décadas venideros. ¿Cómo podría hacerse tal determinación, cuando el futuro era mayormente desconocido? Elaborar su

análisis no había sido una tarea fácil, y no la pudo delegar a otra parte. Hacerlo significaba invitar a la posibilidad de emoción a la mezcla, en lugar de depender de los hechos objetivos y la extrapolación razonada e información basada en los reportes disponibles. Kodos estaba seguro de que solo él podía proporcionar la perspectiva desapasionada y adecuada para hacer sus selecciones finales.

Del mismo modo, Kodos sabía que solo él recibiría la peor parte de la examinación histórica, la persecución y el juicio final.

Que así sea.

—Debería decir algo, Gobernador —dijo Galloway—. La situación en las calles está aumentando, pero aún no está fuera de control. Todavía hay tiempo para hacer que la población vea la razón.

Kodos palideció ante la idea.

—Temo que se pierda la oportunidad. Ahora que la gente sabe que la ayuda está en camino, el Sacrificio será visto como innecesario. —La tristeza brotó dentro de él.

A pesar de sus esfuerzos para ejercer control sobre recursos como el principal centro de comunicaciones de la colonia, Kodos y sus seguidores no pudieron evitar que un solo agente de seguridad transmitiera a la ciudad su mensaje recibido de que una nave de la Flota Estelar estaría aquí dentro de un día, si no antes. Kodos no sabía cómo esto era posible, dado que el último informe enviado desde la Base Estelar 11 indicaba que faltaban varias semanas, si no más. Las circunstancias detrás de ese cambio repentino no eran importantes, por supuesto; todo lo que importaba era el impacto en la colonia.

Armados con esta noticia, cada vez más ciudadanos se sentían envalentonados. Buscaban represalias, ya fuera en respuesta a seres queridos o amigos perdidos o simplemente actuando contra el Sacrificio. Incapaces de desahogarse con Kodos, estaban canalizando sus emociones cada vez más fugitivas hacia sus sustitutos, las fuerzas de seguridad. Otros estaban lanzando o uniéndose a protestas de diferentes tamaños e intensidades, cuyos signos más visibles eran los incendios que Kodos podía ver desde aquí en el techo. En la calle frente a este edificio, vio a un grupo de siete personas corriendo por una acera mientras los perseguían los agentes de seguridad. Detrás de ellos había un vehículo terrestre consumido por las llamas.

—¿Cuántos oficiales de seguridad tenemos a mano? —preguntó.

Galloway dio un paso adelante hasta que se paró justo a la izquierda de Kodos.

—Trescientos setenta y cuatro permanecen en roles activos. Veintidós renunciaron a sus cargos y cuatro resultaron heridos durante los altercados. —Hizo una pausa, el tiempo suficiente para que Kodos echara una mirada en su dirección, antes de agregar—: No hay forma de saber cuántos más podemos perder, señor.

Asintiendo con la cabeza, Kodos dijo:

—Eso también es de esperarse. Los últimos días han probado nuestras almas. Es razonable que haya quienes no puedan encontrar la fuerza dentro de sí mismos para continuar.

Solo un pequeño y confiable número de oficiales de seguridad de la colonia había sabido del Sacrificio antes de que Kodos finalizara sus planes. Aunque había solicitado el visto bueno de un grupo de asesores de confianza, las decisiones finales fueron suyas. Sabía que esto no importaría una vez que la Federación supiera lo que había sucedido aquí, pero tenía la esperanza de mitigar el alcance de las personas atrapadas en el asunto una vez que la verdad saliera a la luz. Cuando informó a los hombres y mujeres que se encargarían de llevar a cabo la solución, muchos se negaron, pero Kodos había elegido bien a su gente. A pesar de su inquietud inicial, los leales a él aceptaron la necesidad de las acciones.

El resto de los destacamentos de seguridad quedaron atrapados en las secuelas del Sacrificio. Kodos no albergaba dudas de que estaban divididos entre sus propios sentimientos personales y su deseo de mantener su deber de salvaguardar a los colonos sobrevivientes. De hecho, ya había recibido informes al respecto, con oficiales que permanecían en servicio incluso ante el creciente descontento civil y trabajando para mantener el orden. ¿Cuánto tiempo podría durar eso, dadas las sorprendentes noticias sobre la inminente llegada de la Flota Estelar y la creciente conciencia de que el Sacrificio había sido tan inútil como severo?

—Ordene a todos los comandantes de guardia que permanezcan en la estación hasta nuevo aviso —dijo, esperando que no terminara siendo un gesto inútil. Los oficiales en tierra solo necesitaban aguantar otro día como máximo, hasta que llegara la nave de la Flota Estelar.

Todo esto era evitable.

—Si tan solo nos hubieran dejado solos para vivir nuestras vidas en paz.

—¿Señor?

La pregunta de Galloway hizo que Kodos se diera cuenta de que había dicho las palabras en voz alta. También le hizo darse cuenta de que, con los brazos cruzados, una vez más había retomado el hábito irreflexivo de acariciarse la delgada y bien recortada barba. Se había convertido en una especie de afectación nerviosa en los últimos días, y estaba empezando a molestarlo.

—Mis disculpas, Ian. Solo pensaba que nada de esto tendría que haber sucedido, si solo se hubiera permitido trazar nuestro propio rumbo. En cambio, uno podría argumentar que nuestra situación existe solo debido a la interferencia de la Federación.

Otro mundo colonial, Epsilon Sorona II, había sido víctima de una catástrofe global. Las tensiones tectónicas muy por debajo de la superficie del planeta habían sometido a los seis mil colonos a terremotos que solo continuaron aumentando en frecuencia y gravedad. Con el tiempo suficiente para evacuar el planeta antes de que los terremotos devastaran todo, los servicios de apoyo a las colonias se quedaron con pocas opciones para reubicar a tanta gente en tan poco tiempo. Los funcionarios de la Federación decidieron que Tarsus IV era el mejor candidato para la reubicación. Aunque el planeta era más que adecuado para mantener a los recién llegados, algunos miembros del consejo de liderazgo de la colonia expresaron su preocupación por la escasez de recursos

disponibles. Los funcionarios que supervisaban la reubicación de emergencia prometieron todo tipo de apoyo para aliviar tales problemas, e incluso Kodos se veía obligado a admitir que tanto la Federación como la Flota Estelar habían excedido las estimaciones más generosas en lo que respectaba a la asistencia brindada.

Aún así, había algunos de los colonos establecidos, incluido Kodos, que sentían que la capacidad de su comunidad para influir en la elección se eludía, si es que no se ignoraba por completo.

Nada de esto había sido culpa de los colonos reubicados de Epsilon Sorona, por supuesto. De hecho, muchas de las personas traídas aquí finalmente decidieron quedarse en lugar de ser llevadas a otro lugar una vez que se presentaron las oportunidades y los recursos. Hicieron todo lo posible para integrarse con la población existente y respetar la visión de la colonia trabajando para ser una sociedad completamente independiente. Algunos incluso parecían aceptar la postura más dura adoptada por Kodos y otros como él, quienes creían que todos aquí deberían ser ciudadanos educados, comprometidos y productivos que trabajasen hacia un objetivo común de total autonomía.

Ahora todo eso estaba en peligro.

Si los refugiados de Epsilon Sorona II simplemente hubieran sido llevados a otro planeta —a cualquier otro planeta— era posible que lo que todos se habían visto obligados a soportar nunca hubiera sucedido. Se les habría permitido continuar sus vidas como simples científicos, sumergiéndose en la geología de Tarsus IV y las innumerables historias que esperaba contar, y pasar el resto de sus vidas aprendiendo cualquier secreto que el planeta hubiera logrado guardar para sí mismo antes de que seres vivos decidieran hacer de él su hogar.

¿Por qué había dado un paso adelante? Por mucho que Kodos quisiera negarse la verdad incluso a sí mismo, las razones eran simples: la situación exigía el liderazgo que su predecesora, la Gobernadora Ribiero, y sus asesores no habían podido proporcionar. No dispuesto a esperar y ver este desastre de liderazgo, Kodos convenció a un número suficiente de miembros del consejo para votar por destituir a Ribiero de su cargo. A pesar de su audaz movimiento e incluso con el apoyo de sus amigos en el consejo, asumió el papel de gobernador con gran renuencia.

Galloway preguntó:

—¿Se arrepiente de las elecciones que tomó, señor?

—No. Y sí. —Resoplando, Kodos sacudió la cabeza—. Tras reflexionar, actué demasiado rápido para dar a conocer mis ideas. La Gobernadora Ribiero y los demás no pudieron considerar los méritos de mi plan de supervivencia.

Tan pronto como fue nombrado gobernador, Kodos había comenzado a comunicar sus pensamientos iniciales sobre la capacidad de la colonia para resistir la creciente crisis. No había salido y dicho lo que tenía en mente, pero sí compartió sus pensamientos sobre cómo los miembros más débiles de la comunidad —aquellos que podríanno ser capaces de contribuir a su preservación en los días y semanas venideros— representaban una responsabilidad, e incluso como este punto se encontraba con la resistencia. ¿Por qué no

podrían Ribiero y su consejo haber estado más abiertos a las duras necesidades que exigía la supervivencia? Si lo hubieran hecho, Kodos podría no haberse visto obligado a implementar una acción tan drástica tan pronto después de asumir el manto de liderazgo.

Ignorando su tentación inicial de incluir a Ribiero y al consejo como parte del Sacrificio, Kodos ordenó que los pusieran bajo custodia protectora. A pesar de las diferencias de opinión o perspectiva que pudieran tener, la verdad era que se necesitaría a la antigua gobernadora y al consejo de liderazgo, una vez que terminara la emergencia y la colonia volviera su atención hacia la tragedia que se les había impuesto.

Por supuesto, a pesar de toda la ayuda que la Flota Estelar y la Federación proporcionarían, su asistencia también serviría para socavar lo que Kodos se había sentido obligado a hacer. ¿Quién, si no, podría intentar ver las cosas desde la perspectiva de aquellos obligados a vivir esta crisis? No había forma de saberlo con certeza, pero Kodos no lo encontraba probable. Era más probable que las autoridades de otros mundos, y aquellos que sobrevivieron tanto a la plaga como al Sacrificio, maldijeran su nombre. Los historiadores y otros supuestos expertos, junto con estudiosos y todos los demás con una opinión, informada o no, debatirían todos los aspectos de este incidente durante años.

Un tono que emanaba de la tableta de Galloway sacó a Kodos de su ensueño, y miró hacia el otro hombre que consultaba el dispositivo, su expresión renovada de preocupación.

—Gobernador, ha habido una actualización sobre el estado de la nave de la Flota Estelar. Acabo de escuchar del centro de comunicaciones que recibieron otro mensaje, avisándonos que estarán aquí dentro de dos horas.

Kodos frunció el ceño.

—¿Tan pronto?

—No puede quedarse aquí, señor —dijo el hombre más joven—. Le arrestarán a la primera oportunidad. El puerto espacial no es una opción, ya que el capitán de la Flota Estelar le ha ordenado al capitán del puerto que bloquee el acceso a cualquiera de las dos naves atracadas allí.

La orden, aunque prudente, también era superflua. Una vez que se había hecho evidente que la colonia sufría del equivalente de un brote viral, los procedimientos de cuarentena se habían aplicado automáticamente para evitar que cualquier amenaza de contaminación abandonara el planeta. Eso significaba el cierre del puerto espacial de Nueva Anchorage, y el capitán del puerto había supervisado el proceso de bloquear el acceso a los sistemas a bordo de ambos transportes de carga atracados allí. Ninguno de los buques podría intentar un lanzamiento sin que se rescindieran los bloqueos de la computadora, lo que requería de la autorización de la Flota Estelar o el representante de la Federación encargado de responder la llamada de socorro de la colonia. Al activar el protocolo de cuarentena, el jefe de puerto se había eliminado de la ecuación.

Un desarrollo eficiente, aunque inconveniente.

—Alerte a los demás —dijo. No había necesidad de dar más detalles, ya que Galloway entendía que se refería al pequeño grupo de fieles seguidores que viajarían con él—. Hemos salvado todo lo que podemos, Ian. Es hora de irnos.

7

—¡Cuidado!

La advertencia de Terri Bridges llegó en el mismo instante en que Lorca registraba movimiento en su visión periférica. Se agachó, empujando a la alférez a su derecha cuando el trozo de hormigón se deslizó sobre su hombro izquierdo y se estrelló contra el edificio detrás de él. El trozo de hormigón rebotó en la pared y cayó a la acera, rompiéndose en varias secciones más pequeñas.

Enfurecido por el ataque aleatorio, Lorca buscó el phaser oculto debajo de su camisa. Se detuvo antes de sacar el arma, enfocando su atención en el grupo de cuatro hombres a menos de diez metros de donde estaban él y Bridges. El pedazo de escombro había venido de esa dirección, pero ninguno de los hombres parecía prestarle atención específica a él ni a Bridges. En cambio, estaban usando toscos palos para romper el vidrio de las ventanas de los edificios y vehículos terrestres, golpear puertas y romper accesorios de iluminación junto con cualquier otra cosa que se cruzara en su camino. Uno de los hombres sostenía un palo más largo similar a los empleados por los artistas marciales.

Sentía que los hombres no estaban tratando intencionalmente de dañar a nadie, sino que estaban descargando sus frustraciones sobre cualquier objeto inanimado que encontraran. En los dos días que habían pasado desde las ejecuciones sumarias, había visto la gama de emociones corriendo por esas pocas personas que encontraban en las calles. Lo que había comenzado como simple incredulidad y asombro ahora estaba monopolizado por sentimientos de angustia y furia creciente. Por el momento, el simple vandalismo y otros métodos para perturbar la paz parecían ser suficientes, pero Lorca sabía que no durarían.

Algunas de estas personas, tarde o temprano, representarán una amenaza genuina.

—¿Está bien? —le preguntó a Bridges, extendiendo un brazo para descansar una mano sobre su antebrazo. La oficial subalterna, aunque notablemente conmocionada, asintió y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Nunca mejor, señor.

Sonriendo ante su habilidad para mantener su ingenio pese a la situación, Lorca le hizo un gesto para que continuaran su camino.

—Ya casi llegamos —dijo, señalando delante de ellos—. El centro de comunicaciones está en la siguiente calle.

Después de refugiarse en el departamento de Balayna Ferasini en la noche de las ejecuciones masivas, Lorca y los demás hicieron todo lo posible por mantener un perfil bajo. Inseguros de si las fuerzas de seguridad todavía los estaban cazando o si habían sido olvidados con todos los otros problemas que afectaban a Nueva Anchorage, los oficiales

de la Flota Estelar se habían aprovechado de la creciente confusión para asegurar un nuevo escondite. El Gobernador Kodos y su gente incluso habían ayudado en esa tarea, a través del simple acto de publicar los nombres de los asesinados en el anfiteatro. Al Teniente Soltani le tomó solo unos momentos cruzar referencias de esa lista con los otros ocupantes del edificio de Balayna y encontrar a aquellos ocupantes que, desafortunadamente, nunca regresarían a casa. Al principio incómodo por la táctica poco convencional de buscar refugio en el hogar de una persona muerta, Lorca sabía que tales medidas serían la única forma de mantenerse por delante de cualquier posible perseguidor hasta que formularan una mejor estrategia a largo plazo o llegaran las naves de la Flota Estelar.

Mientras miraba las transmisiones de noticias desde su nuevo escondite, Lorca y los demás se enteraron por primera vez de que alguien asignado al centro de comunicaciones del gobierno de Nueva Anchorage había enviado noticias del inminente arrivo de la nave de la Flota Estelar. Mucho antes de las estimaciones más optimistas, la nave debía llegar en cuestión de horas. La noticia solo había servido para aumentar el dolor y la furia de Lorca por el horror infligido a los colonos.

Balayna.

Su rostro ocupó su mente, como lo había hecho incontables veces durante los últimos dos días. Una vez más, obligó a la imagen a retroceder, queriendo perderse en ella y sin embargo sabiendo que eso era imposible, al menos por ahora. Todavía tenía dos amigos y subordinados que llamaban por su liderazgo. Hasta que la Flota Estelar llegara y consiguiera controlar esta situación, solo eran él y su equipo, haciendo todo lo posible para encontrar a Kodos y tal vez obtener algunas respuestas por la tragedia sin sentido infligida a la gente de Tarsus IV. El primer elemento en su agenda fue hacer contacto con la nave de la Flota Estelar que se acercaba. Los sistemas de comunicaciones en el puesto avanzado todavía estaban inactivos, y sin acceso a un transportador o vehículo terrestre, la instalación estaba fuera del alcance por el momento. Eso dejaba el centro de comunicaciones de la colonia, incluso si llegar allí significaba atravesar a quien se interpusiera en su camino.

Bridges preguntó:

—¿Cree que Soltani está bien, señor?

—Lo sabremos pronto.

Después de abandonar el departamento, el equipo se había dividido una vez más para trasladarse al centro de comunicaciones, que estaba ubicado junto a las oficinas del gobernador y el resto del gobierno de la colonia. Soltani partió primero, siguiendo una ruta que lo llevaría a través de esta parte de la ciudad y hacia el centro de comunicaciones desde el este, mientras que Lorca y Bridges se acercarían desde el oeste. El plan era reunirse cerca de la entrada principal del edificio antes de inspeccionar la escena y descubrir la mejor manera de ingresar. Que podría significar derribar a uno o dos oficiales de seguridad fuera era una posibilidad que Lorca aceptaba.

Una vez que volvieron a caminar, vio por delante de ellos que los cuatro manifestantes habían cruzado la calle y ahora tenían algo más en lo que centrar su interés, en la forma de un solo oficial de seguridad de la colonia.

—Aguanta.

Lorca miró a su alrededor para ver si alguien más estaba reaccionando a la situación en desarrollo. Si bien había otras personas visibles en la calle, nadie parecía estar prestando atención a este grupo. Sin decirle nada más a Bridges, salió de la acera y cruzó hacia el lado opuesto de la calle, maniobrando en las sombras proyectadas por el edificio mientras se acercaba a los hombres. Una rápida mirada a Bridges le dijo que estaba siguiendo sus pasos mientras se aseguraba de que nadie más intentara moverse detrás de ellos. Su mano estaba en la parte baja de su espalda, donde él sabía que ella había ocultado su phaser. Prefería evitar sacar sus armas y la atención que atraerían, pero eso dependería de las intenciones de los hombres. Cuando achicó la distancia, pudo escuchar mejor lo que decían.

—Ahí está uno de ellos.

—¿Caminando aquí a solas? Mala idea, amigo.

—¿Estabas allí? ¿Eras una de las personas que mataba a mis amigos?

Las voces se volvían cada vez más fuertes y más beligerantes con cada momento que pasaba, y Lorca vio que dos de los hombres blandían sus palos de una manera que solo podía ser agresiva. Al darse cuenta de que estaba a punto de ser arrinconado, el oficial de seguridad buscó el phaser en su cintura, pero uno de sus adversarios fue más rápido. Un rubio en forma en sus treintas o principios de sus cuarenta, según la estimación de Lorca, que no presentaba la apariencia de un luchador entrenado, atacó con torpesa, pero de forma suficiente como para quitarle el phaser al oficial.

El arma golpeó la acera y uno de los hombres la pateó. Sosteniendo su mano herida, el oficial lanzó un gruñido de dolor que le ganó la burla de los cuatro hombres. Estaba buscando un camino para escapar, pero sus asaltantes se habían extendido, formando un semicírculo frente al hombre, obligándolo a retroceder hacia el edificio detrás de él. El que empuñaba la vara y el aparente líder del grupo, un hombre desgarbado con cabello oscuro y delgado y que llevaba lo que podría ser un mono de ingeniero y botas pesadas, comenzó a apuntar el arma hacia el oficial. La forma en que se comportaba indicaba que podría ser una amenaza mayor, por lo que Lorca ajustó su enfoque y decidió que este hombre debía ser confrontado primero. Había formas más fáciles de neutralizar este problema potencial, por supuesto, pero el simple hecho del asunto era que después de dos días pasados escondidos en apartamentos vacíos, callejones y otros rincones oscuros de Nueva Anchorage a raíz de lo que había sucedido en el anfiteatro —después de lo que le había sucedido a Balayna y a tantos otros— se sentía malvado.

—Cúbreme —le dijo a Bridges.

—Comandante.

Lorca escuchó la advertencia implícita de la alférez, pero la ignoró cuando se acercó a su objetivo elegido y se lanzó hacia adelante con el puño al lado derecho de la cabeza del otro hombre.

El solo golpe, aunque no lo suficiente como para matar a su posible adversario, lo hizo caer a la acera como un títere con los hilos cortados. Ya estaba inconsciente mientras se derrumababa, y Lorca atrapó la vara cuando cayó del agarre del hombre. Girándola en la mano para sostenerla mejor, se volvió para mirar a los compañeros del hombre. Sin cambiar su mirada, notó que Bridges se acercaba, su mano derecha apretada contra su costado. Ella había sacado su phaser y estaba lista para usarlo. Ninguno de los tres hombres restantes había notado su presencia. Con eso en mente, Lorca se movió para que mantuvieran su atención en él.

—¿Cuatro contra uno? —Hizo un sonido de burlona desaprobación—. Eso no es muy deportivo, ¿verdad?

En lugar de responder a la burla, el rubio decidió dar un paso adelante. Tenía su propio garrote improvisado en ambas manos e intentó asumir lo que probablemente pensaba que era algo parecido a una posición ofensiva. Lorca vio venir el ataque y con un solo movimiento balanceó el extremo inferior de su propia vara hacia arriba. Su punta golpeó al otro hombre justo debajo de la barbilla y lo detuvo. Lanzándose más cerca, Lorca giró la vara y descargó el otro extremo. Éste cayó sobre la cara del hombre, provocando tanto un grito de dolor como una delgada línea de sangre desde su frente hasta el lado izquierdo de su nariz. Se tambaleó hacia atrás, tropezando en el borde de la acera mientras se tomaba su cara y caía a la calle. Golpeando su cabeza contra el duro suelo, lanzó un gruñido de dolor antes de caer en la inconsciencia.

Ambos ataques habían tomado menos de tres segundos y terminaron antes de que los amigos restantes del hombre se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo. Lorca aferró su vara con sus dos manos, sosteniéndola delante de él. Ignoró la mirada de advertencia de Bridges, quien parecía lista para aturdir a los dos hombres restantes con su phaser, pero mantenía su posición, su expresión y sus grandes ojos pidiendo dirección a Lorca.

—Pueden recoger a sus amigos y largarse, o continuamos. —A pesar de su deseo de poner fin rápidamente a la confrontación, parte de él esperaba que sus adversarios pudieran elegir la última opción.

El primer hombre, calvo y con un poco sobrepeso, vestía ropas de trabajo manchadas que le recordaron a Lorca los uniformes de los mecánicos. Se movió para recoger el garrote de su amigo caído mientras su compañero, un tipo fornido con cabello oscuro y ropa deportiva que uno podría usar para acampar o cazar, sacó un cuchillo largo de algún lugar debajo de su chaqueta gris clara. Lorca vio que los pantalones del hombre estaban metidos dentro en botas negras que le llegaban hasta las espinillas, aludiendo a un trasfondo militar. La forma en que sostenía el cuchillo, bajo y hacia un lado mientras presentaba su antebrazo izquierdo, sugería al menos algo de entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo.

Lorca estaba bien con eso.

¿Qué demonios te pasa? Termina esto.

Al igual que con Bridges, ignoró su propia advertencia.

—¿Quién demonios te crees que eres? —preguntó el portador del cuchillo.

—Un ciudadano preocupado.

El hombre era más listo de lo que parecía, esperando que su amigo intentara algo. Lorca no entendió la estratagema hasta que el otro hombre avanzó hacia él y balanceó su garrote. Desviar el ataque fue bastante fácil, con Lorca usando su propia vara para empujar al otro hombre a un lado antes de patearlo en la espinilla. La pierna del hombre se arrugó debajo de él y cayó sobre una rodilla, lo suficientemente cerca como para que Lorca tuviera que arrastrarse hacia su derecha para evitar tropezar o perder el equilibrio.

El hombre con el cuchillo se estaba moviendo. La luz de una farola cercana se reflejó en algo brillante, y Lorca vio la larga hoja cortando hacia su abdomen. Un golpe frenético con la vara bloqueó el antebrazo del otro hombre, pero su oponente retiró la hoja y la arrastró por el brazo de Lorca. Apretando los dientes con un dolor repentino, Lorca balanceó su vara con la otra mano, un golpe incómodo que aún fue suficiente para hacer que el portador del cuchillo retrocediera para evitar el golpe.

Un gemido agudo llenó el aire, y brillante luz azul ahuyentó la oscuridad por un momento cuando Bridges disparó su phaser. El rayo alcanzó al hombre con el cuchillo, y se derrumbó en la calle. Antes de que su único compañero que permanecía consciente pudiera reaccionar, la alférez volvió el arma hacia él. Luego, siendo concienzuda, disparó un rayo de aturdimiento a los dos hombres que seguían tumbados en la calle.

—Gracias —dijo Lorca.

Bridges hizo un gesto hacia su brazo herido.

—¿Está bien, señor?

Dejando caer su vara, Lorca agarró su brazo donde había cortado el cuchillo. Una inspección rápida le dijo que la herida era larga, pero no profunda, y que no había alcanzado una vena. La lesión era superficial y fácil de tratar.

—Estoy bien. No es un rasguño, pero bastante cerca. —Usó la manga de su camisa para tocar la delgada línea de sangre que manaba de la herida—. Me ocuparé de eso una vez que lleguemos a donde vamos.

Miró hacia donde el oficial de seguridad se había movido para pararse contra la pared, todavía sosteniendo su mano donde uno de los asaltantes lo había golpeado. La expresión del hombre era de alivio, pero también de incertidumbre al contemplar a sus salvadores.

—Es del puesto avanzado de la Flota Estelar, ¿no?

Lorca ignoró la pregunta y en su lugar hizo un gesto a la mano del hombre.

—¿Qué tan mal está? ¿Necesita atención médica?

El hombre asintió con la cabeza.

—Creo que me rompí un par de dedos.

—Podemos ayudar con eso —dijo Bridges.

Acercándose, Lorca miró al hombre.

—¿Cuál es su nombre?

—Jacob Clancy.

Lorca respondió:

—Muy bien, Jacob Clancy. Como puede ver, caminar solo por las calles puede ser peligroso para su salud. —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Estuvo en el anfiteatro?

Al darse cuenta de la pregunta implícita entrelazada con las palabras, los ojos de Clancy se abrieron con renovado miedo.

—¡No! No, no lo estaba. Estaba en la patrulla callejera. Lo juro, no tenía idea de lo que iba a suceder. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Todavía no puedo creer que *haya* pasado.

—Conozco el sentimiento. —Lorca volvió a hacer un gesto hacia la mano del hombre—. Como dije, podemos asistirlo, pero necesitamos su ayuda.

8

Ubicado en terrenos adyacentes al centro de gobierno de la colonia, el centro de comunicaciones ocupaba un edificio separado del grueso de las oficinas de la administración y era accesible para la población civil. Al menos, lo había sido antes de la declaración de la ley marcial de la gobernación. Lorca esperaba encontrar una presencia armada vigilando las entradas al edificio y no se sintió decepcionado. Un corto camino que conducía desde la acera a un patio cubierto de hierba terminaba en un arco de piedra que marcaba la entrada principal del edificio. Justo dentro de ese pórtico había un par de oficiales de seguirdad, un hombre y una mujer, ambos con uniformes idénticos a los de Clancy y con phasers en sus cinturones. Lorca vio brillantes tiras de energía que cubrían la parte inferior del arco y lanzó una mirada de complicidad a Bridges, que estaba justo detrás de él mientras Clancy y ellos se acurrucaban fuera de la vista al lado de un edificio al sur de la entrada y usaban la oscuridad para ocultarse.

—No los recuerdo usando un campo de fuerza antes —dijo la alférez.

Todavía acunando su mano herida, Clancy respondió:

—Ha estado allí todo el tiempo, pero nunca tuvimos la necesidad de usarlo. —El oficial de seguridad sacudió la cabeza—. Toda esta situación es… Solo hacemos lo que podemos para evitar que todo se vaya al infierno. Para evitar que más personas salgan lastimadas, ¿sabe?

—Lo sé. —Lorca hizo un gesto hacia la entrada—. ¿Tiene acceso?

—Sí. Todos lo tenemos.

—Bien. Es nuestro boleto para entrar.

Clancy le lanzó una mirada escéptica.

—No los dejarán pasar.

—Claro que lo harán. Fuimos atacados en la calle y usted vino en nuestra ayuda. —Lorca levantó su brazo izquierdo ensangrentado—. Necesito atención médica, y esto está más cerca que cuaquier hospital.

Comunicando su incertidumbre sobre el improvisado plan a través de su expresión, Clancy ofreció un gesto nervioso.

—Bien.

—Comandante.

Lorca sintió la mano de Bridges en su brazo, luego vio que ella estaba mirando algo al otro lado de la calle. Dirigió su mirada en esa dirección y vio una figura solitaria subiendo por la acera a paso rápido hacia la entrada y los guardias. Incluso antes de que el recién llegado pasara bajo una farola, reconoció a Aasal Soltani. Según el plan de Lorca, el teniente había salido del apartamento, pero no parecía interesado en unirse a sus

camaradas. En cambio, se lo veía concentrado en la entrada del centro de comunicaciones y los guardias.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bridges.

Lorca no tenía idea. Esa parecía una buena razón para actuar.

—Vamos.

Aconsejando a Clancy de que se apegara a su historia, Lorca le indicó al oficial de seguridad que los guiara hacia la entrada. El trío estaba al otro lado de la calle cuando Soltani llegó al arco y Lorca oyó el zumbido del campo de fuerza activo.

—¡Oficial! —dijo Soltani, agitando su mano para llamar la atención de los guardias—. ¡Necesito su ayuda!

Dando un paso adelante, el guardia masculino, un hombre de unos cuarenta años con el pelo plateado cortado en un estilo militar severo, miró al teniente con evidente sospecha.

—¿Qué sucede?

—¡Son ellos! —respondió Soltani, luego sorprendió a Lorca al señalarlo—. ¡Nos han estado siguiendo y amenazando!

Que me condenen. Lorca se obligó a no sonreír ante la rápida lectura del teniente sobre la situación y las habilidades de improvisación. *Buen trabajo, Aasal*. Adoptando una expresión dura, continuó su avance hacia la entrada.

Detrás del campo de fuerza, era evidente que los guardias estaban confundidos por lo que ocurría ante ellos. La oficial, una humana delgada con cabello rojo recogido en una cola de caballo, notó el uniforme de Clancy, pero a Lorca no pareció reconocerlo.

Adaptándose al engaño en evolución, Soltani dijo:

—Intentó arrestarme. ¡No he roto el toque de queda ni hecho nada malo!

Lorca y Bridges dejaron de acercarse a los guardias. Incluso Clancy, ahora al tanto de la artimaña, detuvo su avance cuando, dentro del arco, ambos guardias sacaron sus armas. Mirando hacia arriba y hacia abajo de la calle, Lorca vio que nadie más estaba afuera, o al menos en esta vecindad inmediata. Si harían algo aquí, tendría que ser rápido.

—Todos mantengan la calma por un minuto —dijo la guardia. Asintió con la cabeza a Soltani—. Por favor, retroceda de la entrada.

Entonces el guardia le concedió el deseo a Lorca y dejó caer el campo de fuerza.

Para su sorpresa, fue Bridges quien se aprovechó inmediatamente de la situación. Con sus movimientos parcialmente bloqueados por Lorca y Clancy, la alférez fue capaz de sacar su phaser. Disparó entre los dos hombres, y su descarga golpeó al guardia en el pecho. Ya inconsciente, se tambaleaba hacia atrás cuando su compañera reaccionó al inesperado ataque. Comenzó a agacharse detrás del arco, pero Bridges fue más rápido, su segundo disparo acertando a la otra mujer en el costado y haciéndola desplomarse en el patio.

Mirando a la alférez con diversión, Lorca contuvo una risita.

—Creo que esto le está empezando a gustar demasiado.

Bridges respondió:

—Solo pretendía evitar una discusión, señor.

—Buena puntería. —A Soltani, Lorca le dijo—: Y bien jugado, Teniente. ¿Cómo supo que estábamos aquí? —No había visto a Soltani hasta que estuvieron casi en el arco.

—Yo… tuve una corazonada —respondió el teniente, su expresión melancólica.

Después de quitarles las armas a los aturdidos guardias, Lorca y los demás escondieron al inconsciente par detrás de una hilera de setos a lo largo de la pared cercana del patio. Con el campo de fuerza reactivado, condujo a su equipo y a Jacob Clancy al centro de comunicaciones, con el oficial de seguridad guiándolos a través del interior del edificio de dos pisos. A esta hora había pocas personas trabajando, pero el conocimiento del centro por parte de Clancy les permitió evitar encuentros con el personal de guardia hasta que llegaron al centro principal de transmisión de comunicaciones en el segundo piso. La enorme cámara con paredes altas era un rectángulo, constando de estaciones de trabajo que recubrían los lados más largos, así como la pared del fondo. Se habían dispuesto varias pantallas en las paredes sobre las estaciones de trabajo. Aunque ninguno de los controles le fueron familiares de inmediato, le recordaron a Lorca las consolas que uno podría encontrar metidas en el puente de una nave espacial o en la sala de ingeniería.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

Clancy respondió:

—Después de las 1900 horas, el centro cambia a un personal mínimo. Hay un comandante de guardia de servicio, pero estará en una oficina en el primer piso. Si algo requiere su atención aquí, se envía una alerta a la terminal computacional allí.

Volviéndose hacia Soltani, Lorca vio que el especialista en informática había recuperado un kit médico de emergencia de un casillero de suministros escondido en una esquina de la habitación. Extrajo un vendaje de emergencia y se lo ofreció a Lorca.

—Puede limpiar y vendar su herida, señor. Al menos hasta que descubra cómo usar el regenerador dérmico.

—Gracias, Aasal. —Lorca tomó el vendaje y comenzó a enrollarse la manga izquierda ensangrentada mientras Soltani le hacía un gesto con el botiquín a Clancy.

—También puedo tratar sus heridas.

El oficial de seguridad asintió con alivio y gratitud antes de que él y Soltani se mudaran a una pequeña sala de conferencias circular justo al lado del piso principal del centro. Soltani se puso a trabajar con un escáner de diagnóstico médico que encontró en el botiquín.

Como todavía estaban lo suficientemente cerca como para conversar, Lorca dijo:

—Me sorprende que no haya una mayor presencia de seguridad, dado el aumento de los disturbios y la violencia afuera. —Mientras hablaba, abrió un paquete que contenía una almohadilla desinfectante y la usó para limpiar el corte de su antebrazo. La herida se había coagulado hacía un tiempo, y la almohadilla húmeda hizo un sencillo trabajo limpiando la sangre seca a lo largo de la herida.

—Los campos de fuerza están activos en todos los puntos de entrada en todos los edificios de gobierno y administración de la colonia —respondió Clancy. Su mano derecha estaba sobre la mesa mientras Soltani pasaba el escáner sobre ella. Luego, el teniente sacó otro dispositivo del botiquín y lo sostuvo sobre la mano herida.

—Pido disculpas si esto duele un poco —dijo Soltani—. Es un tejedor de huesos. Sus dedos estarán como nuevos en un minuto.

Después de que Lorca terminara de dimensionar y aplicar el vendaje de campo para cubrir su corte, se alejó del área de conferencia y regresó al piso principal del centro. Enrollando su manga derecha para que coincidiera con su contraparte, miró a Bridges y Soltani.

—Prefiero no pasar mucho tiempo aquí. —Estaba preocupado por inspecciones aleatorias del área por parte del comandante de la guardia o de alguien más que deambulara por allí y que pudiera encontrarlos en el centro de comunicaciones, o a los dos oficiales aturdidos en el patio—. Necesitamos hacer contacto con la nave entrante de la Flota Estelar. ¿Pueden uno o ambos descubrir cómo trabajar con alguno de estos equipos?

Soltani se dejó caer en una silla situada frente a una consola cercana mientras Bridges se trasladaba a una estación adyacente. Después de un momento, el teniente dijo:

—Todo esto es bastante estándar, Comandante. Todos sus sistemas están en funcionamiento y podemos hacer uso de la matriz de comunicaciones para transmitir a otros mundos.

Sentada a la izquierda de Soltani, Bridges agregó:

—Tengo acceso a la red de boyas sensores desplegadas dentro del sistema Tarsus, señor. La nave entrante es la *U.S.S. Narbonne*, una nave de apoyo a la colonia. Según los escaneos de largo alcance, debería estar aquí dentro de dos horas.

—Abre una frecuencia de llamada —ordenó Lorca, sintiendo una pequeña sensación de alivio comenzando a crecer en su inteiror. Incluso la idea de poder hablar con alguien más sobre su situación actual, sabiendo que la ayuda estaba en camino, lo hacía sentir un poco mejor.

Un momento después, Bridges dijo:

—Frecuencia abierta, señor.

Acercándose a su consola, Lorca se inclinó hacia el comunicador de la consola.

—*U.S.S. Narbonne*, este es el Teniente Comandante Gabriel Lorca, Comandante del puesto avanzado de observación de la Flota Estelar en Tarsus IV. Por favor, responda a esta transmisión.

Solo tomó un momento antes de que Bridges informara que el llamado había sido recibido y respondido. Tocó un control y una de las pantallas de la consola se encendió. La imagen fue de lo que Lorca supuso un humano de mediana edad, de ascendencia india, con cabello corto, blanco como la sal y ojos oscuros y penetrantes.

—*Este es el Capitán Aurobindo Korrapati de la* Narbonne*. Es bueno saber de usted, Comandante. Estamos cargados hasta el cuello, pero temíamos lo peor por un tiempo*

cuando no recibimos respuesta a nuestros llamados. La información que tengo sobre su situación actual tiene unos días de atraso, así que espero que me pueda informar.

Lorca intercambió miradas primero con Bridges y Soltani, luego con Jacob Clancy, quien se había unido al grupo ahora que su mano parecía haberse curado.

—Asumo que ya tiene los informes iniciales enviados a la Base Estelar 11, señor. Sin embargo, ha habido… un incidente aquí que requerirá atención inmediata a su llegada.

—*¿Dónde está la Gobernadora Ribiero?*

La voz de Korrapati era nivelada y compuesta, la marca de un líder seguro y experimentado. Lorca no lo conocía ni estaba familiarizado con él, pero supuso que el capitán y su nave y su tripulación habían sido asignados a esta misión porque eran los más adecuados para manejar cosas como desastres naturales o enfermedades o alguna otra calamidad que podía ocurrir en una colonia. Por otro lado, tal vez una vez recibida la llamada de socorro, solo la *Narbonne* estaba disponible para viajar con prisa a Tarsus IV. Lorca dudaba que el Capitán Korrapati y su gente estuvieran listos para lo que estaban a punto de enfrentar.

—Sinceramente, no puedo decirle la ubicación de la Gobernadora Ribiero, señor. Ella y su personal ya no están en ninguna posición de autoridad aquí. La gobernadora fue removida de su cargo y reemplazada por otro individuo, Adrian Kodos. Es un colono, pero que yo sepa, nunca estuvo en ningún rol de liderazgo aquí hasta hace tres días. Después de declarar la ley marcial, él…

Las palabras quedaron atrapadas en su garganta, negándose a ser pronunciadas en voz alta.

—*¿Qué sucede, hijo?* —lo incitó Korrapati—. *¿Qué pasó? ¿Algún nuevo brote viral que haya afectado a los colonos? ¿El planeta necesita estar en cuarentena?*

Lorca sacudió la cabeza.

—No, señor. No es así. Nosotros… solo lo necesitamos, Capitán. Ahora mismo.

Incapaz de mirar a Korrapati a los ojos, dejó caer su mirada al suelo. El capitán estaba esperando el resto de su informe, pero el dolor y la furia amenazaban regresar, y sabía que necesitaba tiempo para procesar su cambiante estado emocional. Los últimos dos días le habían parecido meses o incluso años, drenándole las fuerzas o incluso el deseo de seguir moviéndose. No quería ir a ningún lado ni hacer nada, no sin Balayna. Respirando profundamente, Lorca se obligó a volver su atención a Korrapati.

La ayuda llegaba mucho antes de lo previsto.

Pero para demasiadas personas, llegaba demasiado tarde.

9

A pesar de sí misma e incluso de la asistencia de los sistemas ambientales internos de la nave, Philippa Georgiou todavía sentía las náuseas anudando sus entrañas. Sin nada que hacer más que observar las actividades del complemento del puente de la *Narbonne*, su imaginación podría enloquecer ya que conjuraba todo tipo de finales desastrosos para lo que estaba haciendo la nave.

—Inicien secuencia de aterrizaje —ordenó la Comandante Natalie Larson, la primer oficial de la nave, desde donde estaba sentada en la estación de sistemas ambientales del puente a lo largo del mamparo de estribor. Larson, una humana rubia que parecía tener la misma edad que Georgiou, se había colocado en la estación de trabajo para poder ver sus instrumentos, así como la pantalla principal y a otros miembros de la tripulación del puente que ayudaban en la operación de aterrizaje. Como segunda al mando, Larson no tenía un asiento propio en el puente de por sí estrecho. En cambio, Georgiou se percató que tendía a dividir sus deberes entre la de oficial ejecutiva y las diferentes estaciones de puente en función de las necesidades actuales.

La Teniente Melissa Parham, sentada en la consola del timón en el centro del puente, respondió:

—Secuencia iniciada. Motor warp fuera de línea. Incrementando energía a los sistemas de amortiguación inercial.

—Continúen los procedimientos de aterrizaje —dijo Larson.

La oficial del timón informó:

—Colocando los propulsores atmosféricos en espera.

Parham, una humana joven, manejaba los controles de la nave con la seguridad de un piloto experto. Sus informes al Capitán Korrapati, sentado en la silla de mando detrás de ella y el resto de la tripulación del puente, eran nítidos y precisos, sin perder tiempo ni palabras. También era la única, por ejemplo, que no había reaccionado cuando la *Narbonne* comenzó a descender a través de la atmósfera y fue golpeada por el espeso y sobrecalentado aire que rodeaba el transporte. Mientras que la atención de Georgiou y la de todos los demás estaba centrada hacia las nubes y el cielo brillante de la mañana, todo distorsionado por las olas de calor que cruzaban el casco de la nave, el enfoque de Parham estaba en los controles debajo de sus dedos.

—Activando los propulsores atmosféricos. Amortiguadores inerciales al máximo. —Se apartó de su puesto y no miró a Korrapati o Larson, sino a Georgiou—. Esto podría ponerse un poco irregular, Comandante.

A Georgiou le tomó un momento entender a qué se refería Parham, luego se percató de que era la única persona en el puente que no ocupaba un asiento. Asintiendo con la cabeza en reconocimiento, se trasladó a la estación de monitoreo de ingeniería vacante en

la parte trasera del puente y sentó en la silla. Notó que Korrapati giraba su asiento para mirarla. El capitán ofreció una pequeña sonrisa comprensiva.

—¿Primera vez en una nave que no permanece en órbita?

Georgiou asintió, incapaz de contener una pequeña risa.

—Sí, señor. He estado en transbordadores y transportes más pequeños que aterrizaron, por supuesto, pero nada tan grande.

—Relájese. Incluso los pilotos estelares más experimentados se marean un poco en ocasiones. Sin embargo, no se preocupe. Parham es una de las mejores que hay en este tipo de cosas. Hasta puede hacerlo con los ojos cerrados.

—Preferiría que no lo hiciera.

Dadas las circunstancias y lo que estaban a punto de enfrentar, nadie pareció reír por su intento de humor, aunque Korrapati ofreció otra mirada de comprensión antes de volverse para observar hacia adelante. A su alrededor, el golpeteo se hacía más pronunciado a medida que la *Narbonne* descendía a través de la atmósfera, sus motores luchando contra la gravedad del planeta por la supremacía. En unos instantes, los propulsores de maniobra tomaron la delantera y los estremecimientos disminuyeron.

—Extendiendo los puntales de aterrizaje —informó Parham.

Después de que pasaran otros noventa segundos, Georgiou sintió el más leve temblor cuando el conjunto de ocho puntales de aterrizaje se puso en contacto con el suelo. El toque de la oficial del timón había sido tan suave que el aterrizaje casi fue imperceptible.

Parham miró hacia Korrapati.

—Todo fijado y seguro, señor. Comenzando los procedimientos de apagado posteriores al aterrizaje.

—Desactivando la gravedad artificial —agregó Larson, tocando los controles en su propia consola.

—Mantengan la integridad atmosférica —ordenó el capitán. Había sido un punto de discusión entre él y Georgiou antes del aterrizaje que la nave continuaría realizando los procedimientos estándar de entrada y salida como si aún estuviera en el espacio. Hasta que la contaminación viral que actualmente afectaba a la colonia pudiera ser aislada y tratada, no se correría el riesgo de contaminar las vastas tiendas de alimentos de la *Narbonne*.

Levantándose de su silla, Korrapati se volvió hacia el oficial de guardia en la estación de comunicaciones, el Alférez Richard Doherty.

—Envíe un mensaje al liderazgo de la colonia. Notifíqueles que estamos aquí y comenzamos las operaciones posteriores al aterrizaje, y que me pondré a disposición de quien esté a cargo allí lo antes posible. —Volvió su atención a Parham—. Teniente, echemos un vistazo. Ponga a Nueva Anchorage a la vista.

—Sí, señor. —La oficial del timón tocó un control en su consola y la imagen en la pantalla cambió para ofrecer una vista de la ciudad principal como si fuera vista por alguien de pie sobre el casco de *Narbonne*.

Georgiou sabía por su revisión de la colonia y su infraestructura que el principal puerto espacial que era su ubicación actual ocupaba una amplia extensión de terreno relativamente plano a cuatro kilómetros al sur de la ciudad principal, Nueva Anchorage. Un escaneo del sensor antes de su aterrizaje había revelado que solo dos pequeños transportes de carga ocupaban el espacio de atraque en el puerto, aunque ninguno de los buques tenía su motor activado. También había una sola lanzadera conectada al puesto de observación de la Flota Estelar. Los escaneos habían mostrado que la pequeña nave estaba apagada y descansaba sobre su plataforma de aterrizaje cerca del puesto avanzado. Después de llegar a la órbita horas antes, la primera orden del Capitán Korrapati fue al capitán del puerto, prohibiendo el acceso a los dos transportes y declarando que no se realizarían lanzamientos o aterrizajes sin su autorización personal hasta nuevo aviso. En cuanto a descender su propia nave, tomó la decisión de esperar el amanecer antes de intentar un aterrizaje y utilizar el tiempo intermedio para realizar barridos de censores de toda el área.

Solo entonces la tripulación de la *Narbonne* obtuvo su primera confirmación de la horrible historia que les había contado el Teniente Comandante Gabriel Lorca. Según los escaneos, la población de Tarsus IV se había reducido a la mitad, y los sensores pudieron detectar indicios residuales del uso de armas de energía concentradis en el anfiteatro principal de Nueva Anchorage.

Georgiou se levantó de la silla en la estación de ingeniería y se volvió al escuchar el sonido de la escotilla detrás de ella deslizándose para admitir al jefe médico de la nave, Sergey Varazdinski.

—Solicitó un informe preliminar lo antes posible, Capitán —dijo a modo de introducción. Su voz era gruesa con un acento ruso, que Georgiou sabía por su revisión de su archivo personal que había nacido y criado en la región búlgara de la Tierra.

Los ojos de Korrapati se abrieron.

—¿Ya? Ha sido un trabajo rápido, Doctor.

—Estaba ansioso por ver los resultados por mí mismo. —Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Varazdinski hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Quizás ansioso no sea la palabra correcta.

Era un hombre bajo y calvo de edad indeterminada, llevaba una bata de laboratorio arrugada sobre su uniforme de la Flota Estelar, y tenía las manos metidas en los bolsillos. Georgiou notó que a su uniforme le faltaba la parte superior, ya que Varazdinski tendía a evitarlo en favor de una camiseta oscura reglamentaria. Al igual que la bata de laboratorio, la camisa también carecía de rango o insignia del departamento. Su redondo rostro lucía una crecida barba de varios días, y su cabello, como el abrigo y los pantalones, estaba despeinado. A pesar de que tenía el rango de teniente comandante, parecía estar haciendo todo lo que se hallaba en su poder para evitar llamar la atención sobre su estado como un oficial real y comisionado de la Flota Estelar. Habiendo conocido al doctor poco después de llegar a bordo de la *Narbonne*, Georgiou se había dado cuenta de que Varazdinski era en realidad un civil hasta el nivel subatómico, que

por razones que superaban la comprensión había entrado en una oficina de reclutamiento de la Flota Estelar antes de tropezar con la Academia. Del Capitán Korrapati, sabía que el doctor ya había completado su entrenamiento médico y certificaciones antes de unirse a la Flota Estelar. Esto planteaba la pregunta natural de por qué un hombre de sus logros elegiría una carrera así, pero incluso Korrapati carecía de una respuesta a esa pregunta. Además, por sus propios tratos con Varazdinski y lo que había aprendido de otros miembros de la tripulación, supuso que era un tema que no le interesaba discutir.

—¿Qué encontró? —preguntó Korrapati.

La expresión del doctor, que ya parecía tener una configuración predeterminada «enojada», se volvió aún más oscura.

—Realizamos barridos de biodetectores del anfiteatro y recogimos rastros masivos de bio-materia interrumpida y deconstruida, junto con residuos de materiales sintéticos que probablemente sean ropa y cosas de esa naturaleza. Es como informó el Comandante Lorca: una gran cantidad de formas de vida humanoides en ese espacio contenido fueron sometidas a un intenso aluvión de disparos de armas de energía concentrada. Fueron desintegrados, en masa.

—No —dijo Larson, quien se había movido para pararse junto a Korrapati—. ¿Cuatro mil personas…?

Para Georgiou, tratar de procesar la magnitud del informe de Varazdinski fue difícil. Presente en el puente cuando se habían recibido el llamado del Comandante Lorca de Tarsus IV, ella y todos los demás se horrorizaron por lo que estaban escuchando. Tener la increíble historia corroborada por el CMO de la nave era como retorcer un cuchillo después de ser apuñalado.

—Esto es increíble —dijo Korrapati. No era la primera vez que el capitán hacía la declaración, pero no era menos cierta por ser repetida. Dirigiéndose al Alférez Doherty, preguntó—: ¿Ha recibido una respuesta de la colonia?

—Sí, señor —respondió el oficial de comunicaciones—. Estoy en contacto con el ayudante de la Gobernadora Ribiero. Aparentemente, se le permitió reanudar su oficio.

Larson dijo:

—Apuesto a que hay una historia interesante detrás de eso.

Ignorando a la primer oficial, Korrapati preguntó:

—¿Dónde diablos está Kodos?

Doherty respondió:

—No lo sabe, señor. Parece haber desaparecido, junto con varias otras personas.

—¿Partidarios? —preguntó Georgiou—. ¿Otros que lo ayudaron? —Se dio cuenta de que Kodos no podría haber hecho todo esto sin ayuda. ¿Cómo no había considerado eso antes? Por supuesto que tenía seguidores, personas que creían en lo que estaba haciendo o que de alguna manera se veían obligados a hacer su voluntad por miedo a su propio bienestar.

¿Quién demonios es este maníaco?

—Los encontraremos, señor —ofreció Larson—. No puede esconderse para siempre. No de los sensores.

Korrapati levantó una mano.

—Una cosa a la vez. —A Doherty le dijo—: ¿Ribiero está disponible?

—Sí, señor. Ella y su personal esperan reunirse con usted a su conveniencia.

Desde la consola del timón, Parham dijo:

—Capitán, hay varios cientos de personas reunidas cerca de la entrada principal del puerto espacial. Obviamente sabían que vendríamos, y no hay duda de que nuestro aterrizaje atrajo la atención.

—¿Las entradas están aseguradas? —preguntó Larson.

Parham asintió con la cabeza.

—Los escaneos muestran que las cinco puertas están cerradas y solo se pueden abrir con los códigos de acceso del personal del puerto.

—Dígale al jefe de puerto que quiero que esas entradas permanezcan bloqueadas hasta que diga lo contrario —dijo Korrapati—. En cuanto a la gobernadora, hagale saber que nos reuniremos en su oficina. —Hizo un gesto hacia la pantalla de visualización—. Cuéntele sobre la gente reunida. Puede haber una oportunidad para dirigirse al público y tal vez aliviar un poco la ansiedad. Una palabra tranquilizadora ciertamente no puede doler. —Chasqueó los dedos y agregó—: ¿Qué hay con el Comandante Lorca y su gente? ¿Ya nos han contactado?

—No, señor —dijo Doherty—. Estoy monitoreando todas las frecuencias, pero hasta ahora no nos han contactado.

Según el informe de Lorca, él y los miembros supervivientes de su puesto avanzado creían que sus vidas podrían estar en peligro, luego de un ataque a sus instalaciones por parte de agentes que posiblemente actuaban en nombre de Kodos. Dada la posibilidad de que los leales de Kodos estuvieran dentro del rango de la fuerza de seguridad, Lorca había considerado prudente evitar cualquier instalación oficial del gobierno de la colonia hasta que el personal pudiera ser examinado. El último informe del comandante indicaba que él y su equipo llegarían a la *Narbonne* a su debido tiempo.

—Han estado escapando desde que comenzó todo esto —dijo Georgiou—. Estarán encantados con el descanso. —Sabía por el informe de Lorca que el equipo del puesto avanzado estaba huyendo, evitando todo contacto innecesario con miembros de las fuerzas de seguridad de la colonia. El comandante y su equipo estarían agradecidos por el respiro, en lugar de verse obligados a arreglarselas en la ciudad a merced de los suministros de emergencia que pudieran encontrarse.

Después de ver a la tripulación del puente dedicarse a varias tareas por un momento, Georgiou miró a Korrapati.

—Al menos puedo hacer que mi equipo comience con cualquier trabajo preliminar que deba hacerse antes de comenzar a desplegar personas, señor. —No sabría quién era necesario hasta que recibiera un informe actualizado de la gobernadora o de quien estuviera designado como enlace con el personal de la Flota Estelar. Incluso sin esa

información ella podría hacer conjeturas educadas—. Según el informe del Comandante Lorca, hubo muchos disturbios civiles. Es probable que necesiten ayuda en el hospital y en cualquier otro lugar donde estén tratando a cualquier herido.

Korrapati asintió con aprobación.

—Los sensores no detectaron ninguna fluctuación en los servicios públicos de la colonia, pero de todos modos nos atenemos a nuestro plan. Asegúrese de que la infraestructura sea segura.

Las discusiones de planificación del capitán y los Comandantes Larson y Georgiou habían establecido una prioridad para los equipos de socorro de la *Narbonne* una vez que la nave aterrizara. Se enviaría un equipo de ingenieros al centro principal de distribución de energía para garantizar que la instalación funcionara y no corriera el riesgo de ser invadida por colonos enojados. Se realizarían inspecciones similares para los sistemas de agua y alcantarillado, así como el acceso a computadoras y otros servicios. El informe del Comandante Lorca no mencionaba daños en ninguna de estas áreas, pero ni el capitán ni Georgiou querían arriesgarse.

Korrapati dijo:

—Naturalmente, la primera prioridad son las instalaciones de procesamiento de alimentos, granjas, invernaderos y cualquier otro lugar donde la comida pueda crecer en este planeta. Es crítico que absolutamente todo sea inspeccionado. Queremos identificar el contagio y aislarlo o destruirlo antes de sacar cualquiera de los suministros que trajimos con nosotros. —Su expresión cayó—. Aparentemente tenemos más tiempo para trabajar hasta que se agoten los suministros de alimentos existentes.

Las palabras del capitán daban voz a los sentimientos que albergaba Georgiou y todos los demás a bordo de la *Narbonne*. Reunir en tan poco tiempo un equipo capaz de proporcionar todo tipo de ayuda a los colonos de Tarsus IV no había sido tarea fácil, pero ella y las personas reunidas por el Almirante Anderson estuvieron listas para responder la llamada. Estaban motivados por el deseo de ayudar a los demás. Georgiou y el grupo de especialistas —muchos de los cuales apenas conocía— estaban listos para comenzar a ofrecer esa ayuda y, con suerte, aliviar incluso un poco el miedo y la incertidumbre que acuciaba a la población afectada. Descubrir que la mitad de las personas a las que habían sido enviados a ayudar se habían ido —eliminadas de la existencia con una sola orden infernal— era un gran golpe. Todos en la nave aún reaccionaban a las noticias, y aunque eso no era suficiente para desviarlos de su misión, la aparente ejecución masiva había cubierto con un manto a la misión de ayuda antes de que comenzara.

Enderezando su postura, Korrapati dijo:

—Comandante Larson, me prepararé para nuestra reunión con la Gobernadora Ribiero. Tiene el conn. Siéntase libre de iniciar un barrido del sensor de toda el área, porque quiero saber dónde está cada persona viva en este planeta en este momento. Doctor, conmigo. —Giró su mirada hacia Georgiou—. Muy bien, Comandante. Usted sigue. Veamos qué podemos hacer para ayudar a estas personas.

—Sí, señor.

Siguiendo a Korrapati y Varazdinski a través de la escotilla que conducía desde el puente, Georgiou se encontró luchando por encontrar su rumbo. ¿Cómo podría suceder algo como esto hoy en día, cuando la tecnología había resuelto casi todos los problemas que asolaban a la humanidad antes de descubrir los viajes más rápidos que la luz y otros mundos habitados? Era una bofetada repentina y brutal en la cara, un triste recordatorio de que la complacencia y la excesiva dependencia de la tecnología estaban llenas de riesgos, y eso había sido antes de que alguien decidiera introducir otros elementos en la mezcla.

¿Y qué había de Kodos, el aparente árbitro de este horrible acto? Las razones que lo habían llevado a sacrificar el 50% de la colonia en un intento por extender la supervivencia de la mitad restante eran sospechosas. Seguramente había otras opciones disponibles que podrían haber sostenido a la colonia hasta que llegara la ayuda. La amenaza de morir de hambre, aunque real, tampoco era tan grave como se podía pensar al principio. Los niños, los ancianos y los enfermos habrían estado en mayor riesgo, por supuesto, pero incluso entonces había medios para abordar el problema inmediato.

Eso dejaba a Kodos, sus motivos y su juicio.

Manténgase en el objetivo, Comandante.

Llegar a enfrentarse con la situación a la que estaban ingresando tenía que suceder rápidamente para que ella funcionara eficientemente durante esta misión. Georgiou sabía que habría tiempo para reflexionar e incluso lamentarse por la pérdida de los cuatro mil colonos, pero tendría que ser más tarde. Del mismo modo, la búsqueda de Kodos, sus seguidores y las respuestas también tendrían que esperar, probablemente por personas mejor calificadas para tales actividades.

Por ahora, ella tenía un trabajo que hacer.

10

—Sé que muchos de ustedes están asustados. Sé que muchos están enojados. Quieren respuestas. Quieren un cierre y quieren justicia. Buscaremos todo eso, juntos. No descansaremos hasta que los responsables de la indescriptible tragedia que hemos sufrido respondan por lo que han hecho. No solo para nosotros, sino también para aquellos que ya no están con nosotros. Les debemos mucho eso. Por su bien, debemos volver a dedicarnos al mejoramiento continuo de nuestra comunidad, y hacerlo en memoria viva y eterna de aquellos que perdimos. Gracias.

Georgiou observaba como un asistente de pie ante la cámara de transmisión le indicaba a la Gobernadora Gisela Ribiero que la frecuencia se había cerrado después de la conclusión de su discurso. Junto con el Capitán Korrapati, Georgiou estaba de pie en una esquina de la habitación desde la cual se transmitían este y otros discursos, ya fuera de la gobernadora u otros funcionarios públicos. La pieza central de la sala era un estrado elevado sobre el cual había un podio con el símbolo de la gobernación y una representación de la bandera de Nueva Anchorage.

Ribiero salió de detrás del podio y se acercó al borde del estrado, echando una mirada al pequeño grupo de asistentes y otros miembros de su personal. Era una mujer humana de ascendencia brasileña, y Georgiou supuso que su edad rondaba entre mediados y fines de los cuarenta, mientras sospechaba que los acontecimientos de los últimos días servirían para que se sintiera aún más vieja y cansada. A pesar de la ayuda de un asistente de maquillaje y los suplementos de vitaminas y nutrición proporcionados por su médico personal, así como un traje de pantalón gris claro femenino que se ajustaba a su silueta, Ribiero parecía cansada. Eso era comprensible, dado que ella y los miembros del consejo de liderazgo de la colonia habían sido encarcelados por Kodos poco después de que la sucediera como gobernador. Ni Ribiero ni ninguno de los otros rehenes estaban peor después de su breve prueba, y de hecho se había negado a discutir el tema. En su mente, dos días encerrados en una celda de la cárcel no era nada comparado con lo que la colonia había soportado.

Siguiendo los pasos del Capitán Korrapati, Georgiou y Varazdinski se movieron para pararse con Ribiero al frente de la plataforma.

—Gracias por quedarse —dijo Ribiero. Levantó la mano para correr un mechón de cabello castaño rizado de sus ojos. Su voz era casi lírica, gracias a lo que Georgiou reconocía como un acento portugués—. Solo desearía haber podido dar el discurso ante una audiencia real.

—No es una buena idea, Gobernadora —dijo Korrapati—. Al menos, no hasta que confiemos que la situación sea segura. Después de todo, queda por ver cómo su regreso a la oficina será recibido por el resto de la colonia.

Ribiero respondió:

—Aprecio su preocupación por mi seguridad, Capitán, pero ahora es la menor de mis preocupaciones. No podemos fingir que esta tragedia no sucedió, pero tampoco podemos permitirnos revolcarnos en nuestro dolor. Las personas que perdimos merecen más que eso. Las recordaremos, pero también seguiremos hacia adelante, como siempre lo hemos hecho.

Durante su primera reunión en la oficina de Ribiero, la gobernadora había expresado su deseo de pronunciar su discurso fuera del anfiteatro, con la esperanza de volver a conectarse con los ciudadanos, ya que cada uno se enfrentaba a su dolor compartido. Korrapati rechazó esa idea, preocupado de que estar tan cerca del lugar donde se habían perdido seres queridos podría provocar respuestas extremas de alguien a cualquier reunión. También existía la realidad visceral de lo que había sucedido en el estadio. Como las ejecuciones se habían reallizado con armas de rayos de partículas, no había cuerpos que requirieran atención, pero habría un olor persistente e inquietante de humo junto con madera quemada y otros materiales sintéticos. Georgiou estaba casi segura de que el aire también apestaría al inquietante aroma de la carne quemada. Sabía que todo esto tenía el potencial de actuar como desencadenantes emocionales.

Korrapati se movió a una de las ventanas en el lado más alejado de la habitación.

—Hay una congregación bastante grande por ahí. Cien personas, al menos.

Alejándose del podio, Ribiero se dirigió a la pared del fondo de la habitación, donde se había dispuesto una mesa con jarras de agua y dispensadores de té y café. La falta de alimentos era notable, y aunque había un procesador de alimentos colocado en la pared sobre la mesa, era una forma sutil pero práctica de recordarle a Georgiou sobre la crisis alimentaria que —aunque era abordaba con la llegada de la *Narbonne*— todavía era muy importante. Una consideración seria.

—Algunas de esas personas han estado allí desde antes del amanecer —respondió Ribiero mientras se servía una taza de té—. Me gustaría poder decir que todos son partidarios de celebrar mi regreso a la oficina, pero sé que no es así.

Al cruzar la sala para estar al lado de Korrapati, Georgiou vio el conjunto de ciudadanos desde su posición privilegiada tres pisos sobre la calle que corría frente al edificio de la gobernación. La gente no era una sola masa, sino que se dividía en pequeños grupos de diferentes tamaños. Algunos hablaban entre ellos mientras que muchos más permanecían en silencio, mirando al edificio como si esperaran que algo sucediera.

—Sé que ya lo he repetido varias veces —dijo Ribiero—, pero no puedo agradecerles lo suficiente por estar aquí. Ahora que la gente se está dando cuenta de que la Federación y la Flota Estelar nunca los abandonaron, espero que todos encontremos una manera de resolver esto juntos.

Georgiou dijo:

—Por lo que nos han llevado a entender, no es el ser abandonados por la Federación lo que ha molestado a tanta gente. Todo lo contrario, de hecho.

—Es verdad. —Ribiero suspiró—. Habrá muchos que finalmente culpen a la Federación por lo que nos pasó. Muchos de los descendientes de los colonos originales, y muchos más que vinieron más tarde, viven aquí debido a lo que Tarsus IV siempre ha representado: una vida de independencia y autodeterminación.

—Cada mundo de la Federación disfruta de ese mismo derecho —dijo Korrapati—. Ha sido un componente fundamental desde el principio.

Taza de té y platillo en mano, Ribiero respondió:

—Pero entonces esa misma Federación viene aquí y nos dice que nos quitan parte de nuestro planeta y se lo dan a un grupo de extraños. Un *gran* grupo de extraños, más grande que la comunidad que ya estaba aquí. —Antes de que Korrapati pudiera responder, la gobernadora levantó una mano—. No me malentienda, Capitán. Traer a los refugiados de Epsilon Sorona aquí después del desastre que sucedió en su mundo fue algo correcto y humanitario. Pero hubo algunos de nosotros que lo vieron como una gran extralimitación de poder por parte de personas a años luz de distancia, que no tienen en cuenta las vidas que hemos logrado por nosotros mismos aquí.

—Sin embargo, usted estuvo de acuerdo —dijo Georgiou. Mientras la *Narbonne* estaba en tránsito, había revisado los discursos que Ribiero presentó a la gente de Tarsus IV, explicando la grave situación en Epsilon Sorona II y la necesidad de transferir a sus seis mil habitantes de esa colonia a este lugar. La apasionada súplica de la gobernadora a sus electores había sido convincente, pero eso no la protegió contra todo tipo de expertos que desperdigaron una serie de publicaciones y programas de noticias cuestionando la reubicación. Algunos expresaron preocupación porque el apresurado proceso podría tener efectos nocivos no deseados, no solo para los residentes originales de Tarsus IV sino también para los refugiados.

Resulta que esas personas pueden no haber estado tan erradas después de todo.

Ribiero dijo:

—Era la única opción racional, incluso dejando de lado el hecho de que Tarsus IV no es un mundo independiente sino una colonia y un protectorado de la Federación. Incluso si hubiera tenido el poder para hacerlo, no iba a decirle a la Federación que llevara su problema a otro lado. No había razón para negar la solicitud, pero mi punto es que nunca fue una solicitud. Fue una decisión, tomada por otra persona, implementada por otra persona, y puesta en marcha sin siquiera un intento pasajero de respetar el estado soberano de este planeta o mi autoridad como su líder debidamente elegida. —Miró al Capitán Korrapati—. Entonces, prescindamos amablemente de las conferencias sobre los valores centrales de la Federación. En este momento me son de muy poca utilidad.

Sus palabras eran planas y heladas, coincidiendo con el momentáneo destello de ira en sus ojos. Era la primera vez que Georgiou veía una emoción genuina de la gobernadora desde que había llegado a Tarsus IV. Habiendo olvidado el té preparado, dejó la taza y el platito sobre la mesa antes de volver su mirada hacia Georgiou y Korrapati.

—Sí, acepté la reubicación, porque era lo correcto, y convencí al consejo de liderazgo de que me respaldara. Luego lo lanzamos al resto de la colonia. Hubo algunas objeciones, principalmente sobre la necesidad de verificar que cualquier cosa traída de Epsilon Sorona II no representara un peligro para nosotros. Compartí esas preocupaciones con la Federación y la Flota Estelar, e hicieron la ronda habitual de estudios y controles que siempre se realizan cuando se mezclan elementos de ecosistemas dispares. —Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza—. Obviamente, eso no fue suficiente.

—Entonces, cuando comenzó el contagio, la gente la culpó —dijo Korrapati.

Ribiero asintió.

—No todos, pero sí los suficientes. A pesar de la resistencia inicial a la reubicación y su deseo de permanecer a solas, estas son buenas personas. Fue la brusquedad del cambio lo que les molestó. Aún así, había ese porcentaje de personas que nunca iban a estar de acuerdo conmigo, sobre cualquier tema. Ya sabe cómo funciona la política; desde el momento en que entras en este campo, siempre tienes esas personas que no solo nunca te apoyarán, sino que encontrarán todas las oportunidades para derribarte.

Cruzando los brazos, Georgiou dijo:

—La confusión inicial y la indecisión, o al menos su percepción de indecisión, no podrían haber ayudado.

—Estábamos averiguando qué hacer. —Ribiero frunció el ceño y miró a su alrededor—. He tratado situaciones de emergencia antes, pero nada a esta escala. Teníamos ocho mil personas que dependían de nosotros para tomar las decisiones correctas y superar esta crisis. Todos éramos conscientes de que podíamos arruinarlo, pero nunca tuve la oportunidad de hacer nada realmente. Todavía estábamos poniendo nuestros pies debajo de nosotros cuando Kodos convenció al consejo de presionar porun voto de no confianza. Entonces no hubo nada que pudiera hacer.

Georgiou preguntó:

—¿Pero por qué traer a alguien como Kodos a su círculo íntimo? Era una voz conocida de disidencia con respecto a la reubicación, ¿no? —Ella ya sabía la respuesta a la pregunta, después de haber revisado qué información limitada estaba archivada sobre Adrian Kodos.

—Yo no lo traje —respondió Ribiero mientras comenzaba a pasearse por la habitación—. Nunca lo había conocido antes de que todo esto comenzara, pero era amigo de algunos de los miembros del consejo y tenía experiencia en el manejo de emergencias. —Sacudió su cabeza—. Todavía estoy esperando saber exactamente a qué situaciones se enfrentó. Una parte de mí piensa que fue una artimaña para poder ponerse en posición para hacerse cargo. Ciertamente no perdió el tiempo volviendo a varios de los miembros del consejo en mi contra. —Al llegar a la ventana, miró a la multitud que Georgiou sabía que todavía estaba allí—. Y después de todo eso, no tuvieron problemas para volver a ponerme a cargo para lidiar con las consecuencias de lo que hizo.

Al cruzar la habitación hacia ella, Georgiou dijo:

—Gobernadora, una de las cosas que me han ordenado determinar es si una evacuación completa del planeta es la mejor opción para todos los involucrados. Antes, cuando existía solo el contagio, había una discusión para derrotar la infección y ayudar a la colonia a recuperarse, ¿pero ahora? La masacre se cierne sobre todo lo que intente hacer aquí. Todavía habrá personas que la culpen, no solo por el brote sino por lo que hizo Kodos. Argumentarán que, si no hubiera aceptado a los refugiados de Epsilon Sorona, Kodos nunca habría estado en condiciones de hacer lo que hizo.

—Cargarán todo a su espalda —agregó Korrapati.

Ribiero se apartó de la ventana.

—Todas esas personas pueden irse al infierno. Tenemos problemas reales que resolver y necesitamos soluciones reales. Usted y su gente representan esas soluciones, Capitán, y con su ayuda, los superaremos.

—No será fácil —dijo Georgiou.

—Nada que valga la pena hacerse lo es. —La gobernadora sonrió—. En todo caso, es esa actitud la que ejemplifica este planeta y su gente. Esta colonia no fue fundada porque sería fácil. Las personas que vinieron aquí sabían en lo que se estaban metiendo, pero sus esperanzas y sueños fueron suficientes para alimentarlos. Superar esta tragedia no será fácil, pero querrán tener la oportunidad de intentarlo. Sí, debemos encontrar y aprehender a quienes apoyaron a Kodos o quienes colaboraron en la masacre, pero tengo que creer que la mayoría de los que aún están con nosotros no quieren nada más que vivir en paz y dejar atrás esta terrible experiencia. Se merecen esa oportunidad.

Georgiou no pudo evitar pensar que, si Ribiero hubiera presentado este nivel de confianza desde el comienzo de la crisis, los eventos podrían haberse desarrollado de manera muy diferente. Incluso ahora, después de regresar a su oficina, algunas transmisiones de noticias continuaban atacándola. Las encuestas supuestamente tomadas para medir el sentimiento público mostraban un porcentaje alarmante de personas que preferían condenar a Ribiero por las ejecuciones, en lugar de Kodos. Lo que se preguntaba Georgiou era cuántas personas se sentaban en silenciosa solidaridad con él. Tenía que haber algunos, incluso si no habían desempeñado un papel real en la ejecución del plan de Kodos.

En cuanto a la gobernadora, podría ser criticada por su falta de experiencia frente a la calamidad que afectaba a su gente, e incluso su temprana indecisión mientras luchaba por formular un curso de acción, pero su preocupación por el bienestar de aquellos por lo que había sido elegida para liderar era palpable.

—Sé que será difícil —dijo Ribiero, después de un momento—. Hubo varios arrestos realizados poco después de su aterrizaje, junto con una serie de asaltos. Nuestro hospital ya estaba estirando sus recursos al límite con la afluencia de pacientes de los días anteriores, pero este nuevo aumento los ha tomado por sorpresa a todos.

—Ya envié a nuestro equipo médico al hospital, Gobernadora —dijo Korrapati—. Y también tenemos equipos y suministros trasladándose a su posición.

Al recibir información sobre las necesidades más apremiantes del hospital, el Doctor Varazdinski se había puesto en marcha, enviando al personal médico reunido por el Almirante Anderson allá en la Base Estelar 11. Tres médicos junto con un equipo de enfermeras e incluso un puñado de médicos de campo ya estaban en escena y contribuyendo al triaje y al tratamiento de más de doscientos pacientes. Georgiou no pudo evitar sentirse impresionada por la velocidad y la organización del doctor cuando puso en marcha sus componentes del plan de asistencia.

—Y también tenemos equipos desplegados en las principales instalaciones de procesamiento de alimentos —dijo Georgiou—. Neutralizar la contaminación es la primera prioridad, incluida la maquinaria utilizada para convertir los compuestos de alimentos crudos. La descontaminación de granjas, instalaciones hidropónicas y procesadores de alimentos en residencias y otros edificios llevará más tiempo, pero tenemos muchas raciones a bordo de la *Narbonne* para cubrir la brecha mientras dure el trabajo. —Los científicos de la colonia habían progresado aislando la fuente de infección de los hongos. El desarrollo de una solución había resultado ser un desafío mayor, pero los primeros informes de especialistas agrícolas traídos con la nave eran alentadores.

—Aprecio todo lo que ya ha hecho —dijo Ribiero—, y todo lo que hará en los próximos días. Su respuesta a todo esto ha sido asombrosa. Nunca podremos mostrar adecuadamente nuestra gratitud.

Korrapati dijo:

—Somos solo la primera ola, Gobernadora. Otras naves están en camino; en el último informe, la siguiente no estará aquí por al menos dos semanas. La Flota Estelar ha estado revolviendo todos los recursos disponibles, pero aún queda mucho espacio por cubrir. —Sonrió—. Hasta entonces, tendrá que soportarnos.

—Con alegría.

La entrada principal de la sala se abrió para revelar a uno de los asistentes de Ribiero. Un hombre mayor; sus rasgos desgastados estaban enmarcados por el cabello gris muy corto, y vestía un sencillo conjunto civil azul que a Georgiou le parecía un poco formal para la situación actual.

Luego, los pensamientos sobre su sentido de la moda se hicieron añicos cuando Georgiou vio su mano derecha y el cilindro oscuro que contenía.

—¡Granada!

Pronunció la advertencia al ver que el brazo del hombre se volvía para lanzar el objeto. El instinto se hizo cargo y se abalanzó hacia Ribiero, que estaba reaccionando al grito de alarma antes de que Georgiou se estrellara contra ella y la empujara al suelo. Korrapati también se movió hacia la gobernadora y los tres terminaron enredados en un montón.

Girando su cuerpo, Georgiou esperaba que la granada entrara rebotando en la habitación, pero en cambio vio el ataque del hombre frustrado por la aparición de una segunda persona. Otro humano vestido con ropa civil se había lanzado a la vista, cubriendo la mano del otro hombre con la suya y evitando que arrojara o soltara la

granada. Delgado y musculoso, el recién llegado golpeó al posible atacante a un lado de su cabeza, tratando de someterlo. El primer hombre gruñó con evidente dolor, luchando mientras ambos sostenían la granada entre ellos. Alcanzó con su mano libre la garganta de su oponente, pero el segundo hombre fue más rápido, lanzando otro golpe cruel a la cabeza de su rival.

—Quédense aquí —espetó Georgiou, alejándose de Ribiero y Korrapati y avanzando hacia la pelea. Llegó demasiado tarde para ofrecer ayuda, ya que su aparente salvador le dio un tercer golpe brutal a la cabeza de su adversario. El primer hombre se derrumbó, hundiéndose contra la pared cercana antes de caer al suelo. Mientras tanto, el recién llegado mantuvo su agarre apretado sobre la granada hasta que la liberó de la mano del otro hombre. Una vez logrado esto, estudió el dispositivo antes de presionar un control empotrado, desactivándolo. Al hacer contacto visual con Georgiou, le ofreció la granada.

—Una manera bastante grosera de decir hola, ¿no le parece?

Cautelosa de un segundo ataque, Georgiou no dijo nada hasta que llegaron un par de guardias de seguridad para detener al intruso inconsciente antes de dirigir su atención al otro hombre.

Volviendo a Ribiero, Georgiou colocó su mano sobre el hombro de la otra mujer.

—Gobernadora, ¿está bien?

Ribiero asintió en respuesta, al igual que Korrapati cuando Georgiou lo revisó.

—Es uno de mis ayudantes más confiables —dijo la gobernadora mientras observaban a los oficiales de seguridad poner al hombre de pie.

—Quizás quiera pensar en despedirlo —ofreció Georgiou.

—Tuvimos suerte —dijo Korrapati—, pero necesitamos hacer un mejor trabajo de detección de armas y otros dispositivos. Mi personal de seguridad puede ayudar con eso.

Georgiou dijo:

—Hay algo más que considerar. Es posible que no podamos confiar en todos los miembros de la fuerza de seguridad de la colonia.

—Kodos —dijo Ribiero—. ¿Creen que algunos de los oficiales todavía puedan serle leales?

—Alguien dejó entrar a ese tipo con una granada.

Korrapati agregó:

—Y algunos estuvieron involucrados en la ejecución. Otros probablemente lo ayudaron a esconderse y eventualmente escapar.

—Si hay partidarios de Kodos entre la población civil, seguramente habrá algunos dentro del gobierno de la colonia, incluidos otros entre su personal, Gobernadora.

Incluso era algo terrible de considerar, pero Georgiou sabía que tenían que sopesar todas las posibilidades. Cualquiera que respaldara a Kodos, por cualquier razón, estaría tomando medidas para ocultar su identidad y afiliaciones con la esperanza de evadir el arresto.

Levantando la mano para limpiar las lágrimas de sus ojos, Ribiero lanzó un profundo suspiro.

—Ha sido… difícil mantener mi compostura, incluso solo con mi personal, ¿y ahora esto? Todos, incluyéndome, perdimos a alguien esa noche. Mi prometido fue uno de los elegidos. Ni siquiera lo supe hasta que fui liberada de la celda donde nos arrojó la gente de Kodos. —Respiró hondo, secándose una última lágrima de su ojo derecho antes de mirar una vez más a Korrapati y Georgiou—. ¿Pueden ayudarnos a encontrarlo y a cualquiera que lo haya apoyado?

—Me ofrezco para ese deber, Gobernadora.

La respuesta vino de una voz cerca de la entrada de la sala, y Georgiou vio que el hombre que había llegado justo a tiempo había regresado, ya no flanqueado por miembros de seguridad de la gobernadora. Solo entonces Georgiou se percató de reconocerlo.

—Teniente Comandante Gabriel Lorca —dijo el hombre, ofreciendo un gesto formal primero a Ribiero, luego a Korrapati y Georgiou. Hizo un gesto a dos recién llegados, un hombre y una mujer, que se encontraban justo afuera de la habitación en el pasillo contiguo—. Junto con los restos de mi equipo, reportándonos según lo ordenado, Capitán. —Con su expresión plana, agregó—: Bienvenido a Tarsus IV, señor. Con su permiso, me gustaría cazar a Adrian Kodos y llevarlo ante la justicia.

11

Después de dos intentos previos de recalentado, el té había perdido su sabor y ya no tenía ningún atractivo para él. Con un gruñido de disgusto, Kodos arrojó el contenido de la suave copa de metal contra la pared de la cueva. Al ver que el té bajaba y penetraba en las grietas de la roca, sacudió la cabeza ante su propio temperamento y estupidez.

¿Te sientes mejor?

Respirando profundamente, Kodos estudió su entorno. Aunque nunca había creído ser claustrofóbico o se había preocupado por los espacios confinados, trataba de no aceptar la idea de que las paredes de las cavernas subterráneas realmente se cerraban a su alrededor.

—Estás siendo tonto —le dijo a nadie.

—¿Gobernador? —preguntó alguien.

Sorprendido de ya no estar solo, Kodos se volvió hacia la boca de la pequeña cueva que servía como su habitación privada para ver a un hombre más joven estudiándolo. En la tenue luz proporcionada por la lámpara portátil, le llevó un momento reconocer a Joel Pakaski observándolo desde cerca de la sombra. Vestido con un mono verde monótono del tipo preferido por los pilotos y otras personas que trabajaban alrededor de vehículos u otra maquinaria grande, el comandante del destacamento de seguridad era un hombre tranquilo, tal vez diez años más joven que Kodos. Pakaski prefería afeitarse la cabeza, una práctica que Kodos había presenciado más temprano en el día, y era reconocido entre las fuerzas de seguridad por el intenso régimen de ejercicio que seguía casi sin falta cada mañana.

—Mi té y yo estábamos teniendo un desacuerdo, Joel —dijo Kodos, forzando una sonrisa—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Pakaski señaló con el pulgar detrás de él.

—Charlynn ha terminado de vincularse a la red de información. Podemos recibir transmisiones.

—Excelente.

Una de las desventajas de esconderse en las montañas lejos de Nueva Anchorage era la falta de comunicación u otra conexión con la ciudad. A pesar de sus preparativos que habían incluido este refugio y los suministros adquiridos para mantenerlos y su eventual partida del planeta, sus planes habían sido interrumpidos por la llegada de la nave de socorro muy por delante de las estimaciones. Esto había dado lugar a una serie de tareas que se completaban de manera apresurada. Desde el momento en que se hizo evidente que Kodos y su gente tendrían que huir de Nueva Anchorage, comenzó el transporte de personal y equipo. Una caravana de vehículos terrestres, cargados y ubicados a las afueras de la ciudad, los estaba esperando después de que Kodos diera la orden de retirada. Pakaski no había podido asegurar todo lo que querían llevar consigo, pero el

equipo que ya estaba en los vehículos proporcionaba un comienzo decente. El viaje a las montañas fue lento y tortuoso en un intento por evitar ser detectados. Una vez aquí, sin embargo, ocultarse se volvió algo más simple, debido a las inestabilidades geomagnéticas en toda la región. Estas anomalías interferirían con los sensores y los transportadores, lo que dificultaría que cualquiera los cazara. Por un lado, las propiedades naturales de la cordillera la convertían en una opción obvia para un escondite. Sin embargo, cualquier persona que realizara una búsqueda aquí debería hacerlo de la manera difícil, a pie o en vehículo terrestre, lo que le daba a Kodos y a su gente la ventaja de anticipar la llegada de cualquier invitado no deseado.

Acompañó a Pakaski a la caverna más grande, que actuaba como un puesto de mando. Los equipos y las mesas de trabajo estaban esparcidos en algo parecido a un círculo alrededor de una mesa más grande que contenía un cuarteto de estaciones de trabajo con computadoras portátiles. Almacenadas a lo largo de las paredes de la cueva había contenedores de embalaje, que la mayoría podían ser transportados por una sola persona, almacenando raciones de comida, así como suministros médicos y de otro tipo. La cámara se sentía en muchos aspectos como un campamento militar, aunque el propio Kodos no tenía experiencia con tales cosas. Sospechaba que esto era cosa de Pakaski, de acuerdo con el pasado del hombre como oficial de las fuerzas terrestres de la Flota Estelar.

—¿Tuvo problemas para obtener los otros suministros? —preguntó Kodos.

Pakaski se encogió de hombros.

—Fue un desafío, pero lo logramos. Si volvemos de nuevo, podría haber problemas. La nave de la Flota Estelar ya está trabajando con las fuerzas de seguridad para mantener las cosas bajo control. Puede estar seguro de que vigilarán a cualquiera que entre o salga de la ciudad.

—Entonces es algo bueno que conozcamos la ciudad mejor que ellos.

Nueva Anchorage, siendo una ciudad abierta en un planeta donde el crimen era bajo y los disturbios civiles casi desconocidos, no poseía ningún tipo de barreras de entrada. Incluso el puerto espacial, el área más controlada de la región, permitía la entrada a la ciudad una vez que los recién llegados fueran procesados a través del centro de apoyo de inmigración de la colonia. Todo eso había cambiado con el inicio de la infección por hongos, primero con la Gobernadora Ribiero promulgando toques de queda y más tarde cuando Kodos instituyó la ley marcial. Incluso con la llegada de la nave de la Flota Estelar y otros aún en camino, se mantenían medidas de seguridad adicionales en toda la ciudad. Permanecía el toque de queda y el acceso a ciertas áreas sensibles alrededor de la ciudad aún estaba restringido. Pakaski, llevando a un pequeño grupo de personas de regreso a la ciudad para escapar con algunos suministros necesarios, había podido aprender mucho sobre la situación de seguridad actual.

—Creo que aún podremos entrar y salir sin ser detectados —dijo Pakaski—. Tendremos que elegir nuestros puntos de entrada y horarios con mucho cuidado. Además, ya tengo a algunas personas investigando si podemos introducirnos en los sensores de la

nave de la Flota Estelar sin ser detectados. Asumiendo que podamos lograrlo, sería de gran ayuda.

Kodos asintió con aprobación.

—Impresionante. Obviamente tiene algunos entrenamientos y habilidades que no figuran en su archivo personal con las fuerzas de seguridad.

Con una sonrisa de complicidad, Pakaski respondió:

—Hace mucho tiempo aprendí que mientras nadie haga la pregunta pertinente, elegir no compartir ciertas cosas no es realmente mentir.

—¿Moraleja situacional, Joel?

—Toda moral es situacional, Gobernador.

—En efecto.

Cruzando el piso de la cueva hacia el grupo de terminales de computadoras portátiles ubicadas sobre la mesa central, Kodos se movió para pararse detrás de una joven que trabajaba en una estación mientras se sentaba en un taburete plegable. Le llevó un momento recordar que se llamaba Charlynn Schmidt, hija de otro de los agentes de seguridad que se había unido a su causa. Tal vez era demasiado joven para esta vida, decidió Kodos, pero todavía era gratificante ver a personas de su edad apoyando su causa.

—Me dijeron que podemos recibir transmisiones, gracias a sus esfuerzos —dijo, y la joven se movió en su taburete para poder enfrentarlo.

—Así es, Gobernador. Me costó un poco de trabajo, pero he podido conectar los datos que se transmiten entre Nueva Anchorage y los asentamientos periféricos. Podemos monitorear cualquier cosa que se les presente, y nunca sabrán que los estamos viendo.

Pakaski agregó:

—Grabamos una transmisión de noticias que se emitió hace solo unos minutos. Es algo que querrá ver. —A Schmidt le dijo—: Reprodúcela.

Al presionar una cadena de teclas en la consola de su terminal, Schmidt activó un registro visual antes de hacerse hacia su derecha para dar a Kodos y Pakaski una vista sin obstrucciones de la pantalla de su computadora. En la pantalla, un hombre de mediana edad con atuendo civil estaba sentado detrás de un escritorio en el escenario familiar de uno de los principales proveedores de noticias de Nueva Anchorage.

—*La llegada de la nave de la Flota Estelar* Narbonne *parece estar levantando la moral por toda la ciudad. Aunque la seguridad de la colonia continúa informando casos de disturbios civiles, incluidos vandalismo y asaltos contra otros ciudadanos, esos incidentes parecen estar en declive. Muchas personas permanecen comprensiblemente molestas por los eventos de los últimos días, y los líderes de la comunidad están exigiendo respuestas, incluso cuando la Gobernadora Ribiero y su personal continúan sus esfuerzos para mantener las cosas bajo control. Los comandantes de seguridad enfatizan que se está haciendo todo lo posible para frenar estas protestas, mientras elogian a la comunidad por sus esfuerzos para ayudarlos a minimizar más lesiones a personas o daños a la propiedad.*

Kodos sabía desde el momento en que había concebido por primera vez el Sacrificio que su implementación tendría repercusiones. Aturdida al principio por el alcance y la audacia de lo que había puesto en movimiento, la población de la colonia restante parecía experimentar una reacción tardía a la realidad de lo que se había hecho. En verdad, las manifestaciones resultantes de disturbios y represalias, contra figuras o símbolos de autoridad o simplemente entre sí, terminaron siendo más moderadas de lo que esperaba. Estaba sorprendido y aliviado. ¿Podría significar en algún nivel que un segmento de la población restante al menos entendía, si no aprobaba por completo, las acciones drásticas emprendidas para garantizar la supervivencia de la colonia?

Solo puedo preguntármelo y esperanzarme.

En la pantalla de la computadora, el presentador de noticias continuó:

—*Alrededor de la colonia, los miembros del equipo de asistencia de la Flota Estelar están investigando y trabajando arduamente en una variedad de tareas. El personal médico está disponible, ayudando al personal del Hospital de Nueva Anchorage a tratar a los pacientes que han recibido a raíz de las protestas en curso y otros actos de disturbios civiles. Lo principal es la erradicación del hongo que ha contaminado nuestros suministros de alimentos y nos puso en peligro a todos. Los informes en este frente indican que los especialistas en ciencia e ingeniería están cerca de una solución, que permitirá que las instalaciones de procesamiento y entrega de alimentos vuelvan a estar en línea. Mientras tanto, se alienta a los ciudadanos a visitar uno de los lugares designados para recibir raciones de comida traídas por la* Narbonne*, todas las cuales han sido verificadas como no afectadas por la contaminación. Los esfuerzos para desarrollar una forma de derrotar el contagio están en curso.*

Kodos buscó la interfaz de la computadora y presionó el control para pausar la reproducción. Dejó que su mano permaneciera en la terminal, y solo después de unos momentos se dio cuenta de que se estaba sosteniendo con el brazo.

—¿Gobernador? —escuchó decir a Pakaski—. ¿Está bien?

¿Realmente se había derrumbado contra la mesa? Durante un puñado de segundos fugaces, la fuerza pareció disminuir de su cuerpo. La sensación se desvaneció con la misma brusquedad que apareció, dejándolo preguntándose si había algo físicamente mal con él, o si era una forma de malestar mental que había elegido manifestarse.

¿Culpa?

Por supuesto, sentía remordimiento por la necesidad del Sacrificio. ¿Cómo iba a saber alguien que la asistencia llegaría mucho antes de lo estimado originalmente? ¿Debería haber esperado, ejerciendo una mayor prudencia antes de llevar a cabo su decisión final? Quizás, pero ninguna cantidad de dudas podría deshacer lo sucedido. Solo había que contemplar el futuro, tanto para la colonia como para él mismo.

Sin responder a Pakaski, Kodos tocó el control para reanudar la reproducción.

—*También continúan los esfuerzos para localizar y detener a Adrian Kodos, quien, según las autoridades, no ha sido visto desde la noche de las ejecuciones masivas en el anfiteatro. Los funcionarios pidieron comentarios sobre la cacería humana indicando*

que están siguiendo una serie de pistas, pero no han tenido suerte ni siquiera para determinar su última ubicación conocida. Existen teorías opuestas sobre el paradero de Kodos, algunos creen que todavía se está escondiendo en algún lugar de Nueva Anchorage, mientras que otros piensan que huyó de la ciudad, probablemente con el apoyo de al menos algunas de las personas que lo ayudaron a llevar a cabo las despiadadas ejecuciones.

—Pueden buscar todo lo que quieran —dijo Pakaski—. No nos encontrarán, señor.

Kodos no le creía al otro hombre, pero no veía ninguna razón para disminuir su confianza, al menos no frente a sus subordinados. Ya habría tiempo suficiente para discutir contingencias.

—*Lo complicado es el hecho de que muy pocas personas parecen saber cómo es Kodos, y la mayoría del personal administrativo de la colonia, con la notable excepción de la Gobernadora Ribiero y algunos miembros del consejo, no sobrevivieron a las ejecuciones. Un examen preliminar de los registros de la computadora de la colonia revela que todas las imágenes de Kodos se han eliminado, lo que sugiere que trató de dificultar los esfuerzos para buscarlo antes de escapar. Las autoridades están pidiendo ayuda a la comunidad y que cualquier persona con información relacionada con Kodos salga a la luz.*

—Es suficiente. —Le indicó a Schmidt que detuviera la transmisión. Agradeciendo a la mujer por su ayuda, hizo un gesto a Pakaski, y los dos hombres comenzaron a caminar entre las mesas de trabajo y las pilas de suministros y equipos.

—No dejarán de buscarme —dijo, manteniendo la voz baja—. El público exigirá mi captura y juicio. Por lo que sabemos, la gente me buscará por su cuenta, y la justicia estará lejos de sus mentes mientras me cazan.

—*Nos* cazan. —Pakaski lo miró con una expresión de convicción sin restricciones—. No está solo, Gobernador. Nos están cazando a todos.

La devoción del hombre era admirable, y Kodos se conmovió con sus garantías. Si llegara el momento de enfrentar a los perseguidores —ya fuera que estuvieran interesados en la justicia o la venganza— Kodos sabía muy bien que podría verse obligado a tomar algunas decisiones difíciles. Las personas que le habían jurado lealtad podrían encontrarse en la posición de elegir entre él y su propia libertad o bienestar. Sin otras alternativas, ¿cuántas de estas personas se sacrificarían? Estaba seguro de que Pakaski, Ian Galloway y un puñado de otros lo harían. ¿Pero el resto? No había forma de estar seguro. La situación se había vuelto drástica con la llegada de la nave de la Flota Estelar, y lo que parecía tan claro y justo solo unos días antes ahora estaba consumido por la duda.

Sus propias elecciones eran simples. Kodos necesitaba planear en base a lo peor. Si tuviera alguna medida de paz, probablemente tendría que descartar todo sobre su vida e identidad actuales y comenzar de nuevo. Una simple huida del mundo no era una opción viable, al menos en la actualidad. El capitán de la Flota Estelar y su tripulación esperarían algo así y tomarían las precauciones adecuadas para evitar su fuga. Incluso llegar a un

transporte sería casi imposible, con el puerto espacial vigilado de cerca y las pocas naves que ocupaban literas tenían prohibido partir sin una inspección extrema.

—No podemos esperar que la oportunidad se presente, Joel. Debemos actuar para mantener el control de nuestra situación el mayor tiempo posible.

Pakaski respondió:

—Necesitamos adelantarnos a quien sea que envíen para encontrarnos. Aprovechar la iniciativa, en lugar de esperar a que vengan a nosotros. Mejor aún, podemos interrumpir su trabajo con la colonia. Dividir su atención, desviar su enfoque.

—Exactamente.

Mientras continuaban su paseo, Kodos aguardó hasta que pasaron a un grupo de seis hombres y mujeres, cada uno trabajando para descargar suministros de un trío de contenedores de embalaje. No dijo nada hasta que estuvo seguro de estar fuera del alcance de los oídos.

—Hay algo más que considerar. Mezclarse de nuevo con la población puede ser nuestra mejor opción. Tal vez si esperamos hasta que se completen mis búsquedas iniciales. El resto de ustedes no debería tener ningún problema. Por otro lado, tendré que tomar medidas prudentes.

Sabiendo que no había medios obvios para escapar del planeta, los equipos de la Flota Estelar que prestaban asistencia a la colonia lo buscarían en todo el planeta. Suponiendo que no hiciera nada, lo encontrarían, tarde o temprano. Incluso aunque terminara pasando por un juicio justo en un tribunal de la Federación, no había posibilidad de que escapara de la condena o el encarcelamiento. No tenía intención de pasar el resto de sus días en una colonia penal o —peor aún— en un centro psiquiátrico como el remoto planeta Elba II, un asilo para delincuentes dementes y otros malvivientes vistos como inadecuados para su existencia en el idílico paraíso que la Federación había trabajado para crear. Una vez desterrado a ese lugar, se convertiría en un objeto de escrutinio y desprecio, condenado a interminables preguntas, estudios y juicios por parte de médicos, buscadores de curiosidad y otros seres más débiles.

Nunca.

Kodos moriría antes de permitir que eso sucediera.

¿Cuántas personas tendrían que morir junto con él?

12

La ventana se hizo añicos, enviando una nube expansiva de fragmentos de vidrio junto al ladrillo responsable de ello hacia el pasillo. La gente, algunos heridos junto con otros que los acompañaban al hospital, se apresuraron a ponerse a cubierto. Un hombre, mayor y más lento que los que lo rodeaban, fue el desafortunado objetivo del ladrillo, que lo golpeó en la cabeza. Gruñendo de dolor, tropezó al otro lado del corredor antes de caer contra la pared del fondo y deslizarse hacia el suelo.

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda por aquí!

Georgiou corría hacia el hombre caído mientras gritaba. Empujando a las personas que se habían alejado de la ventana y que ahora estaban metidas en el espacio confinado del corredor, no pudo alcanzarlo hasta que él se acomodó en el suelo. Estaba apoyado contra la pared, sus brazos colgando flojos a los costados mientras su barbilla descansaba contra su pecho. La sangre corría de una herida donde el ladrillo había golpeado su cabeza, y Georgiou pudo ver la hendidura en el lado derecho de su cráneo que marcaba el punto de impacto.

—¿Qué demonios está pasando allá afuera? —le espetó a un guardia de seguridad de la *Narbonne* que corría hacia la salida más cercana. El oficial más joven hizo una pausa, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—Algún tipo de protesta afuera, Comandante. Aparentemente, algunos miembros del consejo de gobierno de la colonia están aquí en el hospital, y hay varias personas que están molestas por eso. —Su mirada pareció fijarse en el hombre caído—. Creo que la gente está buscando a alguien a quien culpar… por lo que sucedió. Las cosas han dado un giro, pero la gente de seguridad de la colonia ya está en eso. Estamos yendo afuera para ayudar.

—Tengan cuidado —le ofreció Georgiou antes de volver su atención a su último paciente. ¿A cuántas personas había tratado en las últimas seis horas? Dejó de contar después de quedarse sin dedos. Era todo lo que podía hacer para mantenerse al día, haciendo todo lo posible para ayudar al personal del hospital de Nueva Anchorage y al personal médico de la *Narbonne*.

Con todos sobreocupados y poco tiempo para un solo punto de enfoque, Georgiou y el resto del equipo de socorro se duplicaron e incluso triplicaron para llevar a cabo diversas tareas, independientemente de la experiencia individual. Capacitada hacía años como médico de campo, Georgiou rápidamente se encontró ayudando con las actividades de triaje tanto aquí en el hospital como en las estaciones de tratamiento de emergencia instaladas en el gimnasio de una escuela a poca distancia de aquí. Dejando de lado sus deberes de supervisión mientras trataba de hacer un seguimiento de varios miembros del personal de la *Narbonne* que trabajaban en la ciudad, se encontró metida hasta los codos

ayudando con el diagnóstico y el tratamiento de primera respuesta de docenas de pacientes. La mayoría de las heridas que había visto hasta este momento eran leves, laceraciones junto con huesos rotos, y todas tratables con un esfuerzo nominal. El Doctor Varazdinski y los médicos del hospital se ocupaban de casos más graves, incluidos problemas que amenazaban la vida. Ninguna de esas personas estaba cerca por el momento, dejando a Georgiou para lidiar con lo que sus ojos entrenados, pero no expertos, le dijeran que era una lesión grave.

—Comandante —dijo una voz detrás de ella, y Georgiou levantó la vista para ver al Alférez Dralax, uno de los médicos retirados del personal de la Base Estelar 11 y rápidamente asignado al equipo de ayuda de la *Narbonne*. Era un Denobulano, y su tez pálida y las pronunciadas crestas que enmarcaban su rostro lo diferenciaban de los humanos que abarcaban la mayor parte de las personas apiladas en los pasillos y áreas de espera del hospital. Dralax llevaba un botiquín de campo colgado sobre su hombro, el cual liberó y depositó en el suelo mientras se arrodillaba junto a Georgiou y el hombre herido.

—Estaba al lado de la ventana cuando entró el ladrillo —informó Georgiou—. Daño definitivo en el cráneo. También podría ser una hemorragia intracraneal. —La cantidad de sangre proveniente de la herida la preocupaba. Alcanzó el botiquín médico de Dralax, esperando encontrar un escáner de diagnóstico portátil.

Apoyando una mano en el brazo del hombre, Dralax respondió:

—Creo que tiene razón. —El tono del alférez era nítido y profesional, renunciando a las filas y al protocolo, ya que su entrenamiento médico y el paciente antes que él, habían dejado de lado todas las demás consideraciones—. Ayúdeme a llevarlo a una sala de tratamiento.

Apenas Georgiou se movió para ayudar a levantar al hombre, sintió que todo su cuerpo se debilitaba. Hubo una exhalación final y lamentable, y ella supo en ese momento que estaban muy atrasados.

—¡Maldición! —El cansancio de las últimas horas forzó a salir a las palabras de sus labios antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo. Sin pensarlo, Georgiou se movió para levantar al hombre sobre sus hombros antes de trotar hacia las salas de tratamiento. Escuchaba a Dralax detrás de ella, corriendo para mantener el paso.

—Comandante, me temo que se ha ido.

Sabía que él tenía razón, pero la ira por haber visto morir al hombre ante sus ojos —en el pasillo de un hospital, nada menos— la impulsaba hacia adelante. Al llegar a la sala de tratamiento, vio que estaba desocupada y bajó al hombre sobre la camilla de tratamiento. Una vez que estuvo boca abajo, no pudo negar que había muerto. Sus ojos, afortunadamente, estaban cerrados, y ella se encontró paralizada por la herida y la sangre que manchaban el lado derecho de su cabeza, cara y cuello.

Detrás de ella, escuchó a Dralax decir:

—Lo siento, Comandante. Su lesión fue demasiado grave.

Dos enfermeros, un hombre y una mujer que parecían tan cansados como Georgiou se sentía, entraron en la habitación. La mujer miró al hombre inmóvil.

—Acabamos de recibir la llamada sobre esto. ¿Está…?

Georgiou sacudió la cabeza.

—No había nada que pudiéramos hacer. Fue… demasiado rapido. —Apartándose a un lado, permitió que las enfermeras inspeccionaran la forma inmóvil del hombre—. Sucedió casi justo frente a mí.

—Una mujer fuera del hospital fue golpeada de la misma manera —respondió el enfermero—. La están apurando para una operación. Parece que la seguridad está tomando el control de la situación. —Suspiró mientras miraba al hombre muerto—. Demasiado tarde, desafortunadamente.

Activando los controles antigravedad de la camilla del paciente, su compañero levantó la cama de su marco y comenzó a guiarla hacia la puerta.

—Nos ocuparemos de él, pero necesitaremos esta habitación.

—Entendido. —Georgiou observó a las dos enfermeras sacar la camilla de la habitación y desaparecer por el pasillo, tragada por el flujo constante de personas que se dirigían en todas las direcciones hacia puntos desconocidos.

Un momento después, escuchó el sonido de algo pesado cayendo contra la pared, y se giró para ver a Dralax sentado en el suelo.

—¿Está bien? —preguntó ella, moviéndose hacia él.

Los brillantes ojos azules del Denobulano parecían no mirar a la nada. Sus labios se movían, pero Georgiou no escuchaba palabras. Agachándose a su lado, le tocó el hombro.

—¿Alférez?

El toque pareció sacarlo de su trance —o lo que fuera— y parpadeó varias veces en rápida sucesión antes de mirarla. Su mandíbula estaba floja y sus ojos estaban llorosos.

—Lo… lo siento, Comandante. No sé lo que me pasó. Yo…

—¿Cuándo fue la última vez que comió o durmió?

Parpadeando un poco más, Dralax respondió:

—Llegué aquí ayer por la noche con el primer grupo de médicos de la nave. He estado trabajando desde entonces. —Frunció el ceño—. No entiendo por qué estoy tan cansado. Los Denobulanos pueden durar mucho más de un día sin tener de dormir.

—Todos trabajamos mucho más y más duro de lo normal, Alférez. El estrés solo contribuye a nuestra fatiga, por lo que debemos recordar cuidarnos a nosotros mismos. Debería saberlo. —Al darse cuenta de que estaba en peligro de caer en un «modo de comando» completo, Georgiou suavizó su tono—. Sé que parece un poco abrumador, pero si comenzamos a colapsar, no le serviremos a nadie aquí.

Dralax asintió.

—Tiene toda la razón, Comandante. Es solo… Todavía tengo problemas para procesar todo esto. —Cuando ella no respondió de inmediato, agregó—: Como he estado tratando a pacientes, es imposible no escuchar mientras hablan sobre lo que han vivido:

lo que sucedió antes de que llegáramos. Incluso con la evidencia frente a mí, todavía es muy difícil de creer.

—Nunca ha estado involucrado en algo como esto, ¿verdad? —preguntó Georgiou.

—Solo simulacros de ejercicios de entrenamiento. La Base Estelar 11 es mi primer trabajo después de graduarme en la Academia y que entrenara como médico. Se supone que debo pasar un año obteniendo experiencia práctica en el tratamiento de pacientes reales mientras aprendo del personal médico de la base estelar.

Georgiou resistió el impulso de observar que estaba obteniendo mucha más experiencia aquí de lo que lo obtendría mientras trabajara en una base estelar, pero ese comentario se sentía inapropiado en este momento.

—No nací en Denobula —continuó Dralax—. Mis padres eran científicos que vivían en la colonia de la Federación en Arvada III. Estábamos entre un número muy pequeño de no humanos, pero era un lugar maravilloso para vivir. Tengo tantos amigos allí y tantos recuerdos felices. —Cerró los ojos y respiró hondo—. No puedo dejar de pensar en que algo así suceda allí. Mis padres, mis amigos. La idea de que se les obligara a… —La oración se desvaneció, y se tapó la boca con la mano—. Lo siento, Comandante.

—Está bien. Quiero que descanse un poco. —Al ver la expresión de su rostro y sabiendo que protestaría, ella levantó una mano—. Solo un par de horas. No tiene que salir del edificio. Use las salas que hemos establecido como áreas de descanso para nuestra gente. Iré personalmente a buscarle si necesito ayuda con algo. Y busque algo de comer. Necesita mantener su fuerza.

—Sí, sí, Comandante. —Aceptando su mano extendida, se puso de pie—. Y gracias.

—Gracias por su arduo trabajo, Alférez. Si vamos a abordar todo esto, tendremos que seguir trabajando. No se queme demasiado rápido.

Asintiendo con la cabeza, Dralax reunió su equipo médico antes de salir de la habitación, presumiblemente en busca de las habitaciones designadas para el personal de la *Narbonne* para tomar breves respiros del trabajo en curso.

Una siesta suena bastante bien ahora.

Tan pronto como el pensamiento errante cruzó por su mente, Georgiou lo forzó a alejarse. A pesar de la amable conferencia ofrecida a Dralax, todavía había una serie de cosas que necesitaba verificar antes de descansar. Necesitaba recibir informes actualizados de los diversos líderes de su equipo, no solo aquí en el hospital, sino también en otros lugares clave de la ciudad, y también debía proporcionarle al Capitán Korrapati un informe de estado actualizado.

Si no puedo dormir, al menos puedo tomar la taza de café más grande que pueda encontrar.

Dándole una última triste mirada a la sala de tratamiento, Georgiou sacudió la cabeza y se alisó el uniforme antes de regresar al pasillo. La multitud aquí era menor de lo que recordaba, y la conmoción de minutos antes parecía haber disminuido. Había habido débiles sonidos de gritos, probablemente provenientes de algún lugar fuera del edificio, pero la situación aquí había vuelto a su nivel previo de caos controlado.

El hospital había sido construido como cuatro estructuras, cada una con cinco niveles, y conectadas por un área central. En los pisos de tratamiento de pacientes, estos cruces contenían las estaciones de enfermería y los consultorios médicos. Mientras Georgiou se dirigía hacia la estación de enfermeras del segundo piso, vio a un oficial de seguridad de la colonia uniformado de pie afuera de una de las áreas de examen de pacientes. El hombre, que parecía que debía estar estudiando para un examen de secundaria en lugar de estar de guardia, notó su acercamiento y su postura se puso rígida.

—¿Comandante Georgiou? —preguntó.

—Así es. —Indicó la puerta cerrada de la sala de examen—. ¿Qué está pasando?

El oficial de seguridad, cuya etiqueta de nombre decía CUSHMAN, respondió:

—Soy parte de la escolta. Me dijeron que esperara afuera hasta que un médico viniera a ver a este paciente.

—¿Qué paciente? —Moviéndose más allá del guardia, Georgiou alcanzó el teclado al lado de la puerta cerrada y presionó el control para activar el timbre alertando a la persona en su interior que estaba a punto de recibir un visitante. Un momento después, la puerta se deslizó a un lado y se encontró mirando a una joven humana sentada en el borde de la mesa de examen de pacientes de la habitación. La niña tenía tal vez siete u ocho años, con el pelo rubio recogido en una coleta. Su ropa— pantalones oscuros y una camisa roja —estaba sucia, y la pierna izquierda del pantalón estaba rasgada desde el puño hasta la mitad del muslo. Dos piezas de lo que parecían listones de plástico estaban aseguradas en el interior y el exterior de su pierna en una férula conveniente para el campo. Sentada junto a ella en la mesa había un muñeco de peluche que se parecía a un Andoriano, su piel azul se había desvanecido y desgastado y una de sus dos antenas colgaba flácida de su cabeza. Una lista de datos descansaba en el regazo de la niña, su pantalla dominada por los gráficos de algún tipo de juego. Levantó la vista al oír la puerta abriéndose y le sonrió a Georgiou.

—Hola.

—Hola —respondió Georgiou mientras entraba en la habitación—. ¿Cuál es tu nombre?

—Shannon. Shannon Moulton.

—Soy Philippa. ¿Qué le ha ocurrido a tu pierna?

—Mi mamá dice que la rompí cuando me caí por unas escaleras.

Todavía fuera de la habitación, Cushman dijo:

—Todos los tejedores de huesos del hospital están siendo utilizados, tanto aquí como en el sitio de clasificación de la escuela. Algunos están rotos, por lo que los otros están siendo utilizados una y otra vez. La madre de Shannon fue a buscar un doctor.

—¿Te duele la pierna? —preguntó Georgiou, su mirada aún en la chica.

Shannon sacudió la cabeza.

—Antes sí, pero no ahora. Una enfermera me dio algo para que me sintiera mejor.

—Bueno, la arreglaremos. —Después del incidente con el pobre anciano, era agradable poder prestar atención a alguien a quien ella podría ayudar.

—¿Es doctora?

Georgiou sonrió.

—No, solo soy alguien que ayuda a los doctores.

—De acuerdo. —Satisfecha, al menos por el momento, la niña volvió su atención a su lista de datos.

Acercándose, Georgiou alcanzó el peluche.

—¿Cual es el nombre de tu amigo?

—Vran. —Los ojos de Shannon eran cautelosos mientras veía a Georgiou manejar el juguete—. Se supone quedebe traerme buena suerte, pero parece que no está trabajando hoy.

—Tal vez solo está confundido. —Georgiou indicó el lugar donde la antena rota colgaba de un trozo de tela rasgada. Una porción del relleno del peluche sobresalía de la pequeña abertura—. Una vez que tratemos la pierna, probablemente pueda arreglar esto por ti.

—Bueno.

—¿Comandante?

Mirando hacia donde Cushman todavía estaba parado en el pasillo, Georgiou vio que se le unía una mujer humana. A pesar de su expresión cansada y desgastada, el parecido con Shannon era obvio.

—Hola. Soy la Comandante Georgiou, de…

—La *Narbonne*, sí. —Al entrar en la habitación, la otra mujer extendió una mano—. Soy Eliana Moulton, la madre de Shannon. Gracias por estar aquí, Comandante. —Ofreciendo una débil sonrisa a su hija, agregó—: ¿Quizás usted tenga más suerte para encontrar un doctor que nos atienda? —Incluso parecía cansada cuando hablaba.

—Estoy segura de que podemos hacerlo. —Mirando a Cushman, Georgiou dijo—: ¿Podría encargarse de eso?

Cushman miró a la otra mujer antes de responder:

—Lo siento, Comandante. Con todos los disturbios y los otros problemas, realmente no se supone que deje a la Dra. Moulton ni a su hija.

Frunciendo el ceño, Georgiou dijo:

—No entiendo.

—Los miembros del consejo y los asesores han recibido escoltas de seguridad —respondió Moulton—. Aquellos de nosotros que todavía estamos vivos, quiero decir. La seguridad de la colonia está preocupada de que las personas puedan tratar de perseguirnos como represalia… por lo que sucedió.

—¿Está en el consejo de liderazgo?

Moulton hizo una mueca.

—Soy una asesora. Específicamente, soy una científica agrícola. Trabajo con otros científicos para comprender mejor la capacidad del planeta para cultivarse tanto con semillas como con cultivos indígenas e importados.

—Entonces, ¿es usted una de las personas que puede ayudarnos a identificar y erradicar la contaminación por hongos?

—¿Identificar? Si. —La vergüenza y el arrepentimiento nublaron las facciones de Moulton—. Erradicar es otra cosa, sin embargo.

Georgiou sabía que el Gobernador Kodos había incluido miembros del consejo y otros como Eliana Moulton en la lista de colonos a los que había condenado a muerte, pero ¿cómo o por qué había sobrevivido esta mujer?

—Obviamente sabe sobre el contagio —dijo Georgiou.

Otra vez, la mirada de Moulton se movió para mirar hacia el suelo.

—Oh, sí. Sé mucho al respecto, por todo el bien que hizo.

13

Extracto de *Los Cuatro Mil: Crisis en Tarsus IV*

Las transcripciones y las grabaciones visuales de la Gobernadora Ribiero y los doce miembros elegidos del consejo de la colonia representan un equipo de liderazgo atrapado por la incertidumbre. Aunque las cosas aún no habían caído en el caos, los eventos habían servido para empujar al precipicio a Ribiero y sus confiables asesores.

Explorar todos los medios posibles para contener la plaga que causaba estragos en los suministros de alimentos de las colonias estaba comenzando a presionar los recursos, el personal y las emociones. Esto era obvio para la Dra. Eliana Moulton cuando estuvo de pie ante la gobernadora y el consejo, armada con información que sabía que no querrían escuchar.

—Mirar los números no hubiera cambiado nada —dice ella, mientras nos sentamos en el porche de su casa en Midos V, un próspero mundo colonial de la Federación—. Había hecho los cálculos cinco veces. Recuerdo mirarlos, querer que cambiaran, o que mis matemáticas estuvieran completamente equivocadas, pero no fue así. Los números son despiadados, la forma en que presentan una verdad fría y dura, y fue esta verdad la que tuve que presentar a la Gobernadora Ribiero y a los demás. —Ella sacude la cabeza—. Recuerdo haber pensado que era muy parecido a tener que darle a un paciente un diagnóstico terminal. Simplemente no había manera de hacer que lo que habíamos encontrado sonara menos que lo que era: grave.

Siendo científica, Moulton transmitió las noticias no deseadas de la única manera que sabía, presentando los hechos y la evidencia de respaldo recopilada por ella y sus colegas.

Según su investigación sobre sus orígenes y la tasa de expansión, Moulton y su gente determinaron que la contaminación por hongos era el resultado de reacciones extremas del suelo de Tarsus IV a las semillas y cultivos importados de la colonia asediada en Epsilon Sorona II. A pesar de una batería de pruebas para garantizar la compatibilidad, algo en la composición genética de las semillas extranjeras había respondido al nuevo entorno al mutar en algo nunca antes visto.

Al principio, el cambio fue pequeño e indetectable, y cuando los agricultores se dieron cuenta de las rarezas iniciales que se preparaban para cosechar, ya era demasiado tarde. En cuestión de días, la contaminación estaba fuera de control, desafiando todos los intentos de detener su avance utilizando todas las medidas a disposición de la colonia. El hongo parecía poseer su propia conciencia, avanzando de granja en granja, al principio contenido en Nueva Anchorage y las áreas cercanas, pero los científicos como Moulton supieron rápidamente que incluso las aldeas periféricas estaban siendo víctimas de la

contaminación. La vida de otras plantas se vio afectada, pero no en la medida que sufrieron los cultivos alimentarios.

Solo quemar campos enteros e invernaderos con fuego fásico erradicaba la infección, pero era una solución localizada. Peor aún, los compuestos crudos como los utilizados en los procesadores de alimentos también estaban expuestos al contagio, y transportaron la contaminación al funcionamiento interno de las máquinas que tomaron esos compuestos y crearon ofertas comestibles para la población. Solo un pensamiento rápido en nombre de la gente de Moulton y otros que trabajaban para enfrentar la creciente crisis se ocupó de que el suministro de alimentos restante de la colonia escapara de la infección. Incluso mientras se encontraba ante el consejo, se estaba trabajando para trasladar las tiendas de alimentos no contaminados a lugares protegidos de la ciudad, a saber, instalaciones de almacenamiento presurizadas en el principal puerto espacial de la colonia.

Tales medidas fueron útiles, pero no representaron una solución.

—Estábamos en problemas —dice Moulton, sorbiendo té hecho a mano para que disfrutemos durante la entrevista—. Los pasos que estábamos tomando eran mantener los suministros existentes libres de infección, pero hasta que encontráramos una manera de erradicar la infección, no podíamos hacerlos crecer más. También tuvimos que limpiar los procesadores de alimentos. Estoy hablando de desarmarlos hasta la pieza más pequeña, limpiarlos con geles de descontaminación y cualquier otra cosa que tuviéramos a mano o que pudiéramos soñar con las materias primas. Incluso eso fue solo una solución temporal, porque a menos que se pudiera ejecutar esos sistemas en una cámara hermética, seguirían siendo susceptibles de contaminarse nuevamente. —Ella niega con la cabeza, la frustración en su voz es evidente incluso después de diez años.

»Y con todo eso, el consejo todavía parecía tener problemas para creer que la crisis no solo era real, sino que estaba fuera de nuestro control. Cada prueba que realizamos, todo lo que intentamos para desarrollar un contra agente, resultó negativo. En dos días, cada granja había sido arrasada por el fuego fásico, y cada invernadero fue desnudado hasta las paredes y pisos de metal. Eso detuvo el problema inmediato, pero no era como si pudiéramos comenzar a cultivar nuevos alimentos. Necesitábamos detener la contaminación, borrar todo rastro de la misma, o nos arriesgábamos simplemente al darle una segunda oportunidad para golpearnos de nuevo.

Una vez que la Gobernadora Ribiero y el consejo de liderazgo estuvieron convencidos de la inmediatez de la amenaza y los problemas que estaba creando, la atención se centró en qué más se podía hacer. Un primer paso obvio fue pedir ayuda, por lo que se envió una llamada de socorro a la Base Estelar 11, que además de su considerable presencia en la Flota Estelar también incluía oficinas y representantes del Departamento de Apoyo a las Colonias de la Federación. En lo que respectaba a Ribiero, la crisis que afectaba a Tarsus IV alcanzaba el nivel de emergencia planetaria.

—Fue entonces cuando recibimos las malas noticias. —Moulton ofrece esa simple observación libre de sarcasmo u otra negatividad. Como tanto de lo que ha dicho la científica, el comentario se entrega sin emoción y de manera práctica—. La ayuda estaba

disponible, pero faltaba un mes. Al principio, eso parecía ridículo, pero luego recuerdas que Tarsus IV estaba bastante lejos de la Base Estelar 11 u otros planetas habitados, la Flota Estelar solo tiene tantas naves disponibles en un sector determinado, y el espacio es realmente muy grande.

Ella se ríe, pero es una risa sin humor.

—La gente tiende a olvidar esa parte. El motor warp es excelente, pero todavía lleva tiempo llegar de un lugar a otro. Aun así, eso no era lo que estaba trabajando contra nosotros, sino la simple falta de naves. Las naves espaciales asignadas a la Base Estelar 11 se desplegaron por varias razones. Más tarde supimos que un par de ellas estaban lidiando con problemas relacionados con nuestras siempre interesantes relaciones con el Imperio Klingon. Otras habían sido enviadas a misiones que, hasta donde yo sé, todavía siguen siendo clasificadas.

No se necesitan más preguntas en este momento, ya que la doctora Moulton se contenta con seguir hablando sin más preguntas. Hace una pausa solo para rellenar nuestro té antes de continuar.

—Entonces, allí estábamos, enfrentándonos al menos a un mes antes de que llegara la ayuda. El Almirante Anderson en la Base Estelar 11 trató de darle un giro positivo a las cosas, señalando que había retirado del mercado ciertas naves de sus otras misiones para regresar y ayudarnos. —Su voz se vuelve conspiradora—. Hubo rumores de que las naves que terminaron llegando tan pronto después de la masacre en realidad estaban más cerca de lo que nos habían dicho, pero la naturaleza clasificada de sus misiones requería que el lacayo de la Flota Estelar entregara cierta desinformación sobre su estado. —Ella sacude la cabeza—. Nadie lo admitió, por supuesto, y si lo hubieran hecho, apostaría que las cabezas habrían rodado.

A pesar de las dudas iniciales antes de que la magnitud de la crisis comenzara a hundirse, Ribiero puso en marcha varios esfuerzos que incluso sus críticos más duros consideraron apropiados y necesarios. Primero, sucedió la recolección inmediata y la protección de las reservas de alimentos restantes de la colonia, que se estimaron muy por debajo de lo que se necesitaba para mantener a toda la población si las estimaciones para la llegada de las naves de rescate eran precisas. Los alimentos que habían escapado a la contaminación se habían puesto bajo vigilancia en el puerto espacial de Nueva Anchorage. Luego, la gobernadora instituyó un estricto procedimiento de racionamiento, que incluía dirigir a los nutricionistas del hospital para que diseñaran una ingesta calórica que pudiera ser compartida por la mayor parte de la población y al mismo tiempo favorecer a los niños y ancianos, así como a los enfermos y cualquier persona con necesidades dietéticas especiales. Incluso con tales medidas de emergencia, rápidamente se hizo evidente que incluso el racionamiento extremo vería que las tiendas de alimentos disponibles se agotarían mucho antes de la llegada estimada de la ayuda.

—Realmente no tenían otra opción que instituir un toque de queda —lamenta Moulton—. Sellar el acceso al puerto espacial y otros edificios gubernamentales tenía sentido, y aumentar las patrullas callejeras por parte de las fuerzas de seguridad. Ribiero

no llegó a declarar la ley marcial. —La científica se encoge de hombros—. Quizás debería haberlo hecho, pero en ese momento la mayoría de las personas estaban cooperando. Por supuesto, una gran parte de eso fue por no revelar la verdad sobre las reservas de alimentos restantes. Creo que, si ese conocimiento se hubiera hecho público, habría habido una reacción mucho más fuerte. —Su mirada cae, como si examinara algún punto invisible en el piso a sus pies—. Pero nunca hubo una oportunidad para que algo así sucediera.

Las transcripciones de la reunión del consejo habían incluido la presentación de Moulton al liderazgo reunido, y la reacción de la Gobernadora Ribiero a las noticias se describe como una de incertidumbre, indecisión y duda. Dichas caracterizaciones se vieron reforzadas por su eventual destitución del cargo y el consejo de nombrar a un gobernador interino para la duración de la crisis. A raíz de la masacre, esto condujo a protestas pidiendo que se responsabilizara de las ejecuciones. Sus índices de aprobación entre la población se vieron afectados por todo el incidente, y le tomó años recuperar la confianza que perdió.

Moulton es más indulgente.

—El problema con el uso de transcripciones e informes de noticias como fuente es que tienden a reducir la humanidad de una situación y las personas atrapadas en ella. Gisela Ribiero fue una buena gobernadora, antes y después de la masacre. Simplemente estaba mal equipada para manejar algo a esta escala. Muy pocas personas lo están, excepto quizás aquellas que reciben capacitación para este tipo de cosas. Leí que una vez había lidiado con un brote de enfermedad en otra colonia, no como gobernadora o algún tipo de liderazgo electo, sino simplemente como alguien que se había unido para ayudar. Era enfermera de algún tipo, y recuerdo haber leído que ella y otras enfermeras y médicos hicieron un trabajo de primer nivel cuidando a las víctimas de la enfermedad hasta que se encontró una cura. Terminaron salvando muchas vidas que de otro modo podrían haberse perdido. Por lo tanto, no es que fuera ajena a los desafíos difíciles.

»Pero Tarsus IV era un nivel completamente diferente de emergencia, y esta vez caía sobre sus hombros. Bueno, de ella y del consejo, pero ella era la gobernadora. Ya teníamos la garantía de ocupar al menos unos pocos párrafos en un libro de historia, en algún lugar y algún día, pero no importaba lo que sucediera, bueno o malo, su nombre sería el que estaría vinculado a él para siempre. Puedo entender cómo eso puede hacer que alguien haga una pausa. El problema fue que perdió la confianza del consejo y, por extensión implícita, del resto de la colonia.

Esta falta de fe en su gobernadora obligó al consejo a tomar medidas sin precedentes al remover a Gisela Ribiero de su cargo como gobernadora de Tarsus IV. Si bien muchos críticos elogiaron la medida, aquellos que expresaron opiniones más amables clasificaron a Ribiero como una víctima de las circunstancias,culpada injustamente de la crisis que enfrentaba la colonia. Esto fue confirmado por la reacción pública inicial a la decisión, con muchas personas en desacuerdo con la destitución abrupta y quizás prematura del cargo. Independientemente de dónde aterrizara la gente con respecto a la acción, sí dio

paso al consejo para instalar un líder mejor equipado para guiarlos en tiempos tan difíciles.

El proceso de designación de un sucesor resultaría ser breve y directo, ya que el consejo poseía lo que consideraban un reemplazo adecuado. Desde el comienzo de la emergencia, había habido una voz que permanecía en calma, ofreciendo sugerencias sensatas y apoyo a Ribiero y los demás. En retrospectiva, los miembros del consejo que sobrevivieron a la masacre se darían cuenta de que su actitud desapasionada era en sí misma una advertencia de lo que vendría, ¿pero en el momento? Todo lo que cualquiera pudo ver fue compostura bajo presión y resolución frente a la incertidumbre y el miedo.

En una votación unánime, el consejo de liderazgo seleccionó como su gobernador interino a un hombre de ciencia callado y reflexivo llamado Adrian Kodos.

14

Para el observador casual, podría parecer que el almacén de la planta de procesamiento de alimentos no era víctima de nada más que un delito de oportunidad. Se necesitaría un ojo entrenado para notar las pistas leves pero innegables dejadas por los perpetradores, aludiendo a algo más que un simple robo. Sin esa idea, no habría razón para sospechar que ocurriera algo siniestro. Se podría suponer que los artículos que faltaban en el inventario habían sido tomados por hombres o mujeres asustados motivados por nada más que un deseo de sobrevivir, o tal vez mantener una familia.

Incluso antes de confirmar su instinto, Gabriel Lorca lo supo.

—Esto fue calculado —dijo, más para sí mismo que para la directora de la planta o cualquiera de los oficiales de seguridad de la Flota Estelar que caminaban con él mientras completaba su inspección visual del interior del almacén. Después de revisar un inventario completo proporcionado por la directora de la instalación, así como un informe sobre lo que faltaba, requirió de poco tiempo para examinar los estantes de almacenamiento reales y las filas de contenedores de almacenamiento más grandes y llegar a su conclusión—. Alguien que busca acumular suministros o equipos simplemente habría tomado lo que deseaba, en lugar de tratar de cubrir sus huellas.

Caminando junto a Lorca, la directora de la planta, Christian Apodaca, respondió:

—Es incluso mejor que eso. Alguien accedió a nuestra base de datos del inventario y modificó los recuentos para cubrir lo que se llevaron.

Lorca asintió. Tenía sentido, aunque solo servía para reforzar su sentimiento inicial de que el responsable era alguien más que un oportunista desesperado.

—¿Qué le hizo percatarse de que algo andaba mal?

Apodaca levantó la lista de datos que llevaba en la mano izquierda.

—No tenía idea al principio, pero estaba recorriendo por el piso cuando noté que faltaban dos generadores portátiles. Nuestro inventario dice que se supone que debemos tener ocho, y hay ocho en los estantes aquí, pero hice el recuento hace menos de una semana y teníamos diez. Revisé los registros, y no hubo transferencias de generadores. Verifiqué un par de otros elementos donde recordé los recuentos y encontré discrepancias similares. Así que entré en los archivos protegidos y saqué una copia de seguridad de la base de datos de nuestra última auditoría oficial completa del inventario, y la comparé con lo que está actualmente en el archivo. —Agitó la lista de datos—. No se tomó nada en grandes cantidades, pero una vez que se comienza a mirar la lista, puede verse que todo lo que tomaron habría sido perfecto para…

—Para establecer un campamento base en algún lugar. —Apenas pronunció las palabras, Lorca se volvió para mirar a su compañera—. Me disculpo. Eso fue grosero.

—Lo fue, pero lo superaré. —El comentario no ra conciso ni burlón, y en su lugar era entregado casi sin emoción, de acuerdo con el resto de las interacciones de Apodaca con Lorca desde su llegada. Una mujer delgada de la Tierra de unos cuarenta años, se portaba con el aire de una gerente experimentada acostumbrada a tener todo organizado y bajo control. Eso tenía sentido, dada su responsabilidad de supervisar uno de los principales centros de procesamiento y distribución de alimentos de Nueva Anchorage. Su ojo para los detalles era obvio, dada la forma rápida en que había determinado que algo andaba mal en su almacén y los pasos dados para confirmar sus propias sospechas iniciales. Lorca también podía apreciar la simple manera en que ella hacía a un lado su falta momentánea de modales y, en cambio, se lo devolvía.

—Bueno, le prometo que ese no es mi estilo habitual. —Lorca hizo un gesto a su lista de datos—. No vi cuántos paquetes de raciones de campo se llevaron.

Apodaca respondió:

—Un poco más de doscientos.

—¿Por qué las raciones de campo no estaban aseguradas con el resto de las tiendas de alimentos en el puerto espacial? —preguntó Lorca.

—Más de la mitad de lo que teníamos a mano fue transferido allí. —Apodaca hizo un gesto alrededor, indicando el resto del almacén—. Junto con las materias primas alimenticias que lograron escapar de la infección. Eso fue justo antes de que cerráramos todas las operaciones de procesamiento, a la espera de una descontaminación completa de la instalación.

La desconexión de todos los procesadores de alimentos de la colonia había sido un esfuerzo concertado, aunque simplificado en parte debido al hecho de que la mayoría de los residentes de Nueva Anchorage evitaban los procesadores personales en sus hogares a favor de cocinar realmente sus comidas. La mayoría de los restaurantes de la ciudad también realizaban esta práctica, dejando tales operaciones a instalaciones más grandes como esta para transformar materias primas a granel en alimentos comestibles para uso comercial y residencial. Aunque los compuestos no refinados eran resistentes al contagio, era solo cuestión de tiempo hasta que la concentración de ese material en la maquinaria sufriera de contaminación al igual que los alimentos procesados.

—Nos ordenaron mantener el resto de las raciones de campo aquí —continuó Apodaca—. Una especie de reserva de contingencia, supongo. No muchos lugares alrededor de la colonia han presurizado áreas de almacenamiento que podrían proteger los alimentos del hongo, y todo en el puerto espacial ya se estaba utilizando. Esta planta, las otras dos y el hospital fueron los principales sitios alternativos de almacenamiento.

Lorca había hecho una propuesta similar a la Gobernadora Ribiero con respecto a las instalaciones de almacenamiento del puesto avanzado, incluso ofreciendo el espacio restante en OT-4 para albergar otros suministros de alimentos. El mensaje enviado nunca recibió una respuesta antes de que la autoridad de Ribiero fuera transferida a Kodos.

Bueno, recibimos una respuesta.

Dejando a un lado el pensamiento errante, que trajo consigo imágenes de Meizhen Bao y Piotr Nolokov yaciendo muertos en el corredor del puesto avanzado, Lorca obligó a su atención a volver al asunto en cuestión.

—Muy bien, entonces alguien sabía que tenían suministros aquí, y no solo sabía exactamente qué llevar, sino también cómo ocultar lo que estaban haciendo, al menos por un tiempo. No para acusarla a usted ni a nadie de su personal, Directora Apodaca, pero esto me parece un trabajo interno.

Detrás de Lorca, una nueva voz dijo:

—Creo que puedo confirmar eso, señor.

Junto con Apodaca, Lorca se volvió para ver a la Alférez Terri Bridges acercándose a ellos. La acompañaba otra mujer que no reconoció al principio, pero cuando se acercaron vio el emblema del Cuerpo de Ingenieros de la Flota Estelar sobre el bolsillo izquierdo del pecho de su mono verde oliva.

—Comandante, este es la Teniente Haley Carroll —dijo Bridges—. Está con el equipo de *Narbonne*.

Asintiendo con la cabeza para saludar, Carroll le ofreció:

—Mucho gusto, Comandante. —Humana, Carroll parecía algo mayor que Bridges, con el pelo rubio cortado en un estilo corto que dejaba al descubierto las orejas y la base del cuello mientras dejaba que un jopo adornase la parte superior de su cabeza. Lorca había visto estilos similares lucidos por miembros femeninos de las fuerzas terrestres de la Flota Estelar. Entre eso y sus antebrazos tonificados, que eran visibles gracias a que había enrollado las mangas de su mono por encima de sus codos, Carroll parecía haber pasado una temporada con ese grupo antes de transferirse al CIFE.

—Igualmente, Teniente. —Lorca señaló la lista de datos en la mano de Carroll—. ¿Que encontró?

La ingeniera respondió:

—Quien haya realizado las actualizaciones a la base de datos de inventario no fue un holgazán. Tuvieron o pudieron falsificar las credenciales necesarias para superar la seguridad del sistema, luego actualizaron no solo la base de datos maestra sino que también duplicaron los archivos transmitidos a las oficinas de administración de la colonia junto con las otras plantas de procesamiento e incluso las instalaciones más pequeñas en los asentamientos periféricos. De hecho, estoy sorprendida de que no ingresaran a los archivos protegidos y manipularan los recuentos en los archivos de respaldo, pero están protegidos por otro nivel de seguridad que requiere la aprobación de la administración para acceder. —Levantando la vista de su lista de datos, Carroll miró a Apodaca—. Alguien la estuvo cazando bastante bien, Directora. Apostaría todos los créditos en mis bolsillos a que fue alguien de su personal.

—Nunca vi quién fue. —Apodaca respiró hondo—. Hace una semana, los habría golpeado a ambos en la boca por sugerir algo así, ¿pero ahora? —Sacudió su cabeza—. Simplemente no lo sé.

—¿Qué quiere decir?

Antes de responder, la directora echó un vistazo a la pareja de oficiales de seguridad de la Flota Estelar que acompañaban a Lorca antes de indicarles a Carroll, Lorca y Bridges que se alejaran de los guardias. Una vez que se trasladaron a lo que ella debía sentir como un lugar fuera del alcance del oído, dijo en voz baja:

—Cuando todo comenzó, todos estábamos preocupados, por supuesto. Nos alcanzó tan rápido que no pudimos procesarlo todo antes de tener que actuar. Definitivamente hubo cierta insatisfacción inicial debido a que la Gobernadora Ribiero parecía moverse demasiado lento, sin tomar decisiones, ese tipo de cosas. Realmente sentí pena por ella, para ser honesta. Tenía que parecerse a ser arrojado al océano y no saber nadar. Sin embargo, cuando Kodos se hizo cargo, algunos miembros de mi equipo parecieron tranquilizarse. Fue entonces cuando recordé que estaban entre el grupo que vino con Kodos a Tarsus IV, por lo que tenía sentido que lo conocieran y se sintieran cómodos con él.

Frunció el ceño e hizo un gesto con la mano, como si estuviera tratando de borrar lo que acababa de decir.

—Quiero decir, todos nos sentimos un poco mejor al principio, porque habíamos escuchado que Kodos tenía experiencia previa en el manejo de crisis, y la palabra de Ribiero y otros miembros del consejo era que él era bastante frío. Por lo que parecía, la situación no lo había sacudido, y sus primeras decisiones y acciones lo confirmaron. Liderazgo tranquilo y centrado frente al miedo y el caos. Era exactamente lo que necesitábamos en ese momento. —Cuando se detuvo, Lorca se dio cuenta de que sus ojos estaban enrojecidos y su mirada comenzaba a vacilar, cayendo al piso del almacén.

No.

—Directora, ¿está bien? —Fue Bridges quien hizo la pregunta, pero Lorca ya sabía la respuesta.

Resoplando, Apodaca extendió la mano para limpiarse los ojos.

—Un tercio de mi personal, doce personas, estaban entre ellos… la gente que Kodos escogió. Alguien con quien estaba saliendo también fue uno de ellos. No tuve una lista completa hasta el día siguiente, cuando no se presentaron a trabajar. Un par de otros tampoco entraron. En cuanto a mi… otro amigo, me había dejado un mensaje diciendo que iba a la reunión en el anfiteatro, pero yo estuve aquí, trabajando hasta tarde. —Su voz vaciló, y fue Carroll quien colocó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

—Lamentamos mucho su pérdida —dijo Bridges.

Lorca sabía que la alférez estaba canalizando sus propios sentimientos sobre la muerte de sus amigos en el puesto avanzado. Por su parte, Lorca estaba pensando en Balayna nuevamente, sintiendo la tristeza e ira amenazando con abrumarlo. Cerrando los ojos por un momento, hizo a un lado la imagen de su rostro desde el primer plano de su mente, desterrándola a algún rincón oscuro de sus pensamientos. Ella merecía más de su duelo de lo que podía permitirse en este momento.

Lo siento.

Sin darse cuenta de todo esto, Apodaca forzó una pequeña y débil sonrisa.

—Solo habíamos estado saliendo un par de semanas. Ya saben, todavía tratando de superar todas las cosas torpes y tontas. Trabajaba en una de las estaciones de noticias como reportero de campo. Historias de interés humano, ese tipo de cosas. Me topé con él cuando estaba cubriendo uno de los festivales culturales que tenemos cada pocos meses. —Sus ojos se iluminaron, como si rememorara algún bonito recuerdo—. Puede que no haya sido amor, pero ciertamente fue algo a primera vista. —Aclarando su garganta, se limpió los ojos otra vez—. Lo siento. No han venido hasta aquí para escuchar este tipo de cosas.

—Eso hicimos, en realidad —dijo Carroll, y Lorca vio que la teniente también se veía afectada por la historia de la directora—. Vinimos a ayudar de cualquier manera que podamos.

—Gracias. Solo que… es un maldito *desperdicio*. ¿Toda esa gente, muerta, y para qué? —Después de tomar otro momento para recomponerse, Apodaca volvió su atención a Lorca—. Sé que los rumores circulan por todas partes, pero tengo entendido que Kodos recibió ayuda de algunos miembros de las fuerzas de seguridad para llevar a cabo las… ejecuciones Puede haber habido un pequeño grupo de confidentes cercanos que también lo supieran de antemano. —Hizo otra pausa y dio otro respiro tranquilizador—. Si bien no puedo creer que ninguna de mi gente haya ayudado con eso, ciertamente puedo ver a cualquiera que sintiera cierta lealtad a Kodos asistiéndolo a escapar de la ciudad. —Sus palabras parecieron atorarse en su garganta—. En realidad, no, no puedo. No tiene ningún sentido. ¿Quién podría apoyar a alguien así? —Con una nueva convicción, negó con la cabeza—. Al menos se han ido. Bien. Pueden seguir así.

—Bueno —dijo la Teniente Carroll—, esa es la cuestión. No sé si podemos contar con que eso.

Lorca miró a la ingeniera.

—¿Cree que volverán?

—Tal vez no aquí, pero sí en alguna parte. —Indicó su lista de datos—. Las cosas que robaron no durarán para siempre, y suponiendo que las raciones de comida que tomaron no terminen siendo afectadas por el hongo. Si son un grupo de tamaño decente, necesitarán reabastecimiento en algún momento, más temprano que tarde.

Bridges dijo:

—No volverían a atacar el mismo lugar, ¿verdad?

—Quizás —respondió Lorca—. Sin importar quiénes sea, no son estúpidos. Tenían las habilidades para llevar a cabo este robo y cubrir sus huellas. Apuesto a que no contaban con que la Directora Apodaca los descubriera tan rápido. Aún así, podrían pensar que pueden hacer algo similar.

—Podemos estar listos para ellos —dijo Apodaca—. Hará falta algo de trabajo, pero deberíamos ser capaces de proteger este lugar y las otras plantas contra este tipo de intrusión. —Estaba hablando con más confianza e incluso con un nuevo indicio de determinación—. De ninguna manera dejaré que se salgan con la suya una vez más.

—Tendrán planes para este tipo de cosas —dijo Lorca—. El truco será tratar de anticiparlos: adelantarse a sus pensamientos de alguna manera, para que podamos estar preparados para ellos.

Lorca no esperaba que su presa fuera tan arrogante como para repetirse o cometer algún otro error estúpido. Quienquiera que fueran Kodos y sus seguidores, habían planeado bien su escape y en poco tiempo, y habían huido con éxito de la ciudad a partes desconocidas. Kodos tendría que saber que los equipos de seguridad de la Flota Estelar lo estaban buscando en este momento y a cualquiera que lo hubiera ayudado, ya fuera para preparar o llevar a cabo la ejecución en masa, o su escape para evitar la captura y el enjuiciamiento. Quizás incluso tenía un plan para huir de Tarsus IV por completo y hacer todo lo posible para escapar de la mano de la justicia.

Lorca, perseguido una vez más por las visiones de Piotr Nolokov y Meizhen Bao, por no hablar de Balayna, no estaba dispuesto a dejar que eso sucediera.

Si quiere salir de este planeta, Kodos, primero tendrá que pasar por encima de mí.

15

Una inquietante calma parecía aferrarse al suelo a su alrededor, y Georgiou casi tenía miedo de moverse por temor a interrumpir el bienvenido, aunque incómodo, silencio.

Estaba de pie en medio del campo principal del anfiteatro de Nueva Anchorage. Grandes parches de hierba estaban quemados si no ennegrecidos. Quedaba una fina capa de residuos, casi cenicientos que decoloraban el suelo, que Georgiou sabía que era un subproducto de la materia orgánica alterada por la energía phaser suministrada a frecuencias extremas. El efecto en un solo elemento —o individuo— a menudo era mucho menos obvio, al menos en su experiencia. Había visto los efectos de concentraciones más grandes de fuego phaser, pero nunca nada como esto. Un escalofrío involuntario recorrió su cuerpo, y le tomó un momento darse cuenta de que se había cruzado de brazos y se abrazaba a sí misma en respuesta al frío repentino que ahora la estaba acechando.

Y el olor.

El pensamiento errante fue suficiente para invocar otro escalofrío. Llevado por la ligera brisa que flotaba por el campo de la arena, se percibía el inconfundible olor a carne quemada. Cerró la boca, arrugando la nariz en protesta por el fétido hedor que le atacaba las fosas nasales. El diseño del anfiteatro aseguraba que el olor persistiría aquí hasta que se limpiara el campo de los restos carbonizados. Mientras reflexionaba sobre esto, Georgiou volvió a temblar y se agarró con más fuerza, y cuanto más lo hacía, más se enojaba.

Bastardos.

—¿Comandante Georgiou?

Sorprendida por la inesperada voz, se volvió para ver al Teniente Comandante Lorca caminando hacia ella. A diferencia de la última vez que lo había visto con los otros miembros de su personal desde el puesto de observación, vestía un uniforme de la Flota Estelar completo con un cinturón de equipo que sostenía una pistola phaser colgada a lo largo de su muslo derecho, comunicador y un par de bolsos de accesorios. Necesitaba afeitarse, y había círculos oscuros debajo de sus ojos. Dado que todavía era una hora temprana del día, Georgiou supuso que el comandante había estado trabajando toda la noche.

—Sr. Lorca.

El comandante respondió:

—Vine tan pronto como recibí su mensaje. El Capitán Korrapati dijo que estaría aquí.

Mirándolo mientras hablaba, Georgiou notó cómo los ojos del hombre se movían para mirar más allá de ella, observando la escena a su alrededor con miradas cortas. No le gustaba estar aquí, percibió, y no podía culparlo.

—Se ve exhausto. ¿Cuándo durmió o comió algo por última vez?

Lorca pareció forzar una pequeña y sombría sonrisa.

—Ha pasado un tiempo. Tengo que admitir que me he estado esforzando un poco, pero esto es… importante. —Hizo una pausa, su mirada alejándose una vez más de ella para contemplar la hierba cenicienta. Según sus instrucciones y su propio deseo de ayudar, Lorca había estado inmerso en la búsqueda de Kodos y cualquier persona que le fuera leal.

No, no está buscándolo, se recordó Georgiou. *Lo está cazando.*

Las propias palabras de Lorca, pronunciadas con fría resolución durante su primer encuentro, todavía sonaban en sus oídos. Se presentaba como un hombre poseído, si no obsesionado, con el objetivo singular de encontrar a Kodos y llevarlo ante la justicia.

Georgiou estaba de acuerdo con eso, hasta cierto punto.

—Su dedicación es encomiable, Comandante, pero no podemos permitir que nadie trabaje hasta la muerte. —Aligerando su tono, Georgiou agregó—: No haga que el capitán le suelte al Doctor Varazdinski.

—Entendido. Prometo que lo veré de inmediato, pero quería darle a usted un informe lo antes posible.

Georgiou se dio cuenta de que era la primera vez que estaba sola con Lorca. Las cosas se habían estado moviendo con tanta velocidad y las exigencias sobre ella eran tan formidables que necesitaba recordarse a sí misma sobre dormir y comer. Por su parte, Lorca se había puesto a trabajar intentando determinar el paradero de Kodos. Era tenaz… debía reconocerlo.

—Ha visto las multitudes fuera del anfiteatro —dijo—. Los ánimos han estado caldeados, incluso antes de su llegada. Algunos se están volviendo locos. Ahora que está aquí, quieren ver resultados. Quieren respuestas a sus preguntas. Quieren que *hagamos algo*. Algunos probablemente ni siquiera se preocuparán por lo que hagamos, siempre que lo hagamos. Están heridos. Están asustados y enojados, y quieren culpar a alguien. No podemos darles lo que quieren, así que descargarán sus frustraciones contra nosotros o contra cualquier otra cosa que se ajuste a su dolor.

—No puedo decir que los culpo. —Georgiou echó otra mirada al campo.

A cierta distancia de donde estaban, las puertas selladas y otras entradas eran reforzadas por generadores de campo de fuerza activos ubicados alrededor del perímetro del anfiteatro. Según el oficial de guardia nocturno de la *Narbonne*, las primeras docenas habían llegado justo antes del amanecer. No habían dicho ni hecho nada para atraer la atención indebida de los guardias de seguridad estacionados cerca de las entradas, sino que permanecieron en silencio, como si estuvieran vigilando. La madregada había traido consigo más personas —hombres, mujeres, incluso niños— y el silencio dio paso al murmullo bajo y retumbante generado por innumerables conversaciones mezcladas con el ocasional grito hacia uno de los oficiales del contingente de seguridad de la *Narbonne* que proporcionaba seguridad para la arena al aire libre. Ahora, a media mañana, había al menos doscientas personas paradas fuera de los campos de fuerza.

Apenas podía imaginar lo que ellos y tantos otros tenían que estar sintiendo. Al igual que ella, sentían la necesidad de venir aquí, caminar sobre esta hierba y ver por sí mismos lo poco que quedaba de los muertos. En algunos aspectos, la tragedia no sería real hasta que vieran con sus propios ojos dónde había sucedido. Tales revelaciones traerían consigo más dolor ya que los que quedaban luchaban por procesar esta locura. Georgiou se sentía atrapada por la misma agitación emocional. Mientras más miraba el profanado campo, más el peso de lo que sucedía aquí parecía presionarla.

—No puedo creer que algo así pueda suceder en un mundo de la Federación.

Lorca dijo:

—La utopía es fácil cuando todo funciona y se satisfacen todas sus necesidades básicas. Tendemos a pensar que hemos recorrido este largo camino hacia la paz y la prosperidad, pero quitamos las necesidades de la vida y es un corto paseo de regreso a nuestros instintos más bajos. El error de Kodos fue permitir que eso nublara su juicio.

—No se trataba de un juicio nublado. —Las palabras fueron entregadas con más veneno del que pretendía, pero Georgiou no se disculpó—. Y no se trataba de un noble sacrificio por el bien común. Si ese fuera el caso, se habría arrojado él mismo con aquellos que *sacrificó*. Dejando su elegante discurso a un lado, fue solo él jugando a ser dios, y en última instancia, salvando su propio culo. ¿Cuántos más podría haber matado si nunca hubiéramos venido?

Era un pensamiento que había considerado más de una vez, a pesar de que no había evidencia que sugiriera que Kodos pretendía tal cosa. Sin embargo, cualquiera que pudiera asesinar a cuatro mil personas de un solo golpe seguramente no tendría reparos en matar más, si creía que estaba actuando por las razones correctas. ¿Cuántos más hombres, mujeres e incluso niños inocentes habría matado si la *Narbonne* llegaba incluso un día después? La sola idea hizo temblar a Georgiou.

—¿Está bien, Comandante? —preguntó Lorca.

Ella respiró hondo para calmarse.

—Lo siento. Creo que estoy teniendo una especie de reacción tardía a todo esto. No puedo imaginar con lo que ha estado lidiando alguien que estuvo aquí todo el tiempo.

—Es mucho para asimilar —dijo Lorca—. Confíe en mí, lo sé. Es por eso que prefiero seguir trabajando, en lugar de sentarme. La gente necesita saber que ayudamos a las personas atrapadas en todo esto, más que simplemente superar la crisis inmediata. Tenemos que lidiar con lo que vendrá mañana también.

Georgiou respondió:

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Sé que no es suficiente, pero es un comienzo.

El esfuerzo había comenzado luego de una hora del aterrizaje de la *Narbonne*, con su destacamento de socorristas y la tripulación desembarcando providencialmente. El Doctor Varazdinski, a pesar de su evidente desdén por la pompa, las circunstancias y otras trampas del servicio, era un médico de primer nivel cuya asistencia resultaba invaluable tanto en el hospital como en el centro de triaje. Trabajando con los médicos,

enfermeras y otros voluntarios de Nueva Anchorage, Varazdinski y su equipo médico se aseguraban de que cada paciente que requiriera atención recibiera un tratamiento oportuno y efectivo.

Otras áreas de la ciudad, aunque vulnerables como consecuencia de las protestas que habían estallado después de las ejecuciones, también estaban bajo control y la distribución de alimentos había comenzado sin mayores obstáculos. Aunque pasaría algún tiempo antes de que las cosas volvieran a algo parecido a la «normalidad», al menos se estaba abordando el peligro inmediato de la crisis. Habiendo identificado el origen del contagio de hongos, los científicos del equipo de la *Narbonne* continuaban su trabajo en el desarrollo de un medio para detener sus efectos. El informe más reciente que detallaba los resultados de las pruebas y las proyecciones era alentador e impresionante considerando que el equipo de la Flota Estelar había estado en la escena durante menos de dos días. Georgiou no tenía idea de si el Almirante Anderson sabía lo que estaba obteniendo cuando había asignado a Aurobindo Korrapati y la *Narbonne* como respuesta inicial a la crisis de Tarsus IV, pero su táctica parecía estar dando sus frutos.

Aún así, Georgiou sabía que era solo una parte de un rompecabezas mucho más grande al que todavía le faltaba una pieza clave.

—Junto con todo lo que estamos haciendo, necesitamos encontrar a los responsables. —Sintió que apretaba la mandíbula—. Quizás Kodos realmente pensaba que estaba haciendo lo correcto, pero eso lo convierte en un monstruo. Solo por esa razón, tenemos que encontrarlo y traerlo a rastras aquí.

—Concuerdo.

Haciendo todo lo posible por dejar de lado sus sentimientos personales y su creciente desdén por Kodos, Georgiou intentó centrarse en temas más constructivos.

—¿Ha hecho algún progreso?

Cambiando a un tono más profesional y reservado, Lorca dijo:

—Llevé a cabo una investigación de una de las plantas de procesamiento de alimentos, así como de una instalación de mantenimiento, de un par de almacenes de suministros de comerciantes en la ciudad y de uno de los depósitos de transporte de la administración colonial. —El comandante extendió la mano para frotar el puente de su nariz, un gesto casi inconsciente que indicaba su fatiga—. Cada uno de esos lugares fueron objetivos. Quien realizó las redadas sabía exactamente lo que quería y cómo tomar lo suficiente para evitar la notificación inmediata. También modificaron los registros de la computadora para cubrir sus huellas con respecto a lo robado. Esto estaba bien planeado, incluso si se vieron obligados a poner las cosas en marcha una vez que supieron que una nave de la Flota Estelar llegaría mucho antes de lo previsto. La directora de la planta de alimentos fue la primera en notar algo, y eso llevó a descubrimientos similares en otros lugares. Basado en lo robado (comida, herramientas, equipo, etc.) apuesto a que Kodos y sus acompañantes no están en la ciudad.

—¿Cree que trataron de desaparecer en el desierto en alguna parte?

—Es lo que yo haría. No pudieron abandonar el planeta gracias a los protocolos de cuarentena iniciados después de que la Gobernadora Ribiero declarara un brote viral, y quedarse en la ciudad representa demasiados peligros. Serían superados en número, ya sea por las fuerzas de seguridad, nuestra gente o incluso por ciudadanos comunes buscando represalias. —Lorca asintió en dirección a la entrada principal del anfiteatro.

—Incluso si ha huido de la ciudad —dijo Georgiou—, es probable que todavía tenga seguidores aquí. Como dijo, alguien lo ayudó a robar esos suministros, por lo que es lógico que tuviera ayuda para salir sin que nadie lo notara. Eso probablemente significaría que las personas se quedarían para cubrir cualquier rastro o pista que haya dejado. —Sintió una renovada ola de ira—. Yo también quiero a esas personas.

—Conparto el sentimiento, Comandante. —Del bolsillo del muslo que recorría el lado izquierdo de los pantalones de su uniforme, Lorca extrajo una tarjeta de datos de computadora estándar de la Flota Estelar—. Esto contiene copias de las bases de datos de personal tomadas de las oficinas de administración de la colonia. Toda la información biográfica perteneciente a Adrian Kodos ha sido eliminada del sistema, incluidos los archivos de contingencia. Encontramos un archivo médico en el sistema informático del hospital, y eso incluye datos como el tipo de sangre, ADN, etc., pero ningún registro visual. Por lo que puedo ver, no hay una sola imagen de Kodos en ningún sistema informático, en ningún lugar.

Georgiou frunció el ceño.

—¿Cómo es eso posible?

Sacudiendo la cabeza, Lorca levantó la tarjeta de datos.

—No debería ser así. De hecho, me sorprende que el archivo médico aún esté intacto, pero sus niveles de cifrado son diferentes de los utilizados por los administradores de la colonia. Simplemente podría significar que Kodos o quien lo estaba ayudando con esto trabajaba en las oficinas de la administración, pero no tenía un punto de contacto similar en el hospital.

—¿Y no se capturaron imágenes de él en ningún momento después de asumir los deberes del gobernador? —preguntó Georgiou.

Lorca expulsó todo su aliento.

—Permaneció en las sombras la noche de las… ejecuciones. Vi las transmisiones en vivo. —Cuando se detuvo, Georgiou recordó cómo había descrito esa noche, y las reacciones inmediatas ofrecidas por él y sus compañeros. Sentía como si Lorca pudiera estar ocultando algo. ¿Había sufrido una pérdida personal? Ni él ni sus compañeros oficiales del puesto avanzado ofrecieron nada voluntario sobre ese tema, y Georgiou se sentía incómoda entrometiéndose.

—Hay más —continuó Lorca, entregándole la tarjeta de datos—. Esto también tiene los registros de arrestos de tres miembros de la fuerza de seguridad de la colonia que se cree que son colaboradores de Kodos. Estaban de guardia la noche de la masacre. Los registros muestran que sacaron armas pesadas del arsenal esa misma tarde y las devolvieron justo antes de la medianoche. Los registros de mantenimiento de la armería

muestran que las fuentes energéticas individuales de las armas se agotaron hasta en un 60%, lo que indica un largo período de fuego sostenido…

—O un corto período de fuego con las armas configuradas a gran potencia —finalizó Georgiou—. Dios querido.

—Ninguno de los tres parece ansioso por hablar, pero espero que eso cambie una vez que se formulen y presenten formalmente los cargos. Hablarán, si no sobre Kodos, al menos sobre alguien que lo ayudó o lo apoyó y que todavía está en la ciudad.

Georgiou dijo:

—Posiblemente no puedan esperar algún tipo de acuerdo de inmunidad.

—Solo si son idiotas —respondió Lorca—. Sinceramente, creo que se están demorando. Tal vez piensan que, ganando tiempo, Kodos y quienquiera que esté con él se alejarán o adentrarán en cualquier agujero que hayan elegido para esconderse.

—Habrá más como ellos. Podríamos verificar las identidades con asociados conocidos de Kodos. Si es necesario, verificaremos la identidad de todos. Tenemos que comenzar asumiendo que las bases de datos de administración se han visto comprometidas. Quien haya ayudado a Kodos puede haber alterado los bancos de memoria, pero no podrían llegar a los que mantiene el Soporte de Colonia de la Federación. Compararemos los dos conjuntos de datos y veremos qué es lo que sacude. —Hizo una nota mental para pedirle al capitán de la *Narbonne* que enviara una solicitud a la Base Estelar 11 para obtener copias de esa información para comparar.

Lorca dijo:

—Mientras tanto, todavía podemos estar buscando a Kodos y a sus seguidores, donde sea que se estén escondiendo.

—Suponiendo que hayan abandonado la ciudad —dijo Georgiou—, encontrarlos podría resultar más difícil de lo que pensábamos originalmente. Si no se dirigen a una de las aldeas periféricas o algún otro lugar con una población decente, hay grandes áreas del planeta que no reaccionan bien a los sensores. Las cadenas montañosas al este de la ciudad son una fuente importante de interferencia geomagnética. —Había examinado los datos topográficos archivados en las oficinas de administración de la colonia, así como la información recopilada por los sensores de la *Narbonne*—. Estamos hablando de miles de millas cuadradas de terreno que no podemos examinar desde la distancia, y mucho menos poder transportar cualquier cosa que encontremos. Kodos no es tonto, eso es seguro. Si lo buscamos en áreas como esa, tendrá que ser a la antigua usanza.

—El tiempo está de nuestro lado —dijo Lorca—. A nadie se le permite salir del mundo sin que se verifique su identidad. Aún no sabemos cuántas personas estamos buscando.

—Sería un número pequeño —adivinó Georgiou—. Kodos hubiera querido mantener el círculo cerrado, no solo para aquellos que lo ayudaron, sino probablemente para aquellos que sabían que las ejecuciones iban a suceder. Según lo que ha sido robado del almacén de suministros y del depósito de transporte, supongo que no más de unas pocas docenas de personas como máximo.

—Y algunas todavía estén en la ciudad —agregó Lorca.

—Muy bien, así que los superamos en número por un margen significativo, tenemos más ayuda en camino. Mi mayor preocupación es evitar cualquier confrontación directa con Kodos o sus seguidores. Después de lo sucedido, no estará dispuesto a venir pacíficamente. Con eso en mente, tenemos que planificar esto y hacerlo bien. Por lo que sé de esas naves de clase *Constitución*, sus sensores pueden encontrar casi cualquier cosa. No habrá ningún lugar para que Kodos y sus leales se escondan.

Incluso desde esta distancia, podía escuchar el bajo zumbido de cientos de colonos dando vueltas afuera.

—Las personas que han vivido esta catástrofe necesitan saber que estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para encontrar a Kodos. Necesitan ver que se haga justicia, por el bien de los muertos y de los que quedaron atrás. No podemos presentar nada menos que un compromiso total para detenerlo a él y a cualquiera que lo haya ayudado. Y mientras lo hacemos, cualquiera que pueda ser un defensor silencioso de Kodos necesita saber que la Flota Estelar no está dejando ninguna piedra sin remover para buscarlos también a ellos. —La ira que intentaba rechazar parecía reafirmarse—. Esas personas en particular necesitan saber que no pueden esconderse de nosotros. Deben estar aterrorizadas ante la idea de que las encontraremos.

Calma, Philippa.

Un golpe sordo desde algún lugar cerca de la entrada principal del anfiteatro hizo que ambos oficiales se estremecieran y alcanzaran casi al unísono sus pistolas enfundadas. Georgiou corrió hacia el sonido con Lorca justo a su lado, y en unos instantes pudo escuchar docenas de voces gritando sobre lo que era una multitud considerable. El conjunto de colonos se había incrementado desde su llegada menos de una hora antes, y supuso que quinientas o seiscientas personas estaban paradas fuera de la arena. Una mirada a su alrededor mostró una mayor presencia de seguridad de la Flota Estelar de la *Narbonne*. Más lejos de las entradas y ocupando posiciones discretas desde las cuales podían monitorear la situación estaban los miembros de las fuerzas de seguridad de la colonia. Incluso con el nivel adicional de protección ofrecido por los campos de fuerza, Georgiou se preguntó si las barreras serían suficientes para mantener alejada a la creciente multitud si la mente colectiva de la turba decidía avanzar como una sola unidad. Examinando a la multitud, escuchó el zumbido constante de los gritos y otros ruidos y trató de distinguir gritos débiles e individuales de protesta.

—¡Queremos a Kodos!

—¡Entréguennos al carnicero!

—¿Dónde está? ¿Por qué no lo han encontrado?

—¡Muerte a Kodos!

Un destello de luz a su izquierda llamó la atención de Georgiou justo antes de ver un objeto oscuro que arrastraba llamas en el aire. El improvisado explosivo —probablemente un recipiente de vidrio con una mecha cruda hecha de un trapo empapado en combustible— se estrelló contra la piedra del muro exterior del anfiteatro y explotó en

llamas. Muchos miembros de la multitud cercana levantaron los puños apretados en el aire mientras las llamas se aferraban a la pared, alimentándose del acelerador líquido. Luego, se activaron los sistemas automáticos de extinción de incendios, corrigiendo a la brevedad la momentánea interrupción.

—Cócteles molotov —dijo Lorca—. Está escalando rápidamente.

—*Damas y caballeros* —dijo una voz tranquila sobre el conjunto de altavoces empotrados de la arena, y Georgiou miró hacia la entrada para ver al Capitán Aurobindo Korrapati erguido justo dentro del campo de fuerza y hablando por un comunicador personal, que supuso estaba conectado al sistema de difusión del anfiteatro.

—¿Qué están haciendo sobre Kodos? —gritó otra voz.

—¿Quién lo ayudó? ¿Dónde están esas personas?

Korrapati continuó de la misma manera compuesta:

—*Por favor, mantengan la calma. Tienen mi palabra de que estamos haciendo todo lo posible para ayudarlos y para detener a todos los responsables de la tragedia que han sufrido. No descansaremos hasta que se cumplan esos objetivos.*

Otro dispositivo improvisado fue arrojado desde la multitud, chocando contra el campo de fuerza casi directamente frente a Korrapati. El capitán dio un paso atrás cuando el recipiente de vidrio se rompió y hubo una breve ráfaga de llamas cuando el combustible que contenía se encendió, pero el efecto fue momentáneo sin nada para continuar alimentando el fuego resultante. Sin embargo, una unidad de extinción de incendios abordó el problema, extinguiendo lo poco que quedaba del pequeño incendio.

—Maldita sea —dijo Georgiou.

Lorca respondió:

—Si tratamos de dispersarlos, solo lo empeoraremos. Necesitan saber que están siendo escuchados. —Hizo un gesto hacia Korrapati—. Tiene la idea correcta, pero le llevará un tiempo.

Tenía razón, Georgiou lo sabía, pero aunque la ira, el miedo y la incertidumbre que se exhibían aquí estaban justificados, la violencia no podía tolerarse. Aún así, cualquier intento de sofocar a la multitud a través de la fuerza solo acarrearía más problemas. Tratar con tales situaciones no era algo con lo que ella tuviera experiencia, pero Korrapati estaba actuando como si lo hubiera hecho toda su vida. Aparentemente imperturbable por la interrupción, el capitán se subió a un contenedor de carga colocado en posición cerca de los campos de fuerza, de pie sobre él para ser más visible para la multitud frente a él. Aún protegido por la barrera electrónica, levantó su mano libre mientras hablaba una vez más por su comunicador.

—*Sentimos su dolor. Sentimos su ira. Llevaremos a los responsables ante la justicia y necesitaremos su ayuda para hacerlo. Permítanos trabajar juntos, por el bien de todos y por los recuerdos de aquellos que se perdieron.*

Aunque Georgiou creyó haber escuchado al menos algunas voces de acuerdo, también hubo otro coro de gritos, seguido de otra de las crudas bombas. Esta aterrizó

cerca de la pared, rompiéndose en el suelo y estallando en un charco de llamas antes de que uno de los extintores automáticos la apagara.

—Sí —dijo Lorca—. Esto definitivamente va a llevar un tiempo.

—Entonces sugiero que usemos ese tiempo sabiamente. —Después de sopesar todo, incluido el factor humano y la necesidad de mostrar a los colonos que estaban haciendo todo lo posible para aprehender a Kodos sin exponer a su gente a riesgos innecesarios, Georgiou sabía que la inacción no era una opción. Necesitaban moverse, y necesitaban hacerlo rápido. Se volvió para mirar a Lorca.

—Comience con los leales de Kodos que aún podrían estar en la ciudad. Encuéntrelos. Los usaremos para llegar a él. Dondequiera que se estén escondiendo, destrúyalos. Lo quiero corriendo y lo quiero asustado, y luego lo quiero encadenado.

Lorca ofreció un único y breve asentimiento, y notó su moderada expresión de acuerdo y aprobación.

—Sí, Comandante.

16

Agachado en la oscuridad con la espalda apoyada en la pared rugosa de termoconcreto, Gabriel Lorca sintió que su cuerpo se tensaba con anticipación. Sus dedos se apretaron alrededor de la empuñadura de su phaser y se recordó a sí mismo que debía relajarse. Habían pasado algunos años desde la última vez que participó en una entrada armada, o incluso practicado la táctica. Sin embargo, el entrenamiento y la memoria muscular estaban trayendo todo de vuelta, incluida la prisa que sentía en esos últimos momentos antes de la acción inicial.

Respira. Relájate. Concéntrate.

Desde su posición actual, la puerta por la que estaban a punto de entrar estaba a su izquierda. Más allá de la puerta y posicionado de manera similar a Lorca se encontraba el Teniente Jason Giler, el oficial a cargo de los destacamentos de seguridad de la *Narbonne*. Hombre rubio y musculoso de origen europeo, el uniforme de la Flota Estelar de Giler lucía como una segunda piel. Sostenía un rifle phaser, y el arma parecía un juguete en sus enormes manos. Lorca había rechazado la oferta de un rifle de la armería de la nave, habiéndose acostumbrado hacía mucho tiempo a la portabilidad de la variante de pistola phaser. Era otro hábito formado por innumerables horas de entrenamiento y unas pocas horas de operaciones tácticas reales como esta, todo parte de una vida que pensaba que había dejado atrás hacía años.

Cuanto más cambian las cosas…

Actuando sobre la información extraída de la base de datos del personal de las fuerzas de seguridad, así como los registros de sensores de la noche de las ejecuciones, Lorca y sus colegas estaban a punto de violar la supuesta ubicación de Alexander Simmons, uno de los principales comandantes de seguridad de la colonia y —según registros de la noche en cuestión— alguien que había estado de guardia en el anfiteatro. También había otros registros de su visita a la oficina del gobernador el día anterior a las ejecuciones, lo que sugería que podía haber tenido conocimiento previo de los planes de Kodos. Según otros miembros del contingente de seguridad, Simmons no había llegado al servicio al cuartel general de su recinto al día siguiente, y nadie recordaba haberlo visto desde la llegada de la *Narbonne*. Con todos los métodos principales para entrar y salir de Nueva Anchorage bajo estricto control, era poco probable que Simmons hubiera huido de la ciudad, pero tampoco era probable que regresara a su propia residencia. Después de descubrir que Simmons había borrado su información de su perfil oficial de acceso a la computadora, así como de su cuenta de correspondencia personal, Lorca puso a trabajar a Aasal Soltani. El teniente revisó los registros informáticos de la administración de la colonia en busca de cualquier información o conexión, sin importar cuán débil fuera, entre Simmons y cualquier otro miembro de la comunidad.

Debido a la experiencia y la tenacidad de Soltani le tomó poco tiempo, encontrando intercambios electrónicos archivados entre Simmons y una mujer, Joanna Robarge, a quien parecía haber estado viendo socialmente durante los últimos meses. A partir de ahí, fue sencillo determinar la dirección de Robarge y obtener la autorización de la Gobernadora Ribiero, del Capitán Korrapati y de la Comandante Georgiou para efectuar un arresto.

Después de esperar hasta el anochecer y al llegar a su complejo de apartamentos, un escaneo tricorder subrepticio fue suficiente para decirle a Lorca que había dos personas dentro de su vivienda, junto con al menos dos pistolas phaser del tipo empleadas por las fuerzas de seguridad. Parecía que no había otros sensores u otros dispositivos de seguridad que pudieran haber detectado su presencia y la de Giler, lo que le parecía extraño.

¿Demasiado bueno para ser verdad?

Lorca levantó su mano libre, ofreciéndole un pulgar arriba a Giler. El teniente le devolvió el gesto, comunicándole a Lorca que estaba listo para proceder. Mientras lo hacía, cambió de posición, levantando su rifle phaser mientras apoyaba el arma con las dos manos sobre su pecho.

Metiendo la mano en una de las bolsas en el cinturón de su equipo, Lorca extrajo un dispositivo de anulación de bloqueo magnético y lo colocó sobre el teclado colocado en la pared junto a la puerta trasera de la residencia. Conocida como una P-38, o «llave maestra» en el lenguaje de la Flota Estelar, la herramienta era utilizada normalmente por los ingenieros y el personal de seguridad a bordo de las naves espaciales como un medio para evitar los mecanismos de bloqueo de las trampillas de presión interiores y exteriores de una nave espacial. También podrían ser programadas para su uso por el personal militar y policial para situaciones como esta.

Lorca presionó el control para activar la P-38 y la unidad hizo su magia, omitiendo el código de acceso de la cerradura de la puerta. Un indicador en el teclado cambió de rojo a verde, y Lorca se puso de pie, agarrando su phaser con ambas manos mientras daba un paso adelante. La puerta se deslizó a un lado al acercarse, y con su arma al frente, entró en la residencia. Una vez dentro, dio un paso a su izquierda, permitiendo que Giler entrara detrás de él. El teniente se movió a la derecha, y ambos hombres examinaron rápidamente lo que parecía ser la cocina del apartamento. Una sola luz estaba activa, iluminando una pequeña mesa redonda de desayuno. Más iluminación se filtraba desde una fuente en la habitación contigua, parte de la cual era visible a través de una entrada arqueada.

—Alexander Simmons —gritó Lorca con voz dominante—. Esta es la seguridad de la colonia. Muéstrese.

En lugar de una respuesta, Lorca escuchó pasos corriendo.

Maldición.

—¡Simmons!

Lorca gritó el segundo llamado mientras cruzaba la cocina, con el phaser por delante de él. Cruzó a la habitación contigua, que parecía una sala de estar. Una pequeña lámpara en una mesa de la esquina era la fuente de luz que había visto desde la cocina, y el centro de la habitación estaba dedicado a un par de grandes sillones reclinables y un sofá con una mesa de madera de poca altura situada delante. Había una pantalla de visualización en la pared a su derecha, y pudo ver la luz de una fuente fuera del gran ventanal que dominaba la pared más alejada de la habitación.

Movimiento a su izquierda lo hizo girar en esa dirección, y apuntó con su phaser a la figura sombría que todavía intentaba esconderse detrás de un sofá. La figura se agachó, con la cabeza y los hombros apenas visibles sobre la parte superior del sofá, pero Lorca vio que no era Simmons. El cabello largo y oscuro enmarcaba una cara delgada, que coincidía con la descripción que Lorca tenía de la residente del apartamento, Joanna Robarge. A pesar de saber esto mientras la miraba, por una fracción de segundo le recordó a Balayna.

Esa distracción fugaz fue todo lo que la mujer necesitó para moverse.

Lorca regresó al aquí y ahora al ver el phaser en la mano de ella. Intentaba apuntarlo hacia él mientras todavía permanecía agachada detrás del sofá y su disparo erró al blanco, pasando sobre su hombro izquierdo cuando él dio un paso a la derecha. Lorca disparó un solo tiro que acertó a la mujer justo debajo de su garganta, y el rayo de energía phaser la cubrió antes de que se perdiera de vista. Caminando alrededor del sofá, apuntó su arma en el cuerpo, ahora capaz de verificar que su posible tiradora era efectivamente Joanna Robarge.

—Buen intento, señorita.

Tenía que admitir que admiraba su audacia al elegir quedarse en el apartamento mientras cubría la fuga de su amante. Al apartar el phaser que estaba junto a su mano derecha, Lorca se sintió aliviado al ver que la configuración del nivel de potencia de la pistola estaba en aturdir.

Mi dia de suerte.

—¡Vamos!

La llamada de Giler fue suficiente para enviar a Lorca a correr por el corto pasillo que conectaba la sala de estar con el vestíbulo del apartamento. Delante de él, Lorca vio que la puerta principal de la vivienda estaba abierta, y Giler ya la estaba atravesando. Siguiendo los pasos del otro hombre, vio que la entrada conducía a un pasaje al aire libre entre los apartamentos, más allá del cual había un patio cubierto de hierba. Giler giró a la derecha y salió corriendo del corredor, y Lorca miró varios metros más allá del teniente para ver otra figura, con cabello oscuro y ropa, corriendo por la hierba hacia un edificio adyacente.

Idiota, se castigó a sí mismo Lorca. *Deberías haber hecho que Giler cubriera el frente. ¿Por qué demonios no trajiste más gente?*

La respuesta fácil era que Simmons, si la evidencia disponible y el instinto de Lorca eran correctos, era un sospechoso de alto valor con conexiones con Kodos. Bien podría

estar involucrado en cualquier apoyo que el gobernador estuviera recibiendo de la gente que todavía estaba en la ciudad. Era posible que Giler supiera la ubicación de Kodos, o al menos dónde comenzar a buscarlo. Lorca, que no estaba dispuesto a dejar esto en manos de las fuerzas de seguridad de la colonia por temor a alertar a los simpatizantes de Simmons o Kodos, había optado por mantener la situación contenida y el círculo de personas que conocía esta operación limitado al menor número posible.

Por lo bien que te salió todo. El hijo de puta se está escapando.

Al aire libre, Giler dejó de correr y apuntó a la figura que huía, que miró por encima del hombro y se dio cuenta de lo que estaba por suceder. Justo cuando Giler disparaba, el otro hombre viró a su derecha, haciendo que el aturdidor fallara de lleno a la izquierda. Al mismo tiempo, se volvió y levantó el brazo. Lorca vio que efectivamente era Alexander Simmons, y tenía un phaser en la mano.

—¡Giler!

El teniente se dejó caer sobre una rodilla y un rayo phaser casi lo alcanzó, errando por un pelo. A pesar de su distancia del hombre que huía, Lorca disparó a la carrera, la descarga pasando junto al brazo derecho de Simmons. El fugitivo se volvió para apuntar hacia la nueva amenaza, y Lorca y Giler dispararon al unísono. Simmons recibió ambos disparos phaser en lo alto del pecho, tambaleándose hacia atrás por el doble impacto. Cayó inconsciente sobre la hierba.

—¿Está bien, Teniente? —preguntó Lorca mientras acortaba la distancia, cubriendo al inmóvil Simmons con su phaser.

Giler se puso de pie.

—Sí, señor. —Hizo un gesto a Simmons—. Espero que valga la pena después de todo esto.

Observando al hombre aturdido, Lorca asintió.

—Yo también. —Ya se empezaba a cansar de tener que cazar pequeños premios como Simmons. Él y cualquier otra persona encogida en las sombras eran como ratas, temerosos de enfrentar la luz y las consecuencias de sus acciones. La pregunta era si Simmons, o quienquiera que Lorca y su gente pudieran encontrar, se volvería contra el receptor de su equivocada lealtad.

Lo descubriremos pronto.

17

Un indicador de advertencia era un problema aislado. Dos una anomalía. Tres un patrón.

Siete, en opinión de Georgiou, era un gran problema.

—¿De qué demonios se trata todo esto?

Levantando la vista de la consola donde estaba trabajando en el centro de comunicaciones de la administración de la colonia, Georgiou se volvió para contemplar el panel de estado de la placa maestra colocado en la pared norte de la habitación. La placa era poco más que una colección de indicadores, cada uno representando una ubicación clave en algún lugar de Nueva Anchorage. Las oficinas gubernamentales, incluidas las oficinas centrales y las ubicaciones de los precintos para las fuerzas de seguridad, el puerto espacial, los servicios públicos y otras instalaciones, estaban vinculadas a un sistema de alerta central, diseñado para conectar cada ubicación a las oficinas de administración. Durante tiempos de emergencia u otros incidentes que requerían de la rápida difusión de información, el gobernador o los miembros del consejo de liderazgo podían emplear el centro de comunicaciones principal para conectarse con cualquiera o todas las ubicaciones en red.

Excepto en raras ocasiones predecibles, se suponía que todos los indicadores de la placa maestra brillaban en verde, lo que indicaba que todo estaba bien. Un color amarillo significaba que una ubicación estaba experimentando dificultades técnicas con cualquiera de sus instalaciones o equipos, o bien estaba fuera de línea por mantenimiento de rutina o no programado. Rojo significaba una desviación grave de las operaciones normales, ya fuera en forma de falla del equipo o algún tipo de violación de seguridad.

Siete de los indicadores estaban en rojo. Rojo intermitente, furioso, como si estuviera haciendo todo dentro del alcance limitado de su operación para anunciar a cualquiera que le importara que algo estaba muy, muy mal.

—Múltiples alertas —dijo la Teniente Enamori Jenn. Trabajando en una consola cercana, dejó su silla para ver mejor la placa maestra—. He confirmado que no es un error. Estamos registrando alarmas en siete lugares diferentes de la ciudad. —Debajo de las filas de indicadores de estado había una estación de trabajo, sus filas de controles y pantallas compactas le recordaban a Georgiou una típica consola de una nave espacial—. Estoy recuperando información de cada ubicación.

Un momento después, una de las pantallas de la estación comenzó a reproducir los datos de manera rápida, solo algunos de los cuales Georgiou pudo descifrar.

—Algún tipo de violación —dijo, justo antes de que apareciera otro conjunto de datos en otra de las pantallas de la estación de trabajo.

Jenn asintió.

—Los escáneres internos en estos lugares informan de explosiones que apuntan a los nodos de distribución de energía. —Ella se apartó de la consola—. Comandante, este tiene que ser un ataque coordinado.

—Por supuesto que sí —dijo Georgiou—. Debería haber sabido que no podíamos contar con más de una noche de paz.

La noche anterior había transcurrido sin incidentes, aparte de que la seguridad tuvo que lidiar con un par de protestas menores y un puñado de jóvenes borrachos que generaron distrubios leves en público. Tras la llegada de la *Narbonne* y su tripulación ayudando a restablecer el orden, las cosas finalmente parecían calmarse. Sus equipos estaban realizando diversas tareas que no requerían su supervisión inmediata mientras continuaban con sus esfuerzos de asistencia en el hospital o reforzaban a las fuerzas de seguridad para ayudar a mantener el orden en la ciudad. Con el Comandante Lorca preparándose para expandir la búsqueda del Gobernador Kodos más allá de la ciudad, Georgiou se encontró a sí misma delegada de cualquier trabajo significativo. Incapaz de dormir, se había ofrecido a trabajar en el centro de comunicaciones con Jenn esta noche, ayudando al personal a examinar volúmenes de datos de computadoras y comunicaciones del período anterior a la crisis a través de los trágicos eventos en el anfiteatro. La tarea era desalentadora, pero su objetivo era simple: encontrar cualquier cosa que pudiera arrojar luz sobre Adrian Kodos o cualquiera de las personas que aparentemente le habían prometido su apoyo. Incluso con el toque de queda en toda la ciudad, llegaban informes de grupos de protesta y otros enfrentamientos entre el personal de seguridad y la población civil. Ninguno había alcanzado el nivel visto en el anfiteatro, e incluso esa perturbación parecía haberse apagado después de unas pocas horas. El Capitán Korrapati permaneció en el sitio durante todo el incidente, y continuó hablando con la multitud hasta que comenzó a aunar a más personas a su lado. No todos habían quedado satisfechos con la acción que se estaba tomando, pero era un progreso. En este punto, Georgiou tomaría cualquier victoria que pudiera obtener.

Esto, sin embargo, era algo completamente distinto.

Detrás de ellos, una puerta se deslizó a un lado para admitir a Kerry Abela, el supervisor de segundo turno del centro de comunicaciones. Abela, un humano de cuarenta y tantos años, tenía el cabello rubio fino y en retroceso y vestía un mono azul simple con su apellido cosido sobre el bolsillo izquierdo del pecho. La parte delantera de su overol estaba cubierta con una mancha oscura, y le tomó a Georgiou un segundo más darse cuenta de que el otro hombre había derramado el contenido de la taza de café en su mano izquierda en su prisa por regresar de su descanso para cenar.

—Hay alarmas sonando en todo el edificio —dijo—. ¿Cuál es el problema? —Su atención estaba en el tablero principal—. ¿Siete alertas? Eso nunca sucedió.

Jenn respondió:

—Eso supusimos. —Su atención aún estaba en las pantallas de su estación de trabajo y agregó—: Los lugares en cuestión son una de las escuelas, una instalación de tratamiento de agua, una biblioteca, dos restaurantes, una estación de bomberos y un

distrito comercial al aire libre. Según esto, los equipos de seguridad y el personal de respuesta a emergencias ya están en camino a esos lugares.

Usando la estación de trabajo adyacente, Georgiou reprodujo un mapa de la ciudad, destacando las áreas correspondientes a las alertas activas. Estaban en diferentes puntos alrededor de Nueva Anchorage, y no notaba nada que pudiera indicar un patrón en las ubicaciones seleccionadas. Parecían ser selecciones aleatorias.

Excepto que no lo fueron. Las eligieron por una razón.

—El único que presenta una preocupación inmediata es la estación de bomberos —dijo Abela—. Es el más cercano desde aquí, y otras estaciones serán enviadas para ocuparse de eso.

Jenn preguntó:

—¿Qué hay con el personal de seguridad?

—También irán. Cualquier oficial disponible en el área inmediata será enviado. —Acercándose a la estación de trabajo de Georgiou, Abela alcanzó la consola y tocó una serie de controles. En respuesta a sus órdenes, un mapa de la ciudad apareció en una pantalla, resaltado por seis puntos brillantes de luz azul—. Esas son las unidades de comunicación llevadas por nuestro personal de seguridad. El centro de despacho rastrea a todos los oficiales que están en el campo, pero también podemos monitorear esas señales desde aquí.

Para Georgiou, la hora de las explosiones indicaba un esfuerzo coordinado y premeditado, pero ¿de quién y por qué motivo? Aunque no poseía evidencia, el instinto le decía que estas eran más que simples protestas u otras expresiones de insatisfacción o incluso de indignación por parte de ciudadanos agraviados.

Sus instintos parecieron fortalecerse cuando vio otro indicador de alerta encendiéndose. Girando para mirar la nueva alarma, Georgiou frunció el ceño al ver que la luz roja de estado cambiaba a verde, solo latidos después de su primer cambio.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jenn, quien también había visto la fugaz alerta.

Georgiou respondió:

—No lo sé. —Una extraña sensación creció en la boca de su estómago cuando notó que la lectura señalaba el edificio en el que ahora se encontraban—. Sr. Abela, ¿qué significa este estado?

—Lo mismo que con las otras alarmas de las instalaciones —respondió el supervisor—. Falla del sistema de seguridad, una violación de la valla perimetral exterior, o alguna otra alerta de intrusión, ese tipo de cosas.

Jenn ya estaba tocando los controles en su consola.

—Reproduciré los monitores externos. —Un momento después, dos de las pantallas de su estación cambiaron sus imágenes para mostrar imágenes de grabadoras visuales ubicadas alrededor del exterior del edificio. Mientras tocaba otro botón, las vistas cambiaron para mostrar otras áreas de la estructura y los terrenos circundantes. Nada parecía fuera de lo común.

—Se ve tranquilo —ofreció Abela.

Georgiou frunció el ceño.

—Eso es lo que me preocupa.

En la pantalla, los íconos se movían por las calles hacia el ícono rojo que indicaba la estación de bomberos, y Georgiou notó desde dónde se movían la mitad de los puntos azules.

—¿También enviaron seguridad desde aquí?

Abela asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. Hay una sede central en el primer nivel, y está más cerca que otros.

—¿Cuántos oficiales serían enviados? —preguntó Jenn.

—Un localizador generalmente significa un par de oficiales, entonces seis desde aquí. Está bien, sin embargo, ya que generalmente tenemos ocho de guardia para el segundo turno.

—Espere —dijo Jenn—. ¿No tienen celdas de retención aquí también?

Encogiéndose de hombros, Abela respondió:

—Claro. Todos los recintos las tienen.

—Correcto —dijo Georgiou—, pero ¿qué tiene éste que los otros no tienen? Personas arrestadas por presuntos vínculos con Kodos.

Eso podría ser.

Señaló la pantalla que mostraba las alertas.

—Todos estos podrían ser distracciones, desviando la atención de quien desencadenó las explosiones.

—Eso parece bastante descabellado —respondió Abela.

Ignorando las dudas del supervisor, Georgiou buscó el control para activar el sistema de intercomunicación.

—Centro de comunicaciones al mostrador de seguridad. —No hubo respuesta, incluso después de repetir la llamada, e intercambió miradas con Jenn.

—Comandante —dijo el Betazoid—, acabo de revisar los sensores internos. Están desconectados en esa parte del edificio.

Aquí vamos.

—También podemos jugar ese juego. —Al moverse hacia una estación de trabajo cercana, Georgiou solicitó un conjunto de esquemas técnicos para el edificio. Una vez que encontró lo que quería, ingresó una larga serie de instrucciones a la interfaz de la consola y fue recompensada por varias lecturas de estado que cambiaban de verde a rojo.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Abela.

—Desactivé los sensores internos en todo el edificio. —Georgiou frunció el ceño—. No durará si alguien trata de eludir lo que hice, o si tiene tricorders. Espero que quienquiera que esté aquí salga rápido y no tenga tiempo para contrarrestarlo. —Tomándose un momento adicional para estudiar los esquemas, trató de memorizar el plano interno del piso. Era imposible absorber todo, por lo que se concentró en la sección que contenía oficinas para los destacamentos de seguridad, así como las celdas de detención.

Ya sintiendo que su pulso aumentaba en anticipación de lo que podría venir, Georgiou regresó a su estación de trabajo y recuperó la mochila que había llevado consigo. Extrajo de la mochila su cinturón de equipo con su phaser enfundado. Se puso el cinturón alrededor de la cintura y miró a Jenn reflejando sus movimientos. De hecho, Jenn estaba delante de ella, ya que había sacado su propia arma de la funda que ya tenía en la cadera para examinar su configuración de poder.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Abela, y Georgiou escuchó el nerviosismo en la voz del hombre.

Señalando la estación de trabajo, Georgiou respondió:

—¿Hay alguna forma de sellar todas las entradas del edificio desde aquí?

El supervisor sacudió la cabeza.

—No. Solo desde el mostrador de seguridad.

—Olvídelo, entonces —dijo Jenn.

—Muy bien —respondió Georgiou—. Contacte a la *Narbonne*. Hágales saber lo que está pasando y solicíteles que transporten refuerzos. Jenn y yo echaremos un vistazo abajo.

Ni ella ni Jenn llegaron a la puerta antes de que Abela las llamara con la siguiente noticia preocupante, si no inesperada.

—Creo que alguien está interfiriendo en las comunicaciones.

Por supuesto que lo hacen.

—Maldición. —Alcanzando el comunicador en su cinturón, Georgiou abrió la tapa del dispositivo, pero vio que el indicador le informaba que la unidad no podía establecer una frecuencia de salida.

Jenn, sosteniendo su propio comunicador, dijo:

—El mío también. ¿Puede evitar la interferencia?

—Llevaría demasiado tiempo. Vamos.

Después de ordenarle a Abela que cerrara la puerta detrás de ellos, Georgiou y Jenn salieron del centro de comunicaciones. Phasers alzados y listos, ambas oficiales avanzaron por el pasillo, buscando amenazas que no aparecían.

—Olvídese del ascensor —dijo Jenn—. Quienquiera que esté aquí puede haber cortado el acceso.

Georgiou asintió con la cabeza.

—O están esperando atrapar a cualquiera que intente usarlos. Eso nos deja las escaleras.

—¿No cree que alguien las cubrirá?

—Absolutamente creo que lo harán.

—Esa no es la respuesta que esperaba.

La puerta que conducía a la escalera en este piso no estaba vigilada, y tampoco Georgiou y Jenn encontraron a nadie esperándolas en las escaleras. Recordando su rápida revisión del diseño interior del edificio, Georgiou sabía que estaban en el extremo opuesto del piso desde donde estarían las oficinas de la fuerza de seguridad y el área de

espera, un nivel por debajo de ellos. Las escaleras no salían al pasillo que conducía a esa sección del edificio, por lo que existía la posibilidad de que pudieran descender y salir sin ser observadas en ese pasaje.

Sólo hay una forma de averiguarlo.

Atravesar las escaleras resultó sin incidentes, pero cuando Georgiou llegó al rellano del primer piso y avanzó hacia la puerta que conducía al corredor, se detuvo cuando sintió una mano en su brazo. Miró para ver a Jenn observándola y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —Georgiou susurró la pregunta, la única palabra casi inaudible. ¿Acaso Jenn había escuchado algo que ella no? ¿Estaba actuando de acuerdo con alguna extraña intuición, o solo estaba ejerciendo una simple precaución antes de exponerse al peligro?

En lugar de responder, Jenn señaló hacia la puerta. La mirada en sus ojos le dijo a Georgiou que esperaba *algo* del otro lado. Haciendo gestos con las manos, se movió para pararse unos pasos de la puerta, posicionándose de modo que la enfrentara en ángulo antes de inclinarse sobre una rodilla. Sostuvo su phaser cerca de su pecho, acunando el arma con ambas manos, y pareció detenerse un momento antes de respirar y asentir con la cabeza a Georgiou.

Con el corazón como si pudiera perforar un agujero en su pecho, Georgiou agarró su propio phaser antes de alcanzar el teclado colocado en la pared y tocar su control para abrir la puerta.

En cuanto la puerta se deslizó a un lado, vio a un solo hombre vestido con ropa oscura, incluido un pasamontañas para cubrirse la cara. Estaba parado lo suficientemente a la izquierda de la puerta que Georgiou tendría que esquivarlo para dispararle. El hombre supo que no estaba solo y ya estaba reaccionando, sacando su propia arma y comenzando a apuntar en su dirección.

Jenn, todavía arrodillada y en perfecta posición para enfrentarse a su adversario, disparó primero. El solo disparo aturdidor fue suficiente para hacer caer al hombre antes de que tuviera alguna esperanza de defenderse. Se desplomó contra la pared detrás de él, deslizándose inconsciente al suelo.

—Buen trabajo —dijo Georgiou mientras salía de la escalera y confirmaba que el hombre ya no era una amenaza. Miró a Jenn, que ahora también estaba en el pasillo y adoptaba una postura defensiva cerca de la puerta. Con su phaser apretado en ambas manos, parecía estar escuchando y buscando otros signos de actividad—. ¿Eres psíquica o algo así?

—Algo así.

Sin exponer su respuesta, Jenn comenzó a moverse a lo largo del corto corredor, luego giró a la derecha diez metros por delante de ellas. Georgiou recordaba por el plano de planta que este era un pasaje de servicio, que conectaba con el corredor principal que corría a lo largo del edificio. Deteniéndose cerca del cruce, Jenn apoyó la espalda contra la pared cercana.

—Hay otros. —Su voz era baja y tranquila.

—No escucho nada —dijo Georgiou. Se esforzó por escuchar lo que fuera que Jenn había detectado, pero sacudió la cabeza.

Entonces las luces se apagaron.

—Maldición —espetó cuando el corredor se sumió en la oscuridad.

Pasó solo un segundo antes de que se activaran las luces de respaldo, proyectando una tenue iluminación desde donde estaban colocadas en el techo a intervalos de cinco metros a lo largo del corredor. Luego, las sombras fueron cortadas por una granizada de fuego phaser viniendo de algún lugar a la vuelta de la esquina.

—¡Atrás! —Georgiou se agachó cuando cesaron los disparos, presionando su hombro izquierdo contra la pared mientras intentaba inclinarse hacia el pasillo. Oyó voces que hablaban en ráfagas crujientes, pero no pudo distinguir las palabras. Las sombras jugaban a lo largo de las paredes del corredor principal, y tuvo la sensación de que alguien se acercaba incluso cuando Jenn se alejaba del cruce, sosteniendo su phaser frente a ella y retirándose hacia la puerta.

—Comandante, tenemos que movernos. ¡Ahora!

Georgiou vio aparecer a la primera figura y disparó un tiro mal dirigido en esa dirección. El rayo aturdidor no alcanzó su objetivo, y la figura se agachó a un lado, fuera de la vista. Georgiou se puso de pie y comenzó a retroceder en dirección a la escalera. Más sombras rebotaban en las paredes delante de ella, y sus músculos se tensaron. Llegó a la puerta antes de que algo rompiera el plano de la pared en el cruce del pasillo, y un objeto oscuro apareció en la esquina. Entonces el pasillo se llenó de figuras vestidas de negro.

—¡Cuidado!

La advertencia de Jenn llegó justo antes de que Georgiou escuchara el zumbido de múltiples phasers y la oscuridad cercana estallara en una explosión de luz celeste.

18

—Tranquila, Comandante. Querrá tomarlo con calma.

Al abrir los ojos, Georgiou vio al Doctor Sergey Varazdinski al pie de lo que ahora reconocía como la cama de hospital que ocupaba. Su intento de sentarse trajo consigo un dolor en su cabeza que la hizo estremecerse, y estiró una mano para encontrar un bulto hinchado cerca de la parte posterior de su cráneo.

—¿Supongo que estoy viva?

—Está viva, Comandante —le ofreció el médico—. Aparentemente se golpeó la cabeza cuando fue aturdida. Hubo algo de sangrado, pero ningún daño grave. Uno de los oficiales de seguridad que la encontró le administró primeros auxilios y selló el corte, pero incluso con analgésicos, es probable que todavía tenga dolor de cabeza por un tiempo.

—También tiene mucha suerte —dijo el Capitán Korrapati desde donde estaba parado al lado izquierdo de la cama—. Usted y la Teniente Jenn por igual. Esas personas podrían fácilmente haberlas matado.

Como si decidiera que el resto de esta conversación no era importante para él, Varazdinski no le dijo nada más a Georgiou antes de alejarse de su cama. Le ofreció un asentimiento superficial a Korrapati, quien sonrió cuando el doctor salió de la habitación sin siquiera una mirada de despedida en dirección al capitán o Georgiou.

—Su actitud de camillero podría requerir algo de trabajo.

—Se lo he estado diciendo durante años —respondió Korrapati—. Estoy pensando que es irreversible en este momento.

Sonriendo ante la leve broma, Georgiou preguntó:

—¿Dónde está Ena?

—En seguridad —respondió Korrapati—. A pesar de haber sido aturdida, no resultó herida. Está trabajando para descubrir cómo los intrusos pudieron acceder al edificio de la administración y liberar a los prisioneros.

Con una mueca, Georgiou preguntó:

—Supusimos que eso era lo que estaban haciendo. ¿Se han escapado todos?

—Sí —dijo el capitán de la *Narbonne*—. Después de ingresar al edificio, pudieron derrotar a los sensores internos y bloquear las comunicaciones. No se molestaron en perder tiempo liberando a sus amigos. Simplemente cortaron las paredes de las celdas de retención con phasers. Como los sensores estaban desconectados, no hubo registros de su fuga. Ni siquiera sabemos qué salida usaron para abandonar del edificio, o adónde fueron una vez que salieron.

—No es un gran día para los buenos, entonces. —Cerrando los ojos, Georgiou se frotó la parte posterior de la cabeza—. Lo siento, Capitán. La cagamos.

Korrapati respondió:

—No fue su culpa, Comandante. La superaban en número, la superaban en armas y no tenía forma de saber que sería el blanco. Creemos que incluso puede haber alterado su horario. Hay indicios de que estaban tratando de entrar en la armería del recinto, pero se rindieron por alguna razón. Eso podría deberse a que usted descubrió lo que estaban haciendo.

—Una pequeña victoria. —Georgiou gruñó—. Creo que la compraré. —Su ceño se frunció—. No que sea desagradecida, pero ¿por qué estamos vivas? Si las personas detrás de esto son del mismo grupo que atacó el puesto avanzado, ¿por qué no nos mataron también?

—Es una buena pregunta —admitió Korrapati—. La única suposición que tengo es que saben que estamos aquí para ayudar a los colonos y buscar a Kodos, y están evitando empeorar las cosas para ellos mismos de lo que ya lo han hecho. Al menos, espero que ese sea el caso. Seguramente alguien en ese campamento que no sabía que ocurriría la masacre se sorprendió cuando sucedió.

—Es un buen pensamiento —respondió Georgiou. Entonces frunció el ceño—. Espere. ¿Qué hay con las otras alarmas? Recogimos señales de explosiones alrededor de la ciudad.

Korrapati dijo:

—Siete en total. De acuerdo con los registros del sensor, los explosivos improvisados se detonaron en las ubicaciones objetivo a segundos de distancia el uno del otro. Ninguna de las explosiones fue lo suficientemente grande como para causar un daño real, y nadie resultó herido.

—Pequeños favores —dijo Georgiou.

Sacudiendo la cabeza, Korrapati respondió:

—Más bien desviaciones. Pasé veinte minutos revisando informes preliminares de cada una de las escenas. Como usted y la Teniente Jenn sospechaban, este fue un ataque coordinado. Por lo que podemos decir, una serie de distracciones pretendían llamar la atención y los recursos de primera respuesta a esas áreas.

Algo sobre esto no cuadraba para Georgiou.

—Parece un esfuerzo enorme para liberar a tres personas de la detención, señor. Según las transcripciones de sus preguntas, no eran miembros realmente valiosos del grupo que Kodos reunió para ayudarlo a escapar de las autoridades. Algo aquí no tiene sentido.

—Puede haber algo que ayude con eso —dijo Korrapati—. El Comandante Lorca ha encontrado y detenido a Alexander Simmons.

Los ojos de Georgiou se abrieron por la sorpresa.

—¿Ya? Eso fue rápido.

—El Sr. Lorca está bastante motivado.

—Dígamelo a mí. —Georgiou había autorizado el plan de Lorca para localizar y aprehender al oficial de seguridad de alto nivel, Alexander Simmons, y llevarlo al

interrogatorio. Ella esperaba que el esfuerzo tomara días, como mínimo. En cambio, Lorca lo había entregado en menos de veinticuatro horas.

Maldición.

—¿Donde está?

—Está siendo procesado, tanto por las fuerzas de seguridad de la colonia como por nuestra gente. —Los ojos de Korrapati se entrecerraron—. Estamos teniendo mucho cuidado, dada su posición en las fuerzas de seguridad y su supuesta conexión con Kodos. Lorca me dijo que nos avisaría cuando Simmons esté listo para ser interrogado.

—Excelente. —Haciendo una mueca por el nudo en su cabeza, agregó—: Sin embargo, puede esperar un poco. Entonces, ¿creemos que las desviaciones fueron una tapadera para algo además de la gran fuga?

Korrapati dijo:

—No se reportaron otros disturbios. Las fuerzas de seguridad revisaron cada uno de los sitios de explosión, así como el edificio de administración de la colonia y no encontraron nada más fuera de lo común. Nos falta algo, pero aún no sé qué pueda ser. —Hizo un gesto como si tratara de alejar la conversación—. Puede esperar. ¿Como se siente?

—Aparte del dolor de cabeza, estoy bien. —Moviendo las piernas fuera de la cama, Georgiou dijo—: Me gustaría volver a trabajar, señor.

El capitán asintió.

—Entendido, pero no se exceda hasta que haya tenido la oportunidad de descansar.

Ella acarició el colchón de la cama antes de forzar una pequeña sonrisa.

—Ese fue el mejor descando que he tenido en tres días.

Después de vestirse con su uniforme mientras trataba de ignorar el dolor sordo en la parte posterior de su cráneo, Georgiou salió de la sala de tratamiento y se dirigió a la escalera en el extremo cercano del ala del hospital. Ascendió al siguiente nivel, agradecida de encontrar la escena aquí más tranquila que solo doce horas antes. Dado que la mayor parte de los pacientes que requerían tratamiento inmediato habían sido atendidos y trasladados a las habitaciones o enviados a casa, el pasadizo y las áreas de espera estaban en su mayoría vacíos.

La estación de enfermería en el centro donde convergían los corredores para las diferentes alas era una pequeña colmena de actividad. Dos enfermeros, una mujer y un hombre, se ocupaban del detrito administrativo que era el aspecto poco atractivo de proporcionar atención médica. La atención del enfermero se centraba en un terminal de computadora, revisando un denso informe, mientras que su compañera trabajaba con una de las varias pizarras de datos que abarrotaban su escritorio. Georgiou asintió a modo de saludo cuando ambos enfermeros notaron su acercamiento.

—Comandante —dijo la mujer, levantándose de su asiento. Georgiou notó el parche sobre el bolsillo en la bata de enfermera, en donde se leía el nombre de WATSON.

—¿Sí?

Watson señaló uno de los otros pasillos.

—Tiene un visitante en la sala de espera.

Curiosa por saber quién podría estar aquí para verla sin pasar por los canales oficiales, Georgiou se dirigió hacia la sala de espera y sintió que su estado de ánimo aumentaba cuando sus ojos se posaron en la joven Shannon Moulton. La niña llevaba una camisa azul claro y pantalones blancos, y su cabello rubio era brillante y recogido en una coleta alta. Era una transformación completa desde la última vez que Georgiou la había visto. Lo único que llevaba de su encuentro anterior era el lujoso peluche Andoriano en sus manos. Atrás había quedado la férula apresurada utilizada para inmovilizar su pierna rota, y demostró cómo se había curado su lesión saltando de su silla en el área de espera y cruzando la habitación hacia ella.

—¡Comandante Philippa! —Su rostro estaba casi consumido por su amplia sonrisa.

Al aceptar el enérgico abrazo de la niña, Georgiou dijo:

—Shannon, ¿viniste a verme?

—Mi mamá dijo que no había problema. Ella está visitando a un amigo que todavía está enfermo, pero que se va a casa hoy.

Georgiou preguntó:

—¿No tienes escuela?

—Voy a la escuela en casa, pero no hoy.

Las palabras de la niña estaban teñidas con un toque de tristeza, que Georgiou entendía.

—¿Cómo esta tu madre? —Georgiou dejó allí la pregunta, permitiendo que la chica respondiera como creyera conveniente.

—Está bien. No creo que esté durmiendo muy bien. Echa de menos a mi papá, igual que yo.

Después de su primer encuentro, había revisado los informes de la oficina de administración de la colonia y encontró a Zachary Moulton entre los asesinados la noche de las ejecuciones. A partir de ahí, había requerido poco esfuerzo determinar que el hombre era el padre de Shannon. Que Eliana Moulton fuera capaz de mantener la compostura mientras realizaba sus deberes y lidiaba con las consecuencias de todo era —al menos en opinión de Georgiou— una hazaña de voluntad increíble frente al dolor personal.

—Probablemente tengas razón. —Intentando cambiar de tema, Georgiou preguntó—: ¿Qué te llevó a visitarme hoy?

Shannon se encogió de hombros.

—Principalmente solo quería saludar. —Levantó el peluche—. Pero dijiste que podrías ayudarme a arreglar a Vran.

Tomando el muñeco, Georgiou vio que todavía necesitaba una nueva antena, y tal vez algo de relleno para reemplazar lo que se había escapado por el agujero en su cabeza donde solía estar el miembro perdido.

—Creo que podemos hacerlo. —Georgiou supuso que encontrar el material adecuado aquí en el hospital para completar la tarea debería presentar un pequeño problema, y la

distracción menor pero bienvenida sería buena tanto para ella como para la niña—. Busquemos a tu madre y así puedes decirle lo que vamos a hacer.

—Bueno.

Cuando salieron de la sala de espera, caminando en la dirección indicada por Shannon para localizar a la madre de la niña, Georgiou notó que un hombre alto, de mediana edad y afrodescendiente caminaba hacia ellos. Lo acompañaba un solo miembro uniformado de las fuerzas de seguridad de la colonia, lo que indicaba que era una persona de cierta importancia que necesitaba una escolta. Estaba vestido con un atuendo civil bien confeccionado que consistía en pantalones oscuros y una chaqueta que llevaba sobre una camisa a juego. El cabello negro recortado cerca de su cuero cabelludo albergaba una pizca de gris liberal. Aunque no lo reconoció, él parecía conocerla. Sonrió al verla, moviéndose hacia ella y extendiendo su mano en saludo.

—¿Comandante Georgiou? Soy Donovan Eames, director del sistema hospitalario de Nueva Anchorage. No hemos tenido la oportunidad de reunirnos antes, y por eso me disculpo.

Tomando la mano del hombre, Georgiou respondió:

—Director Eames, también es bueno conocerlo finalmente. Solo lamento que no haya podido ser en circunstancias más agradables.

—Concuerdo. —Eames miró a Shannon—. Hola, señorita. ¿Eres amiga del comandante?

—Ajá. —De pie cerca de Georgiou, Shannon sostenía su peluche con ambas manos y le devolvió la amable sonrisa del hombre.

—¿Me la prestas por un momento?

Mirando a Georgiou, Shannon asintió.

—Bueno.

—Mejor ve a buscar a tu madre y yo te alcanzo —dijo Georgiou.

—Está bien. —Shannon levantó el peluche—. No te olvides de Vran.

—Prometo que no lo haré.

Georgiou esperó a que la niña no pudiera oír, deambulando por el pasillo hacia las habitaciones de pacientes del piso. Una vez que Shannon se fue, ella redirigió su atención a Eames.

—¿Qué puedo hacer por usted, Director?

La expresión del hombre perdió algo de su calidez.

—Es lo que yo espero poder hacer por usted, Comandante. Entiendo que algunos de sus oficiales de la Flota Estelar están buscando al Gobernador Kodos.

Aunque los detalles sobre los esfuerzos del Comandante Lorca o cualquier otra persona involucrada en la cacería no estaban disponibles para el público, el Capitán Korrapati había publicado una serie de declaraciones genéricas indicando que el esfuerzo estaba en curso, y que la tripulación de la *Narbonne* estaba ayudando a las entidades de la policía local para ubicar a Kodos y cualquiera de sus seguidores.

—Entiendo que tienen dificultades para encontrar personas que puedan identificar a Kodos —dijo Eames.

Georgiou asintió.

—Así es.

—En mi papel de director, soy uno de los asesores del gobernador y el consejo de liderazgo. Estuve allí la noche en que Kodos asumió el cargo de gobernador.

—La gente como usted es muy escasa, señor. —Aunque no lo dijo en voz alta, su investigación, así como las investigaciones realizadas por Lorca y otros miembros del equipo de la Flota Estelar, ilustraban un tema común e inquietante: Kodos había incluido entre las listas de personas para ser «sacrificadas» a cualquiera que pudiera identificarse él. Esto llevaba a especular que Kodos podría haber tenido intenciones de eliminar a todos los demás que lo conocían, pero sus planes se vieron frustrados por la llegada de la *Narbonne*.

—Sé lo que estás pensando —dijo Eames—. ¿Por qué sigo vivo? No piense que es una pregunta que no me he hecho al menos una docena de veces desde esa noche. Lo único en lo que puedo pensar es que mi papel aquí me hizo valioso a los ojos del gobernador; al menos, valioso en comparación con otros. —Su expresión se convirtió en una de vergüenza—. Es horrible incluso considerar algo así. Trato de no pensar demasiado en ello, con toda honestidad.

Era una postura que Georgiou no podía cuestionar. Si hubiera estado en su posición, no albergaba dudas de que sentiría lo mismo.

—Estuvo allí cuando Kodos asumió el cargo de gobernador —dijo—. Eso significa que tuvo que haberlo visto tomar sus primeras decisiones y emitir su primer conjunto de instrucciones.

Eames hizo una mueca.

—En retrospectiva, una mejor palabra podría ser «directivas». No me malinterprete; en ese momento, era justo el tipo de liderazgo resuelto que necesitábamos. Gisela Ribiero simplemente no era adecuada para la gestión de la crisis. Por otro lado, Kodos actuaba como si hubiera nacido para hacerlo. Mirando hacia atrás, resultó un poco menos enfático de lo que recuerdo. En cambio, era frío, casi desprendido de alguna manera. —Sacudió la cabeza—. Si solo uno de nosotros hubiera sido lo suficientemente inteligente como para verlo y entenderlo por lo que era.

19

Extracto de *Los Cuatro Mil: Crisis en Tarsus IV*

La niebla baja y delgada cubre el pequeño lago que se encuentra a unos treinta metros de la enorme ventana del comedor de la cabina. El panel de aluminio transparente ocupa toda la pared oriental de la habitación, proporcionando una vista sin restricciones del bosque que rodea esta modesta casa. A lo lejos, y aún por encima de los árboles, se encuentra la solitaria montaña, conocida por los lugareños como Pico del Centinela. Nadie parece saber o recordar el significado detrás del nombre, pero una historia popular lo explica como consecuencia de que la montaña aparentemente siempre es visible, independientemente de las condiciones climáticas.

—Allí está todas las mañanas, llueva o truene —dice Donovan Eames—. Incluso si la niebla es densa y está asaltando como el fin del mundo, todavía se puede ver, tan clara como el día. Es como si las nubes tuvieran miedo de acercársele.

A pesar de estar retirado, todavía es un madrugador, haciendo un punto para levantarse de la cama casi todas las mañanas antes del amanecer.

—Me gusta salir a correr antes de que salga el sol —explica—. Aunque a veces voy a pescar en su lugar. —Hace una pausa, mirando a su alrededor como si se asegurara de que sus comentarios no fueran escuchados—. Y de vez en cuando me gusta dormir. Sin embargo, no se lo diga a mi esposa. A ella le gusta cuando me levanto primero y preparo nuestro desayuno.

Después de su retiro como director del sistema hospitalario de Nueva Anchorage, menos de diez años después del breve pero inolvidable reinado del Gobernador Adrian Kodos, Eames y su esposa, Imani, dejaron Tarsus IV en busca de un nuevo comienzo. Lo encontraron aquí en Benecia, un planeta colonial de la Federación.

A pesar de conocer las razones de esta entrevista, Eames se toma su tiempo para tratar el tema. Por su propia admisión, no es algo de lo que hable con frecuencia. Una de las razones por las que él y su esposa se mudaron aquí fue porque les ofrecía la oportunidad de dejar atrás los eventos de Tarsus IV para siempre. Aparte de un pequeño círculo de amigos cercanos, nadie aquí sabe de su problemático pasado. Eames prefiere mantenerlo así, pero aceptó las entrevistas para este libro sabiendo que probablemente le costaría a él y a Imani su relativo anonimato en Benecia.

—Que así sea —dice al comienzo de la primera entrevista—. Es una historia que necesita ser contada, si no es por otra razón que contarla podría evitar que algo así vuelva a suceder.

Las transcripciones oficiales de todas las reuniones entre el gobernador de Tarsus IV y el consejo de liderazgo de la colonia son asuntos de dominio público. Durante casi una década a partir de este escrito, los historiadores han estudiado detenidamente esas notas, comentarios e incluso registros de sensores donde existen, buscando contexto, matices u otros significados ocultos hasta ahora no realizados. Incluso con estos recursos disponibles, es casi imposible tener una idea de lo que los participantes de la reunión estaban pensando y sintiendo. Esto requiere reflexiones personales como la que ofrece Donovan Eames.

—La tensión era tan fuerte en esa habitación que creí que podría ahogarme —dice, su expresión cada vez más nostálgica al recordar el evento de esa primera noche—. Gisela Ribiero estaba fuera, eliminada por mayoría de votos del consejo después de que citaran formalmente una pérdida de confianza en su liderazgo. En su lugar estaba Kodos, a quien habían designado como gobernador interino. Ninguno de nosotros había visto algo así antes. Algunos que habíamos vivido en otros mundos coloniales habíamos visto a un gobernador ser removido o reemplazado debido a enfermedad o muerte, e incluso por actividades criminales en un caso, pero esto era completamente diferente.

Una vez determinada la fuente del contagio fúngico, al menos con un grado significativo de certeza, se estaba dirigiendo la atención a contrarrestar los efectos de la infección. También era motivo de preocupación inmediata el impacto de la contaminación no solo en los suministros de alimentos existentes de la colonia, sino también en su capacidad para crecer o fabricar más. El problema era grave y ya comenzaba a generar preocupación entre la población.

Eames recuerda:

—Teníamos personas contando todo, hasta la última pieza de fruta o ración de campo envasada. La Gobernadora Ribiero ya había pedido a todos en la colonia que eliminaran los alimentos contaminados lo más rápido posible. Se establecieron centros de recolección alrededor de la ciudad, y los oficiales de seguridad iban de puerta en puerta, reuniendo todo lo que podían encontrar. Básicamente, si no algo no había sido preempaquetado o guardado en otro contenedor sellado, tenía que irse. Algunos colonos cultivaban sus propias verduras y frutas y las conservaban, como solían hacer los primeros colonos antes de los procesadores de alimentos o incluso siglos antes de la refrigeración. Algo de eso se salvó, pero todo tuvo que ser escaneado para asegurarse. Una vez que el hongo atacaba algo, esa comida se volvía no comestible, incluso tóxica. Además, se extendería tan rápido si no se controla. No importaba cuán rápido nos movíamos para contenerlo, esas malditas cosas parecían hacerlo más rápido. —Sacude su cabeza—. Fue aterrador.

A pesar de estas medidas, se hizo evidente que tales esfuerzos no serían suficientes. Poner en cuarentena y proteger las tiendas de alimentos existentes era solo una parte de un problema exacerbado por la capacidad del contagio de contaminar la maquinaria de procesamiento de alimentos y, por extensión, los compuestos crudos con los que

trabajaba para producir alimentos comestibles. Esto dio como resultado una falla casi inmediata de la capacidad de la colonia de mantenerse por sí misma.

—Pese a la tecnología, aún teníamos nuestras granjas e invernaderos. —Eames sonríe—. No me importa lo bien que funcionen, ninguna máquina producirá una manzana reconstituida que sepa tan bien como la verdadera. Una de mis actividades favoritas era ir a los mercados de frutas y verduras frescas. —Se recuesta en su mullida silla, rememorando el agradable recuerdo—. No importa en qué planeta estés, no hay nada como morder una manzana crujiente de Fuji a primera hora de la mañana. Algunas de las mejores manzanas y maíz que he comido se cultivaban en Tarsus IV. —Su expresión se vuelve sombría—. Casi lloré mientras veía un huerto entero ardiendo en el suelo. Era necesario, por supuesto, pero eso no lo hizo menos trágico. Incluso después de que terminó la crisis, había algo diferente en el producto. Nunca pude descubrirlo, pero las cosas nunca fueron iguales después de eso.

Volviendo al tema de la creciente situación alimentaria de la colonia y la reacción del público ante medidas tan extremas, Eames se pone pensativo.

—No pasó mucho tiempo para que la gente entendiera que teníamos un problema grave en nuestras manos. Al principio, el liderazgo de la colonia trató de minimizar las cosas, pero cuando ves transmisiones de noticias de granjas enteras incendiadas, es bastante obvio que algo está muy mal. A los pocos días, la verdad comenzó a circular, y la gente empezó a preocuparse, pero todavía no habíamos llegado al pánico total.

Entendiendo el alcance del problema mucho mejor que la población en general, la Gobernadora Ribiero y el consejo ya habían tomado medidas para mantener el orden. La primera directiva de toque de queda se emitió dentro de las cuarenta y ocho horas de la declaración pública de emergencia de la gobernadora, junto con sus instrucciones de recolectar todos los alimentos no contaminados para que pudieran almacenarse y, con suerte, protegerse contra la contaminación en curso. Una vez que Adrian Kodos asumió el papel de gobernador, comenzó a emitir edictos diseñados para promover esos esfuerzos, para la protección tanto de la comunidad como de los oficiales de seguridad encargados de mantener la paz.

—Estaba tan aturdido como cualquiera cuando implementó la ley marcial. —Eames se mueve en su asiento, claramente incómodo con la revisión de estos eventos—. Ese tipo de cosas era inaudito, excepto en circunstancias muy raras: cosas como inundaciones, terremotos y otras catástrofes naturales que afectaban a poblaciones enteras. Claro, lo que estábamos enfrentando estaba al menos en el mismo nivel que esas otras cosas, pero aún así nos tomó a todos por sorpresa. Mirando hacia atrás, lo que parecía molestarme más era cuán casualmente lo había hecho Kodos. No era frío ni cruel, sino simplemente una cuestión de hecho, como si todo fuera una ecuación matemática con una única solución correcta. En las reuniones, su expresión era ilegible. Parecía casi como un Vulcano. Se podía ver en sus ojos que estaba pensando, considerando sus opciones y calculando las probabilidades de éxito o fracaso. —Eames se encoge de hombros—. Es casi como si

olvidara que estaba tratando con personas en lugar de con objetos. O simplemente decidió que era más fácil verlos de esa manera.

Luego, antes de pasar a la siguiente pregunta, Eames levanta una mano.

—Hubo quienes decidieron ver lo que Kodos hizo a través de otra lente. No me gustó especialmente la idea en ese momento, pero a lo largo de los años me he dado cuenta de que tiene que haber al menos algo de verdad en la idea de que Kodos estaba actuando más como un comandante militar que como un gobernador de una comunidad civil. No éramos personas. En cambio, éramos marcas en un mapa, siendo maniobrados en posición para luchar contra un enemigo representado por marcas de un color diferente. Kodos era el general, moviendo a las tropas por el mapa y trazando la mejor manera de comprometer a sus fuerzas para luchar contra ese enemigo y asegurar un objetivo. Para poder tener éxito en ese tipo de cosas, los generales tienen que separarse de las personas que están enviando al peligro. Si no piensas en ellos como seres vivos, con familias, metas y sueños, entonces es más fácil lidiar con la realidad de que probablemente estás enviando a un buen número de ellos a la muerte. Es la misma razón por la que los antiguos granjeros no solían dar nombres a los animales que criaban para matarlos como fuente de alimento, pero a una escala mucho mayor.

La ley marcial no vino sin resistencia. Hubo varias manifestaciones en la ciudad, incluso fuera de la casa de la gobernación, así como en las oficinas del consejo de liderazgo y otros destacados asesores y figuras públicas. Decenas de manifestantes fueron arrestados ese primer día, aunque solo se presentaron cargos formales para un puñado de individuos. De lo contrario, los ciudadanos fueron liberados y enviados a sus hogares, ya que el personal de las fuerzas de seguridad estaba mermado imponiendo toques de queda y restringiendo otros accesos a varios edificios e instalaciones en la ciudad. La mano de obra se convirtió en un problema en poco tiempo, pero la mayor parte de la población comenzó a reducir sus protestas, concentrando sus energías en el gobernador y el consejo con la esperanza de atraer la atención y la simpatía.

—Las protestas nunca parecieron perturbarlo —reflexiona Eames—. Otros miembros del consejo expresaban sus inquietudes, al igual que yo y algunos de los otros asesores. Estaba preocupado por el hospital y las clínicas ambulatorias de la ciudad. Ya sabe, brindar seguridad a mi personal y a nuestros pacientes. Kodos, por otro lado, lo tomaba todo con calma, al menos frente a nosotros. Los comentarios públicos que hacía en respuesta a las protestas ofrecían consuelo y resolución. Supongo que funcionó, al menos hasta cierto punto, porque incluso en el peor de los casos, las personas que causaron la mayoría de los problemas parecían entender que incluso cuando tienes quejas, todavía hay líneas que no debes cruzar.

Eames hace una pausa, como incómodo con el lugar donde sus recuerdos comienzan a llevarlo.

—En ese sentido, Kodos era exactamente el tipo de líder que necesitábamos. Si tan solo hubiera mantenido eso todo el tiempo, tal vez las cosas habrían terminado de otra manera.

Suspira.

—Si tan solo esto. Si tan solo aquello. Si tan solo hubiéramos sabido lo que realmente estaba pensando.

20

—¡Quítenme las manos de encima!

Al escuchar la conmoción proveniente de algún lugar por delante de ella en el pasillo, Georgiou comenzó a trotar. Dobló una curva en el pasillo y vio a un miembro del personal de seguridad del hospital con las manos llenas mientras estaba enredado con alguien de casi la mitad de su tamaño. Le costó un poco más comprender que era a un adolescente a quien el guardia aferraba de tal forma: un humano probablemente en su adolescencia con una mata de cabello castaño rebelde. El chico estaba nervioso, puro movimiento y furia cuando el guardia lo sacó de una habitación de pacientes hacia el pasillo.

—¡Suéltenme!

Aunque superado por el guardia, el chico compensaba con velocidad, agilidad y tenacidad. Tan pronto como estuvieron en el corredor, se liberó del agarre del guardia sobre su brazo. Alejándose del hombre mayor, corrió por el pasillo, su expresión tornándose en sorpresa al ver a Georgiou de pie en su camino. Se detuvo a menos de cinco metros de ella. Aunque sus ojos color avellana ardían con un desafío que no sería raro para un adolescente, ella sintió algo más sucediendo aquí.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Georgiou preguntó:

—¿Qué está pasando? —No reaccionó ante la vista de otro guardia de seguridad que se acercaba por una esquina del corredor que tenía delante, y tampoco volvió la cabeza al oír pasos corriendo detrás de ella. Más allá de los guardias que podía ver, un puñado de miembros del personal del hospital, así como civiles, comenzaban a reunirse.

—Infracción de seguridad, Comandante —ofreció el guardia que había sacado al chico de la habitación. La etiqueta pegada a la camisa de su uniforme lo identificaba como PEARSON. Hizo un gesto detrás de él—. Detectamos un acceso no autorizado al sistema encriptado del hospital desde una terminal en la habitación de ese paciente. Por lo que podemos decir, estaba tratando de acceder a una red externa.

Georgiou alzó la ceja derecha.

—¿De verdad? —Miró al chico, que permaneció en silencio, su expresión fría e inflexible, pero sin ofrecer el primer indicio de miedo—. ¿Es esto cierto?

—Sí.

La contundente respuesta fue sorprendente, pero Georgiou se dio cuenta de que debería haberla esperado. Nada en su comportamiento sugería que creía que sus acciones, cualesquiera que fuesen, estaban equivocadas. Parecía no preocuparse por las repercusiones en las que pudiera incurrir.

—¡Jimmy!

La nueva voz hizo que Georgiou levantara la vista para ver a una mujer trotar por el pasillo hacia ellos. Tal vez tenía entre mediados de los treinta años, y una mirada de preocupación nublaba sus rasgos. Su cabello era marrón claro, no del todo rubio, pero había una intensidad en sus ojos color avellana que Georgiou reconoció rápidamente. No le costó mucho deducir que la recién llegada tenía que ser la madre del chico.

—Lo siento, Comandante —dijo la mujer mientras se acercaba, y la forma en que había mencionado el rango sin dudarlo le dijo a Georgiou que estaba familiarizada con la Flota Estelar—. Mi nombre es Winona Kirk. Soy una xenobióloga que trabaja con el instituto de ciencias de la colonia. Espero que mi hijo no haya causado ningún problema. —Al muchacho le dijo—: Te he estado buscando por todas partes. Hay un toque de queda para los chicos, ya sabes.

—Le dije a Sam que estaría aquí.

—Entonces puedes apostar que tendré una pequeña conversación contigo *y* tu hermano cuando lleguemos a casa. —Winona se volvió hacia Georgiou—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Bueno, estábamos llegando a eso. —Dirigió su mirada a Pearson—. ¿Exactamente qué está ducediendo aquí?

—No estamos seguros —respondió el guardia—. Cerró la terminal antes de que pudiéramos detenerlo, y no podemos acceder a ella, directa o remotamente.

—No es mi culpa que no conozcan su propio sistema.

—James —dijo Winona, su tono de advertencia.

Por su parte, el comentario del chico casi hizo reír a Georgiou, pero logró mantener la compostura. Al mirar más allá de Pearson y la madre del niño, vio que más personas se estaban reuniendo en el pasillo, atraídas por el enfrentamiento menor que tenía lugar en medio de ellos. Era hora de calmar esta situación mientras aún estuviera bajo control.

—¿Que estabas haciendo? —le preguntó al chico.

Los ojos del chico se entrecerraron.

—Buscando una foto de Kodos.

Si bien podría no ser lo último que esperaba escuchar, Georgiou admitió que tenía que estar cerca.

—¿Discúlpame?

—Una foto de Kodos. Ya intenté buscar en sus archivos disponibles al público, pero se borraron o se eliminaron cualquier cosa que pudiera identificarlo.

Winona preguntó:

—¿Por qué estabas haciendo eso?

—Porque lo *vi*, mamá. Vi su rostro, en las pantallas. Trató de ocultarlo, pero le di una buena mirada. Tommy también. Ambos lo vimos, pero no puedo encontrar una foto suya por ningún lado.

La mirada de Georgiou se movió entre el chico y Pearson. Al guardia le dijo:

—¿Puede confirmar algo de esto?

—No, Comandante. —La cara de Pearson se estaba enrojeciendo—. Intentamos monitorear su actividad, pero fue capaz de enmascararla.

Aunque pensaba que podría arrepentirse más tarde, Georgiou le dio al chico una mirada de agradecimiento.

—Estoy impresionada.

—No fui yo. Tommy me mostró cómo hacer las cosas difíciles. Él es el inteligente.

—¿Tommy está aquí?

Señalando el camino por donde había venido, respondió:

—Está en su habitación.

Georgiou buscó en su memoria, recordando que otro adolescente había ingresado por primera vez en el hospital antes de la llegada de la *Narbonne* y aún así fue asignado a una habitación de pacientes en este piso.

—¿Thomas Leighton?

El chico asintió.

—Sí.

—Los Leighton son amigos nuestros —ofreció Winona—. Viajamos juntos a la colonia. —Su expresión cayó—. Los padres de Tommy, bueno… ellos… —El resto de las palabras se desvanecieron en sus labios, pero no necesitaba decir nada más.

Georgiou dijo:

—Lamento su pérdida. —Tras un momento, dirigió su mirada hacia el chico—. ¿Y tu nombre es Jimmy?

—Kirk. James Tiberius Kirk. —Lanzó una rápida mirada hacia su madre—. Puede llamarme Jim.

Cuando hablaba, había un orgullo evidente en las palabras que bordeaban el desafío. Sin duda, el chico se sentía poco importante con un nombre tan pretencioso, pero en lugar de expresar vergüenza, parecía usarlo como una insignia de honor. De hecho, había una madurez en toda su postura y comportamiento que desmentía su juventud. Se paraba derecho, con las manos a los costados. Si bien era posible que no se estuviera preparando para atacar o huir, también parecía imperturbable ante la perspectiva de represalias. Mirándolo, Georgiou observó cómo se mantenía consciente de su entorno, incluido lo que podría estar sucediendo detrás de él. Sus ojos miraban hacia la izquierda cuando Pearson se acercó, como si esperara que el guardia intentara volver a ponerle las manos encima. Incluso entonces, no aparentaba preocupación.

Levantando una mano para detener el avance de Pearson, Georgiou dio un paso adelante, indicando al chico que la acompañara.

—Me gustaría que me mostraras lo que estabas haciendo.

—Comandante —dijo Pearson, y ella vio el escepticismo en su rostro.

—Todo está bien. Yo me encargaré de esto.

Después de asegurarle a él, a los otros oficiales de seguridad y a Winona que tenía el asunto bien manejado, Georgiou ordenó a sus colegas que regresaran a sus deberes regulares. Con eso resuelto, dejó que el chico la llevara a ella y a su madre a la habitación

de su amigo. Al acercarse, notó la señalización en la puerta que indicaba al ocupante actual como LEIGHTON, T. Dentro había una cama de un solo paciente ocupada por otro adolescente masculino con una estructura similar a la del joven Jim Kirk. El monitor médico detrás y por encima de su cabeza proporcionaba sus signos vitales actuales, y Georgiou vio que su pulso, respiración, temperatura y presión arterial estaban dentro de los parámetros aceptables para un humano adolescente con buena salud física. Otro indicador mostraba su nivel de medicación, y notó que había recibido una dosis de analgésico en la última hora.

En cuanto al chico mismo, la parte superior de la cama estaba elevada para poder sentarse derecho, con una almohada detrás de la parte baja de la espalda. Su bata blanca de hospital proporcionaba un fuerte contraste con la ropa de cama de color amarillo anaranjado que cubría su parte inferior del cuerpo. Estaba despierto, pero en lugar de leer la terminal de la computadora colocada encima de un brazo móvil al lado de su cama o mirando la pantalla de visualización colocada en la pared frente a él, estaba mirando en cambio por la ventana a su izquierda. De pie en la puerta de la habitación, Georgiou vio que su cabeza y el lado izquierdo de su rostro estaban envueltos en vendas blancas.

—¿Hola? —dijo ella—. ¿Tommy Leighton? ¿Puedo pasar?

Junto a ella, Jim le ofreció:

—Está bien. He venido a visitarlo todos los días desde que lo trajimos aquí. No ha dicho nada.

—¿Que pasó?

—La noche de los asesinatos —dijo Winona—. Sus padres estaban allí, en el campo en el anfiteatro. Se suponía que Tommy debía ir, pero sus padres le dijeron que se quedara en casa.

Jim lanzó una mirada triste hacia su amigo.

—Quería ver de qué se trataba, así que me convenció para que fuera con él.

Georgiou tardó un momento en comprender a qué se refería el chico.

—Un momento. ¿Estabas allí, en el anfiteatro? ¿Viste lo que pasó?

—Sí. Hay un par de maneras de colarse en el anfiteatro. —Hizo un gesto a su amigo—. Tommy sabía cómo violar el cierre de una de las puertas, y así fue como entramos. Nos escondimos en una de las rampas de la explanada. —Hizo una pausa, tragando mientras miraba a Tommy—. Desde allí pudimos ver todo.

No ofreció nada más, pero Georgiou sabía lo que no lo diría en voz alta. Habían sido testigos del asesinato de cuatro mil personas, incluidos los padres de Tommy.

Querido Dios.

Miró hacia donde se encontraba su madre y se preguntó si la expresión atormentada de la mujer coincidía con la suya. Winona ciertamente tenía mucha menos necesidad de que el chico explicara los eventos de esa noche.

—Una vez que comenzó el tiroteo —continuó Jim—, hubo mucha conmoción en las gradas y las pasarelas cuando los guardias reaccionaron a lo que estaba sucediendo. Uno de los guardias nos vio y corrimos, y nos disparó. —Hizo una pausa, tragando un

aparente nudo en su garganta—. No estaba tratando de aturdirnos. Su phaser estaba configurado al máximo, y apenas falló. El rayo pasó lo suficientemente cerca que rozó la cara de Tommy.

La cara de Winona era una máscara de horror.

—No me dijiste eso antes.

—Porque sabía que te molestarías. —Jim se secó la cara—. Ni siquiera sé cómo nos escapamos, pero arrastré a Tommy por un pasillo de mantenimiento y nos escondimos en la oscuridad. El guardia intentó buscarnos, pero creo que lo llamaron. Fue entonces cuando nos saqué a ambos del anfiteatro y traje a Tommy aquí.

Asombrado por la valentía y la presencia mental del chico durante lo que tuvo que ser una situación aterradora, Georgiou ofreció una sonrisa comprensiva.

—Eso requirió mucho coraje, Jim. Mucho coraje.

—Él habría hecho lo mismo por mí.

Georgiou miró a Winona.

—Usted no estuvo allí, supongo.

—No. —Winona sacudió la cabeza—. Estaba trabajando en nuestro laboratorio, y mi esposo ni siquiera está en el planeta. Está en la Flota Estelar, y siempre lo envían a misiones secretas, así que no lo veo mucho. —Bajó la mirada al suelo y Georgiou vio lágrimas formándose en las esquinas de sus ojos—. Desearía que estuviera aquí ahora.

—Ni siquiera sabemos si se enteró de lo sucedido —agregó Jim.

Georgiou dijo:

—Lo siento, Jim. —Se preguntó si podría enviar un mensaje a su padre e hizo una nota mental para preguntarle al Capitán Korrapati al respecto.

Respirando profundamente, Jim la miró y, cuando habló esta vez, su propia voz fue apagada.

—Quería ver lo que estaba haciendo.

Lideró el camino hacia la habitación, con Georgiou y Winona siguiéndole. Una vez dentro, Jim se trasladó a la terminal de la computadora cerca de la cama de Tommy, girándola para poder acceder a su interfaz. Winona se acercó a la cama y extendió la mano para acariciar el cabello oscuro del niño. Si se percató de su presencia, decidió no demostrarlo. Georgiou observó su rostro durante casi un minuto completo antes de que Tommy parpadeara su único ojo al descubierto, que junto con el monitor médico detrás de su cama era el único indicador de que estaba consciente.

Mientras tanto, Jim había activado el monitor de la computadora, y Georgiou vio que, con unos pocos comandos rápidos, desbloqueó cualquier programa que estuviera ejecutando cuando Pearson lo descubrió. Estaba ingresando largas cadenas de instrucciones al dispositivo. La imagen en la pantalla mostraba varias columnas de texto que se desplazaban rápidamente. Aunque poseía sólidas habilidades informáticas, se sentía como una aficionada mientras miraba al chico trabajar. Después de aproximadamente un minuto de esta comunicación con la máquina, Jim presionó un control final y la pantalla se fusionó en una imagen de nueve personas: cinco mujeres y

cuatro hombres. Jim señaló a uno de los hombres, que vestía ropa formal. Su cabello rojo estaba retrocediendo en la parte superior, pero caía grueso y ondulado a los lados. También lucía una barba recortada y un bigote delgado.

—Ese es Kodos.

Mirando fijamente la imagen, Georgiou preguntó:

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Fue solo por unos segundos, pero lo vi tan claro como el día. Luego emitió la orden y…

La oración se desvió cuando la atención de Jim pareció centrarse en la imagen. Duró solo unos pocos segundos, y ella lo vio sacudirse la ola de emociones que tenía que estar experimentando. Después de un momento, hizo un gesto hacia la terminal de la computadora.

—Por eso vine a buscar una foto. Escuché que usted y los demás no parecían saber cómo era Kodos, así que pensé que, si podía encontrar algo, sabrían a quién buscar. Esta foto es de un amigo suyo. Trabajaron juntos, o algo así, antes de todo esto. Kodos borró todas sus fotos, pero pensé que quizás alguien que lo conocía podría tener una.

Winona preguntó:

—¿Pensaste en todo esto por tu cuenta?

—Por supuesto. No fue tan difícil. Solo me tomó un rato.

Aún estudiando la imagen de Adrian Kodos en la pantalla de la computadora, Georgiou asintió con admiración abierta.

—Esto es muy impresionante, Jim.

Este chico es malditamente inteligente.

Se cargaba a sí mismo con determinación, una simple arenilla que era poco común en sus compañeros. Georgiou se preguntó si era producto de tener que asumir mayores responsabilidades a una edad tan temprana para compensar a un padre llamado por deber durante meses o incluso años seguidos. Si bien sentía su respeto innato por las figuras y reglas de autoridad, tampoco se sentía limitado por tales cosas si sentía la necesidad de eludirlas o incluso desafiarlas. Se comportaba con una seguridad en sí mismo que le permitía ignorarlas sin cruzar la línea de la insubordinación intencional. Incluso mientras guardaba recuerdos de lo que había presenciado la noche de la masacre, podía dejar de lado sus propias emociones mientras hacía lo que podía para ayudar a los demás. ¿Cuánto de esto era educación, en oposición a algún rasgo natural? Por lo que Georgiou podía ver, era una fuente de potencial crudo y sin explotar, que solo carecía de edad, educación y experiencia. Si él era como sus padres tenían que serlo, y asumiendo su propio deseo de seguir ese camino, el joven Jim Kirk tenía las características de un oficial de primera clase de la Flota Estelar.

Un breve chirrido electrónico hizo eco en la habitación, y Georgiou miró el comunicador en su cinturón. Al recuperar el dispositivo, abrió la tapa.

—Aqupi Georgiou.

—Soy Lorca, Comandante. Estamos listos para interrogar a Alexander Simmons. Dijo que quería estar aquí para eso. ¿Puede unírseme en el recinto principal de las fuerzas de seguridad?

Georgiou intercambió miradas con Winona y Jim, al ver sus expresiones brillar ante el informe.

—De hecho, puedo, Sr. Lorca. Voy en camino.

Cerrando el comunicador, señaló el terminal de la computadora.

—Envíame esto. —Le proporcionó a Jim la información necesaria para transmitirle la imagen y otros datos a la *Narbonne*—. Me ocuparé de que se distribuya entre nuestra gente de seguridad.

Con su tarea completada, Jim se movió de la terminal de la computadora para reunirse con su madre cerca de la cama, y Winona envolvió un brazo alrededor del hombro de su hijo. Solo entonces Georgiou se dio cuenta de que Tommy Leighton se había movido por primera vez desde que entraron en la habitación. Había movido la cabeza y ya no mirara por la ventana, sino que los estaba estudiando. No dijo nada, pero era fácil ver que estaba al tanto de sus visitantes, y ella se preguntó qué pasaba por su mente. Había un dolor comprensible, pena y pérdida en su ojo, pero Georgiou creyó que también veía algo más.

¿Esperanza?

—Lo encontrarán, Tommy —dijo Jim. Miró a su madre antes de volverse hacia Georgiou. Su expresión se suavizó—. ¿Entonces crees que esto ayudará?

—Oh, sí —respondió ella—. Ayudará muchísimo.

21

Por diseño, la sala de interrogatorios era un cuadrado aburrido y poco atractiva. Formado por termoconcreto, sus paredes, piso y techo estaban pintados de un gris monótono. Se había dispuesto un único panel de iluminación en el techo, sellado detrás de una pantalla transparente y translúcida. El panel también albergaba equipos de sensores que permitían el monitoreo y la grabación de las sesiones de entrevista. Una única puerta en la pared este, también pintada de gris, era la única salida de la habitación. Una mesa rectangular, formada de algún material compuesto y pintada para que coincidiera con el esquema monótono de la habitación, descansaba en el medio de la habitación, flanqueada por dos sillas en el lado más cercano a la puerta y una sola silla enfrente de ellas. Incluso las sillas eran grises.

Sentado en la única silla, con las manos aseguradas a los reposabrazos y su mono amarillo que proporcionaba la única fuente de color de la habitación, estaba Alexander Simmons.

—Buen trabajo, atrapando a este tipo —dijo Georgiou mientras permanecía de pie frente a una pequeña pantalla de visualización colocada en la pared de una sala de control adyacente a la sala de interrogatorios. Aquí, un miembro del personal de seguridad podía supervisar todos los cuestionarios, hacer un registro de cada sesión y asegurarse de que tales actividades se llevaran a cabo de acuerdo con las leyes y regulaciones aplicables.

De pie junto a ella, Lorca respondió:

—Gracias. Hizo un buen trabajo escondiéndose, pero su error fue quedarse en la ciudad. Una vez que Soltani tuvo un rastro que seguir, era inevitable que lo encontráramos.

—Mis felicitaciones a su equipo. —Estudió la variedad de pequeños monitores que dominaban la pared a su derecha. Cada pantalla ofrecía una pieza del rompecabezas biométrico que monitoreaba los signos vitales y la reacción del sujeto a cuestionar ante cualquier estímulo, ya fuera un cambio en la iluminación o la temperatura de la habitación o una introducción de varios sonidos diseñados para arrastrar a la persona al borde. También había indicadores que podían revelar los cambios sutiles en la respiración o la frecuencia del pulso que casi siempre acompañaban el intento de engaño de un sujeto.

—¿Qué sabemos de él?

Lorca dijo:

—Es un comandante de guardia en uno de los recintos más grandes de la ciudad. Su archivo personal muestra que llegó a Tarsus IV desde la Tierra con el mismo grupo de colonos que incluía a Kodos. Ha sido un especialista en seguridad civil durante quince

años, principalmente en varias instalaciones en la Tierra y Marte. Viniendo aquí fue la primera vez que dejó el sistema Sol.

Georgiou estaba sorprendida por esa información. Dada la relativa facilidad y conveniencia de los viajes espaciales modernos, era raro encontrar a alguien que nunca se hubiera aventurado más allá de los límites del sistema solar de su hogar. Incluso sus propios padres habían viajado a Vulcano, ya que ese planeta junto con otros planetas de la Federación siempre estaba expandiendo su capacidad y disposición para albergar a «extranjeros» curiosos por experimentar de primera mano la cultura y la civilización de otros mundos.

—¿Qué hay con su novia? —preguntó Georgiou.

—Joanna Robarge. Es una local. Ya nos contó todo lo que sabía, que no era mucho. Simmons vino a quedarse con ella la noche de la masacre y se fue un par de veces en medio de la noche. No le dijo lo que estaba haciendo.

Georgiou frunció el ceño.

—Ella le disparó.

—Dice que pensó que éramos manifestantes. Algunos oficiales de seguridad han sido atacados y hostigados desde que comenzó todo esto. —Lorca gruñó molesto—. No sabe nada útil, pero igual podría usarla cuando hablemos con Simmons.

—¿Sabemos si Simmons conocía a Kodos antes de que vinieran aquí?

Frunciendo el ceño, Lorca sacudió la cabeza.

—No, pero conozco una manera de averiguarlo. —Hizo un gesto hacia la pantalla de visualización.

—Detrás de usted, Comandante.

Salieron de la habitación hacia un pasillo estrecho, que como todo lo demás en este nivel subterráneo del cuartel general del recinto de la fuerza de seguridad también estaba construido con termoconcreto. No había ventanas, pero el pasillo estaba bien iluminado gracias a los paneles de iluminación colocados a intervalos regulares en el techo. Alguien se había compadecido de los hombres y mujeres que trabajaban aquí y pintado las paredes de un suave color beige. Líneas de colores corrían por el suelo, y Georgiou supuso que estaban destinadas a ser señales visuales para los prisioneros que se movían o eran escoltados dentro de la instalación de detención. La señalización a lo largo de las paredes proporcionaba indicaciones para llegar a diferentes oficinas y otras habitaciones, o enumeraba algunas reglas o regulaciones que debían ser seguidas por cualquier persona en esta sección del edificio, prisioneros y agentes de la ley por igual.

Solo faltaban unos pasos para llegar a la sala de interrogatorios, que en la actualidad estaba custodiada por una sola agente de seguridad. Estaba vestida como sus homólogos masculinos en camisa y pantalones oscuros, con las piernas metidas en sus botas negras pulidas. Su cabello rubio estaba cortado, ni una cola de caballo o mechones largos que pudieran ser agarrados por un prisionero rebelde. No tenía una pistola phaser enfundada en su cinturón, sino un cilindro delgado que Georgiou reconoció como un bastón

aturdidor extensible. La guardia, cuya placa de seguridad la identificaba por su apellido como SULLIVAN, les asintió al acercarse.

—Buena noches.

Lorca dijo:

—Estamos aquí para conversar con nuestro invitado, oficial Sullivan.

En lugar de responder, la guardia se volvió hacia el teclado montado en la pared junto a la puerta de la sala de interrogatorios e ingresó un código de seis dígitos que Georgiou no vio. La luz de estado del teclado cambió de rojo a verde, y la puerta se deslizó a un lado.

—Tiene visitas —dijo Sullivan, metiendo la cabeza en la habitación—. Compórtese o no hay postre.

—Aún no es gracioso —respondió una voz desde más allá de la puerta.

Permitiéndose una pequeña sonrisa ante el chiste de la guardia antes de enseñar sus rasgos, Georgiou siguió a Lorca a la habitación. Echó un vistazo a su entorno, verificando que la pintura gris era tan triste y tal vez tan desgarradora como se apreciaba desde los sensores. Luego dirigió su atención al único ocupante de la habitación, obteniendo su primera vista sin obstáculos de Alexander Simmons. El hombre lucía una barba de varios días, y su cabello castaño estaba despeinado. Había círculos oscuros debajo de sus ojos, y por un breve momento Georgiou se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había dormido.

En realidad, realmente no me importa en absoluto.

En lugar de tomar una de las sillas, Lorca se movió para pararse detrás de ellos, con las manos a los costados. Georgiou entró en la habitación y se alejó lo suficiente de la puerta para que se cerrara detrás de ella, y escuchó que se bloqueaba una vez cerrada. Observó a Simmons girarse y mirar a Lorca, los dos hombres mirándose el uno al otro. Según Lorca, era la primera vez que los dos se veían desde la captura del prisionero. A Simmons le tomó un momento darse cuenta de que reconocía al comandante, después de lo cual asintió en aparente reconocimiento.

—Usted —dijo. Era una sola palabra, pero como Simmons fue el primero en hablar, Lorca fue el ganador del pequeño concurso de miradas, junto con la batalla para ver quién iniciaría una conversación. Georgiou sabía que tales victorias menores en realidad eran herramientas útiles para la persona que realizaba el cuestionario, ya que la necesidad del sujeto de romper su silencio era una debilidad potencial para ser explotada. Indicaba una apertura a la sugerencia, así como un fuerte pero equivocado sentido de autoconservación. No tenía dudas de que Lorca sabía todo esto.

—¿Está disfrutando su estadía con nosotros, Sr. Simmons? —Dejando la pregunta en el aire, Lorca no dijo nada más. No pasó mucho tiempo hasta que su prisionero mordió el anzuelo.

—Otro comediante. Maravilloso. —Sacudiendo la cabeza, Simmons agregó—: He sido un oficial de seguridad durante veinte años. Sé cómo funciona esto.

Lorca se cruzó de brazos.

—Quince años. He leído su archivo, imbécil. Si va a comenzar esto con una mentira muy mala y muy obvia, solo hará que me moleste. Como ya estoy enojado con usted por dispararme, imagina lo divertido que seré cuando agregue eso.

Georgiou no pudo evitar mirar a Lorca mientras hablaba, escuchando el filo en la voz del hombre. ¿Era su imaginación o estaba detectando algo más que el acto de tipo duro que el comandante estaba efectuando?

—Lo que sea. —Simmons frunció el ceño—. Es fácil hablar cuando estoy atado a una silla. Déjeme levantarme y podremos ver cómo van las cosas.

Gruñendo en aparente diversión, Lorca comenzó a moverse a su izquierda, rodeando la mesa.

—Probablemente no sea una buena idea. Como ve, mientras esté en la silla, no tengo permitido lastimarte. Ni siquiera tengo permitido tocarte. Si te libero, todas tus seguridades desaparecen. —Deteniéndose a menos de un brazo de Simmons, se inclinó hacia delante hasta que su rostro estuvo a escasos centímetros de la oreja derecha del otro hombre. En voz baja, agregó—: En este momento, el único lugar en todo este maldito planeta donde tu lamentable trasero está a salvo es en esa silla.

Si era un acto, Lorca era muy bueno en esto, decidió Georgiou. Si se trataba de algo más, comenzaba a preguntarse si podría haber problemas potenciales aquí.

—Sabemos que es amigo de Adrian Kodos —dijo, tratando de aliviar la tensión de la sala. Le ganó un momento de desprecio por parte de Lorca cuando él se alejó de Simmons, pero no dijo nada, así que ella continuó—. Vino aquí desde la Tierra con él y varios otros colonos. Sabemos que lo ayudó la noche de los asesinatos.

Simmons la fulminó con la mirada.

—Yo no…

—Sabemos que estaba de servicio esa noche, y que estaba en el anfiteatro. También sabemos por los registros de visitantes que se reunió con Kodos en la oficina del gobernador el día antes de que cayera su orden de ejecución. Esos mismos registros indican que ha estado allí más de una vez, a pesar de que sus deberes generalmente no requieren que interactúe directamente con el gobernador. —Georgiou se acercó a la mesa—. ¿Porque estaba allí?

Sus rasgos se torcieron en una máscara de ira, Simmons casi le gruñó, pero no dijo nada.

—¿Por qué no se presentó al servicio el día después de los asesinatos? —preguntó Lorca, volviendo al juego. Detrás de Simmons, comenzó a pasearse por un circuito alrededor de la mesa—. Desapareció. No fue a trabajar. No fue a casa. Era un maldito fantasma, hasta que anoche le encontré encogido como una rata en la casa de su novia. —Una vez más frente a Simmons, se detuvo y colocó sus manos sobre la mesa, descansando sobre sus brazos extendidos mientras miraba al otro hombre—. Ayuda a asesinar a cuatro mil personas indefensas, luego se arrastra a un agujero como el cobarde que es. Madres, padres, esposos y esposas, amigos y amantes. Simplemente los incendiaron en el suelo como los cultivos que tuvieron que quemar para evitar que el

hongo se propague. ¿Es eso lo que pensaban que eran esas personas? ¿Una infección que tenía que ser eliminada para tener una mejor oportunidad de salvar su propia piel? No vale la pena el tiempo que tomaría recargar mi phaser después de que le mate mientras está sentado en esa maldita silla.

Regresando la mirada feroz de Lorca, Simmons dijo:

—Pensé que había dicho que estaba a salvo en esta silla.

—Mentí.

Georgiou se estremeció ante la repentina explosión de movimiento cuando Lorca usó una mano para apartar la mesa de su camino. Se deslizó a la izquierda a través de la habitación y golpeó contra la pared de termoconcreto, pero para entonces Lorca ya estaba sobre Simmons. Su mano derecha se cerró alrededor de la garganta del hombre restringido, y Georgiou pudo ver que estaba aplicando una gran presión sobre su agarre, cuando la cara de Simmons comenzó a ponerse roja. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa y el terror, y murmuró algo indescifrable.

—¡Sr. Lorca!

Requirió un segundo grito antes de que Lorca reaccionara a su propio nombre. Soltó a Simmons, quien comenzó a farfullar y toser mientras se inclinaba hacia adelante en su silla. Saliva escapó de su boca y humedeció la parte delantera de su overol amarillo.

—Espere afuera —espetó Georgiou, fijando en Lorca una dura mirada que reservaba para los subordinados menores que hacían algo estúpido por apatía o pereza.

El comandante no dijo nada. En cambio, respiró hondo antes de asentir en reconocimiento de su orden. Con una última mirada acusatoria en dirección a Simmons, Lorca se volvió y caminó hacia la puerta. Georgiou esperó hasta que estuvo en el pasillo y la puerta se cerró una vez más antes de volver su atención a Simmons.

—Podría haberme matado —espetó el prisionero.

Georgiou se encogió de hombros.

—Debería haberlo dejado. —Eso llamó la atención del hombre, y se sentó más derecho en su silla—. Por otro lado, un hombre muerto no puede responder ninguna pregunta. La pelota está en su campo, Sr. Simmons.

—No voy a decir una palabra más hasta que hable con un abogado.

Sacudiendo la cabeza, Georgiou respondió:

—Supongo que se está olvidando de que la colonia todavía está bajo la ley marcial, y la Gobernadora Ribiero nos ha otorgado amplia libertad para buscar a Kodos. Eso incluye cómo tratamos a cualquiera que lo haya ayudado. —Se le acercó—. No tiene muchas opciones en este momento. Pensaría detenidamente cómo quiere que esto transcurra.

En verdad, no se sentía cómoda con la suspensión de las libertades civiles que venía con la imposición de un gobierno militar sobre una población civil. Era una herramienta para usar en circunstancias extremas, y si bien la situación actual calificaba, Georgiou sabía que era una práctica vulnerable al abuso. A pesar de la apremiante necesidad de restablecer el orden y localizar a Kodos, ella y el resto del contingente de la Flota Estelar estaban obligados a proceder con precaución y conciencia aquí.

Aunque la respiración de Simmons había vuelto a la normalidad, su rostro aún estaba sonrojado.

—¿Qué hay con Joanna?

—Ella ha sido muy cooperativa. Nos contó todo lo que sabía. Supongo que odia la idea de diez años en una colonia penal de la Federación por disparar un arma contra los oficiales de la Flota Estelar.

—No está involucrada en nada de esto. —Simmons estaba probando sus restricciones, pero sus muñecas no se movían ni un centímetro de los reposabrazos de la silla—. Le dije que eran alborotadores, que buscaban una pelea. Ella no sabía quiénes eran realmente. No sabe nada, excepto lo que yo le dije, y le mentí para mantenerla al margen.

—¿Al margen de qué?

Simmons puso los ojos en blanco.

—De todo esto. —Todavía atado a la silla, pero sin la mesa en el camino, a Georgiou de alguna manera le pareció aún más vulnerable.

—Muy bien. ¿Qué no sabe?

Suspirando, Simmons dijo:

—No tiene idea de que estuve allí esa noche, o que tuve algo que ver con eso. Cuanto menos sepa, mejor.

Era el primer encuentro de Georgiou con alguien que admitía estar involucrado en los horribles eventos de esa noche. Esto era diferente de personas como Gabriel Lorca que lo presenciaron desde lejos, o incluso los jóvenes Jim Kirk y Tommy Leighton, que vieron la masacre que se desarrollaba a pocos metros de sus propios ojos. Aquí había un hombre que admitía ser responsable —o cómplice, como mínimo— del asesinato en masa de miles de personas.

Debería haber dejado que Lorca lo asfixiara.

—De acuero —dijo—. Estuvo ahí. Deme una razón por la que no debería arrojarle al agujero más profundo y oscuro que pueda encontrar.

Simmons bajó la cabeza, un gesto que para Georgiou parecía motivado por una combinación de vergüenza, culpa y simple resignación por su situación actual. Cuando volvió a levantar la vista, fue para mirar hacia el aburrido techo gris de la sala de interrogatorios.

—Porque no maté a nadie. De hecho, yo era una de las personas que Kodos quería que muriera esa noche.

22

Extracto de *Los Cuatro Mil: Crisis en Tarsus IV*

El patio de visitantes, como la mayoría del Asentamiento Penal de Nueva Zelanda, es extrañamente acogedor. Los céspedes, los árboles y los jardines bien cuidados se entremezclan con edificios de poca altura con grandes ventanas, balcones y pabellones en la azotea. Las personas se mueven al aire libre sin restricciones, con uniformes de color gris claro como la única característica distintiva que separa a los guardias de los residentes. Los enviados aquí como castigo y para rehabilitarse no se llaman «prisioneros» o «presos», y tampoco se utiliza otra jerga normalmente asociada con un centro de detención, al menos por parte del personal. Para el observador casual, el asentamiento es más una comunidad cerrada o un pueblo de retiro que una prisión.

—Oh, sigue siendo una prisión, en verdad —dice Alexander Simmons, el sujeto de las entrevistas de hoy—. Nos tratan muy bien, por supuesto, y hay todo tipo de reglas que los residentes deben seguir, pero siempre y cuando hagas lo que se supone que debes hacer, en su mayor parte mantienen un enfoque de no intervención. —Ofrece una sonrisa irónica—. Sin embargo, todo eso cambia si intentas pasar por encima del muro.

Es una expresión, por supuesto. No hay un muro que rodee la colonia penal, que se encuentra en un acantilado con vistas al océano en la costa noreste de Nueva Zelanda. El aire es un poco frío, pero no tan incómodo que prohíba sentarse afuera y disfrutar del sol y la brisa de principios de la primavera. Excepto por un campo inhibidor de transportes y un espacio aéreo restringido alrededor de la instalación, no existen barreras que impidan la salida y entrada a la instalación. Cada residente está equipado con una tobillera que transmite constantemente información biométrica, así como la ubicación del individuo al sistema informático central de la colonia. Cualquier intento de abandonar la colonia o de eludir o quitarse la tobillera activará una alarma e iniciará un efecto de aturdimiento en el sistema nervioso del usuario antes de enviar una alerta a la computadora que notifique al personal de seguridad del incidente. Los aspirantes a fugados luego son enviados a la sección de detención mejorada de la colonia —o «la Caja»— como lo llaman los residentes, para cumplir la duración punitiva que reciban en relación con su violación. Una verificación de la población actual de la sección muestra que no hay ocupantes, una estadística que se ha mantenido sin cambios durante casi cinco años.

—Alguien lo intentó, cuando llegué por primera vez —dice Simmons, pasando una mano por su cabello ralo, que se ha vuelto un poco gris desde que lo enviaron a la colonia en 2247—. Pensaba que podía reprogramar el localizador y alimentarlo con actualizaciones. Un escáner portátil para engañar a los guardias. Llegó hasta la playa

antes de que el localizador lo descubriera y lo matara. —Se ríe—. El tipo pasó seis meses en la Caja. Idiota.

Simmons cumple ocho años en una sentencia de veinte años, y los registros indican que ha sido un residente modelo desde sus primeros momentos en la instalación. El castigo que recibió podría haber sido mucho más severo, y es muy consciente de ese hecho.

—Podrían haberme enviado a Elba II o a una de las colonias penales realmente remotas. Supongo que nada de lo que tenemos es tan malo como un gulag Klingon, pero eso no significa que hubiera sido un picnic, tampoco. Así que tomaré lo que me dan y mantendré la boca cerrada.

Una revisión de su registro muestra que debido a su buen comportamiento mientras estaba en residencia, Simmons ha sido considerado para libertad condicional. Él ha rechazado esa oportunidad, haciendo solicitudes personales en su lugar al alcaide de la instalación para que se le permita permanecer aquí y llevar a cabo el término completo de su encarcelamiento.

—Merezco algo peor. Los jueces no lo creían, pero eso no significa que yo no pueda creer lo contrario. Me enviaron aquí, y tengo la intención de cumplir cada último segundo de mi condena. Es lo menos que puedo hacer. —Durante su estadía, Simmons se puso a disposición del personal de las instalaciones como instructor y mentor para otros residentes, impartiendo clases e incluso ayudando en la capacitación de oficiales en diversas materias relacionadas con la seguridad. Según sus revisiones trimestrales, nunca ha dado motivo de preocupación o queja por parte de ningún miembro del personal.

Alexander Simmons mira alrededor del jardín donde se realiza la entrevista de hoy. Ocupamos un banco del parque situado al borde de un gran prado abierto. Otros residentes están cerca, ya sea caminando, trotando o simplemente tumbados al sol de la tarde. Algunos guardias son visibles, pero su presencia es obvia sin ser una molestia. Patrullan los senderos que rodean el prado y atraviesan los jardines y grupos de árboles. Los sensores y otros dispositivos de monitoreo rastrean los movimientos de los residentes, por lo que los guardias están disponibles principalmente para responder a las alertas emitidas por el sistema informático de la colonia.

Levanta la cabeza, disfrutando de la sensación del cálido sol en su piel.

—¿Aire fresco en lugar de un búnker subterráneo en un asteroide o planeta con una atmósfera venenosa? Lo compro. Nos permitieron recibir visitas e incluso licencias después de tantos meses de buen comportamiento. Joanna viene a verme un par de veces a la semana, y me espera un permiso el próximo mes. —Dirige su mirada hacia la exuberante hierba verde del pequeño prado—. La verdad sea dicha y cuando todo está dicho y hecho, se me hizo fácil.

Durante su juicio, se reveló que Alexander Simmons era amigo y seguidor del Gobernador Adrian Kodos. Se habían conocido en la Tierra antes de partir hacia Tarsus IV, miembros de un grupo interesado en comenzar un «nuevo capítulo» en sus vidas.

—Lo principal que está mal con la vida en la Tierra es que no hay casi nada de malo en la vida en la Tierra. —Gesticula, indicando el prado y el resto de los terrenos de la instalación—. Esto es la cárcel, por el amor de Dios. Los únicos desafíos reales que enfrentan las personas comunes son esos que inventan estúpidamente para aliviar el aburrimiento. Montañismo, paracaidismo orbital, exploración del fondo del océano. —Frunce el ceño—. Las personas que tienen demasiado tiempo libre hacen ese tipo de cosas, o simplemente mienten leyendo o no haciendo prácticamente nada con ninguna consecuencia.

Señala hacia el cielo.

—Para un verdadero desafío, tienes que salir. Si te unes a la Flota Estelar o trabajas para ellos como civil, al menos puedes ir a explorar nuevos mundos, tal vez conocer a una raza alienígena que nunca antes habíamos visto, o encontrar las ruinas de una civilización que murió millones de años antes de la vida que existió aquí en la Tierra. —Hay una pausa y un gesto de agradecimiento—. Puedo respetar a las personas que eligen ese tipo de vida, pero nunca fue para mí. En cambio, quería alejarme de la simple vida en la Tierra e intentar algo diferente: hacer algo de la nada, o casi nada. Eso es lo que la vida de la colonia significa para mucha gente. Kodos también se sentía así por ese tipo de cosas.

Tarsus IV era una colonia establecida décadas antes de que Kodos llegara junto con Simmons y otras personas de ideas afines. El planeta aún ofrece muchas oportunidades para aquellos que buscan un desafío. Aunque muchos de los colonos y sus descendientes preferían la vida en o cerca del principal centro de población de la colonia en la ciudad de Nueva Anchorage, otros optaron por echar raíces, figurativa y literalmente, en todo el planeta.

—No podría dejar de ser un especialista en seguridad —dice Simmons—. Estaba apenas fuera de la nave de transporte cuando el jefe de las fuerzas de seguridad me encontró. Él ya había leído mi registro de mi carrera en la Tierra y quería que me uniera a su unidad. No había mucho crimen en Tarsus IV, pero sí más de lo que había tratado en casa. Parecía que me dejaría tiempo para otras cosas, así que dije que sí, y tenía razón. El trabajo tenía su parte de entusiasmo menor, pero nada que nos mantuviera trabajando horas extras.

Se sienta más derecho en su silla, exhibiendo un aire de orgullo.

—Pude construir mi casa con mis dos manos. Me llevó casi un año. Con la excepción de una unidad antigravitatoria o la ayuda de un amigo para colocar algunos de los materiales más pesados, puse cada ladrillo, cada teja y cada pieza de madera o baldosa, desde la base hacia arriba. Ninguna de mis herramientas tenía autoalimentación. Corté cada pieza con una sierra de mano y martilleé cada clavo. Corrí todo el cableado e hice toda la fontanería. Si un amigo me ayudaba, entonces le devolvía el favor mientras trabajaban en su casa. —Con una sonrisa, flexiona su mano derecha para enfatizar—. Muchas quejas, dolores y ampollas en esos días, pero fue muy satisfactorio verlo todo

junto y saber que había sido a través de mi propio trabajo duro. Echo de menos esa casa. Espero que quienquiera que esté viviendo allí la esté cuidando bien.

Otros colonos, incluidos varios que habían venido con Simmons a Tarsus IV, siguieron actividades que eran aún más ambiciosas. En una época en que las máquinas pueden crear comidas a partir de compuestos no comestibles, uno podría cuestionar la necesidad o el deseo de cultivar, pero la agricultura sigue siendo una vocación tradicional incluso en la Tierra. Es aún más frecuente en los mundos coloniales.

—La mayoría de las granjas más grandes se encuentran a menos de cien kilómetros de la ciudad, pero hay varias otras, de todas las formas y tamaños, aquí y allá. Esas, junto con plantas hidropónicas e invernaderos, desde pequeñas versiones en el patio trasero de alguien hasta grandes cosechadoras, contribuyeron a una selección bastante diversa de productos y otros alimentos de origen local y regional.

Simmons vuelve a detenerse y cierra los ojos antes de soltar un pequeño suspiro.

—Por eso fue tan devastador cuando llegó la infección. Todo ese trabajo, y ese maldito hongo lo masticó sin sudar. No soy agricultor, pero conozco muchas personas que sí lo eran, y vi a muchos llorar cuando tuvimos que quemar sus granjas casi por completo.

Dado que se cree que la fuente del contagio es la consecuencia imprevista de la introducción de cultivos y semillas importados de Epsilon Sorona II en el ecosistema de Tarsus IV, las tensiones públicas aumentaron rápidamente en respuesta a la creciente crisis. Impulsados por el miedo y la incertidumbre, muchos colonos, incluidos los descendientes de los colonos originales que habían llamado hogar a Tarsus IV durante toda su vida, comenzaron a buscar algo o alguien a quien culpar por su difícil situación.

—Hubo un grupo de nosotros que nunca estuvimos contentos con la decisión de la Federación de reubicar a los colonos de Epsilon Sorona en nuestro planeta. —Simmons niega con la cabeza—. Todos teníamos nuestras propias ideas sobre dejarnos solos para vivir nuestras vidas como creíamos conveniente. Kodos, en particular, albergaba fuertes sentimientos sobre este tema. Claro, no puedes alejarte por completo de la Federación, y no podríamos evitar que una avanzada de la Flota Estelar estuviera allí antes de que comenzara una colonia, pero se trata de autodeterminación y todo eso, ¿verdad? Y en su mayor parte, se nos permitió seguir nuestras vidas, dentro de lo razonable, por supuesto. Por eso fuimos allí, y durante años nunca tuvimos problemas con la burocracia de la Federación, y tuvimos excelentes relaciones con la gente de la Flota Estelar asignada al puesto avanzado. —Suspira—. Entonces, alguien sentado en una oficina a cien años luz de distancia toma una decisión que trastorna todo.

Simmons parece sentir algo de culpa por sus comentarios.

—No me malinterpreten. Por supuesto, uno quiere ayudar a alguien cuando lo necesita, y por supuesto dimos la bienvenida a los refugiados de Epsilon Sorona. No había otra opción. ¿Qué hubiera pasado si la situación se revertía y éramos nosotros los que necesitábamos un nuevo hogar? —Hace una mueca—. Sé que suena egoísta, pero supongo que solo queríamos opinar antes de abrir nuestro mundo a los extranjeros.

Sin embargo, con la contaminación por hongos, los escépticos y los que se oponían a la decisión de la Federación de reubicar a los evacuados de Epsilon Sorona II encontraron una medida de reivindicación. Fue una victoria de corta duración y sin sentido, ya que la atención se centró en luchar contra el contagio y lidiar con las consecuencias de sus efectos. La Gobernadora Gisela Ribiero, que muchos consideraron culpable de todo al aceptar a los refugiados, fue destituida de su cargo. Fue reemplazada por Kodos, quien tuvo derecho a trabajar afirmando su nueva autoridad.

—Esas primeras reuniones del consejo después de que Kodos se hizo cargo fueron bastante tensas. —Simmons levanta una mano, agitando un insecto que elige ese momento para revolotear su oreja—. Además del grupo habitual de asesores, también querían que estuvieran presentes comandantes de seguridad de alto rango, para asegurarse de que tuviéramos la información más reciente en cuanto a tratar con el público y poder prepararnos para posibles disturbios civiles. Algunos de los miembros del consejo todavía estaban molestos por la repentina expulsión de Ribiero, pero nada de eso pareció perturbar a Kodos. Los dejó desahogarse por un momento, pero cuando comenzó a hablar fue como si hubiera estado a cargo desde siempre. No le interesaba culpar a nadie por lo sucedido. Necesitábamos concentrarnos en superar la crisis que estábamos enfrentando. Era una cuestión de simple supervivencia.

Simmons permanece pensativo por un momento, como si decidiera la mejor manera de dar voz a los desagradables recuerdos.

—Supervivencia era la palabra a la que Kodos seguía volviendo, supervivencia del más apto y todo eso. Estaba fascinado por las culturas en la Tierra u otros planetas donde se celebraban tales creencias. Los antiguos espartanos, los Klingon, los Andorianos. No le importaban demasiado los principios más militaristas de esas sociedades, mientras pensaba que valía la pena emular otros aspectos de esas civilizaciones. Incluso antes de abandonar la Tierra, Kodos tuvo la idea de que abrazar esa filosofía era la única forma de sobrevivir si los humanos continuaban expandiendo su influencia en el universo. Teníamos que aferrarnos a esta creencia si queríamos sobrevivir a los encuentros con otras especies que podrían no compartir nuestras opiniones idealistas y algo ingenuas sobre vivir y trabajar en armonía y todas esas tonterías que se supone que valoramos.

Además, la gente de Tarsus IV albergaba objetivos y sueños de crear una comunidad autosuficiente que fuera el hogar de los mejores representantes de varios mundos de la Federación. Los planes a largo plazo incluían la expansión del conocimiento científico y tecnológico, así como el avance, si no la evolución directa de los individuos e incluso especies enteras. Aunque cosas como la ingeniería genética son contrarias a la ley de la Federación, esto no impide que los científicos e ingenieros busquen otros medios de mejora. ¿Es esta una forma de eugenesia? Hay quienes pueden ver las cosas de esa manera, y muchas personas con puntos de vista opuestos llaman hogar a Tarsus IV.

Todo por lo que la comunidad había trabajado, incluida su propia supervivencia, estaba en riesgo. Mientras Kodos y el consejo enfocaban su atención colectiva en su situación actual, era imposible no detenerse en la desagradable perspectiva que les

esperaba a todos si no hacían nada. Ya se habían enviado llamadas de socorro, y el liderazgo de la colonia sabía que la ayuda estaba demasiado lejos para ser de asistencia oportuna. La gente de Tarsus IV estaba sola en el futuro previsible, enfrentando una grave escasez de alimentos y demasiadas bocas para alimentar. La reacción pública a las noticias era la que se podría esperar durante eventos problemáticos. En ausencia de información real, la especulación comenzó a llenar los vacíos de conocimiento.

—La gente hacía correr todo tipo de teorías y peores escenarios —dice Simmons—. ¿Sabíamos si el hongo podría tener un efecto en nosotros, de la forma en que ya había destruido nuestras fuentes de alimentos? ¿Qué si mutaba y se propagaba a nosotros? ¿Qué si a la Flota Estelar le tomaba demasiado tiempo decidir si éramos una amenaza biológica contagiosa antes de enviar a alguien para ayudarnos? ¿Qué si decidían arrasar el planeta para evitar que la infección se propagara? Era una locura.

Fue Kodos quien planteó la idea de que tales circunstancias difíciles debían exigir medidas extremas y quizás desagradables pero necesarias.

—La llamó una revolución —dice Simmons—. Al principio, la presentó como una forma de dividir a los habitantes originales de la colonia de los reubicados de Epsilon Sorona II. Una vez hecho esto, los dos grupos serían segmentados y enviados a otras partes del planeta. Se creía que trasladarse a áreas que no habían estado expuestas al hongo era una forma de derrotar la contaminación y comenzar de nuevo. Los procesadores de alimentos podrían ponerse en línea y se podrían emplear técnicas agrícolas aceleradas para generar nuevos productos. Al principio sería difícil, pero con determinación, cooperación y un poco de suerte, lo lograríamos.

Simmons vuelve a ponerse sombrío.

—Esa fue solo la historia para las masas. Cuando terminó la reunión, Kodos retuvo a un puñado de nosotros. —Se frota las manos antes de estirarse para cubrirse la cara por un momento, soltando un suspiro largo y fuerte—. Éramos una docena, todas personas que habían venido con él desde la Tierra. Conocía a algunos, pero otros eran solo caras que había visto en la nave de transporte o después de llegar a Tarsus IV. Solo entonces me di cuenta de que todas estas personas tenían relaciones más estrechas con Kodos que yo y compartían muchas de sus creencias.

»Cuando lo expuso todo, fue completamente sin emoción. Lo redujo todo a simple aritmética. Esta cantidad de comida, esta gente necesitando comer, este tiempo hasta que llegara la ayuda. Incluso con el racionamiento, todavía íbamos a quedarnos cortos. Fue entonces cuando arrojó la bomba sobre todos nosotros: todos podríamos morir, o algunos de nosotros podríamos ser sacrificados para garantizar la supervivencia de la colonia.

Transcurre más de un minuto con Simmons sentado en silencio, su rostro transmitiendo el dolor que proviene de desenterrar desagradables recuerdos.

—Kodos dijo que teníamos que recordar que el futuro de la comunidad tenía que ser el objetivo principal. Al principio pensamos que se refería a ayudar a los niños, los ancianos y aquellos que necesitaban atención adicional, pero no pensaba así en absoluto. No estaba pensando en líneas tradicionales sobre la simple supervivencia. En cambio,

quería eliminar a los débiles, los enfermos y aquellos que se había decidido que no tenían contribuciones relevantes que hacer a la comunidad en el futuro. Debía ser la supervivencia del más apto y de los considerados útiles.

Una lágrima corre por la mejilla izquierda de Simmons. No hace ningún ademán para limpiarla, sino que se queda quieto mientras otra se le une, las cuales corren por su rostro.

—Hasta el día de hoy, no puedo creer que realmente creyera lo que estaba diciendo, ni siquiera por un minuto. Fui un estúpido y estaba asustado. No quería morir y no quería ser uno de los elegidos para morir.

Cuando se le preguntó si pensaba que Kodos realmente creía las opiniones que estaba defendiendo en las horas previas a la masacre, Simmons asiente con convicción.

—Creía absolutamente que estaba haciendo lo correcto por el bien de la colonia. A sus ojos, podría estar condenándose a sí mismo, pero era la oportunidad de salvar al menos a parte de la comunidad. Parecía resignado a la idea de que la historia lo juzgaría, si no era por el acto en sí mismo, entonces por cómo decidió decidir quién sería sacrificado.

Recostado en el banco, Simmons lanza un gruñido de molestia.

—Han pasado casi diez años, y ahora comprendo, pero aún puedo recordar lo que sentía. Fue tan abrumador ya que todos intentábamos procesar lo que considerábamos, pero también había un tipo extraño de nobleza en lo que estaba sugiriendo. Todos sabíamos que era una elección difícil y terrible, pero parecía… lo correcto. —Sacude su cabeza—. Maldita sea, y maldita sea por creerle. Al menos, pensaba que lo hacía. Tenía dudas, pero allí parado frente a Kodos, tratando de ponerlas en palabras, simplemente no pude hacerlo. Pude ver en sus ojos que no estaba convencido de que realmente lo apoyaba, y por eso hizo lo que hizo.

Las preguntas sobre la masacre en sí encuentran resistencia, pero Simmons finalmente ofrece su versión de los hechos tal como se describe en los registros oficiales y las transcripciones de su juicio.

—No pude seguir adelante con eso. La gente se estaba reuniendo en el anfiteatro, y Kodos había elegido un pequeño grupo en el que podía confiar para ayudarlo a llevar a cabo su pedido. Sí, fui uno de los elegidos, pero fue una mierda. Kodos debía haber sabido que no podía contar conmigo, y aunque no lo entendí en ese momento, es obvio que quería asegurarse de que no pudiera volver para hacerle las cosas difíciles. Se había esforzado mucho por ocultar su identidad a todos menos a un círculo cercano de amigos de confianza, no queriendo mostrar su rostro hasta después de haber llevado a cabo lo que él llamaba «el Sacrificio». Rememorando, simplemente necesitaba deshacerse de los testigos oculares en caso de que todo saliera mal, y eso significaba personas como yo. Tuve el honor de ser una de las primeras personas en morir antes de que cometiera el crimen más grande.

Simmons agarra sus manos frente a él, apretándolas juntas de manera rítmica mientras recuerda aquellas inquietantes memorias. Todos estos años después, y habiendo vivido todos los días con las consecuencias de sus elecciones y acciones, es evidente que

no está dispuesto a perdonarse a sí mismo por su papel en los eventos de ese terrible día. Una revisión de los archivos de mensajes subespaciales enviados desde el planeta después de las ejecuciones revela que fue el mismo Simmons quien transmitió a la gente de Nueva Anchorage que se había recibido una respuesta a la llamada de socorro original de la colonia. Se acercaba una nave, mucho antes de lo previsto originalmente. Simmons había hecho esa transmisión con un gran riesgo personal, como resultó al final, pero a sus propios ojos eso no fue suficiente para concederle incluso una pequeña medida de perdón.

—Estábamos dispuestos en el anfiteatro cuando Kodos envió a una de sus personas a matarme. Todos los años que nos habíamos conocido, y ni siquiera tuvo el coraje de hacerlo él mismo. Incluso con todas sus grandes palabras y su supuesta valentía ante la crisis y salvando a la comunidad a toda costa, ya estaba tomando medidas para aislarse de las consecuencias de lo que estaba por suceder.

»Fue una suerte ciega que lo viera venir. No aburriré con los detalles, pero la versión corta es que maté al tipo antes de que él pudiera matarme. Entonces corrí como el infierno. No intenté detener lo que estaba por suceder; estaba demasiado ocupado tratando de salvar mi propio trasero. No estaba ni a una cuadra del anfiteatro cuando comenzaron las ejecuciones. Los sonidos del fuego phaser y los gritos continuaron en el aire nocturno y resonaron en los edificios. Hasta el día de hoy, cuando estoy acostado despierto en mi cama en la oscuridad, todavía puedo escucharlos. Los escucharé hasta el día de mi muerte, y tal vez me persigan para siempre después de eso.

Simmons se encoge de hombros.

—Parece justo.

23

De pie en silencio, Lorca esperaba ante el escritorio de Georgiou mientras la comandante consultaba algún informe u otra correspondencia sobre la lista de datos que tenía en la mano.

Se ve enojada. Bueno, eso era ciertamente predecible.

Georgiou no había levantado la vista cuando entró después de convocarlo tras el interrogatorio de Alexander Simmons, dejándolo examinar la decrépita oficina que el comandante de la fuerza de seguridad había considerado conveniente proporcionarle. Las paredes, formadas por termoconcreto como todo lo demás en este edificio, estaban pintadas de un blanco mate. El escritorio de Georgiou junto con su silla y la mesa a su izquierda eran un conjunto de gris metalizado, rayados por la edad y el abuso. En el escritorio había una interfaz de computadora estándar, así como el cinturón de equipo de Georgiou y una segunda lista de datos que era una compañera de la que tenía en la mano.

Después de otro minuto del trato silencioso, colocó la lista de datos en el escritorio. Reclinándose en su silla, cruzó las manos sobre su regazo y lo miró con evidente desaprobación, pero también con un indicio de preocupación.

—Simmons está de vuelta en su celda. Seguridad está haciendo todo lo posible para corroborar su historia. ¿Qué piensa de lo que dijo?

Sorprendido por su primera línea de preguntas, Lorca respondió:

—Las lecturas biométricas indican que estaba diciendo la verdad.

—Le pregunté qué es lo que *piensa*.

—Estoy de acuerdo con la biometría. —Había observado como Georgiou continuó interrogando a Simmons, e incluso sin estudiar los monitores y su información, Lorca supo sin dudas que Simmons no estaba mintiendo. Podía haber pensado que quería cumplir la orden de Kodos, pero en el momento de la verdad, Simmons había titubeado. Su conciencia, aunque ya comprometida, había ganado el día.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —preguntó Georgiou.

—Podría habernos matado en el departamento de su novia. No que otras personas que trabajaran para Kodos hayan tenido un problema con ese tipo de cosas. —El comentario trajo imágenes de Meizhen Bao y Piotr Nolokov. Deslizó su mano en su bolsillo, sin darse cuenta de que estaba alcanzando el pequeño trozo de galleta de la fortuna hasta que sintió que se deslizaba entre sus dedos.

Los ojos de Georgiou se entrecerraron.

—¿Se deja manejar por su instinto?

Lorca sacó la mano del bolsillo y se cruzó de brazos.

—Y por la biometría. Además, cuando encontramos a Simmons y su novia, sus armas estaban configuradas para aturdir. ¿Qué sucederá con él ahora?

—Permanecerá en espera hasta que el Capitán Korrapati reciba una respuesta a los mensajes que envió a las autoridades del Comando de la Flota Estelar y la Federación. Hasta que la Gobernadora Ribiero rescinda la orden de la ley marcial, tenemos una amplia discreción aquí, y seguiremos vigilando las cosas, pero el capitán y yo creemos que Simmons debería permanecer bajo la custodia de los funcionarios civiles locales de la ley.

—Creo que probablemente sea una buena elección.

Al principio, a Lorca le preocupaba que pudiera haber individuos dentro de las fuerzas de seguridad de Nueva Anchorage que aún albergaban lealtad a Kodos. No necesitaba preocuparse, ya que el Capitán Korrapati también había anticipado ese problema, asignando miembros de los detalles de seguridad de la *Narbonne* al cuartel general del recinto donde se encontraba Simmons. La Gobernadora Gisela Ribiero había mantenido la orden de la ley marcial, junto con los toques de queda y otras restricciones que seguían vigentes. Esto le permitía hacer uso de Korrapati y su contingente de la Flota Estelar para ayudarla donde creyera necesario.

Levantándose de su silla, Georgiou colocó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia Lorca.

—Se harán cargo de Simmons. ¿Quiere decirme qué demonios fue todo eso allá dentro?

Lorca respondió:

—No tengo excusas, Comandante. Dejé que mis emociones se apoderaran de mí y crucé una línea. —Era una respuesta franca, ofrecida sin adornos y que también tenía la virtud de ser cierta.

—Bueno, muchas gracias por no hacer una confesión.

—No quería perder más tiempo. —Georgiou era demasiado buen oficial para tener que soportar cualquier excusa que pudiera elegir emplear. Lorca no podía defender sus inapropiadas acciones. Asaltar a un prisionero era una violación directa de al menos media docena de regulaciones de la Flota Estelar y leyes civiles. La única forma de retener el apoyo de Georgiou era respetarla y darle respuestas directas.

Se dirigió alrededor del escritorio, su mirada endureciéndose mientras lo miraba.

—Me está confundiendo, Sr. Lorca. ¿Quiere que yo o el capitán presentemos cargos formales contra usted?

—Prefiero que no lo haga. Simplemente estoy reconociendo mi responsabilidad en este asunto, que acepto junto con cualquier consecuencia que pueda haber.

Georgiou sostuvo su mirada por varios segundos más.

—Mientras seamos honestos, no puedo decir que le culpo. Incluso si en realidad no ayudó a llevar a cabo las ejecuciones, Simmons estuvo de acuerdo con la idea hasta que se retiró en el último minuto. En algún momento, estuvo de acuerdo con la idea de asesinar a miles de personas, así que no pretendamos que es una flor preciosa que necesita urgentemente nuestra protección. —La presencia del comando regresó—. Podría estar en desacuerdo con sus acciones, pero después de revisar su registro, estoy segura de

que fue un hecho atípico. Por lo tanto, no espero ver una repetición de ese comportamiento. ¿Soy clara?

Lorca asintió con la cabeza.

—Lo es, Comandante.

Dada la agudeza de su tono, se sorprendió al ver a Georgiou suspirar.

—Sé que ha tenido que lidiar con mucho desde que comenzó todo esto. Perder a dos miembros de su equipo. Simmons no tuvo nada que ver con eso, pero confirmó que la incursión fue ordenada por Kodos. Quería a la Flota Estelar fuera de su camino, porque sabía cómo reaccionaría ante las ejecuciones. Si no podía detenerlos, entonces seguro que trataría de encontrar a los responsables. En ese sentido, probablemente sea bueno para él que hayamos llegado cuando lo hicimos. Si yo fuera Kodos, no quisiera que usted me persiga.

—Todavía lo estoy cazando. —Para Lorca, esto terminaría solo cuando Kodos estuviera bajo custodia o en la morgue. Por el momento, Lorca no tenía una preferencia real.

Georgiou lo miró por unos segundos, sin decir nada, y tuvo la sensación de que estaba sopesando cualquier pregunta que pudiera plantear.

—Conocía a alguien entre los colonos que fueron ejecutados, ¿verdad?

La pregunta surgió de la nada, tomándolo por sorpresa. Lorca se sintió estremecerse en respuesta a la consulta directa, que por sí sola fue suficiente para confirmar las sospechas de Georgiou.

Bien, decidió. *Pongamos todo sobre la mesa.*

—Sí, Comandante. Lo hice.

Las facciones de Georgiou se suavizaron.

—¿Alguien cercano? Sé que Meizhen y Piotr fueron sus colegas y amigos, pero… bueno, ya sabe a qué me refiero.

Asintiendo, Lorca sintió que apretaba la mandíbula.

—Sí. Era una colona. Se llamaba Balayna.

—Lo siento, Comandante. —No había duda de que su sentimiento era genuino. Lorca vio la angustia en sus ojos y se lo agradeció. También sabía que el deber la obligaba a mirar este nuevo desarrollo con un ojo profesional y desapasionado.

—Ni siquiera puedo imaginar lo que está pasando. Desearía que hubiera algo que pudiera hacer. Cualquier cosa que pueda hacerse.

Lorca cuadró los hombros.

—No me libere de mis deberes.

—Comandante, ha sufrido una tragedia personal. Obviamente, no solo ha sido emocionalmente comprometido, sino que simplemente no es justo pedirle que compartimente sus sentimientos de esa manera. No tan rápido, al menos. También tengo una responsabilidad con su bienestar.

—Y lo aprecio —respondió—. Pero tenemos nuestra primera pista tangible sobre el paradero de Kodos. Honestamente entiendo lo que dice, pero le pido que me deje

permanecer en esto. —Hizo una pausa, sintiendo que su nivel de ansiedad aumentaba. Tomando una respiración profunda y relajante, juntó las manos delante de él—. Necesito terminarlo. No solo por Balayna, sino por todos. —Permanecer al margen era inaceptable; necesitaba estar en el campo de juego. Ni siquiera podía imaginar interrumpir la persecución. No ahora.

—No nos adelantemos —dijo Georgiou—. Primero, debemos verificar esta información que estamos obteniendo de Simmons. Si lo que dice es cierto, desarraigar a Kodos no será fácil.

—Ya empecé, Comandante. —Incluso mientras veía a Simmons responder a las preguntas de Georgiou durante la sesión de entrevista extendida, Lorca había cmenzado el proceso de armar un plan para actuar en base a lo que el prisionero estaba revelando sobre el ex gobernador y sus seguidores. Según Simmons, él era un miembro del grupo que había ayudado a Kodos a ubicar y establecer un tipo de refugio en las montañas al este de Nueva Anchorage. Las anomalías minerales y geomagnéticas que impregnaban la región proporcionaban la cobertura ideal de sensores y transportadores, permitiendo a cualquiera ocultarse de los ojos de la tecnología moderna. Kodos y cualquier persona con él podrían esconderse durante semanas, si no meses, entre esas montañas sin ningún riesgo de detección. La ubicación sería un secreto bien guardado, conocido solo por unos pocos apreciados y confiables del círculo íntimo de Kodos.

Simmons había estado en ese círculo en un momento. Por supuesto, no se podía confiar en la información que estaba proporcionando, pero Lorca ya tenía una idea sobre cómo lidiar con eso.

—Hay una manera de garantizar su plena cooperación. Déjeme llevarlo conmigo.

Habiendo reclamado su silla detrás de su escritorio, Georgiou comenzó a tocar el escritorio con los dedos.

—¿Un guía?

—Guía, o cebo. Lo que sea que funcione. Hasta donde sabe, Kodos cree que está muerto, pero no podemos confiar en que eso dure para siempre. —Lorca no pudo evitar mirar alrededor de la pequeña y poco atractiva oficina—. No sabemos si Kodos tiene algún lealista por aquí, pero no apuesto contra eso. —Con aquello en mente, Lorca había tomado medidas desde el momento en que habían traído a Simmons para mantener que su presencia solo fuera conocida por personas con una estricta necesidad de esa información. Esperaba preservar el secreto de haber arrestado a alguien con un conocimiento crucial sobre Kodos, pero sabía que eso no duraría. Si iban a aprovechar al máximo cualquier ventaja que Simmons pudiera proporcionar, tenían que aprovechar la iniciativa, antes de que Kodos o cualquiera de sus seguidores pudieran actuar.

—Podemos ofrecerle una sentencia reducida para asegurar su cooperación —dijo Georgiou—. A su abogado le encantará eso. —Después del incidente del interrogatorio, la comandante se había encargado de que Simmons tuviera la oportunidad de hablar con un asesor legal. A pesar de las advertencias del abogado civil en sentido contrario, el

oficial de seguridad acordó cooperar con Georgiou y Lorca—. Suponiendo que le dejo hacer esto, ¿cuál es su plan?

—Una simple cacería humana, comandante. Simmons afirma tener conocimiento del campo base que Kodos estableció, entonces puede marcarnos el camino. Con toda la interferencia geomagnética en la región, los sensores de la *Narbonne* no penetrarán demasiado bajo tierra, pero aún pueden usarse para monitorear la actividad en la superficie. Incluso si no encontramos su campamento, nuestros movimientos aún pueden hacerlos salir. —Lorca suspiró—. Suponiendo que realmente estén allí en alguna parte. —Era una estrategia poco sofisticada, pero con la información y los recursos disponibles para él, al menos hasta que llegara más ayuda, Lorca creía que era el plan con las mejores posibilidades de éxito.

—Si él está allí, podría ser peligroso —dijo Georgiou—. Hay que pensar que cualquiera que se tome la molestia de establecer un escondite tomará medidas para protegerlo.

Lorca le ofreció una sonrisa sombría.

—Por eso Simmons estará al frente.

—Probablemente no deberíamos decirle eso a su abogado. —Georgiou lo miró con evidente preocupación—. ¿Y está seguro de estar preparado para esto?

—Absolutamente. Además, ciertamente es mejor que sentarse aquí y revolcarse… es mejor que solo sentarse aquí. Necesito *hacer* algo, Comandante.

Como si estuviera contemplando las posibles consecuencias de su decisión, Georgiou bajó la mirada hacia su escritorio, y sus dedos continuaron tocando rítmicamente durante varios segundos más antes de respirar profundamente y asentir.

—Esboce su plan para el Capitán Korrapati, luego indique cualquier equipo que necesite de la *Narbonne*. Liberaré a Simmons bajo su custodia. Prométame que no lo matará mientras estésallá afuera.

Lorca respondió:

—Solo si él trata de matarme primero.

—Muy bien —dijo Georgiou—. Tendrá apoyo de la *Narbonne* mientras esté en el campo. Sensores, transportadores, lo que sea que podamos disponer. Tenemos un equipo de ingenieros del CIFE con nosotros. Tal vez puedan construir una barcaza de prisión con contenedores de carga antes de que regrese. —Hizo una pausa y su expresión cambió como si estuviera procesando un pensamiento repentino y preocupante. Un momento después, se levantó de su silla y volvió a mirar a Lorca con otra mirada dura.

—Entiendo y aprecio por lo que ha pasado, y en base a lo que me ha dicho, puedo aceptar que sus acciones contra Simmons fueron motivadas por el estrés y la fatiga, e incluso la ira. Dadas las circunstancias, estoy dispuesta a considerarlas una anormalidad, pero esto es importante, Sr. Lorca: quiero que castiguen a Kodos tanto como usted, pero *no* somos vigilantes. No es nuestro trabajo dispensar justicia. Traiga de vuelta a Kodos, vivo.

Lorca ofreció un solo y crujiente asentimiento.

—Se enfrentará a un juicio, Comandante. Tiene mi palabra.

Tenía toda la intención de detener a Kodos y arrastrarlo de regreso a Nueva Anchorage, encadenado si lograba encontrarlo, y arrojarlo a los pies de la Gobernadora Ribiero. Era la única forma en que realmente se podía hacer justicia por Piotr Nolokov, Meizhen Bao y los cuatro mil colonos asesinados… Balayna incluida. Sus familias y amigos merecían presenciar de primera mano al arquitecto de su muerte recibiendo el castigo que merecía.

Por otro lado, si Kodos decidía pelear, Lorca no tendría problemas para derribarlo sin pensarlo dos veces.

24

Amanecía en Tarsus IV.

El aire era fresco casi frío, pero no tanto como para requerir prendas exteriores pesadas. Lo revitalizaba, alejando los últimos trazos de sueño irregular. Para Kodos, este era su momento favorito del día. Durante mucho tiempo había tenido la costumbre de despertarse antes del amanecer; eso había evolucionado a lo largo de los años incluyendo el ritual de sentarse en la terraza de su casa para recibir cada nuevo día. Viviendo en la ciudad, prefería recibir el amanecer solo, tomando un sorbo de té y observando cómo la oscuridad se desvanecía mientras naranjas y rojos vivos salían del horizonte distante antes de que el sol apareciera por primera vez.

Sin su té y teniendo solo una roca plana sobre la cual sentarse en lugar de la tumbona en su terraza, aún mantenía su rutina matutina. Como siempre, sentía el nuevo día alejando la fatiga que permanecía dentro de él. Era una medida temporal, Kodos lo sabía, pero sin embargo una que le daba un pequeño grado de satisfacción. Estos días pasados viviendo en el exilio virtual lo habían desgastado. Sus propios pensamientos se comían dentro suyo, obligándolo a cuestionar la sabiduría de sus elecciones y la magnitud de sus consecuencias. ¿Dejaría de atormentarle su conciencia? Encontraba esa posibilidad poco probable.

Y tal vez así es como deba ser.

La idea se le ocurrió cuando bajó la mirada hacia el viejo libro de tapa dura descansando en su regazo. No era una edición original, sino un facsímil, creado para asemejarse a un tomo de siglos pasados. La piel sintética estaba desgastada en algunos lugares, y las letras doradas en su lomo estaban descoloridas y astilladas, pero aún eran legibles: Trabajos Completos William Shakespeare.

Si bien era cierto que gran parte de la literatura y la poesía antiguas de la Tierra se había perdido en el tiempo, ciertos autores y sus creaciones de alguna manera habían logrado perseverar a través de los siglos. Aunque había leído las selecciones habituales de *Romeo y Julieta* y *Hamlet* en la escuela primaria o mientras asistía a la universidad, fue solo en los últimos años que Kodos tomó un interés activo y continuo en la vida y los escritos del famoso dramaturgo. El libro en su regazo era uno de los pocos tomos físicos que había traído consigo de la Tierra. Por razones que todavía no entendía, leer su equivalente electrónico en una pantalla de computadora o en una lista de datos —como lo había hecho con casi todo lo demás desde la infancia— no proporcionaba la misma sensación de satisfacción. Había una energía en las palabras que de alguna manera disminuía cuando se reducían a píxeles en una pantalla. Aquí, en una forma tangible que podía sentir bajo sus dedos, exudaban la pasión, el dolor y la vida capturados por su autor hacía tantos siglos.

¿Qué pensaría Shakespeare de la situación en que se encontraba Kodos? Ciertamente tenía el desenlace de una tragedia en el molde clásico. Seguramente la historia se prestaba a una saga, una de conflicto entre héroes y villanos, por no hablar de largos soliloquios llenos de reflexión y angustia. Quizás un dramaturgo moderno algún día escribiría una historia tan épica digna del mismo Bardo.

Más bien lo dudo.

—Buenos días, Gobernador.

Kodos miró hacia arriba para ver a Ian Galloway de pie tras él. ¿Cómo demonios su asistente se había acercado tanto sin ser escuchado? A pesar de ser relativamente plana, la meseta cerca de la cumbre del Monte Bonestell aún presentaba desafíos para un excursionista novato o inexperto, que Galloway había demostrado ser durante el viaje por tierra a través de los pasos de montaña.

—Se mueve con sigilo sorprendente, Ian.

Galloway, ligeramente sin aliento, le ofreció una pequeña sonrisa.

—Práctica, Gobernador. No que tenga muchas opciones, dado nuestro alojamiento actual.

—Es la lejanía de nuestra ubicación y el esfuerzo requerido para llegar aquí nuestra mayor ventaja.

Kodos y los demás podrían haber usado vehículos todo terreno para llevarlos de la ciudad a aquella región implacable, ya que los caminos y senderos que existían más allá de la ciudad terminaban muy lejos de aquí. El pequeño convoy habría podido llegar unas pocas docenas de kilómetros más profundamente en el desierto, pero incluso eso pronto llegó a su fin, lo que obligó al grupo a cubrir la distancia restante a pie. Esta complicación se había incluido en el plan de movimiento general con la misma atención al detalle que había ayudado a decidir la ubicación en primer lugar. Incluso cuando Kodos y la mayoría de sus seguidores avanzaron a las montañas hacia su campamento, los vehículos fueron devueltos a la ciudad y sus conductores permanecieron allí, haciendo todo lo posible para verificar que la fuga se realizara sin detección.

En cuanto a su elección de refugio, había otras áreas dentro de esta región que permitían un acceso más simple, pero carecían de las concentraciones más altas de minerales y otra actividad geomagnética subterránea que frustraba la tecnología de sensores del tipo que las naves de la Flota Estelar estarían empleando. De hecho, los niveles de interferencia aquí eran tan penetrantes que podía salir sin preocuparse de su escondite, permitiéndose unos momentos cada día para recibir el amanecer.

Si sus cazadores lo querían, tendrían que trabajar para ello.

—¿Qué puedo hacer por usted, Ian? —preguntó.

Galloway se acercó.

—Quería ser informado si recibíamos alguna palabra de nuestros amigos en la ciudad. Ha habido un desarrollo. Una de nuestras personas fue detenida.

—Eso era de esperarse. Quizás era inevitable.

—Sí, Gobernador, pero la persona que capturaron es Alexander Simmons.

Kodos tardó unos segundos más en procesar la noticia. Moviéndose en su asiento en la roca que le servía de percha, miró a su asistente.

—¿Está seguro?

—La información proviene de nuestro contacto en la sede de las fuerzas de seguridad. Lo vieron al ser detenido por dos oficiales de la Flota Estelar.

—¿Como es esto posible? —Kodos se detuvo al recordar que Galloway no sabía la verdad sobre sus planes para Simmons en la noche del Sacrificio. Era un poco de información restringida solo para sí mismo, Joel Pakaski, y al hombre enviado para llevar a cabo su orden, Markus Seidel. Como oficial de seguridad, Seidel había recibido instrucciones específicas con respecto a Simmons, pero en su apuro por esconderse temporalmente mientras planeaba escapar de Nueva Anchorage, Kodos había pasado por alto de alguna manera obtener una determinación final con respecto a Simmons, o Seidel, si importaba. Ninguno de los dos había llegado para unirse al grupo que abandonaba la ciudad, y Kodos se percató de su descuido. Debería haber hecho que Pakaski investigara el asunto, tanto para averiguar el paradero de Seidel como para verificar que Simmons estaba muerto.

—Según nuestro contacto en la sede de seguridad, Simmons pudo escapar de ser asesinado por el oficial Seidel.

La declaración segura de Galloway tomó a Kodos por sorpresa. Miró a su asistente con una nueva apreciación de su aparente ingenio, pero también con una pequeña cantidad de aprensión.

—¿Cómo sabe esto?

—Simmons relató su versión de la historia a sus interrogadores. Seidel intentó matarlo, pero Simmons dio vuelta las tornas y escapó del anfiteatro. Luego se ocultó en el apartamento de su novia hasta que fue encontrado por el grupo de búsqueda de la Flota Estelar. —Galloway hizo una pausa, su expresión se volvió pensativa—. Originalmente se suponía que era parte de nuestro grupo, ¿no?

Una ráfaga de viento atravesó el valle y subió a la meseta, helando a Kodos hasta el punto de apretarse más el cuello mientras se debatía la mejor manera de responder a su asistente. Decidiendo que la verdad era su mejor opción, dijo:

—Simmons no era creyente. Dudaba de que lo que estábamos haciendo fuera justo. Es razonable, ya que lo que sugería sería abrumador para cualquiera. Sin embargo, me preocupaba que vacilara en el momento de la verdad, cuando más lo necesitábamos para dejar de lado sus sentimientos personales y actuar por el bien común. Entonces envié a Seidel para asegurarme de que Simmons cumpliera con su deber o, en su defecto, para asegurarme de que no pudiera comprometernos.

—Entiendo, Gobernador —dijo Galloway—. Esto es lo que Simmons comunicó a sus captores. Independientemente de lo que valga mi opinión, creo que tomó la decisión correcta. Cualquiera que tenga tales dudas nos pone a todos en riesgo.

Kodos se sorprendió al escuchar tanta convicción de su asistente. ¿Por qué no había percibido tales sentimientos de Galloway hasta ahora? ¿Estaba tan consumido con todo lo

que había sucedido en los últimos días que se le habían escapado pistas tan sutiles? Quizás otros detalles también habían evadido su atención. Eso podría ser peligroso, dado su entorno actual. ¿Confiaba en todos los que lo rodeaban? Estaban Galloway y Joel Pakaski, quienes habían demostrado su lealtad con creces, pero ¿qué había de las otras veinte personas que se escondían con él? Antes de todo esto, nunca habría necesitado cuestionar su devoción, ni a él ni a la causa en la que todos se hallaban metidos. ¿Cuántos de ellos habían sido impulsados más por la supervivencia personal que por cualquier otra consideración? Bajo cualquier otra circunstancia, sería una postura razonable, pero ninguna lo involucraba. Por otro lado, el deseo de sobrevivir y —en este caso— evitar el arresto y el enjuiciamiento penal proporcionaría una poderosa motivación para trabajar juntos en la búsqueda de este objetivo mutuo. Era solo cuando la situación comenzaba a deteriorarse que se revelaba el verdadero carácter de aquellos que había elegido para ayudarlo.

Espero que no llegue a eso.

—¿Qué más les dijo Simmons a las autoridades?

Galloway respondió:

—El equipo de respuesta de la Flota Estelar está comprometido en un importante esfuerzo de búsqueda. Están inspeccionando la ciudad, buscándonos. Algunas de nuestras personas han sido detenidas, pero Simmons fue su captura más significativa. Es una apuesta segura que lo usarán para expandir su búsqueda. —Hizo una pausa y Kodos vio que el hombre más joven estaba nervioso—. Uno de los oficiales que encontraron a Simmons fue el comandante de la guarnición del puesto avanzado. Según el informe que recibí, este hombre parece particularmente motivado en encontrarnos.

—En encontrarme a mí, querrá decir.

No por primera vez, Kodos sacudió la cabeza mientras contemplaba la locura de enviar un equipo para atacar el puesto de observación de la Flota Estelar. Parecía un movimiento prudente, dado que el personal de cinco personas poseía armas y otros equipos que podrían resultar útiles para resistir a las fuerzas de seguridad si las circunstancias exigían ese tipo de acción. El puesto avanzado también tenía su propio suministro de alimentos que, según el oficial de mayor rango de la instalación, había escapado de la infección por el desenfrenado hingo. El oficial, un hombre llamado Lorca, incluso había ofrecido que sus tiendas de alimentos no contaminados se agregaran a los suministros restantes de la colonia. Fue una muestra de solidaridad bienvenida por la Gobernadora Ribiero y el consejo de liderazgo, y apreciada incluso por Kodos. Sin embargo, Lorca y su equipo eran responsables de ser despachados para que no se convirtieran en problemas legítimos para Kodos y la Revolución.

—Los equipos que enviamos al puesto avanzado mataron a dos de los oficiales de la Flota Estelar —dijo Galloway—. Por lo tanto, este Comandante Lorca casi seguramente sabe que usted ordenó esa acción. Según nuestro contacto, estaba más bien… animado durante su interrogatorio de Simmons. Es lógico que tenga un interés personal en encontrarnos.

Kodos se dio cuenta de que había subestimado las habilidades del personal de la Flota Estelar, asumiendo que eran técnicos en lugar de entrenados especialistas en seguridad. Era un error que volvía para perseguirlo. Lorca, en particular, parecía poseer algo de entrenamiento táctico y experiencia. ¿Buscaría justicia por la muerte de sus colegas? Quizás. ¿Y si estaba motivado por otros factores? Como tantos otros impactados por el Sacrificio, podía haber tenido relaciones personales con uno o más de los colonos civiles. La venganza podría ser un poderoso motivador, y ahora parecía que Lorca tenía acceso a la información pertinente para ayudarlo en su búsqueda.

—Utilizará a Simmons —dijo Kodos—. Lo usará para encontrarnos. —Al apartarse de Galloway, observó la gran vista que tenía delante. Con el sol ahora sobre el horizonte, el valle montañoso se proyectaba en un brillo etéreo que lo calmaba. Era una serenidad absoluta, una escena en la que podía perderse para siempre.

Tal no es ser.

—No podemos quedarnos aquí. Tarde o temprano, la búsqueda llegará a nuestra puerta. Nos encontrarán. Necesitamos planificar para esa eventualidad.

Galloway dijo:

—Si nos vamos, ¿no podrán seguir nuestros movimientos?

—En definitiva, sí. —Kodos sabía que él y sus seguidores poseían la ventaja. El terreno era su aliado, pero las fuerzas de la Flota Estelar pronto superarían ese obstáculo. Lo que necesitaba era una acción de desviación: algún tipo de distracción que pudiera proporcionar la cobertura necesaria para ir… ¿adónde? ¿De regreso a la ciudad? ¿Era la respuesta regresar a sus perseguidores, de alguna manera encontrar un camino más allá de los cordones de seguridad para perderse en Nueva Anchorage? Era una táctica que valía la pena considerar, pero requeriría planificación y mucha suerte para lograr el éxito.

No podían esperar.

El tiempo se acababa.

25

Lorca vio al hombre delante de él tropezar, su pie derecho trastabillando en una sección resbaladiza de afloramiento de roca plana. Su pierna patinó debajo de él y el hombre se echó hacia atrás, el peso de su mochila haciéndole perder el equilibrio y arrojándolo hacia el suelo resbaladizo. Otros en las proximidades gritaron varias advertencias cuando comenzó a caer. Sus brazos se agitaban en un intento de aferrarse a cualquier cosa para evitar rodar por la colina. Dando un paso hacia su izquierda para evitar ser arrastrado, Lorca extendió su brazo derecho y agarró una de las manos del hombre entre las suyas. La velocidad y el peso extra casi lograron arrastrarlo hacia abajo, pero Lorca pudo trabar sus pies y apoyarse en el tirón abrupto de su brazo. En cuestión de segundos, la caída del hombre fue detenida y yacía de espaldas, haciendo una mueca de dolor momentáneo por la sorpresa inesperada.

—¿Está bien? —preguntó Lorca, sacudiendo su brazo derecho para deshacerse de la pequeña molestia de casi haberlo arrancado de su torso.

El otro hombre, un civil cuyo nombre Lorca no podía recordar, asintió.

—Sí. Gracias por eso. No vi el musgo en esa roca.

Lorca hizo un gesto hacia las suelas de los zapatos del hombre.

—Ese no es el mejor calzado para estar aquí. —La banda de rodadura era lo suficientemente decente para calles y aceras, pero no para terrenos irregulares o húmedos como el que atravesaba el grupo—. Deberá vigilar sus pasos. No quiero que nadie se doble un tobillo o se rompa una pierna. —Le ofreció una pequeña sonrisa para apaciguar un poco su reprimenda—. Es un largo camino de regreso al campamento base, y realmente no quiero cargarle.

—En realidad tengo un par de botas en mi mochila. Simplemente no pensé que los necesitaría hasta que estuviéramos un poco más arriba en las montañas. Supongo que ambos sabemos qué tanto funcionó. Tendré cuidado, Comandante. Gracias.

Ofreciendo su mano, Lorca se preparó mientras ponía de pie al otro hombre.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Denham. Brian Denham.

El nombre lo hizo detenerse, y Lorca recordó haberlo visto en la lista de civiles que habían sido investigados por no tener vínculos conocidos con Kodos. Mientras se examinaba al personal para el equipo que ayudaría con la búsqueda del gobernador fugitivo, se dio preferencia a aquellos con experiencia militar, policial o a la intemperie. Sin embargo, la necesidad de evitar traer posibles simpatizantes de Kodos había obligado a Lorca a considerar candidatos alternativos. A pesar de carecer de ciertas habilidades deseadas, personas como Denham estaban ansiosas por ayudar de cualquier manera posible.

—¿Qué es lo que hace, Brian?

Enderezando las correas de su mochila y volviéndola a poner en su espalda, Denham respondió:

—Soy un especialista en informática. Mi esposa es bióloga molecular.

—¿Alguna vez ha escalado o acampando?

La cara del otro hombre se enrojeció.

—Es obvio, ¿eh?

—Un poco, sí. —Además del calzado inadecuado del hombre, sus prendas exteriores no eran lo suficientemente resistentes para el aire libre sin refinar. Su chaqueta, una especie de polímero liviano, estaba rasgada gracias a su accidente, y su mochila parecía repleta, probablemente con artículos que servirían de poco o ningún propósito práctico aquí. Por el contrario, Lorca llevaba un paquete de campo de la Flota Estelar de edición estándar en su espalda que contenía solo aquellos artículos que sabía por experiencia que serían de valor práctico en este entorno. Había agregado un cuchillo de caza envainado al cinturón de su equipo, y su kit estaba equipado con un compartimento que contenía agua potable, completo con un tubo al que podía acceder sin quitarse el equipo de la espalda. Sus bolsillos laterales contenían raciones de campo y celdas de energía extra para su phaser. Ropa adecuada para manejar los diversos elementos descansaba en el compartimento principal del kit. Cualquier otra cosa que contuviera sería clasificada por Lorca como «artículos de lujo».

Mantente caliente, hidratado y listo para pelear, le habían dicho sus instructores de combate y supervivencia en el desierto, una y otra vez, durante el entrenamiento que se sentía como si hubiera ocurrido hacía una vida. *El resto se resolverá más tarde.*

—¿Qué lo llevó a ofrecerse para esto, Brian?

La expresión de Denham se volvió sombría.

—Mi padre estaba en el anfiteatro esa noche. Quiero ayudar a encontrar al hombre que le hizo eso a él y a todos los demás.

—¿Su padre? —Lorca estimó que Denham estaba entre mediados o fines de los cuarenta años, lo que significaba que su padre probablemente habría tenido veinticinco o treinta años más. Kodos había incluido a varios colonos ancianos en su acción de «sacrificio», y la sola idea una vez más lo hizo hervir de rabia. En un sentido frío y calculador, las acciones del gobernador podrían verse como motivadas por un cierto sentido práctico, pero no disminuía el deseo de Lorca de golpear al hombre con sus propias manos.

Imbécil sin corazón.

—Nací en Epsilon Sorona —dijo Denham—. Mis padres estaban entre los colonos originales de ese planeta, y todos fuimos traídos aquí como parte de la reubicación. —Hizo una pausa, mirando alrededor de la magnífica vista que los rodeaba—. Esta es nuestra casa, y quiero ayudar a encontrar al bastardo que me quitó a mi padre, y a todas las otras madres y padres que quitó a todos los demás.

Independientemente de lo que pensara de las habilidades a la intemperie del hombre, Lorca podría admirar las convicciones de Denham. Después de todo, había un riesgo para lo que estaban haciendo aquí, incluida una buena posibilidad de que Kodos, si lo encontraban y se percatara de que no tenía nada que perder, podría decidir organizar una última batalla. Suponiendo que eso sucediera, podría haber lesiones… o algo peor. Denham, como los otros voluntarios civiles, no llevaba un phaser, ya que no había suficientes para repartir entre todos los miembros del grupo de búsqueda. El hombre tenía un cuchillo en el cinturón junto con un hacha, y lo que Lorca reconoció como un bate de cricket que sobresalía de la parte superior de su mochila. Lorca no estaba seguro de cuán efectivas podrían ser esas armas improvisadas en caso de un tiroteo, pero tenía que admitir que la idea de emplear el bate tenía cierto atractivo.

Tranquilo, Comandante.

—Gracias por unirte a nosotros, Brian. Lo aprecio. Es posible que desee pensar en cambiarse a esas botas antes que nad.

Denham sonrió.

—Seguro.

Al permitir que el otro hombre subiera por el sendero de la montaña para reunirse con su grupo de compañeros voluntarios, Lorca esperó a que la Alférez Terri Bridges lo alcanzara. Alexander Simmons caminaba a su lado y llevaba un paquete de campo similar al suyo.

—¿Cómo está nuestra guía? —preguntó Lorca—. ¿Le está dando algún problema?

Bridges lanzó una mirada de reojo hacia Simmons.

—¿Me está dando problemas?

—Me amenazó con arrojarme de una montaña si lo hiciera.

Sonriendo, Bridges miró a Lorca.

—¿Ve? Ningún problema.

Lorca sofocó las ganas de reír.

—¿Cómo lo lleva?

—Bueno, no he caminado así desde el entrenamiento de supervivencia de la Academia, pero estaré bien. Sin embargo, creo que debería agregar algo como esto a mi rutina de ejercicios.

—Tal vez podamos revisar el programa de entrenamiento una vez que todos volvamos a nuestras tareas habituales. —Lorca dirigió su atención a Simmons—. ¿Algo por aquí le parece familiar?

El otro hombre frunció el ceño.

—Es una montaña. Se parece mucho a los otras.

—Entiende que estoy de acuerdo con que Bridges lo tire desde esta, ¿verdad? —Cuando Simmons tomó la sabia decisión de no responder, Lorca agregó—: Usted está aquí para ayudarnos a encontrar la ubicación de Kodos. Si no puede hacerlo, entonces le daré el empujón que necesita para hacer rodar su inútil trasero de regreso al campamento base. ¿Nos entendemos?

Simmons asintió con la cabeza.

—Desde luego.

El deshonrado oficial de seguridad había dicho poco desde que el grupo de búsqueda había dejado atrás los vehículos terrestres que ya no podían atravesar el terreno accidentado y anguloso. Los vehículos formaron un perímetro alrededor del pequeño campamento base establecido como una estación de apoyo para Lorca y el grupo de veinticinco personas que continuaban la cacería a pie. El grupo de búsqueda era uno de los cuatro distribuidos en toda la región montañosa, cada uno convergiendo en el centro del área desde una dirección diferente, utilizando cualquier camino u otro medio disponible para maniobrar sobre el implacable terreno.

Implacable en más de un sentido.

Lorca y los demás supieron al entrar que la actividad geomagnética natural que tenía lugar muy por debajo de la superficie interferiría con los sensores y cancelaría la capacidad de usar transportadores para enviar a cualquier persona o cosa a la región. Las comunicaciones e incluso los tricorders personales fueron otras víctimas de la situación, como Lorca descubrió rápidamente una vez que estuvieron lejos del campamento base y en el primero de los valles montañosos asignados a la red de búsqueda de su grupo. Los escaneos tricorder del área fueron inundados con interferencia de fondo, inhibiendo su utilidad para cualquier cosa más allá de veinte a treinta metros. Los comunicadores operaban de manera similar, incapaces de establecer una señal confiable mucho más allá de cien metros.

Anticipándose a este giro, Lorca había tomado la precaución de preparar mapas impresos de la superficie topográfica de la región, generados a partir de los escaneos de los sensores de la *Narbonne* de toda la cordillera. Los mapas solo les servirían en la superficie, pero —junto con brújulas especiales desarrolladas para su uso incluso en áreas del planeta donde la interferencia geomagnética era más fuerte— al menos proporcionarían un sentido de dirección y distancia recorrida. Dio un paso más al hacer que Simmons marcara en los mapas donde creía que Kodos y sus seguidores se ocultaban o escondían sus equipos, e incluso posibles rutas de escape. Simmons carecía de información en ese ámbito, y algunas de sus selecciones en el mapa hicieron sospechar a Lorca, pero comparar sus marcas con los datos de los sensores de la región no le había dado ninguna razón para aceptar o negar las ideas del oficial de seguridad. Dada esa realidad, Lorca se recordó a sí mismo lo que le había dicho a Georgiou sobre todo este plan.

Solo hay una forma de averiguar si funcionará.

Podía adaptarse a la falta de tricorders, sensores o transportadores, pero la incapacidad de convocar refuerzos, ya fuera del campamento o de la tripulación de la *Narbonne*, era más que un poco preocupante. Simplemente tendrían que adaptarse y confiar en el método probado y confiable de «barrido y limpieza» de las misiones de búsqueda de la misma manera en que las había llevado a cabo como alférez menor en operaciones de fuerzas de reconocimiento y más tarde durante el entrenamiento de

seguridad de la Flota Estelar. Como sus instructores se habrían alegrado de recordarle, la tecnología nunca sustituiría a las «botas en el suelo».

Lorca se puso al lado de Simmons, aprovechando la oportunidad para escanear la hilera de hombres y mujeres que subían la colina detrás y delante de él. La ruta que atravesaban no era tanto un camino establecido, sino simplemente un surco natural cortado en la ladera ondulada, probablemente resultado de la escorrentía de agua a lo largo de milenios. Siguiendo sus instrucciones, la columna avanzaba a través del valle hasta las estribaciones, manteniendo intervalos de cuatro a cinco metros entre individuos. Era una costumbre de sus días en las fuerzas terrestres que Lorca nunca había abandonado, y estando aquí, en este lugar, bajo carga y portando un arma mientras cazaba a un enemigo, había puesto en evidencia habilidades y experiencias latentes.

A la cabeza de la formación estaba el Teniente Jason Giler, quien junto con una docena de miembros del destacamento de seguridad de la *Narbonne* representaban la mitad del equipo de búsqueda. Cuatro miembros de su compañía se extendían a ambos lados de la columna, actuando como barrenderos para asegurarse de que nadie se acercara al grupo desde sus costados. El resto del gurpo estaba compuesto por civiles como Brian Denham, que estaban haciendo todo lo posible para compensar su falta de habilidades de campo con un afán de contribuir a la causa. Sin embargo, un par de las personas que Lorca había elegido para unirse a la búsqueda poseían al menos algo de experiencia al aire libre, junto con una familiaridad aproximada con esta región. Agradecía esto, ya que confiar en Alexander Simmons para toda su información in situ no era un plan táctico sólido. Lorca todavía esperaba que el oficial de seguridad hiciera algún tipo de movida, ya sea para escapar o para advertir a Kodos o cualquier otra persona que pudiera estar cerca que se acercaba el peligro. Su instinto le decía que Simmons no los traicionaría, sino que actuaría en su propio interés, pero eso sería suficiente para que Lorca cumpliera su amenaza.

Ya veremos.

—¿Hay algún punto de referencia que deberíamos estar buscando? —preguntó, mirando hacia Simmons—. ¿Pistas sutiles para que alguien se una a Kodos y los demás? —Incluso sabiendo qué buscar con respecto a la detección del paso por un área, Lorca no había visto nada que indicara la presencia de alguien que no tuviera razón de estar aquí. Ninguna huella, rocas movidas o vegetación aplastada, y nada de basura u otra evidencia de seres sensibles pero descuidados en movimiento. La experiencia le decía que esto no era nada concluyente, ya fuera porque Kodos y su gente sabían cómo ocultar sus movimientos, o bien habían tomado un camino diferente a través de la región.

Asumiendo que vinieron por aquí en absoluto.

Un destello de luz y una explosión amortiguada en algún lugar delante de ellos hizo que Lorca se estremeciera, y miró hacia la colina para ver un cuerpo que volaba varios metros por el aire antes de aterrizar con un fuerte golpe en la ladera. Una nube de tierra cubrió la figura mientras rodaba unos metros más por el suelo antes de descansar contra un afloramiento rocoso.

Al escuchar los gritos de alarma de otros miembros del grupo de búsqueda y sin pensar, Lorca agarró a Simmons con su mano izquierda y cayó sobre una rodilla, arrastrando al otro hombre con él. Su otra mano había sacado el phaser de su funda en su cintura, y levantado el arma, mirando a su nivel de potencia y confirmando que estaba configurada para aturdir. Por el rabillo del ojo, vio a la Alférez Bridges imitando sus movimientos. A su alrededor, notó cómo otros miembros del equipo estaban agachados o tirados en el suelo, con las armas en alto y asumiendo posiciones defensivas mientras todos buscaban otras amenazas. Nadie habló, y Lorca escuchó y buscó signos reveladores de un ataque inminente, pero no oyó nada.

—Querido dios —dijo Bridges, manteniendo su voz baja—. ¿Ese era Giler?

Lorca ya estaba intentando determinar quién podría ser la víctima, y tardó poco tiempo en averiguar que dónde había detonado el explosivo tenía que ser Giler. El comandante del destacamento de seguridad los conducía a todos colina arriba, y sería la probable víctima de cualquier tipo de…

¿Trampa?

—No puedo creerlo.

Al indicar a Bridges que permaneciera con Simmons, Lorca se agachó y comenzó a subir la colina hacia la figura caída. Cuando pasó junto a otros miembros del grupo de búsqueda, les indicó que mantuvieran sus posiciones. Sus ojos recorrieron el suelo delante de él, buscando cualquier cosa que pareciera fuera de lugar o que no perteneciera al entorno. No vio nada y, sin embargo, cada roca o grupo de hierba era un peligro potencial. Le llevó la mayor parte de un minuto alcanzar lo que era la forma inmóvil de Jason Giler. El teniente había aterrizado sobre su espalda, su torso elevado por los kits de campo debajo de él. La sangre corría de varias heridas en su rostro, y una parte significativa de su torso, incluida su chaqueta de uniforme, estaba ennegrecida. Arrodillándose a su lado, Lorca presionó los primeros dos dedos de su mano izquierda contra el costado del cuello del otro hombre, buscando un pulso. No encontró ninguno.

—Maldición.

Con su phaser sostenido con ambas manos delante de él, Lorca barrió el arma de un lado a otro, pero no vio señales de nadie más por delante a lo largo de la ladera. Sus ojos cayeron sobre una sección de tierra, justo debajo de un gran trozo de roca que sobresalía del suelo. El suelo húmedo y oscuro junto con trozos de piedra cubrían el suelo que conducía al hoyo, esparcidos en un patrón de explosión innegable.

Un disparador de proximidad.

Era lo único que tenía más sentido, dada la evidencia visual. Lorca estaba familiarizado con los dispositivos, habiendo recibido capacitación hacía mucho tiempo sobre su uso en situaciones tácticas. En esos casos, se habían empleado como medidas defensivas, para ayudar a asegurar un perímetro antes de un ataque. Incluso entonces, estaban destinados a disuadir, utilizados para activar dispositivos de interrupción sensorial al liberar ráfagas de luz o sonido intenso. El uso de disparadores de proximidad

para activar explosivos antipersonales había sido prohibido por la Federación y la Flota Estelar durante casi un siglo.

—¿Comandante?

Al mirar por encima del hombro, Lorca vio a la Alférez Bridges abriéndose camino hacia él, empujando a Simmons muy reacio a caminar delante de ella. Cuando sus ojos se posaron en la forma de Giler, sus ojos se abrieron mientras el color desaparecía de su rostro.

—Oh, no —fue todo lo que la alférez pudo decir antes de desviar su mirada.

Lorca dio un paso hacia Simmons.

—¿Qué demonios son estas? —Agarró a Simmons por la correa de su mochila y tiró, arrojándolo hacia el suelo, donde aterrizó sobre sus manos y rodillas junto a Giler—. ¿Malditas trampas explosivas?

—¡No sé nada al respecto! —suplicó Simmons, levantando sus manos vacías—. Juro que no sé por qué harían algo así.

—Para frenar a cualquiera que intente rastrearlos —dijo Bridges—. O tal vez sea una señal, y ahora saben que estamos aquí.

Lorca dijo:

—Probablemente no se molestarían con algo como esto si no estuvieran protegiendo algo, ya sea su campamento o una ruta de suministro o escape. Podría ser parte de un perímetro de seguridad. Por lo que sabemos, hemos deambulado por su maldito patio trasero. —Se giró hacia Simmons—. ¿Algo que comentar?

—Creo que podemos estar cerca. —El otro hombre casi tartamudeó su respuesta.

—Ajá.

Detrás de Bridges, otros miembros del grupo de búsqueda treparon por la ladera, sus expresiones mostrando diversos grados de conmoción y horror al ver por primera vez a Giler. Lorca le hizo una seña a uno de los oficiales de la Flota Estelar, el Teniente Reece O’Bannon, a quien solo conocía como el comandante adjunto del destacamento de seguridad de Giler. Cuando se acercó y vio el cuerpo de su amigo, la cara de O’Bannon se nubló de tristeza e ira.

—Lo siento, Teniente. Murió al instante.

O’Bannon asintió.

—Gracias, Comandante. —Hizo una pausa, mirando a su alrededor como haciendo un balance del resto del grupo de búsqueda y sus alrededores—. Puede haber más de esas cosas, señor. ¿Qué quiere que hagamos?

—Primero, asegure al Teniente Giler. —Lorca revisó el cronómetro que llevaba atado a su muñeca izquierda—. Pronto oscurecerá, así que acamparemos aquí por la noche. Odio dejar a Giler aquí una vez que nos movamos de nuevo por la mañana.

—Ya he hecho los cálculos, señor —respondió O’Bannon—. Dos de mis hombres pueden llevarlo al campamento base y regresar aquí mucho antes del amanecer. —Miró una vez más a Giler—. No tendré problemas para encontrar un par de voluntarios.

Incómodo con esa idea, Lorca dijo:

—Prefiero que nadie camine por aquí después del anochecer, al menos no más allá de cualquier área que podamos que podamos asegurar que no tenga… más sorpresas. —No pudo evitar mirar a Giler mientras hablaba—. Organizaremos un equipo de barrido con tricorders para escanear el área inmediata y asegurarla durante la noche, y deshabilitar cualquier otro dispositivo que podamos encontrar. Por la mañana, sus voluntarios pueden llevar al teniente de regreso al campamento base. Cuando el resto de nosotros salga mañana, cualquiera que lidere la columna estará explorando el terreno en busca de posibles amenazas. —Una vez más, observó la forma inmóvil de Giler, y esta vez sintió que la ira crecía dentro de él—. No perderemos a nadie más por esas malditas cosas.

—Encontrar un voluntario para liderar la marcha puede ser más difícil, señor —dijo Bridges, antes de dirigir su atención a Simmons—. Pero tengo una sugerencia.

—Esa es una muy buena idea, Alférez. —Lorca sonrió al oficial de seguridad, que no parecía muy contento con la nueva dirección de la conversación.

—¿No puedo opinar sobre esto? —preguntó Simmons. El miedo entrelazaba cada una de sus palabras.

Obligándose a no dar voz a su molestia apenas contenida con el hombre y sus compañeros que pudieran estar al acecho cerca, Lorca hizo un gesto a Giler.

—Háble con él.

26

Enamori Jenn estaba cansada, y la forma más fácil de demostrar su creciente fatiga fue soltando un bostezo largo y fuerte.

—Eso es bastante bueno —dijo Aasal Soltani, manteniendo el ritmo a su lado mientras los dos caminaban por el corredor de servicio de la estación de distribución de energía.

Jenn lo miró.

—¿Que cosa?

—Pensé que estaba imitando la llamada de apareamiento de la bestia fangor Kreemoriana. Es una imitación muy digna.

Incapaz de contener la risa, Jenn sacudió la cabeza.

—No, eso no es lo que estaba haciendo, y ¿cómo sabes cómo suena ese animal de todos modos? —Aunque conocía el sistema Kreemorian, nunca había visitado las exuberantes selvas del segundo planeta donde prosperaban los legendarios depredadores.

—Realizamos entrenamientos de supervivencia allí durante mi tercer año en la Academia —respondió Soltani—. Nos advirtieron sobre ellos varias veces durante nuestras sesiones informativas de premisión, pero nada te prepara para verlos de cerca. —Hizo una mueca—. Nada.

—¿Viste uno? ¿De cerca?

El especialista en informática asintió.

—Muy de cerca. Hasta que empecé a correr. Afortunadamente, no les gusta el agua, así que nadé mucho ese día.

Riendo nuevamente, Jenn le ofreció un ceño fruncido.

—Ahora estás bromeando conmigo.

—¿Te mentiría? Consulta los documentos históricos archivados de la Academia. Nuestros informes de misiones de entrenamiento están ahí.

Por un breve momento, Jenn se preguntó si Soltani podría estar divirtiéndose un poco a su costa. Consideró romper su regla personal de no leer los pensamientos de los compañeros de trabajo y otros colegas. Hacerlo sería bastante simple, pero también era una traición de confianza, en lo que a ella respectaba. Había muchos Betazoid que no abrigaban compunciones sobre tales cosas, y en verdad sería mucho más fácil para Jenn hacerlo, en lugar de bloquear las mentes de quienes la rodeaban. En su mundo natal de Betazed, la ética de tales elecciones se dejaba determinar al individuo por sí mismo. Aún así, en una sociedad donde casi todos podían conocer los pensamientos y sentimientos más íntimos de los demás, cualquier cosa menos que la honestidad total parecía una pérdida de tiempo, y la civilización Betazoid había evolucionado durante generaciones para abrazar los principios de apertura y transparencia.

Eso estaba bien, siempre y cuando los Betazoid permanecieran aislados en sí mismos. Tales puntos de vista no podían durar una vez que se supiera que otros planetas albergaban sus propias sociedades avanzadas, y la interacción con ellos se volvió inevitable. El primer desafío para las costumbres culturales Betazoid se había producido hacía menos de una década, cuando los científicos lanzaron con éxito una nave capaz de viajar más rápido que la luz y descubrieron que ojos de mundos que no eran los suyos estaban mirando. Jenn acababa de llegar a la adolescencia cuando la nave de la Flota Estelar se estableció en órbita alrededor de Betazed y los líderes del gobierno fueron visitados por viajeros de un sistema estelar distante. No, no de una sola estrella, ya que la nave traía consigo representantes de varias civilizaciones. Ante una decisión sin precedentes, los diversos representantes gubernamentales del planeta se reunieron en secreto, haciendo que la determinación de mantener sus habilidades psiónicas fuera un asunto privado, al menos hasta que se pudiera aprender más sobre sus nuevos conocidos interestelares.

El problema surgió una vez más después de que Betazed se uniera a la Federación, y Jenn estuviera entre los primeros Betazoides en asistir a la Academia de la Flota Estelar. Una vez más, se decidió ocultar esta información de los no Betazoid, pero incluso los líderes del gobierno sabían que, si su mundo solicitara la membresía completa de la Federación, ya no podrían mantener su secreto.

Por ahora, sin embargo, estaba contenta de cumplir con los deseos de su gente.

—¿Estás bien? —preguntó Soltani, y Jenn se dio cuenta de que había dejado que su mente divagara.

—Estoy bien. —Otro bostezo amenazó con escapar y hacer eco dentro del pasillo, y se cubrió la boca. Su inspección de la estación de distribución a pedido de la Comandante Georgiou era el límite de lo que ya había sido un día muy largo. De hecho, las catorce horas que había trabajado hoy eran lo último en lo que amenazaba con convertirse en una cadena de largos días. Jenn comprendía la necesidad de participar donde fuera necesario y la prioridad de asegurarse de que todos los servicios públicos de la ciudad estuvieran en línea y funcionando, pero eso no hacía nada por mitigar su creciente fatiga.

—Ya casi hemos terminado —dijo Soltani, y escuchó la simpatía y comprensión en su voz—. Otra hora como máximo, y nos vamos de aquí.

Jenn respondió:

—Por otro lado, no tengo muchas ganas de dormir en esa tabla a bordo de la nave. —Tenía que pensar por un momento para recordar cuándo fue la última vez que había dormido en una cama decente. El compartimento de atraque provisto para ella a bordo de la *Narbonne* carecía mucho en comparación con sus habitaciones en la Base Estelar 11.

Unos pasos resonaron desde el corredor delante de ellos, anunciando la llegada de Vanessa Chandra, gerente de operaciones de la planta de energía.

—Buenas noches —dijo, sonriendo al ver a los dos oficiales de la Flota Estelar—. Estaba segura de que habrían terminado y escapado de esta mazmorra.

Jenn le devolvió el saludo y dijo:

—Ya casi hemos terminado. A pesar de que las interrupciones que usted experimentó no fueron tan extensas, la Comandante Georgiou insistió en que le diéramos una última mirada a todo el lugar antes de finalizar nuestra inspección. Así que estamos haciendo otro recorrido y luego terminamos la noche.

La sonrisa de Chandra se ensanchó.

—Hay que mantener contentos a los jefes, ¿verdad?

Jenn recordó de su revisión del registro de personal del gerente que ella era nativa de Tarsus IV, nacida poco después de la llegada de sus padres treinta y cuatro años antes. A pesar de su herencia, las huellas de un acento todavía eran detectables, al menos para los oídos de Jenn, insinuando las raíces de su familia en algún lugar de la región del subcontinente indio en la Tierra. Chandra estaba vestida con un conjunto de overoles grises con sus credenciales de acceso colgando en su cuello. Esto, junto con su cabello negro recogido de su rostro y asegurado en un moño apretado, hacía que Chandra se viera como la ingeniera dedicada y trabajadora que había sido puesta de mala gana en una posición de liderazgo. Jenn sabía que esto era cierto, ya que la otra mujer había hecho un punto de anunciar eso a cualquiera que pudiera estar al alcance del oído en cualquier momento. A pesar de su reciente ascenso a la palanquilla de gerente, Chandra insistía en mantener un enfoque práctico de la operación de la planta. Si eso significaba arrastrarse por un conducto de servicio para reparar un equipo a expensas de finalizar un informe de estado para sus supervisores, entonces que así fuera. Jenn le había tomado un gusto instantáneo.

Soltani preguntó:

—¿Hay algo nuevo que debamos saber antes de terminar la noche?

Sacudiendo la cabeza, Chandra respondió:

—Nada. Acabo de llegar de la sala de control y todas las luces de estado son verdes. Estaba a punto de hacer mis últimas rondas antes de pasarlas al supervisor de segundo turno. Pueden acompañarme si quieren.

El trío partió, adentrándose en el laberinto de corredores, pasarelas, vías de servicio y conductos de acceso del centro de distribución. A pesar de toda la maquinaria y el equipo de soporte contenido en esta estructura de tres pisos, los materiales de supresión de ruido se aseguraban de que cualquier sonido potencialmente dañino estuviera protegido. Esto permitía que la tripulación de la planta se moviera por las instalaciones sin la necesidad de protección auditiva, excepto en aquellas áreas donde era inevitable acercarse a los equipos.

—La mayor parte del daño que sufrimos se limitó al exterior del edificio —dijo Chandra mientras caminaban, pasando a un par de ingenieros que trabajaban frente a un panel de acceso abierto que parecía lleno de toda clase de computadoras y circuitos eléctricos y otros componentes. Ambos técnicos, un hombre y una mujer, asintieron ante su aproximación y ofrecieron saludos corteses.

Soltani dijo:

—El informe indicó que el daño no fue tan extenso.

—Un par de conductos de distribución y algo de protección, pero nada demasiado serio —respondió Chandra—. La desconexión de la planta fue más una consideración de seguridad, mientras mi gente terminaba las reparaciones, más que cualquier otra cosa. Además, nos dio la oportunidad de probar nuestros procedimientos de respaldo y recuperación ante desastres. La mayoría de la gente en la ciudad ni siquiera notó nada, ya que las otras dos plantas pudieron soportar la carga.

Hizo una pausa y Jenn vio que su expresión cambiaba. Era una mirada que había visto muchas veces desde que comenzó todo esto, y una vez más sintió una oleada de emociones cuando Chandra recordó recuerdos desagradables. A pesar de esto, Jenn resistió el impulso de asimilar los pensamientos de la otra mujer. Los sentimientos solos fueron suficientes para comunicar el dolor al que se enfrentaba. Había perdido a alguien ante Kodos y sus verdugos, y el nivel de intensidad emocional era suficiente para decirle a Jenn que era alguien cercano.

Como si se diera cuenta de su cambio de comportamiento, Chandra se aclaró la garganta y volvió a dirigir su atención a Jenn y Soltani.

—Lo siento. Es solo que… —Dejó que la frase se desvaneciera en sus labios.

—Está bien —dijo Soltani, poniendo una mano sobre su antebrazo—. Entendemos.

—Estoy segura de que han escuchado historias similares desde que llegaron aquí. —Era un noble intento de erigir un frente valiente, aunque Jenn veía a través del engaño.

—Pero no hemos tenido noticias suyas —dijo.

Levantando la mano para limpiarse una lágrima por el rabillo del ojo derecho, Chandra soltó una pequeña carcajada que Jenn sabía que era forzada.

—Solo nos habíamos estado viendo por un par de meses. La conocí en uno de los bares del distrito de las artes, y nos llevamos bien. Había tenido una mala ruptura y ya no quería quedarse en Tarsus IV. Había una bolsa llena y acostada a sus pies en el bar cuando nos conocimos. Todo lo que no encajaba, estaba feliz de dejarlo atrás.

Los grandes ojos marrones de Chandra estaban llenos de lágrimas cuando rememoró el recuerdo.

—Había salido de una mala relación hacía casi seis meses, así que sabía de dónde venía. Hablamos toda la noche y ella decidió quedarse. Ni siquiera la vi durante una semana después de eso, y luego un día está de pie en mi puerta principal. —Una vez más, la sonrisa regresó—. Estaba más feliz de lo que había estado en mucho tiempo, y ella también. Ya hablábamos de planes a largo plazo, y entonces… —Agitó una mano en el aire frente a su cara—. Entonces sucedió todo esto.

Los sentimientos de catarsis e incluso alivio se apoderaron de Jenn mientras Chandra hablaba. Era evidente que la mujer de luto no había hablado con nadie sobre su tragedia personal y había estado buscando una salida. Necesitaba dar voz a su dolor y finalmente estaba encontrando una sensación de paz interior. Después de un momento, Chandra se secó los ojos y su expresión se suavizó.

—Lo siento. No quise agobiarla con todo eso.

—Está bien —respondió Jenn—. De verdad.

Un pitido resonó en el pasillo, haciendo que Chandra se volviera hacia un panel de comunicaciones colocado en la pared cercana. Un indicador rojo parpadeaba y la rejilla del altavoz del panel estalló con una voz masculina fuerte y ansiosa que Jenn reconoció.

—*Atención a todo el personal. Este es el Supervisor Maharaj. Tenemos una entrada no autorizada. Primer nivel, entrada oeste. Los protocolos de bloqueo de emergencia están vigentes. Aseguren sus estaciones y repórtense al control central.*

Con la confusión y la preocupación oscureciendo sus rasgos, Chandra miró a Jenn y Soltani.

—¿Que demonios? —Alcanzando el panel de comunicaciones, encendió su control de activación—. Chandra a la sala de control. Ravi, ¿qué está pasando?

Por el canal abierto, el supervisor de segundo turno de la planta de distribución, Ravishankar Maharaj, respondió:

—*Todavía lo estamos resolviendo, Vanessa. La cerradura de acceso de la entrada oeste está fuera de línea, y los escaneos internos muestran que la puerta se abrió desde el exterior. Entonces todo en el tablero principal se oscureció. No tengo ninguno de los sensores o…*

El resto del informe de Maharaj se perdió en un estallido de estática seguido de un zumbido proveniente del altavoz del panel de comunicaciones.

—¿Ravi? —Chandra volvió a tocar el panel de control—. Ravi, ¿estás ahí? —Mirando hacia atrás a Jenn y Soltani, dijo—: Está muerto.

Jenn, sacando su phaser de la funda en su cinturón, le indicó a Chandra.

—Si hay intrusos, no podemos quedarnos aquí. —Los recuerdos de Soltani de perder a Piotr y Meizhen regresaron apresurados, amenazando con derrumbarlo—. No hay forma de saber qué quieren o lo que harán para conseguirlo.

—Hay una escalera al final de este corredor —dijo Soltani, sosteniendo su phaser con ambas manos—. Podemos usarlo para llegar a la sala de control.

Llegaron a la mitad de las escaleras antes de que Jenn alcanzara el brazo de Soltani, deteniendo su avance.

—Alto —advirtió, su voz justo por encima de un susurro.

Soltani miró a su alrededor, barriendo el pasillo en ambas direcciones.

—¿Qué sucede?

—En las escaleras. Alguien viene.

Girando para apuntar su arma hacia la escalera, Soltani dijo:

—No escucho nada.

—Yo tampoco —agregó Chandra.

Jenn tampoco había escuchado nada. En cambio, había captado los dos conjuntos de pensamientos cada vez más cercanos con cada segundo que pasaba. Había requerido poco esfuerzo detectar al par de individuos, ambos hombres. Uno de los ellos estaba preocupado por hacer ruido en las escaleras mientras evitaba resbalarse. Incapaz de explicar nada de esto, Jenn hizo un gesto a sus compañeros para que se alejaran del hueco de la escalera antes de avanzar hacia la puerta, phasers en alto y listos.

El primer hombre apareció en el umbral que conducía a las escaleras. Vestido con ropa oscura y una máscara cubriendo su rostro, se convirtió en un blanco perfecto. Jenn vio que sus ojos se abrieron de sorpresa cuando disparó, el único rayo aturdidor golpeándolo en el pecho. Todavía estaba volviendo a caer en el hueco de la escalera cuando Jenn dio un paso adelante y vio que el amigo del hombre reaccionaba ante el repentino ataque. Presionó el gatillo disparador del phaser nuevamente y el otro hombre se derrumbó.

—¡Ena!

Jenn se giró ante el grito de advertencia de Soltani al ver al teniente y Chandra agachados contra la pared del pasillo. Soltani estaba disparando su propia arma a otro par de figuras cerca del extremo más alejado del corredor. Los recién llegados respondían a los disparos, pero Soltani fue más rápido y derribó a ambos intrusos en segundos.

—No importa —dijo, lanzando una sonrisa tímida hacia Jenn.

—¿Quieres apostar que hay más de ellos? —preguntó ella.

Chandra dijo:

—Puede que se dirijan a la sala de control. Tenemos que subir allí, o al menos advertir a alguien.

—Sí. —Jenn alcanzó su comunicador—. Definitivamente necesitamos advertir a alguien. —No tenía idea de si alguien en la *Narbonne* estaba monitoreando las instalaciones críticas como las plantas de distribución de energía y observando cualquier desviación de su funcionamiento normal. Tal vez los intrusos habían podido enmascarar su infiltración. Si ese fuera el caso, entonces ella, junto con Soltani, Chandra y todos los demás en este edificio podrían no obtener ayuda. Abrió su comunicador.

—Jenn a la Comandante Georgiou.

Nada. Ni siquiera estática.

Esto no puede ser bueno.

Su sensación inicial solo se fortaleció cuando se apagaron las luces, y escuchó el sonido revelador de los equipos cerrándose.

Todo parecía haberse desconectado. Justo ahora.

27

—¿Estamos listos?

Acunando en su codo izquierdo el rifle phaser que había tomado de una de las armerías de las fuerzas de seguridad de Nueva Anchorage, Joel Pakaski estaba detrás de su especialista en informática, Hisayo Fujimura, observando cómo las manos de la joven se movían sobre la variedad de botones e interruptores multicolores de la estación de trabajo. Observó que los otros tres miembros de su equipo, todos vestidos como él y Fujimura con monos negros, estaban colocados en cada una de las puertas que conducían desde las entradas de la planta de distribución de energía, asegurándose de que nadie los molestara durante estos próximos minutos críticos.

—Ya casi. Solo unos minutos más —respondió Fujimura sin levantar la vista de su trabajo.

Pakaski intentó no mirar ninguno de los dos cronómetros de pared de la habitación, ni siquiera el modelo más pequeño en su muñeca. No ayudaría mirar sus números mientras avanzaban con agonizante lentitud mientras él y los demás esperaban a que Fujimura completara su infiltración en el sistema informático de la planta. Sin nada que hacer, observó a los tres técnicos inconscientes en medio de ellos. Una yacía en el piso donde se había caído después de ser aturdida, y sus dos compañeros varones estaban desplomados en las sillas en sus respectivas estaciones de trabajo.

Al estudiar a los tres empleados de la insensata planta, Pakaski se sintió satisfecho con su decisión de no haberlos matado. Había habido suficiente muerte en los últimos días, y estaba contento de liberarse de ella. Esa libertad estaba a su alcance, tal vez a menos de una hora de distancia, si todo salía según lo planeado.

—Estoy dentro —informó Fujimura—. He accedido a los protocolos de seguridad del sistema. Comenzando mi puenteo. —La delgada y menuda asiática era todo negocios, su atención moviéndose entre la consola de control y la interfaz de la computadora portátil que traía con ella solo para esta tarea. Después de incontables horas repartidas en los últimos tres días, renunciando a dormir decentemente y tomando sus comidas en un escritorio de campo en el escondite subterráneo muy por debajo de Mount Bonestell, sus esfuerzos estaban a punto de dar sus frutos de manera importante.

Ya había eludido los sensores de seguridad internos de la planta, habiéndolo logrado al conectarse a un terminal de datos en la primera oficina que encontraron al entrar al edificio. La derivación había sido bastante fácil de enmascarar, al menos lo suficiente como para que Pakaski guiara a su equipo a la sala de control principal de la planta e incapacitara a los empleados de servicio aquí. El supervisor, un hombre de mediana edad de ascendencia india que se tomaba en serio su trabajo, ya estaba descubriendo que algo andaba mal cuando llegaron Pakaski y los demás. No se había podido evitar que alertara

generalmente a cualquiera en el edificio, y Pakaski se vio obligado a no contar los segundos antes de que alguien decidiera tomar medidas. Su creciente nerviosismo no recibió ayuda cuando Fujimura puso en movimiento la siguiente fase de su ataque a la infraestructura de la planta al deshabilitar el acceso a la computadora y la energía principal en la mayor parte del complejo, con la notable excepción de la sala de control junto con la fuente de energía primaria de la planta y La red de distribución saliente. Esa acción conllevaba el riesgo de ser detectados desde algún lugar más allá de la planta misma, una realidad que solo aumentaba la ansiedad de Pakaski.

Consultó su cronómetro de muñeca. En verdad, habían transcurrido casi diez minutos desde que tomaron la sala de control de la planta. ¿Cómo había pasado desapercibida su presencia durante tanto tiempo? ¿Habían sido los esfuerzos de Fujimura para ocultar sus actividades tan efectivos, o su buena fortuna solo un producto de simple suerte? Pakaski no deseaba saber la respuesta a esa pregunta.

—Hisayo —le dijo.

—Estoy trabajando en ello. —Su tono era de leve irritación, y Pakaski se lo permitió. Fujimura era una antigua empleada civil de las fuerzas de seguridad de la ciudad, y su hábito era concentrarse en la tarea que tenía enfrente, casi excluyendo todos los demás estímulos. Las distracciones solo servían para avivar su molestia, y no tenía reparos en dar a conocer su disgusto, independientemente del destinatario de su ira. Los supervisores y los comandantes de la vigilancia habían dejado de molestarle hacía mucho tiempo para aconsejarla sobre su comportamiento, ya que habían descubierto que su mayor valor radicaba en su perspicacia técnica más que en sus habilidades de para relacionarse con los demás.

Por supuesto, ninguno de sus trabajos o excentricidades importaría si Fujimura no pudiera ejecutar los resultados de esa labor, o si los otros empleados de la planta pudieran organizar una defensa organizada del edificio, o si recibieran ayuda del equipo de la Flota Estelar, de los cuales Pakaski sabía que dos estaban en algún lugar del edificio. Eran un incoveniente inesperado en su plan general, pero podría manejarse, siempre que no se convocaran refuerzos. Como parte de sus preparativos, Fujimura había previsto esta posibilidad y traído con ella el equipo necesario para bloquear las comunicaciones desde y hacia la planta. Con la excepción de sus propios dispositivos de comunicación, los cuales estaban configurados en una frecuencia específica, todos los demás canales eran inaccesibles. Esto incluía los comunicadores llevados por el personal de la Flota Estelar.

—¡Oigan! ¡Alguien viene!

Pakaski escuchó la advertencia de uno de sus hombres unos latidos de corazón antes de que fuego phaser estallara desde algún lugar fuera de la sala de control. El hombre que vigilaba la puerta más cercana se estremeció, tratando de presionarse contra la pared mientras apuntaba su arma al pasillo y devolvía el fuego. Al reconocer el tono distintivo de las armas disparadas desde el corredor, Pakaski supo la identidad de sus nuevos adversarios.

La Flota Estelar.

—¡Hisayo! —gritó mientras se movía para ayudar al hombre a mantenerse en la puerta—. ¡Maldita sea, están aquí!

Fujimura se volvió en su asiento.

—Estoy dentro. He eludido todos los protocolos de seguridad, y podemos iniciar la secuencia siempre que usted esté listo.

—Hágalo —espetó Pakaski. Acercándose a la puerta, disparó tres veces al pasillo, más para cubrirse que con cualquier esperanza real de acertarle a algún objetivo real. Estaba seguro de haber visto al menos dos figuras acechando en las sombras del pasillo poco iluminado, pero no podía estar seguro.

Mirando detrás de él, gritó:

—¡Ahora, Hisayo!

Asintiendo, Fujimura esbozó una sonrisa de complicidad antes de volver a la estación de trabajo. Una vez más, sus dedos se movieron tanto por el teclado de su terminal portátil como por las filas de botones de la consola mientras ingresaba otra secuencia de instrucciones. Luego, se recostó en su asiento, el dedo índice de su mano derecha balanceándose con un toque dramático sobre un botón rojo parpadeante.

—Hora de despertar a los vecinos.

Presionó el botón, y solo entonces Pakaski se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y apretando la mandíbula. Entonces vio una de las figuras moviéndose en el pasillo de nuevo y disparó en su dirección. Su descarga falló nuevamente.

Vamos, Hisayo. ¡Vamos!

Mirando hacia donde Fujimura permanecía en su estación, Pakaski vio que varios indicadores en el panel de estado principal de la sala de control habían cambiado de verde a rojo. Una alarma comenzó a sonar desde un altavoz empotrado en el techo, que Fujimura desactivó al tocar otro control. Desde su punto de vista, Pakaski pudo distinguir las pantallas de visualización de la placa de estado, cada una de las cuales desplazaba líneas de texto generadas por el sistema de supervisión automatizado de la planta. Todos los monitores le proporcionaban pequeñas porciones de una historia más grande y multifacética que estaba ansioso por ver.

—El aumento energético es del 84% del flujo de energía normal —informó Fujimura—. Justo como esperaba, no se están implementando protocolos de seguridad. Eso debería ser más que suficiente.

—¡Oigan! ¡Alguien viene!

Maldición.

Al escuchar el grito de alarma, Enamori Jenn se preguntó qué había hecho para revelar su presencia al hombre que estaba de pie a solo diez metros de ella, justo dentro de la puerta este que conducía a la sala de control de la planta de energía. No que ya no fuera importante. Lo que importaba era que el hombre pálido con el pelo rojo y blandiendo un phaser de las fuerzas de seguridad la había visto. Además, sus reacciones eran acordes con alguien que había recibido un amplio entrenamiento policial o militar, lo que quería decir que sin dudarlo apuntaría y dispararía.

Jenn sintió una mano en su brazo un instante antes de que la tiraran a su izquierda. La intervención fue afortunada, ya que la sacó de la línea de fuego justo cuando un rayo de energía rojo brillante atravesó el espacio que había ocupado un segundo antes. Era Soltani, que la empujaba hacia el otro lado del corredor, proporcionándole una pequeña medida de ocultación gracias a la orientación de la puerta de la sala de control y la posición del guardia justo dentro. Sin una línea de visión directa a su cantera, el guardia se vio obligado a cambiar su posición con la esperanza de obtener un mejor disparo.

Soltani no estaba dispuesto a darle eso, y en su lugar disparó su propio phaser tres veces, luego dos veces más en dirección a la puerta. El hombre adentro se agachó para alejarse de la entrada.

—¡Cuidado!

La advertencia de Vanessa Chandra le dio tiempo a Soltani para moverse a un lado justo antes de que surgiera más fuego phaser de la sala de control. Las luces de emergencia alimentadas por batería proporcionaban la única iluminación en el corredor, y las sombras resultantes sirvieron como una escasa ocultación. Mientras sus oponentes permanecieran dentro de la sala de control bien iluminada, les sería más difícil ver quién les estaba disparando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jenn.

Chandra respondió:

—Tienen acceso a toda la planta desde esa habitación. No tengo idea de lo que quieren, pero si están allí, entonces no puede ser bueno.

Entonces todo se oscureció. De nuevo.

A diferencia de la pérdida de energía que había hundido a la mayor parte de la planta en la oscuridad, esta vez un chasquido metálico y masivo acompañó la interrupción. Antes de la suya, vio que la sala de control era víctima de esta última falla.

—Oh, mierda —dijo Chandra—. Creo que simplemente desconectaron toda la planta.

Soltani preguntó:

—¿Tienen generadores de respaldo?

—Para las oficinas y espacios de trabajo, claro —respondió la supervisora de la planta—. Pero la red de distribución en sí está inactiva. Todos los requisitos de energía para la ciudad son manejados por las otras dos plantas, hasta que esta pueda volver a conectarse, y eso no sucede automáticamente. Hay diagnósticos que ejecutar, interruptores y relés que restablecer, y algunas otras comprobaciones antes de que podamos recuperar todo. El proceso por completo lleva más de una hora, y asumiendo que quien hizo esto no destruyó todo lo que necesitamos para hacerlo.

—No lo hicimos.

La voz resonó en el pasillo, antes de que el trío fuera bañado por el brillante haz de una linterna. Luego, fuego phaser avanzó hacia adelante desde la dirección de la sala de control, acertando a Chandra en el pecho. Se hundió contra Soltani, quien apenas logró evitar que cayera de bruces al suelo del pasillo. Jenn se volvió hacia la sala de control y sacó su phaser.

—¡Ni se le ocurra! —La advertencia llegó con otro rayo de energía que atravesó la pared a su izquierda, cortando el metal. Jenn se congeló cuando la voz masculina que había dado la orden instruyó—: Suelte sus armas.

Tanto Soltani como Jenn hicieron lo que se les dijo, levantando las manos vacías. A su lado, escuchó a Soltani tratando de sostener la forma inerte de Chandra. Al mirar en su dirección, lo vio bajar el cuerpo al suelo.

—Ena —dijo, su tono bajo y ansioso—. Chandra está muerta.

No hubo oportunidad de procesar estas últimas noticias inquietantes antes de que Jenn escuchara pasos y el responsable del disparo comenzara a acercarse. No podía ver quién sostenía la linterna, pero podía sentir al menos tres conjuntos de pensamientos.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó otra voz.

Jenn escuchó un clic metálico antes de que el hombre que había dado las órdenes iniciales —y tal vez matado a Vanessa Chandra— volviera a hablar.

—Los llevaremos con nosotros.

28

La oscuridad consumía el pasillo alrededor de Georgiou mientras las luces se apagaban. Chispas se deslizaban por la oscuridad a su alrededor cuando los circuitos fueron sobrecargados y los artefactos de iluminación explotaron, disparando alarmas en el pasillo. Tan pronto como desapareció la iluminación primaria, fue reemplazada por luces de emergencia colocadas a intervalos regulares a lo largo del pasillo. También estaba al tanto de la omnipresente vibración de los generadores internos de la *Narbonne* desapareciendo. Incluso el flujo de aire de los procesos de control ambiental de la nave había cesado, haciendo más prominentes los sonidos de clics y pitidos a medida que se activaban los sistemas de respaldo operados por batería.

¿Qué demonios acaba de suceder?

Un zumbido sordo comenzó a emanar a través del revestimiento de la cubierta, y cuando se apoyó contra un mamparo, Georgiou sintió una leve reverberación en su superficie de metal. A su izquierda y derecha, los miembros de la tripulación de la nave tropezaban con el pasillo a través de puertas entreabiertas, las que habían podido abrir, al menos.

—Comandante Georgiou —dijo una voz, y vio a la Teniente Melissa Parham que avanzaba por el pasillo hacia ella—. ¿Está bien?

Georgiou asintió cuando la oficial del timón de la *Narbonne* se le acercó.

—Estoy bien. Solo un poco desorientada. ¿Qué está pasando?

—No tengo idea, pero si tuviera que adivinar, diría algún tipo de sobrecarga o aumento de potencia. Estamos enganchados al centro de energía primaria del puerto espacial, que se alimenta de una planta de distribución que también suministra energía a la ciudad. Si todos nuestros generadores y reguladores a bordo están desconectados, es probable que se trate de un problema en toda la nave. Voy camino al puente.

Indicando que seguiría a la teniente, Georgiou se colocó detrás de Parham cuando la mujer más joven abrió el camino a través del pasillo poco iluminado que era la vía principal de la nave en este nivel. Pasaron junto a otros miembros de la tripulación, la mayoría de los cuales parecían haber superado su sorpresa inicial y momentáneo y se dirigían a sus puestos de destino o participando en grupos de control de daños. Georgiou escuchó fragmentos de instrucciones e informes cuando el entrenamiento y los procedimientos salieron a la luz y la tripulación se dedicó a sus diversas tareas.

—El Capitán Korrapati los entrena a todos muy bien —observó Georgiou.

Parham respondió:

—Es posible que no pasemos muchas inspecciones de elegancia o que no seamos los más bonitos de ver, pero no deje que los overoles sucios la engañen, Comandante.

Cuando tenemos que hacerlo, podemos girar y quemarnos como cualquier nave de la línea.

A medida que avanzaban, cuanto más Georgiou veía que los esfuerzos de la tripulación ya estaban teniendo efecto, al menos se restauraba parte de la iluminación del pasillo principal. Al llegar al puente, todas las alarmas que habían estado sonando en los pasillos habían desaparecido, reemplazadas por secuencias rítmicas de pitidos y tonos a medida que se activaban los protocolos de diagnóstico en varias estaciones de trabajo, paneles de acceso y otras superficies de control.

Georgiou siguió a Parham por la puerta del puente y vio al Capitán Korrapati parado en el centro de la habitación, supervisando el caos controlado a su alrededor. El olor a humo, a aislante quemado, el cableado óptico y otros materiales compuestos ensuciaban el aire, junto con el reconocible olor del supresor de incendios. Los miembros de la tripulación de la nave se encontraban en cada estación, y Georgiou vio que varias pantallas estaban apagadas, junto con consolas de control quemadas y más de unas tiras de iluminación fundidas.

—Bienvenidas a la fiesta —dijo Korrapati al verlas a ambas.

Parham, acercándose a la consola del timón, preguntó:

—¿Qué pasó, señor?

—Un inmenso aumento de energía de la planta de distribución. Afectó a todo el puerto espacial y a una buena parte de la ciudad también. Hay sobrecargas y quemaduras de circuitos en todas partes, y la planta misma parece estar desconectada.

—¿Qué hay con las instalaciones de emergencia? —preguntó Georgiou—. ¿El hospital?

Korrapati frunció el ceño.

—No sabemos si fueron golpeados, pero tienen generadores de emergencia y otros sistemas de respaldo si los necesitan. Sospecho que lo mismo es cierto para otros activos de primera respuesta. Una vez que resolvamos todo aquí, podemos comenzar a consultar con la administración de la colonia para evaluar el daño.

—Parece que nos golpearon bastante bien —dijo Parham. La oficial del timón había evitado su silla y en cambio estaba inclinada sobre su consola. Georgiou pudo ver por las filas de indicadores y otras lecturas que la teniente estaba realizando verificaciones de estado y recolectando información que se transmitía al puente desde otras áreas de la nave.

—Perdimos alrededor del 40% de nuestros relés de potencia —ofreció la Comandante Natalie Larson mientras salía de la estación de control del sensor primario a lo largo del mamparo de estribor del puente—. Volaron más capacitadores de los que puedo contar. Ingeniería tendrá las manos ocupadas por un tiempo.

Georgiou preguntó:

—¿No estamos protegidos de este tipo de cosas?

—Lo estamos, al menos en cierta medida —respondió la primer oficial de la *Narbonne*. Dejó que su mirada vagara por el puente—. Por otro lado, esta es una nave

más antigua, y no tenemos los sistemas de vanguardia como los que están recibiendo las naves de línea. Probablemente nos descartarán antes de darnos ese tipo de actualización.

De pie junto a su silla de mando, Korrapati puso su mano sobre el reposabrazos del asiento.

—Dicho eso, lo aguantó bastante bien, considerando todo.

Larson asintió con la cabeza.

—Es cierto, señor. —Para beneficio de Georgiou, agregó—: La distribución de energía primaria fue desconectada, pero no dañada. Los sistemas de respaldo están funcionando, lo cual es lo suficientemente bueno por ahora. Las primarias volverán a estar en línea dentro de media hora más o menos. Después de eso, la mayoría serán sobrecargas y quemaduras que deberán reemplazarse o enrutarse hasta que ingeniería pueda con todo.

Un zumbido desde el frente del puente llamó la atención de Georgiou, y se volvió para ver la pantalla principal volviendo a la vida. La pantalla mostró una secuencia de colores y luego una cadena de texto codificado e indescifrable que indicaba que el software de imágenes se estaba reiniciando y ejecutando los diagnósticos de inicio. Un momento después, la imagen se convirtió en una vista del puerto espacial como si Georgiou estuviera mirando a través de una ventana en la proa de la *Narbonne.*

Casi todo estaba a oscuras.

—Los sensores aún se están reiniciando —informó la Comandante Larson desde donde había regresado a la estación de sensores que estaba usando para supervisar el control de daños y las reparaciones—. Pero tenemos suficiente para darnos una vuelta por la zona. Todo el puerto espacial se desconectó gracias a la oleada, y al menos el 37% de Nueva Anchorage también se ve afectado. —Tocó varios controles antes de consultar una de las lecturas de la consola—. Comandante Georgiou, el hospital parece estar funcionando con sus generadores de respaldo.

—Gracias, Comandante. —Georgiou frunció el ceño—. ¿No existen procedimientos para evitar que ocurra este tipo de cosas? En las centrales eléctricas, quiero decir.

Larson asintió.

—Deberían. Se supone que las plantas tienen múltiples protocolos redundantes diseñados para evitar que las sobretensiones como esta se ejecuten sin control. Según nuestros sensores antes de que se apagaran, la sobretensión que nos golpeó fue casi el doble de lo que se supone que deberíamos estar recibiendo. Suponiendo que los protocolos de seguridad de la planta estén activos y no haya problemas de mantenimiento con el equipo físico, ese tipo de sobrecarga debería ser imposible.

—Entonces, la planta que nos está suministrando energía mientras estamos en el suelo simplemente produjo una oleada de energía incontrolada —dijo Korrapati—. ¿Y quedamos en el medio? ¿Soy el único que piensa que eso suena sospechoso?

—No, señor —respondió Georgiou. Luego, recordando algo que debería haber recordado antes, se maldijo y sacó su comunicador del bolsillo de su uniforme—.

Tenemos gente allí. Soltani y Jenn. Estaban ayudando con las inspecciones finales de la planta después del daño que sufrió durante algunas de las protestas.

—Las comunicaciones todavía están fuera de línea —dijo Larson—. Volverán en un par de minutos.

Georgiou miró hacia la escotilla que conducía desde el puente.

—Entonces puedo ir a verlos yo misma. —A Korrapati, le dijo—: Solicito permiso para que un destacamento de seguridad me acompañe, señor.

—Nuestros transportadores están desconectados y no volverán por al menos treinta minutos. Para cuando llegue allí, las comunicaciones volverán a funcionar —respondió el capitán—. Solo tomemos un respiro y asegurémonos de no estar corriendo en todas direcciones sin un plan. Si se trata de una huelga coordinada, puede haber más. —Como si sintiera la inminente protesta de Georgiou, levantó una mano—. Cuando recuperemos las comunicaciones y no podamos conectarnos con el equipo en la planta, entonces podrá ir.

Volviendo a su trabajo, Larson gritó:

—Creo que puede haber algo aquí, Capitán. Algo está sucediendo. —Ambas manos trabajaban diferentes conjuntos de controles en la estación del sensor y, sin apartar la vista de la consola, continuó—: Podemos recibir transmisiones entrantes. Estoy aprovechando las noticias de la ciudad. —Se dirigió hacia la estación de comunicaciones—. ¿Alférez?

—En eso, Comandante —respondió Richard Doherty, el oficial de comunicaciones de la *Narbonne*—. Todavía no estamos completamente en funcionamiento, pero puedo compensarlo. Presionando uno de los retroalimentadores.

El alférez presionó otro control, y la imagen en la pantalla principal cambió de nuevo, mostrando a una mujer bien vestida sentada en un escritorio y enmarcada por un telón de fondo del horizonte de Nueva Anchorage. En la parte inferior de la pantalla había una pancarta roja que resaltaba una línea de texto blanco que se desplazaba de derecha a izquierda, informando a los espectadores de una serie de explosiones inexplicables que ocurrían en varios puntos de la ciudad. El Alférez Doherty había captado la transmisión con la presentadora de noticias a mitad de la frase, y cuando hablaba, su actitud era serena y su tono de absoluta seriedad.

—*... seis explosiones separadas han sido confirmadas. Los objetivos parecen ser edificios o instalaciones supervisadas por el gobierno de la ciudad, incluido el anfiteatro, el juzgado, dos edificios administrativos, un recinto de las fuerzas de seguridad y una estación de bomberos. Las autoridades no tienen pistas sobre quién podría ser responsable, y aún nadie se ha presentado para reclamar la responsabilidad. Tampoco se ha confirmado si el incidente en la Estación Energética 2 y los problemas que ha causado desde el aumento inexplicado de energía están conectados a los bombardeos.*

—¿Alguien quiere apostar en contra de que estén conectados? —preguntó Korrapati.

Georgiou sacudió la cabeza.

—No, señor, y apuesto a que también sabemos quién es el responsable.

Una nueva alarma de la estación del sensor los hizo volverse a donde Larson estaba consultando las nuevas lecturas que eran enviadas a su consola.

—Ha habido una violación del campo de fuerza en el perímetro del puerto espacial. Los generadores de respaldo dan soporte a los campos, pero uno de ellos simplemente se desconectó. —Tocó otro control—. Estoy captando un vehículo no autorizado ingresando a los terrenos del puerto.

—Active la alerta roja —ordenó Korrapati—. Convoque a cualquiera que todavía esté afuera y asegure todas las escotillas exteriores. ¿Hacia dónde se dirige ese vehículo?

Larson respondió:

—No hacia nosotros, señor. —Un segundo después, apartó la vista de la consola—. Se dirige a uno de los otros transportes. Los escaneé, Capitán: solo uno se vio afectado por el aumento de potencia. El otro no fue tocado.

—Maldita sea —dijo Georgiou—. Alguien está tratando acercársele. —¿Podía ser Kodos? ¿Acaso el gobernador fugitivo finalmente había salido de su escondite, en un atrevido intento de escapar?

Korrapati preguntó:

—¿Tenemos gente de seguridad en el terreno por allí?

—Solo dos, señor —respondió Larson mientras se alejaba de la consola del sensor—. Solicito permiso para…

—Vaya —espetó el capitán antes de señalar a Georgiou—. Llévese a la comandante y un destacamento de seguridad. Asegure esa nave.

29

Si bien la iluminación de la linterna de confianza tomada de la mochila de herramientas de su ingeniera era útil, hizo poco para calmar la inquietud de Haley Carroll.

—Vaya, pero está muy oscuro aquí afuera. Y también es espeluznante. —La luna algo ayudaba, proyectando un haz de luz azul pálida sobre todo mientras hacía poco para ahuyentar las sombras proyectadas por los edificios circundantes.

De pie junto a ella, la Alférez Dralax respondió:

—Puedo ver lo suficientemente bien incluso sin su luz.

Carroll no pudo evitar sonreír.

—Claro, agita tus ojos Denobulanos en mi cara. ¿Cómo es que cada especie con la que nos encontramos los humanos termina teniendo algo en su fisiología queque supera a lo que sea con lo que nacemos nosotros? —Ofreció un gruñido simulando desaprobación—. La vida es tan injusta.

—Cualesquiera que sean las diferencias biológicas entre nuestras especies —dijo Dralax—, no que la humanidad haya fallado en hacer contribuciones significativas a la comunidad interestelar. Usted y su gente tienen mucho de qué estar orgullosos.

Ella se rió entre dientes mientras buscaba el comunicador en su cinturón de equipo.

—Por supuesto. Reunimos un montón de planetas para formar un club. Peleamos un par de guerras juntos. Nos ayudamos mutuamente en tiempos de crisis. Eso aún no me ayuda a ver en la oscuridad ni a vivir… ¿cuánto tiempo viven los Denobulanos de todos modos?

—Nuestro promedio de vida puede ser de hasta trescientos años medidos Terranos, Teniente.

—Y encima también eres prácticamente inmortal en comparación con nosotros. Eso es genial. —Se rió para mostrar que se estaba divirtiendo un poco a expensas de su amiga—. ¿Y no te dije que me llamaras Haley? Si vamos a trabajar juntas en la oscuridad a todas horas de la noche, no hay necesidad de ser tan formal.

—Muy bien, Haley.

Satisfecha con su pequeña victoria, Carroll sonrió. Los dos habían sido emparejados para un turno de guardia de cuatro horas en los muelles donde atracaban los dos únicos transportes civiles del puerto. Con la escasa tripulación de la *Narbonne*, apoyando varios esfuerzos en Nueva Anchorage, así como los grupos de búsqueda que actualmente buscaban al Gobernador Kodos, todos y cada uno de los que podían aliviar los destacamentos de seguridad de la nave con exceso de trabajo para turnos de guardia y otras mundanas tareas estaban siendo puestos en servicio. Incluso médicos como Dralax y los miembros civiles del Cuerpo de Ingenieros de la Flota Estelar no habían estado exentos del aburrido pero necesario deber, y el destino había considerado conveniente

asociar a Carroll con el afable Denobulana. A decir verdad, la caminata con Dralax desde la *Narbonne* había sido el mayor tiempo que había pasado con él desde que el Almirante Anderson la asignara a la nave y al equipo de respuesta de Tarsus IV en la Base Estelar 11. Había habido pocas oportunidades para socializar en el camino, con cada miembro de la línea base de la nave y las tripulaciones extendidas centradas en varios preparativos para que pudieran estar listos para prestar ayuda al descender al planeta. Después de la llegada de la nave, todos habían recurrido a una tarea u otra, trabajando a todas horas del día y de la noche. El personal médico en particular había estado muy ocupado, hasta el punto de que la mayoría, incluido Dralax, estaban tomando breves períodos de sueño en el hospital de Nueva Anchorage.

Tendremos al menos cuatro horas para conocernos, suponiendo que este pequeño problema energético no sea nada grave.

—Carroll a la *Narbonne* —dijo en su comunicador después de abrirlo. La estática fue la única respuesta a su llamada, que repitió con el mismo resultado. Le dio la vuelta al dispositivo en la mano, quitó la tapa posterior e inspeccionó sus componentes internos—. No tiene nada de malo. El problema debe estar de su lado.

Dralax también intentó contactar a la nave con su propio comunicador, y no tuvo más éxito que Carroll. Dijo:

—Tal vez la *Narbonne* se vio afectada por lo que haya causado que el puerto espacial perdiera energía.

Los dos caminaban desde la nave hacia los otros espacios de atraque del puerto espacial cuando la oscuridad descendió sobre toda el área. Todas las luces exteriores y cualquier iluminación visible dentro de los edificios circundantes se extinguieron, y Carroll escuchó el sonido de una alarma cuando el campo de fuerza que rodeaba el puerto espacial falló. A eso le siguieron momentos después los generadores de respaldo que se activaban para garantizar la operación continua del campo, pero la energía a las luces exteriores fue más lenta en regresar, por razones que ella no comprendió. Se podían ver tenues brillos en algunas de las lámparas cercanas ubicadas a lo largo de los senderos para caminar y las carreteras de servicio utilizadas por los vehículos terrestres. A lo lejos, pudo ver los espacios de atraque para las naves visitantes que volvían a la vida.

No debería tomar tanto tiempo, ¿verdad?

—Deberíamos seguir yendo hacia los muelles de atraque —dijo—. Tal vez los tipos que estamos relevando sepan algo.

—Eso parece un curso de acción prudente —respondió Dralax mientras el par continuaba caminando en dirección a los atracaderos.

El camino que atravesaron los llevó a pasar por uno de los hangares de equipos del puerto espacial, que Carroll supo por su inspección inicial que se usaba para dar servicio a pequeñas naves atmosféricas y las cápsulas de trabajo de una persona utilizadas para desplegar, recuperar y dar servicio a satélites en órbita alrededor del planeta. Más allá de esa estructura, podía ver las columnas de metal y las inmensas secciones de termoconcreto que formaban el muro perimetral del puerto. En el lado más alejado de la

pared estaba el tranquilizador resplandor amarillo anaranjado del campo de fuerza, que parecía estar operando una vez más con todo su poder después de su breve interrupción. Una de las entradas secundarias del puerto espacial también era visible, conectada por una superficie pavimentada desde la pared al resto del asfalto abierto en este extremo del masivo campo. En cuanto al hangar, se había restablecido su iluminación externa, y entonces vio a algunas personas apiñadas fuera de una de las puertas abiertas del hangar. Dentro de la bahía había un par de módulos de trabajo y un bote atmosférico en varios estados de ensamblaje. Carroll sonrió, entendiendo y simpatizando con la tripulación asignada a tales tareas a todas horas del día y de la noche. El puerto espacial, como una nave estelar, operaba constantemente.

Algo, un nuevo sonido de algún lugar cerca de la pared, llamó su atención, y vio que la sección del campo de fuerza que protegía la entrada cercana se apagó. Fue seguido por la aceleración de un motor, y luego Carroll vio el vehículo terrestre que se apoyaba en el brazo de la puerta de metal de la entrada. Las luces de marcha del vehículo no estaban encendidas, encubriéndolo en la oscuridad cercana hasta que pasó debajo de una de las luces que daban a la carretera de servicio.

—¿Dralax? —fue todo lo que pudo murmurar antes de que el vehículo chocara a través de la puerta, arrancándola de su base y enviándola lejos del camino para aterrizar en la hierba cercana. La velocidad del vehículo no disminuyó, sino que aumentó a medida que pasaba por la entrada y hacia la pista del puerto espacial.

Su llegada no pasó desapercibida, ya que las alarmas comenzaron a chillar en el campo segundos después de la violación. Nuevas luces se encendieron a través de los edificios y de las lámparas a lo largo del camino de servicio, agregando una iluminación más brillante e intensa a toda el área. El gran vehículo, casi como un tanque, fue claramente visible a medida que avanzaba a toda velocidad por la carretera, girando en la primera intersección y acelerando mientras se dirigía directamente a los muelles de atraque.

Y a los dos transportes atracados allí. ¡Mierda!

—Vamos —dijo, tirando del brazo de Dralax mientras comenzaba a correr detrás del vehículo. El Denobulano se puso a su lado y Carroll aumentó su ritmo, sosteniendo su mochila a su lado y observando cómo el vehículo giraba desde la carretera de servicio hacia un camino de conexión hacia el más cercano de los dos atracaderos ocupados. Ella cambió de dirección, corriendo por la hierba en un intento por ganar el terreno, pero estaban a cien metros de distancia y el vehículo todavía estaba en movimiento.

—No podemos esperar alcanzarlos —dijo Dralax.

Carroll respondió:

—No, pero podemos intentar ayudar a quien esté en la puerta cuando lleguen allí. —Incluso desde esta distancia, podía ver la puerta que separaba la carretera del muelle y dos figuras que emergían de un pequeño edificio cerca de la entrada. Gracias al resplandor de las lámparas sobre el edificio, reconoció los uniformes de la Flota Estelar que llevaban. Más allá de ellos y dentro del área de atraque, otras personas se movían,

vestidas con diferentes atuendos civiles. Tenían que ser trabajadores del puerto espacial, quizás enviados después del corte de energía para evaluar los daños.

El vehículo no disminuía la velocidad.

Joel Pakaski se apoyó contra el mamparo del compartimiento del transporte de personal mientras su conductor aceleraba, empujando la máquina cada vez más rápido hacia la puerta. A través del dosel delantero, Pakaski vio a dos oficiales de la Flota Estelar que sacaban sus armas y apuntaban, luego se arrojaron para evitar ser embestidos antes de que el vehículo atravesara la puerta de entrada del muelle.

—¿Qué demonios está haciendo? —estalló uno de sus prisioneros de la Flota Estelar, quien decía llamarse Soltani. Tanto él como su compañera, una mujer llamada Ena-algo Jenn, estaban haciendo todo lo posible para evitar ser arrojados de sus propios asientos mientras sus brazos estaban asegurados con restricciones detrás de sus espaldas.

Ignorando a Soltani, Pakaski mantuvo su atención en el dosel delantero.

—¡Sigue adelante! —Tomó una correa de pasajero que colgaba del techo del compartimento mientras el conductor guiaba al vehículo a girar a la derecha. El impacto con la puerta no había frenado al vehículo en absoluto, su chapado de metal pesado era más que un rival para la barrera mucho más débil desplegada antes de la entrada.

A raíz de la subida de tensión, esta fase de la operación conllevaba el mayor riesgo. Las distracciones causadas por las sobrecargas y las otras explosiones desencadenadas por los miembros de su equipo le darían muy poco tiempo. La nave de la Flota Estelar probablemente se estaba recuperando de cualquier contratiempo que la oleada pudiera haber infligido. A diferencia de sus contrapartes civiles aquí en el puerto espacial, la *Narbonne* estaría protegida de tales incidentes en mayor medida, e incluso una nave no destinada al combate espacial aún tendría sistemas diseñados para permanecer funcionales si alguna vez se encontraba en tal situación. Su tripulación también estaría entrenada y preparada para manejar crisis inesperadas como esta, quizás más que el personal del puerto espacial. Incluso si la nave en sí no estuviera en condiciones de actuar contra esta nueva infiltración, su tripulación podría desplegarse como medida defensiva.

Así que tenemos que largarnos de aquí. Ahora.

—¡Hemos llegado! —gritó el conductor, Benjamin Islip, y Pakaski sintió que era arrojado hacia la derecha cuando el transportista giró a la izquierda y comenzó a frenar. Incluso antes de que el vehículo se detuviera, Pakaski estaba presionando el control para abrir la escotilla en la parte trasera del compartimento de pasajeros. Esencialmente una rampa fortificada, la escotilla se balanceó hacia abajo desde su marco, su borde más alejado chocó contra el asfalto y permitió que la luz de las lámparas cercanas inundara el interior del vehículo.

—¡Vamos! —Pakaski fue el primero en atravesar la escotilla abierta, blandiendo su rifle phaser y apuntando por donde habían venido. Vio dos figuras con uniformes de la Flota Estelar y disparó sin previo aviso. Su primer disparo acertó a una de las figuras y lo hizo girar, tirándolo al suelo mientras su compañero se lanzaba a su izquierda en busca de

refugio. El segundo disparo de Pakaski lo alcanzó en la corrida y el hombre cayó al asfalto en un montón.

Gritos de advertencia desde algún lugar delante del transportista resonaron en el aire nocturno y rebotaron en las paredes de termoconcreto de la plataforma. Pakaski se volvió hacia los nuevos sonidos cuando Islip, saliendo del compartimiento del conductor del vehículo, cayó sobre una rodilla y sacó su propio rifle phaser. Delante de Islip, al menos tres figuras con lo que Pakaski reconoció como uniformes de las fuerzas de seguridad emergían de un pasaje de servicio en el extremo más alejado del muelle de atraque, con las armas desenfundadas. Uno de los oficiales logró disparar antes de que Islip devolviera el fuego. Eso fue suficiente para desperdigar a los recién llegados, aunque dos de los hombres descargaban disparos mal dirigidos en la dirección general del transportista.

Pakaski se volvió hacia el transportista para ver a los otros dos miembros de su equipo conduciendo a Soltani y Jenn al suelo. Giró su rifle phaser hacia los dos oficiales de la Flota Estelar y señaló a Islip.

—Ve por ellos. Yo me encargo de estos dos.

Manteniendo el plan, Islip alejó a los otros dos hombres del vehículo y los adentró en la bahía de atraque, dejando a Pakaski de pie con sus dos prisioneros.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó la mujer, Jenn.

Una vez más, Pakaski optó por no responder, y en su lugar miró más allá de ella para ver a Hisayo Fujimura bajando la rampa. Su rostro era una máscara de preocupación.

—¡No podemos quedarnos aquí! —gritó ella. Blandiendo una pistola phaser en su mano izquierda, sostenía su cartera cerca de su cadera derecha. El bolso contenía su computadora portátil, la instigadora de los eventos de la noche, y tenía que completar una tarea más antes de abandonar Nueva Anchorage y Tarsus IV.

Pakaski le ofreció una sonrisa sombría.

—No te preocupes, no lo haremos. Vamos. —Con la parte delantera de su rifle phaser, indicó a Soltani y Jenn que comenzaran a caminar hacia la bahía de atraque—. Nuévanse.

—¡Oye!

No hubo tiempo para reaccionar ante la nueva voz detrás de él antes de que Pakaski escuchara y viera el primer rayo phaser pasando por su hombro derecho. Se giró, apuntando su rifle hacia la nueva amenaza, y vio a otros dos oficiales de la Flota Estelar cerca de la puerta del área de atraque. Sin esperar, disparó cuando se acercaron a sus dos aturdidos compañeros y cayeron al suelo. Una de ellos, una mujer, se había arrodillado mientras apuntaba en su dirección. Su compañero masculino también estaba agachado cerca de uno de sus camaradas caídos con un phaser en la mano. La mujer era la amenaza más inmediata, por lo que a ella le disparó. Se dio cuenta demasiado tarde de que él no estaba retrocediendo o rindiéndose, y para entonces su rayo phaser golpeó su brazo izquierdo. Ella giró y cayó inconsciente sobre el asfalto.

—¡No! —gritó Soltani detrás de él, pero Pakaski ya estaba apuntando al oficial de la Flota Estelar restante, que estaba tratando de usar a uno de sus amigos inconscientes para

cubrirse. Sin embargo, no pudo esconderse, y el siguiente disparo de Pakaski lo alcanzó en el pecho y cayó hacia adelante, aterrizando sobre su ya aturdido compañero.

—Díganme que no los mataron —espetó Jenn. Miró primero a Pakaski y luego a Fujimura, que estaba cerca, cubriéndola a ella y a Soltani con su phaser como lo había hecho durante el breve tiroteo.

Pakaski se encogió de hombros.

—No los maté. Simplemente están aturdidos. —Al igual que con los empleados incapacitados en la planta de energía, no veía la necesidad de agregar más muertes a lo que ya era una larga lista. La mujer asesinada mientras detenía a Soltani y Jenn había sido un desafortunado accidente, un acto descuidado perpetrado por uno de sus hombres del que Pakaski se arrepentía. Era un error que se había prometido no repetir, pero por el momento necesitaba mantener las apariencias. Con eso en mente, giró su rifle phaser hacia sus prisioneros—. No me hagan lamentar esa decisión. Muévanse.

Con los oficiales de la Flota Estelar liderando el camino, Pakaski y Fujimura una vez más se dirigieron al muelle de atraque. Pakaski vio que el transporte que era su objetivo parecía ser funcional. Como parte del plan de sabotaje, le había ordenado a Fujimura que se asegurara de que esta nave no se viera afectada por el masivo estallido de energía enviado desde la planta de distribución. Mientras que la oleada había causado estragos en la *Narbonne*, en el otro transporte, así como en el resto del puerto espacial, y en una porción significativa de Nueva Anchorage, esta sola nave había permanecido aislada del ataque. Era hora de hacer uso de su premio.

—¡Pakaski! —gritó Islip desde donde estaba parado cerca de la rampa de embarque delantera del transporte—. ¡Ahí vienen! —No podía confundirse la agitación del hombre de cabello oscuro.

Dirigiendo a Jenn y Soltani hacia la rampa, Pakaski preguntó:

—¿Quiénes?

—Los escaneos muestran que más de una docena de personas provienen de la nave de la Flota Estelar, y también vienen fuerzas de seguridad adicionales. No podemos retenerlos a todos para siempre.

—No tendremos que hacerlo. ¿Cuál es el estado de la *Narbonne*?

Islip sonrió.

—Están en mala forma. El aumento los golpeó peor de lo que pensamos. Pueden tener sistemas de energía de respaldo en funcionamiento, pero no podrán volar durante al menos una hora. Su unidad warp estaba desconectada cuando descendieron en el planeta, por lo que solo les llevará al menos treinta minutos volver a reactivarlo. El otro transporte tampoco volará. Tenemos una ventaja, pero no durará mucho.

Al procesarlo, a Pakaski le gustó lo que estaba escuchando. Su pequeño y audaz plan parecía estar funcionando. Solo necesitaban respetarlo el resto del camino.

—¿Cuántos rehenes tenemos?

Haciendo un gesto hacia la rampa, Islip respondió:

—Contando esos dos, cinco. Los otros tres son trabajadores de mantenimiento.

—La gente de la Flota Estelar será más valiosa, pero usaré lo que tengamos. —Pakaski hizo un gesto a Fujimura—. Empieza.

Frunciendo el ceño, la técnica informática respondió:

—Podría llevarme un tiempo. No sé qué tipo de cifrado u otros bloqueos puedan tener.

—No puede ser demasiado difícil, porque si lo es, entonces todos iremos a la cárcel, asumiendo que no muramos aquí.

Dirigiéndose hacia la rampa de embarque, Fujimura lo miró.

—Una charla infernal, jefe.

Pakaski la miró con una sonrisa irónica.

—Mejor que la que obtendrás del alcaide de una colonia penal de la Federación.

—No ayudas.

—Estarás bien. Ponte a trabajar.

A partir de aquí, el plan era simple: tomar el control del transporte y encaminarlo hacia las montañas. Una vez allí, recogerían a Kodos y a los demás y se despedirían de Tarsus IV. Los rehenes solo habían sido realmente útiles para asegurar su escape del puerto espacial. Una vez que Kodos y los demás estuvieran a bordo, Pakaski los sacaría de la nave, donde pronto serían encontrados por un grupo de búsqueda. Con la *Narbonne* y el otro transporte incapaz de perseguirlo, el transporte robado tendría un breve intervalo de velocidad warp sin interrupciones que les permitiría hacer un par de cambios de rumbo necesarios para ocultar su trayectoria de vuelo. Con suerte, esto sería suficiente para perder a los perseguidores hasta que pudieran asegurar otra nave o un lugar para esconderse. Había planetas habitados en los sistemas estelares vecinos donde tales opciones de transporte alternativas eran disponibles, con pocas o ninguna pregunta.

Solo unos minutos más. Eso era todo lo que Pakaski necesitaba para que Fujimura hiciera su magia y lo sacara a él y a su gente de aquí. ¿Podrían detener a las fuerzas de seguridad que se acercaban durante tanto tiempo?

Por primera vez, Pakaski consideró la posibilidad del fracaso.

Supongo que lo sabremos dentro de poco.

30

Fue el silencio lo que despertó a Lorca.

Después de quedarse dormido escuchando los chirridos, clics, silbidos y otros sonidos extraños que emanaban de la vida local de insectos de Tarsus IV junto con el aulllido ocasional de algún animal en la distancia, la repentina falta de ese ruido ambiental fue suficiente para despertarlo del sueño. Con los ojos abiertos, permanecía inmóvil mientras escuchaba el silencio absoluto que ahora lo rodeaba. La luna había pasado el punto medio del cielo, proyectando un tenue resplandor azulado sobre el área y diciéndole que estaban en las primeras horas de un nuevo día.

Su primer pensamiento, de que alguien se había despertado para atender las necesidades de higiene personal, fue desestimado cuando se percatí de que podía dar cuenta de todos los otros veintitrés hombres y mujeres que componían la búsqueda. Todos menos dos estaban dormidos —o al menos no se movían— en sus fundas de dormir individuales. Los dos miembros restantes del destacamento de seguridad de la *Narbonne* caminaban en lados opuestos de un gran círculo alrededor del resto del grupo. Eran la guardia, asignándoseles un turno de dos horas para vigilar y escuchar cualquier cosa que pudiera representar una amenaza para el equipo, listos para dar la alarma si detectaban algo. Ninguno de los dos hombres parecía estar rompiendo con la rutina que habían establecido.

¿Estaba imaginando cosas?

No.

El sonido era débil, casi oscurecido por la suave brisa que soplaba en la ladera, pero aún lo oía. Venía desde algún lugar a su izquierda, desde un punto más alejado del terreno inclinado donde el equipo había acampado. Algo se había atascado en una roca o tropezado con un agujero antes de permanecer en silencio. Los animales rara vez eran tan torpes, por lo que solo quedaba una posibilidad real.

Tenemos compañía.

Girando en su bolsa de dormir como si buscara una posición más cómoda como si aún estuviera en medio de un sueño, Lorca intentó ver mejor la colina. La luz de la luna era a la vez una ayuda y una carga, desplegando trucos ante sus ojos mientras buscaba en la oscuridad cercana. Se acomodó sobre su lado izquierdo, con una línea de visión hacia la fuente del sonido. El movimiento le permitió recuperar el phaser de donde lo había dejado al lado de su cadera derecha, dentro de la manta. Desde su nuevo punto de vista, también podía ver a nueve miembros del equipo, ninguno de los cuales parecía haber respondido a lo que él escuchaba. Más allá de ellos, no había nada más que terreno irregular y sombras.

Luego, en la distancia, una de las sombras se movió.

Se separó de un parche negro más grande cerca de una losa de roca que sobresalía de la ladera, moviéndose con deliberada lentitud y sigilo. La mano de Lorca se apretó alrededor del mango del phaser y observó cómo la sombra tomaba la forma de una figura humanoide. Le siguió una segunda, moviéndose unos pasos detrás de su compañero.

El fuego phaser atravesó la oscuridad, rompiendo el silencio. Lorca se estremeció en respuesta al ruido abrupto y al destello de luz, observando cómo el rayo de energía alcanzaba al primero de los intrusos. Siguió un segundo disparo, y rastreó su fuente hasta una de las bolsas para dormir a su derecha. En cuestión de segundos, ambas figuras fueron neutralizadas y otros miembros del equipo reaccionaron ante la repentina explosión de actividad.

Arrojando a un lado su propia bolsa de dormir, Lorca se puso de pie, apuntando con su phaser a los dos intrusos. Miró a su derecha y vio a la Alférez Terri Bridges, con el phaser en la mano, levantándose sobre una rodilla, y se dio cuenta de que era ella quien había despachado a sus visitantes no deseados.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿No los escuchó?

El inexpresivo comentario ganó una sonrisa de Lorca junto con un gesto de agradecimiento.

—Bien hecho.

Más disparos de armas a su izquierda lo hicieron girar para ver a uno de los oficiales de seguridad de la *Narbonne* cayendo cuando un rayo phaser lo golpeó. Otros dos dispararon hacia la fuente del ataque, y otras dos figuras sombrías cayeron al suelo.

—¡Aseguren el área!

Lorca reconoció que el Teniente Reece O'Bannon gritaba la orden, seguido de otras instrucciones mientras organizaba al resto del equipo y evaluaba la situación.

—¡Spencer! Marca un perímetro. ¿Hay más de estos bastardos corriendo por aquí?

Moviéndose hacia el intruso más cercano, Lorca vio que el hombre vestía ropa oscura indescriptible, diseñada para ayudarlo a mezclarse con su entorno. Un pasamontañas cubría su rostro, y Lorca se arrodilló al lado del hombre para quitarle la máscara. Reveló a un humano de cabello oscuro de aparente ascendencia asiática, con la barbilla y la mandíbula cubiertas de barba. Recuperó el phaser del hombre que había caído junto a sus pies, y frunció el ceño al notar la configuración de energíadel arma.

—Bridges —dijo Lorca—, trae tu equipo médico. Quiero que este sea revivido.

Levantó la vista cuando O'Bannon se acercó, y Lorca notó que el hombre, además de carecer de la chaqueta del uniforme, también estaba descalzo. Esto le hizo percatarse de que estaba vestido de manera similar, al igual que casi todos los miembros del grupo de búsqueda. La escena podría haber sido divertida en circunstancias normales.

—Comandante —dijo O'Bannon. Le tendió un dispositivo rectangular de aproximadamente el doble del tamaño de un comunicador estándar—. Uno de los intrusos lo tenía en un bolsillo. Es un bloqueador de frecuencia, y estaba activo cuando lo encontramos en él. —Asintió con la cabeza hacia donde varias personas se movían por

los bordes del campamento—. Es por eso que los tricorder que teníamos en el perímetro no nos lo advirtieron.

Tomando el dispositivo ofrecido, Lorca lo miró con desdén.

—Alguien es astuto.

Bridges se interpuso entre él y el hombre inconsciente, después de haber regresado con su equipo médico de campo. Entrenada como médico mientras todavía era una cadete en la Academia de la Flota Estelar, la alférez había mantenido las certificaciones necesarias y, como Aasal Soltani, usaba sus habilidades secundarias para atender las necesidades médicas menores del equipo del puesto avanzado. Sin esperar a que Lorca la instruyera más, Bridges extrajo una hipospray del kit y le colocó una ampolla de un líquido pálido. Presionó el dispositivo contra el cuello del hombre y le administró la medicación, y un momento después sus ojos se abrieron. Lorca se aseguró de que lo primero que viera al recuperar la conciencia fuera el emisor de energía de su propio phaser.

—Bienvenido.

Para su crédito, el hombre permaneció quieto, acostado boca arriba y sin decir nada, aunque sus ojos se abrieron cuando reconoció el arma apuntando a su rostro.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Lorca.

—Kuzeko. Odaka Kuzeko.

Lorca se inclinó más cerca.

—Muy bien, Odaka Kuzeko, parece que tenemos un problema. Las personas que se escabullen e intentan matarme tienden a molestarme. ¿Está tratando de molestarme?

Alzando las manos de manera lenta y deliberada para indicar que no pelearía, Kuzeko dijo:

—Tómeselo con calma.

Lorca agitó el phaser capturado ante la nariz del hombre.

—¿Está oscuro aquí afuera, o mis ojos son tan malos, o esta arma está configurada para matar? —Bajó la voz y se aseguró de añadir un toque de amenaza—. Es suya, así que espero que me lo diga. De lo contrario, puede que tenga que probarla.

—No hay necesidad de eso. —Kuzeko hizo una pausa y tragó saliva mientras su mirada se movía entre Lorca y el phaser que flotaba ante sus ojos—. Está configurado para matar.

—¿Ve a lo que me refiero? —Lorca golpeó la culata del phaser contra la frente del otro hombre—. Me molesta. —Alejándose de él, hizo un gesto a O'Bannon para que ayudara a Kuzeko a ponerse de pie. El oficial de seguridad se mantuvo cerca, manteniendo un control sobre el brazo del hombre.

—Muy bien —dijo Lorca—. ¿Quien le envio? ¿O me va a hacer adivinar?

Alejando las manos de su cuerpo para demostrar que no era una amenaza, Kuzeko respondió:

—El Gobernador Kodos me envió.

—¿Para matarnos? —preguntó Bridges.

Kuzeko respondió rápidamente:

—Me dieron instrucciones de investigar a los intrusos en el área y tomar las medidas que considerara necesarias… para proteger a nuestra gente.

—He estado disparando a sus amigos durante casi dos días, Sr. Kuzeko, y no he matado a nadie. Aún no, de todos modos. —Bajando el fáser, Lorca dio un paso adelante hasta que unos pocos centímetros separaron su cara de la del otro hombre—. Por otro lado, ustedes han estado muy ocupados asesinando, ¿no es así?

—No tuve nada que ver con…

Lorca se acercó aún más, apretando los dientes.

—Ni siquiera empiece. —Una nueva ira burbujeaba dentro de él, pero la hizo a un lado. No sería bueno perder el control de sus emociones y compostura. Por lo que sabía, este hombre era inocente, al menos en cuanto a participar en la masacre. Aun así, Kuzeko ya había admitido que había ayudado a Kodos, y eso era suficiente para condenarlo a los ojos de Lorca.

—¿Comandante Lorca? ¿Teniente O'Bannon?

Alejándose de Kuzeko, Lorca vio al Alférez Dmitri Spencer caminando hacia ellos. Todavía llevaba su pistola phaser, junto con un tricorder. El oficial de seguridad rubio levantó el dispositivo portátil de escaneo.

—Hemos revisado el área, señor. Solo había cuatro de ellos. Los otros tres están bajo custodia. No encontramos un vehículo, al menos no dentro del rango de nuestros tricorders.

Para Lorca, esa última parte era una inesperada pero bienvenida noticia. Volviendo su atención a Kuzeko, miró al hombre con una sonrisa sombría.

—¿Entonces vino a pie? Supongo que su campamento no puede estar muy lejos de aquí. —Kuzeko no tuvo que responder. La forma en que sus ojos saltaron de Lorca a las otras personas en su medio, como si buscara una debilidad potencial entre el grupo o alguna vía de escape, fue una respuesta suficiente.

—¿Dónde está su campamento? —preguntó O'Bannon, sacudiendo el brazo del otro hombre.

Bridges dijo:

—Simmons tenía razón, señor. Antes, quiero decir, cuando lo interrogó después de lo que le sucedió al Teniente Giler. Su campamento no puede estar muy lejos de aquí si detectan nuestra presencia. O tal vez escucharon la explosión que mató al teniente. De cualquier manera, tienen que estar en algún lugar cercano.

—El Teniente Giler —dijo Lorca, casi para sí mismo, antes de volverse hacia Kuzeko—. ¿A quién debemos agradecer la bomba que lo mató?

Los ojos de Kuzeko se abrieron, su miedo evidente, y Lorca tuvo su respuesta, lo que le valió al otro hombre una nueva mirada a su propio phaser.

—Por qué.

No era una pregunta, sino un juicio. No había nada que el hombre pudiera decir que justificara el acto bárbaro que le había quitado la vida al Teniente Jason Giler. Kuzeko lo

supo, justo cuando pareció darse cuenta de que bien podría haber sellado su propio destino.

—Es bueno que aún le necesite. —Lorca hizo un gesto a O'Bannon—. Asegúrelo con sus amigos, luego prepare al resto del equipo. —Echó un vistazo a su cronómetro—. Nos ponemos en marcha en diez minutos. —Viajar en la oscuridad no era su primera opción, pero tarde o temprano, Kuzeko y su equipo serían extrañados, y Kodos o quien los había enviado tomaría medidas. Había una ventana de oportunidad muy estrecha aquí, pero Lorca y los demás tendrían que moverse rápido—. Dile a Simmons que está fuera de peligro. Nuestro nuevo amigo liderará la marcha.

31

Georgiou se apartó de su posición sobre el parapeto que dominaba la litera del transportista cuando disparos phaser atravesaron el aire sobre su cabeza. El ataque en su dirección duró solo unos segundos antes de que el torrente de rayos de energía barriera a su derecha, arrasando el suelo por encima y más allá de los confines de la bahía.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Haley Carroll. La ingeniera del CIFE se había tirado al suelo a lo largo del terraplén cubierto de hierba que se alejaba del parapeto, cerca del lado izquierdo de Georgiou. Sus brazos estaban sobre su cabeza en lo que ella y Georgiou sabían que era un gesto inútil. A su lado, el Alférez Dralax también estaba acostado, manteniendo la cabeza alejada del borde del terraplén.

—Cañónes phaser —dijo el Comandante Larson agachado a la derecha de Georgiou—. La nave tiene cuatro, dos arriba y dos abajo. Desde donde están sentados, pueden cubrir casi cualquier ataque terrestre.

Carroll preguntó:

—¿Estamos armando naves de transporte ahora? ¿Me perdí una sesión informativa?

—Estamos en la frontera —dijo Georgiou—. Muy lejos de la Flota Estelar. Si uno de estos transportes se topa con piratas de Orión o alguna otra nave rebelde, están por su cuenta. Más capitanes mercantes eligen armar sus naves. —Se agachó cuando el cañón disparó nuevamente en su dirección—. Normalmente diría que no hay nada malo con la idea. Pregúnteme de nuevo mañana.

Georgiou dividía su atención entre sus compañeros y el muelle mientras estudiaba la nave y el área que la rodeaba. Bañado por la luz de las brillantes lámparas de trabajo colocadas alrededor de los bordes de la bahía, el transporte tenía un aspecto lúgubre y utilitario. Esencialmente un rectángulo rechoncho con una sección delantera del casco en ángulo y una barquilla warp cilíndrica escondida a cada lado de su sección principal del casco, era un diseño que se remontaba a las últimas décadas del siglo XXII. Las placas del casco de diferentes colores, muchas con una variedad de abolladuras y cicatrices, se unían en un mosaico extraño y destartalado. Por otro lado, las barquillas parecían ser reemplazos mucho más antiguos, probablemente como parte de una actualización para darle a la nave una unidad warp más poderosa capaz de alcanzar mayores velocidades.

La bahía en la que estaba estacionado el transporte ofrecía mucho espacio para el aterrizaje y el despegue, pero también impedía un acercamiento sigiloso. Cualquiera que intentara llegar a la nave a través del asfalto quedarúa expuesto y a merced de sus cañones phaser, por no hablar de las personas a bordo que también estuvieran armadas. Eso se reflejaba en cómo la gente de seguridad de la *Narbonne* y de la colonia reaccionaba a la situación. Todos mantenían la cabeza gacha, y un puñado se retiraba del parapeto, pero para Georgiou se había hecho evidente que quien disparaba el cañón

phaser no estaba tratando de matar o incluso de lastimar a nadie. El bombardeo estaba destinado a mantener a raya a cualquiera que quisiera avanzar hacia el transporte. Eso, al menos, le daba alguna esperanza de que esta situación pudiera resolverse sin más derramamiento de sangre.

Alejándose del borde del parapeto, bajando por el terraplén y fuera de la línea de fuego, Georgiou miró a Larson. La primer oficial de la *Narbonne* estaba consultando a un tricorder en su mano.

—¿Qué está pasando?

—Sus motores están enendidos —respondió Larson—. Se están preparando para despegar.

Carroll preguntó:

—¿Sabemos cuántas personas están a bordo?

—Detecto ocho signos de vida distintos. Siete humanos, un Betazoid. —La expresión de Larson transmitía que estaba pensando lo mismo que Georgiou.

—¿La Teniente Jenn?

—Probablemente. —Larson hizo una mueca.

De pie junto a Carroll, Dralax dijo:

—Ella y Soltani estaban en la planta de distribución donde se originó el aumento de energía.

—Deben haber sido tomados como rehenes —agregó Georgiou—. Eso explicaría por qué no hemos podido contactarlos.

Maldición.

Aunque Georgiou se animaba a suponer que los dos oficiales de la Flota Estelar no habían sido asesinados en la central eléctrica, sí que complicaban el problema inmediato. Las personas que robaban el transporte parecían contenerse en su accionar contra cualquiera que se interpusiera en su camino. Si se sintieran presionados, arrinconados o sin opciones, seguramente usarían a sus rehenes como palanca para lograr sus fines. Aasal Soltani y Enamori Jenn estaban lejos de estar fuera de peligro.

Abajo, en los muelles de atraque, los motores del transporte se estaban encendiendo y su zumbido aumentaba cada vez más gracias a la acústica natural de la bahía.

—No podemos dejar que esa nave despegue —dijo Georgiou—. Y estamos seguros de que no podemos quedarnos aquí si lo hace. —Los propulsores diseñados para frustrar la gravedad de un planeta y elevar la nave hacia el espacio serían lo suficientemente poderosos como para matar a cualquiera que se encontrara cerca de la nave.

Larson respondió:

—No hay forma de mantenerla en el suelo. Si dispusiéramos de la *Narbonne*, tal vez, pero están a media hora de estar listos para el lanzamiento.

—Y no podemos asaltar la nave directamente. —Georgiou miró a su alrededor, buscando cualquier otra cosa que el puerto espacial pudiera ofrecer para frustrar el despegue inminente del transporte—. ¿Hay algún transportador que funcione por aquí en alguna parte?

—Los que están en la *Narbonne* son los únicos en los que confiaría, pero después de ese aumento de energía, no me gustaría probarlos sin realizar un diagnóstico completo.

Georgiou se quitó el comunicador del cinturón y abrió la tapa de la unidad.

—Georgiou a la *Narbonne.*

—*Aquí Korrapati* —respondió la voz del capitán de la nave.

Con su atención todavía centrada en la nave debajo, Georgiou dijo:

—¿Cuál es el estado de sus transportadores, señor?

—*Están en línea, pero ingeniería no ha realizado controles completos sobre ellos.*

—Necesito a alguien que me lleve a esa nave.

Larson la miró con incredulidad.

—¿Está loca?

—Pregúntamelo mañana también.

Sobre la frecuencia de comunicación abierta, Korrapati dijo:

—*Comandante, esa es una propuesta arriesgada, en el mejor de los casos.*

—No tenemos opciones si queremos mantener esa nave aquí. Si puedo subir a bordo, puedo obligarlos a abortar el despegue o devolverlos a tierra.

—*Suponiendo que estén dispuestos a negociar* —ofreció Larson.

Georgiou respondió:

—Entonces encontraré una manera de disponerlos.

—Alto —dijo Carroll—. Creo que tengo una mejor idea.

—*Escucho* —dijo Korrapati.

Carroll la agarró del brazo.

—No hay tiempo para eso. ¡Vamos!

Corriendo hacia el pequeño edificio cerca de la entrada del área de atraque, Carroll fue la primera en cruzar la puerta, y Georgiou vio al entrar que era una pequeña caseta de vigilancia. Era una habitación individual con dos estaciones de trabajo, cada una con terminales de interfaz de computadora, equipo de comunicaciones y otros componentes que no reconoció.

—Teniente Carroll —exclamó, mirando mientras la ingeniera se acomodaba en una de las estaciones de trabajo.

—Creo que puedo controlar remotamente el transporte.

—¿Qué? —El absurdo inmediato de la idea la paralizó por un segundo o dos, luego Georgiou rechazó su reacción inicial al percatarse de a dónde iba Carroll—. ¿Acceso al código de prefijo?

Carroll, ya lista para trabajar en la consola, asintió.

—Esa es la idea.

—¿Pero no necesita el código? —La pregunta provino de parte de Larson, quien había llegado a la caseta de vigilancia. Georgiou miró para ver a la primer oficial y Dralax observándola a ella y a Carroll desde la puerta.

Volviéndose de la consola el tiempo suficiente para mostrar una sonrisa de complicidad, Carroll respondió:

—Esto no es exactamente algo que enseñen en la Academia, Comandante. Únase al CIFE, y podremos enseñarle todo tipo de trucos.

—Solo estoy interesada en uno —dijo Georgiou. Más allá de los muros de la caseta de vigilancia, podía escuchar el zumbido de los motores del transporte que seguía aumentando—. ¿Cuanto tomará esto?

—Si el transporte aún está vinculado a la red de computadoras y comunicaciones del puerto espacial, solo un minuto más o menos —respondió Carroll—. Puedo usarlo para conectar la computadora a bordo de la nave. Una vez que haya pasado el cifrado de seguridad, tendré acceso completo. Afortunadamente, los sistemas en estas naves civiles no son tan resistentes como las computadoras de la Flota Estelar.

—Comandante —la llamó el Alférez Dralax—. El transporte está despegando.

Moviéndose hacia la puerta, Georgiou miró fuera de la caseta de vigilancia cuando el ruido del muelle se hizo aún más fuerte. Las sombras se movían a lo largo del terraplén que conducía al parapeto que dominaba la bahía cuando el transporte apareció a la vista. Con la mano apoyada en el borde de la puerta, sintió que las paredes de la caseta de vigilancia temblaban ante los poderosos propulsores atmosféricos de la nave.

—Larson a la *Narbonne* —dijo la primer oficial en su comunicador—. ¿Están viendo esto? El transporte despega. Necesitamos rastrearlo el mayor tiempo posible.

A través de la rejilla del altavoz del dispositivo, Georgiou escuchó a Korrapati decir:

—*Estamos en ello, Comandante, pero aún no hemos recuperado toda la energía. Si dejan la atmósfera, puede que no tengamos suerte.*

Apretando los dientes mientras veía el transporte subir más alto en el cielo nocturno, su silueta bañada por la luz azul claro de la luna, Georgiou dijo:

—Carroll, ¿cómo vamos?

—Estoy trabajando en ello, Comandante. —Un momento después, la ingeniera lanzó una serie de obscenidades: humanas, Andorianas, Tellaritas y algunas que Georgiou no reconoció—. Han cortado su enlace con el puerto espacial y bloqueado sus comunicaciones. No puedo entrar.

Con la mente acelerada mientras observaba el transporte que se elevaba hacia el cielo, Georgiou dijo:

—¿Y si se restableciera la comunicación?

—Solo necesito una frecuencia abierta, pero tiene que hacerse desde… —El resto de la oración se desvaneció, y ella levantó la vista de la estación—. Oh. Espere.

Ignorándola, Georgiou dijo en su comunicador:

—Capitán, es ahora o nunca. Solicito transporte inmediato a esa nave. Entiendo los riesgos, pero si no lo intentamos, perderemos a Jenn y Soltani de todos modos. —Si sucedía lo peor, su propia vida sería solo una víctima más de todo este trágico asunto, pero al menos eso era preferible a no hacer nada y enviar a dos compañeros oficiales de la Flota Estelar a una muerte casi segura.

¿Había realmente otra opción?

Con su voz sombría sobre el canal abierto, Korrapati dijo:

—*Prepárese para ser transportada.*

—Despegamos —informó el piloto desde la pequeña cabina del transporte—. No parece que nadie esté tratando de perseguirnos.

Desde donde estaba sentada en uno de los cuatro asientos ubicados en una sección de la cubierta detrás de las estaciones de piloto y copiloto, Enamori Jenn observaba cómo el hombre encargado de volar la nave —había aprendido su nombre, Benjamin Islip, después de revisar sus pensamientos— movía sus manos sobre la consola del timón y sus diversos grupos de controles. En algún lugar detrás de ella, los motores del transporte retumbaban bajo energía restringida, mientras que la desgarbada nave dependía de propulsores para maniobrarse mientras aún se encontraba dentro de la atmósfera del planeta. Más allá del dosel de la cabina, podía ver destellos de luz mientras el transportador se alejaba del puerto espacial, pero no sentía el tipo de aceleración necesaria para que la nave escapara de la gravedad del planeta y se dirigiera hacia el espacio abierto. Por supuesto, Jenn sabía que ese no era el objetivo de Pakaski. Aún no, al menos.

De pie detrás de Islip, Pakaski dijo:

—Bueno, no te pongas demasiado cómodo. Sabes que intentarán rastrearnos con sensores. Mientras estemos aquí abajo, sabrán dónde estamos.

La mujer sentada al lado de Islip, Hisayo Fujimura, dijo:

—Sí, ya estoy viendo eso desde la nave de la Flota Estelar. —Lanzó un fuerte suspiro—. Tengo que darles crédito. Están sacudiéndose la sobretensión más rápido de lo que pensé que harían.

—Realmente no creerán que pueden escapar sin que los persigan, ¿verdad? —preguntó Soltani. Al igual que Jenn, estaba sentado en su asiento con las muñecas aún restringidas a la espalda.

Pakaski golpeteó un mamparo cercano con la palma de su mano.

—Hay una razón por la que elegimos esta nave. A diferencia del otro transporte, este bebé puede llegar hasta warp 7. Tu nave solo puede alcanzar la warp 6. Una vez que lleguemos a nuestro destino inicial, simplemente desapareceremos.

La confianza del hombre irradiaba de él como lo había hecho desde el momento en que él y su gente la tomaron a ella y a Soltani como rehenes, pero casi la asfixiaba en el espacio confinado. Ya conocía su plan, habiéndolo recuperado de sus pensamientos. Todo lo que sabía, al menos, como parecía, era que no poseía el conocimiento de todas las diversas partes del plan. No conocía el destino de la nave después de abandonar Tarsus IV, y Jenn había captado su irritación de que Kodos le ocultara esa información. Estuvo tentada de hablar con él al respecto y quizás perturbarlo con el conocimiento que sin saberlo le había dado. Había poco que ganar con eso, y ciertamente no lo suficiente como para justificar revelar sus habilidades y ponerla a ella y a Soltani en riesgo. Además de ella y Soltani, también tenían tres trabajadores del puerto espacial, sujetos a los asientos en el compartimiento detrás de la cabina y bajo la custodia de los otros dos miembros del equipo de Pakaski. Según los pensamientos de Pakaski, tenía la intención

de dejar a sus cinco prisioneros una vez que el transporte llegara a su destino en las montañas al este de Nueva Anchorage. Allí, recogerían al resto de su gente, incluyendo a Kodos.

Lo que no sabía era que su compañera, Fujimura, no albergaba reparos en matar no solo a los rehenes, sino también a él si se interponía en su camino o si creía que le representaba una amenaza. Quizás esto era algo que Jenn podría usar para su ventaja y la de Soltani, y de alguna manera enfrentar a Pakaski contra Fujimura.

—Esperen —dijo Fujimura. Señaló un indicador de alerta en la consola de la cabina—. Los sensores internos acaban de registrar un rayo transportador entrante.

Pakaski gruñó con evidente irritación.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. —La mujer no se molestó en ocultar su desdén por el otro hombre.

Intercambiando miradas con Soltani, Jenn sintió la sorpresa de su compañero y renovó la esperanza de que la situación pudiera estar cambiando a su favor. También detectó su preocupación de que este desarrollo pudiera hacer que sus captores tomaran medidas precipitadas contra los prisioneros.

Pakaski recuperó su rifle phaser de la cubierta al lado de su silla, y Jenn lo observó comprobar su potencia. Levantándose de su asiento, la miró a ella y a Soltani antes de mirar hacia la cabina.

—Quédense aquí. Lo comprobaré. Mantengan sus ojos en nuestros amigos.

—Ve —espetó Fujimura—. Nos encargaremos de esto.

Cuando la mujer miró por encima del hombro, Jenn sintió desprecio por ella, pero también registró la creciente preocupación de Fujimura. La inesperada llegada de un intruso en medio de ellos sería al menos una distracción de la misión que intentaban completar. También había el primer indicio de desesperación en los pensamientos de la otra mujer, y Jenn sabía que esto podría hacerla impredecible, tal vez incluso peligrosa.

—Algunos de sus amigos están tratando de ser buenos —dijo Pakaski, mirando a Jenn como si pudiera leer sus pensamientos. Agarrando el rifle phaser con ambas manos, comenzó a moverse hacia la escotilla de acceso trasero de la cabina—. Desearán habernos dejado solos.

32

Georgiou se preparó contra la ola de mareos que acompañaba a la decoloración del rayo transportador. La habitación a su alrededor se tambaleó, y ella extendió su mano libre para sostenerse contra un mamparo cercano. Su otra mano levantó su phaser, levantando el arma ante ella mientras buscaba amenazas en su entorno inmediato. Por ahora —y sabía que el momento era fugaz— estaba sola.

El oficial de transporte de la *Narbonne* había ejecutado su transferencia desde el puerto espacial hacia la nave que huía con una gran precisión, depositando a Georgiou en una esquina de una bahía de carga. Los contenedores de varios tamaños estaban archivados o apilados y asegurados a la cubierta a su alrededor, pero el área en la que había llegado era un espacio abierto y, sin embargo, protegido en todos los lados, ya fuera por mamparos o cargamento. Nada de eso importaría si alguien estuviera monitoreando los sensores internos de la nave, pero al menos no había nadie esperándola para dispararle en el instante en que terminara de materializarse.

Permaneció inmóvil por un momento, verificando que estaba sola en el compartimento. Los motores del transporte zumbaban con potencia, y las paredes y la cubierta transmitían una vibración pequeña pero notable a medida que la anve continuaba su ascenso hacia la órbita. Parecía no haber nadie más al alcance del oído. Con los últimos efectos persistentes del vértigo que aún la dominaban, buscó a tientas su comunicador. Lo abrió y el chirrido revelador de la unidad sonó como una sirena de alarma en la tranquila bahía.

—Georgiou a Carroll.

Solo le tomó un momento a la ingenier responder:

—*Estoy aquí, Comandante. Me alegra que haya abordado sin problemas.*

—¿Qué debo hacer? —Al salir de su lugar de ocultación detrás de las pilas de contenedores de carga, Georgiou sostuvo en alto su pjaser y apuntado hacia adelante.

Carroll respondió:

—*Encuentre un panel de comunicaciones o una interfaz de computadora. Cualquier cosa que le permita abrir una frecuencia de llamada dirigida desde la nave.*

A Georgiou le llevó solo un momento encontrar lo que parecía ser una oficina escondida en otro rincón de la bahía. Dentro había un escritorio simple con un extremo montado en un mamparo y que era anfitrión de una terminal de computadora simple, sintiéndose aliviada al ver que estaba funcionando.

—He encontrado un terminal —dijo, colocando su phaser en el escritorio para poder activar la interfaz. La pantalla de la unidad parpadeó en respuesta a sus órdenes, su pantalla fusionándose con un menú de opciones, y tocó una que indicaba el acceso al

sistema de comunicaciones de la nave—. La red de comunicación interna se ha desactivado.

—A menos que hayan anulado la opción, aún debería poder enviar una señal de emergencia. Eso abre automáticamente una frecuencia.

Una rápida revisión de las opciones disponibles reveló la característica que Carroll quería, y Georgiou presionó ese control. La respuesta fue inmediata cuando los indicadores de alerta comenzaron a parpadear en toda la bahía de carga, y las sirenas de alarma sonaron. Parpadeando ante la repentina intrusión de luz y sonido, Georgiou encontró el icono para silenciar la cacofonía.

—Creo que lo encontré.

—Espere, Comandante. Esto podría tardar un minuto.

Antes de que pudiera responder, Georgiou sintió movimiento desde algún lugar fuera de la pequeña oficina. Una sombra cayó sobre el mamparo a la izquierda de la puerta, un instante antes de que viera el cañón de un arma. El instinto condujo su mano libre para alcanzar el phaser en el escritorio mientras se agachaba. Apuntó a la puerta, disparando al recién llegado justo cuando apareció a la vista. Su adversario, un hombre calvo que vestía overoles oscuros y llevaba un rifle phaser, también se beneficiaba de rápidos reflejos y logró apartarse cuando el rayo phaser atravesó la oficina para golpear el mamparo. Logró descargar un solo disparo, pero fue alto y ancho, lo que le dio a Georgiou una amplia oportunidad para hacerse a un lado.

—¿Comandante?

Ignorando la llamada de Carroll desde su comunicador aún abierto, Georgiou cerró el dispositivo y lo guardó. Maniobró alrededor del escritorio y hacia la puerta abierta, empuñando su phaser apretándolo fuertemente con ambas manos. Los ruidos de la bahía le dijeron que el hombre estaba cerca, y ella salió de la oficina que la cubría del fuego. Tres disparos rápidos de derecha a izquierda recorrieron la longitud del estrecho pasillo, golpeando el mamparo lejano. Georgiou regresó a su posición en cuclillas, avanzando con pasos cortos mientras buscaba pistas sobre la ubicación de su oponente. De vuelta en la bahía de carga principal, se enfrentó a las pilas de contenedores de carga y unidades de almacenamiento, la mayoría de los cuales eran lo suficientemente altos como para bloquear su línea de visión.

El roce de tela contra el metal en algún lugar delante de ella la hizo detener su avance, pero cuando se acercó a su izquierda entre dos pilas de contenedores, Georgiou se dio cuenta de que había calculado mal los movimientos de su adversario. No dispuso de más que un latido para darse cuenta de su error antes de que el hombre estuviera frente a ella.

¡Maldición!

Demasiado cerca para dispararle con su rifle phaser, el hombre intentó descagar el arma como un garrote en su cabeza. Georgiou anticipó ese ataque, retrocediendo y evitando el golpe mientras intentaba levantar su propio phaser. Él fue más rápido, balanceando su rifle nuevamente y golpeando la mano de su arma. La pistola salió

volando de su agarre, rebotando en un contenedor de carga cercano antes de chocar contra la cubierta.

Sin molestarse en recuperar el phaser, Georgiou saltó, acortando la distancia que la separaba del hombre y empujando el talón de su mano derecha debajo de su barbilla. Él gruñó de sorpresa y dolor cuando su otra mano se cerró alrededor del cañón del rifle phaser y ella tironeó. Entonces arremetió con un segundo golpe, el borde de su mano conectando a través del puente de su nariz. Aullando, soltó el rifle y se llevó una mano al rostro mientras intentaba mantener una postura defensiva.

Georgiou no le dio cuartel, balanceando el rifle phaser y descargando su cañón contra el lado izquierdo de su cabeza. La fuerza del ataque fue suficiente para enviarlo contra otro contenedor de carga. Se tambaleó por el impacto, haciendo su mejor esfuerzo para recuperarse, pero una patada frontal de Georgiou a su barbilla lo empujó hacia atrás. Su cabeza golpeó contra el contenedor, y se dejó caer en la cubierta.

Verificando que el hombre estuviera inconsciente, Georgiou recuperó su propio phaser y lo enfundó antes de verificar la configuración de potencia en el rifle de su oponente. Notó que estaba configurado para aturdir.

—Pequeños favores, supongo —le dijo a nadie.

A su alrededor, el transporte se estremeció y el tono de sus motores cambió, y Georgiou sintió una ligera inclinación de la cubierta antes de que los amortiguadores inerciales pudieran compensar el cambio abrupto en la actitud de la nave. Incluso con la rápida respuesta del sistema, todavía podía sentir que el ascenso del transporte comenzaba a disminuir.

Así se hace, Carroll.

Desde su posición privilegiada detrás de Hisayo Fujimura, Enamori Jenn sentía que la ansiedad de la otra mujer aumentaba, junto con la del piloto, Benjamin Islip, mientras otra señal de alerta parpadeaba en la consola de la cabina. También escuchaba el sonido de los motores del transporte moverse mientras la nave continuaba su ascenso hacia la órbita.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Islip, sus manos moviéndose a través de varios controles.

Fujimura lanzó una mirada preocupada hacia su compañero.

—Es una especie de falla informática. Nunca he visto algo así. Si no supiera mejor, diría que es un retraso del sistema, pero no sé qué proceso lo está causando. —Tocó varios controles mientras respiraba con frustración. Jenn sintió su creciente inquietud.

—No me gusta esto —dijo Soltani, acercándose a Jenn. La mirada en sus ojos transmitía sus pensamientos y emociones sin que Jenn tuviera que leerlos por sí misma. ¿La nave de alguna manera era defectuosa? ¿Podrían Pakaski y su gente haberla seleccionado para escapar sin verificar primero que era capaz de transportarlos a donde debían ir? Eso parecía poco probable, y los pensamientos de Fujimura le dijeron que se hacía las mismas preguntas y llegaba a respuestas similares. Estaba tan confundida como todos los demás.

—Hijos de puta —espetó Fujimura, golpeando sus manos contra el borde de su consola—. Ahora lo entiendo. Alguien en tierra está dentro de nuestro sistema. Están tratando de controlar la nave.

—Vaya —dijo Islip, justo cuando todo el transporte se estremeció a su alrededor. Había un nuevo y distintivo trino en los motores de la nave, y el estómago de Jenn se revolvió cuando el sistema de gravedad artificial pareció vacilar por un fugaz momento—. El timón está luchando contra mí. No quiere responder instrucciones. ¿Están funcionando los sistemas de pilotaje y navegación?

—Sí —respondió Fujimura—. Un momento. También hay algo activo en esos procesos. ¡Maldición!

Islip frunció el ceño.

—¿Pueden hacerlo?

—Si tienen las habilidades adecuadas —respondió la técnica en informática—. Quienquiera que sea, es bastante bueno.

—¿Puedes detenerlo? —La fachada compuesta de Islip, que parecía casi indestructible hasta este punto, comenzaba a resquebrajarse.

Murmurando una serie de blasfemias que Jenn encontró impresionantes tanto por su variedad como por su colorida incorporación de adjetivos y adverbios, Fujimura respondió:

—No lo sé.

Islip, aún luchando con los controles del timón, agregó su propia maldición a la mezcla.

—Estamos siendo redirigidos. Los motores pierden empuje. Quien sea que esté haciendo esto nos está obligando a aterrizar. —Miró a Fujimura—. Vamos, Hisayo.

—¡Lo estoy intentando!

Inclinándose cerca de Jenn, Soltani susurró:

—Tiene que ser una del personal de la *Narbonne*, ¿verdad?

—Alguien con habilidades informáticas excepcionales —respondió Jenn, haciendo una mueca cuando Fujimura golpeó su consola por segunda vez. Su creciente enojo por ser desafiada por el control de esta nave y sus sistemas estaba haciendo que Jenn se sintiera incómoda, casi con náuseas, debido a su proximidad en el pequeño compartimento, así como a la intensidad de las emociones de la otra mujer.

Islip casi gritó:

—¡No tengo control del timón *en absoluto*!

La advertencia llegó cuando la nave se estremeció una vez más a su alrededor, acompañado por un renovado trineo en los motores del transporte y otra caída al perder potencia y altitud. Lo que estaba sucediendo mientras Fujimura luchaba contra los demonios que se desataban dentro de los sistemas informáticos a bordo estaba pasando factura. ¿Cuánto tiempo más podría la nave sometida ser sujeta a tal estrés?

—¡Sí! —gritó Fujimura—. Encontré al bastardo astuto. Estaban ejecutando algún tipo de solución para acceder a los sistemas de la nave de forma remota. Creo que puedo bloquearlos y cerrar ese programa.

—Preferiría que no lo hicieras.

A pesar de sus restricciones, Jenn pudo mover la cabeza para ver a la Comandante Georgiou saliendo del pasillo de conexión. ¿Cómo no había sentido su presencia? ¿Había estado tan distraída por la caótica situación que se desarrollaba ante ella?

Georgiou apuntaba con un rifle phaser hacia Fujimura e Islip, el último de los cuales cometió el error de alcanzar su propia arma. Nunca lo logró antes de que Georgiou disparara, acertándole en el pecho. Islip se desplomó hacia adelante en su asiento, ya inconsciente mientras se hundía contra la consola.

—Acaba de noquear a nuestro piloto —dijo Fujimura.

—Yo puedo volar. —Avanzando, Georgiou apuntó a la otra mujer con el cañón del rifle—. Levántese.

Moviéndose casi demasiado rápido para seguirla, la mano de Fujimura golpeó la consola y sus dedos aterrizaron en uno de los controles. Georgiou volvió a disparar el rifle, y la mujer fue arrojada contra la consola y el mamparo vecino, cayendo a la cubierta, pero para entonces Jenn pudo sentir al transporte reaccionando a lo que fuera que había hecho. Un claro gemido en los motores de la nave irradiaba a través de las paredes, el revestimiento de la cubierta e incluso el asiento que ocupaba.

—¿Qué esta pasando? —Soltani estaba moviéndose en su asiento, girando para que Georgiou pudiera deshacer las restricciones de sus muñecas. Ella hizo lo mismo por Jenn antes de moverse hacia la cabina.

—No lo sé. —Dejando a un lado su rifle phaser, Georgiou sacó al aturdido Islip de su silla justo antes de que la cubierta del transporte se moviera bajo sus pies, y ella casi cayera en el asiento.

Alcanzando el respaldo de la silla del piloto para estabilizarse, Jenn se abrió camino hacia la otra silla, quitando la forma inmóvil de Fujimura antes de tomar asiento.

—Tengo a alguien en tierra tratando de tomar el control remoto de la nave —dijo Georgiou. Sacando su comunicador de su cinturón, activó la unidad—. Georgiou a Carroll.

—*¡Comandante!* —dijo una voz femenina que Jenn no reconoció—. *Algo esta mal. Mi acceso ha sido bloqueado. Todavía no tengo el control aquí abajo.*

Georgiou tocó una consola que no respondía con su mano libre.

—No tengo nada aquí arriba. ¿Que puedo hacer?

—*Abra otra frecuencia de comunicación. Estoy tratando de volver a entrar.*

A través del dosel transparente de la cabina, Jenn pudo ver que el ascenso del transporte a través de las nubes finas y tenues se estaba ralentizando. En cuestión de segundos su curso ascendente se detuvo antes de que la nave comenzara a descender a través de la atmósfera superior del planeta.

Después de asegurarse de que Islip y Fujimura estuvieran asegurados en los asientos desocupados por él y Jenn, Soltani avanzó hasta que se interpuso entre Georgiou y Jenn.

—Esto no puede ser bueno, ¿verdad?

—No. —Georgiou presionó otro control—. Sistemas de comunicación reactivados. Frecuencia de llamada abierta.

Incluso con la gravedad artificial y los sistemas de amortiguación inercial, los efectos de la caída acelerada del transporte a través de la atmósfera comenzaban a tener un efecto.

—Teniente Carroll —dijo Georgiou en su comunicador mientras aseguraba las restricciones del asiento.

—*He vuelto, Comandante. ¡Aguarde!*

A pesar de la creciente tensión de la situación, la lectura de Jenn de los pensamientos de Georgiou fue que la comandante estaba haciendo un excelente trabajo para mantener a raya sus emociones. Había miedo allí, sí, pero por el momento su atención se centraba en el asunto en cuestión, concentrándose en la nave y la seguridad de las personas a bordo.

—Trabaja más rápido —dijo Georgiou, su voz tensa. Con su otra mano, estaba revisando otros controles e indicadores—. Estoy tratando de restaurar el timón.

Después de haberse acomodado en su propio asiento, Jenn examinó los controles.

—En su apuro por bloquear el acceso no autorizado, parece que Fujimura también ha bloqueado el control primario del timón.

—¿Por qué la computadora no anula todo esto? —preguntó Georgiou—. Debería tratar esto como un descenso incontrolado y tomar medidas de emergencia automáticamente.

Soltani dijo:

—Intente reiniciar los principales procesos de supervisión informática. —Arrodillándose entre los dos asientos de piloto, señaló un juego de controles de la consola—. Quizás pueda restablecer lo que sea que ella hizo.

—Eso probablemente tomará demasiado tiempo —dijo Georgiou.

Hubo una sacudida repentina cuando la nave cambió su ángulo de vuelo. Incluso los amortiguadores inerciales no pudieron compensar, y Jenn sintió que su estómago se sacudía cuando el transporte cambió de dirección.

—*¡He vuelto!* —gritó Carroll sobre la frecuencia de comunicación abierta—. *Sin embargo, definitivamente hay algún tipo de anulación de seguridad interrumpiendo mi camino.*

Georgiou colocó el comunicador en la consola, liberando su otra mano hacia los controles que tenía delante.

—Todavía estoy bloqueada. Tenemos que frenar nuestro descenso. Tomaré propulsores de maniobra atmosféricos o incluso orbitales. Solo dame algo. —Jenn se percató de que la comandante se estaba familiarizando rápidamente con los controles de la nave, lo que no quería decir que fueran similars a las estaciones de trabajo de la Flota Estelar con las que estaría familiarizada.

—Nuestra tasa de descenso está aumentando —dijo Jenn, y su informe fue puntuado por un nuevo indicador de alarma desde la consola de la cabina—. Impacto en 34 segundos.

—*Comandante Georgiou* —llegó la voz del Capitán Korrapati a través del enlace abierto—. *Prepárese para ser transportada.*

—¡No! —ladró Georgiou, y Jenn casi se estremeció por el repentino estallido de ira que nublaba los pensamientos del comandante—. Hay otras seis personas a bordo, Capitán. No puede ajustarnos y transportarnos a todos a tiempo.

—He desactivado el bloqueo de los controles del timón —dijo Carroll—. *Debería tener acceso a los propulsores de maniobra.*

Sin reconocer a la teniente, Georgiou se lanzó sobre los controles para activar los controles de vuelo atmosféricos de la nave. Un nuevo zumbido agudo comenzó a llenar la cabina abarrotada cuando el nuevo sistema disponible entró en línea.

—Propulsores activos —dijo Jenn, revisando las lecturas de estado de la consola.

Soltani dijo:

—Todavía estamos cayendo demasiado rápido.

—Agárrense.

Jenn observó los dedos de Georgiou pinchando varios controles, la mayoría de los cuales Jenn no comprendía. A través del dosel de la cabina, pudo ver que la nave había caído lo suficiente como para que el horizonte y las montañas distantes fueran visibles.

Sobre la frecuencia de comunicación, Korrapati gritó:

—*¡Asciendan!*

—Enrutando la energía de los motores principales a los propulsores y la amortiguación de inercia —dijo Georgiou, sin levantar la vista de los controles—. Estoy tratando de descender a las afueras del puerto espacial, lejos de los edificios o las personas. Soltani, abróchese el cinturón. —Jenn se dio cuenta de que la comandante probablemente estaba más consciente de su situación actual que nadie, y estaba llevando la carga de tratar de verlos a todos a salvo. A pesar del creciente miedo que emitía, Georgiou estaba luchando contra sus propias emociones y canalizando esa energía hacia la tarea que tenía delante.

—Todavía está descendiendo demasiado rápido —advirtió Carroll.

En lugar de responder, Georgiou golpeó otro control y Jenn escuchó el sonido de los motores de la nave gimiendo en protesta. Todo a su alrededor retumbó mientras el transporte luchaba contra la gravedad y la inercia, tratando de forzar algún tipo de compromiso. Jenn sintió que su estómago podría abrirse camino hasta su garganta justo mientras Georgiou apretaba un botón más, y un rugido atronador resonaba a través de la nave desde algún lugar debajo de ellos. Justo antes de cerrar los ojos, Jenn vislumbró uno de los edificios del puerto espacial, que se cernía demasiado cerca mientras la nave seguía cayendo.

El transporte golpeó el suelo, la fuerza del choque controlado anuló los sistemas de amortiguación lo suficiente como para sacudir cada panel y componente en la cabina

junto con cada diente en la boca de Jenn. Sentía que todo su cuerpo se estaba atascando en su asiento y se quedó sin aliento, pero el impacto fue mucho menor de lo que había previsto. El aspecto más sorprendente de todo el asunto fue, percatándose segundos después, que era capaz de abrir los ojos y mirar a su alrededor.

Girando a su izquierda, vio a Georgiou hundiéndose en su asiento, luciendo tan demacrada como Jenn se sentía. Vio a Soltani atado a un asiento al lado de la aún inconsciente Fujimura, ofreciendo una débil sonrisa y un tembloroso gesto del pulgar hacia arriba.

—No el mejor aterrizaje, Comandante, pero lo acepto.

—Yo también —agregó Jenn.

—*Comandante.* —Era Korrapati, hablando por el canal de comunicaciones aún abierto. Su tono era sobrio—. *¿Comandante Georgiou?*

Sin siquiera molestarse en levantar el comunicador hacia su rostro, Georgiou permaneció desplomada en su asiento.

—Sí, Capitán. Estamos aquí, pero supongo que todos estaremos bastante doloridos mañana.

—*Nuestros escaneos muestran que los nueve todavía están con vida. Se las arregló para mantener la nave relativamente intacta y sin daños hacia el personal o la propiedad. Un aterrizaje infernal, Comandante. Y, Teniente Carroll, no podrían haberlo hecho sin usted.*

—*Buen trabajo, Comandante* —respondió la ingeniera—. *Y gracias, Capitán.*

Georgiou exhaló un suspiro largo y cansado, su mirada moviéndose para asegurarse de que Jenn y Soltani no estuvieran heridos.

—Estamos un poco golpeados aquí, señor; podríamos necesitar una mano.

—*El Comandante Larson ya está en camino con un equipo médico y de seguridad* —respondió Korrapati—. *¿Algo específico que necesite?*

Georgiou sonrió y Jenn sintió la oleada de alivio inundando los pensamientos de la comandante.

—Permiso para permanecer en tierra, durante aproximadamente un mes.

33

A través de los binoculares sacados de su mochila, Lorca estudiaba la oscura abertura en la ladera de la colina. La luna lo ayudaba a identificar los detalles del terreno, pero a esta distancia la entrada en sí seguía siendo un misterio. No había iluminación desde adentro, lo cual esperaba. Si hubiera centinelas de guardia, dentro o cerca de la apertura de la cueva, habrían extinguido todas las fuentes de luz para no obstaculizar sus propias habilidades naturales para ver de noche.

—¿Están utilizando sensores térmicos o tricorders para buscar visitantes no deseados? —preguntó, mirando de reojo a Alexander Simmons, quien, como él, estaba acurrucado detrás de un gran afloramiento rocoso. Desde aquí, a unos cincuenta metros de la abertura y en la oscuridad cercana, eran invisibles para todos los intentos, pero como los sonidos tendían a viajar mejor por la noche, Lorca mantuvo su voz justo por encima de un susurro.

Simmons, todavía bajo la atenta mirada del Teniente Reece O'Bannon y con las muñecas retenidas frente a él, respondió:

—Los trajimos con nosotros, pero no funcionan muy bien aquí.

Asumiendo que el hombre estaba siendo sincero —algo que Lorca no estaba preparado para creer— los campos geomagnéticos naturales de la región y los estragos que causaban en los dispositivos de escaneo y las comunicaciones al menos estaban trabajando a su favor. Incluso los componentes electrónicos de sus binoculares se vieron obstaculizados, sus sensores de distancia y orientación se habían vuelto inertes gracias a la interferencia y dejándolo solo con la función de aumento estándar. Era posible que no pudieran buscar su cantera, pero las mismas limitaciones también obstaculizaban también a quienes estaban diendo cazados. Una vez eliminada la tecnología, esto se convertía en una simple pelea.

A Lorca le gustaba eso. Después de caminar en la oscuridad durante más de una hora, cargando consigo la posibilidad de descubrir otro explosivo como el que había matado al Teniente Jason Giler, estaba listo para enfrentar de frente a su presa.

Suficiente con merodear. Sigamos con esto.

—¿Cómo quiere hacer esto, Comandante? —preguntó O'Bannon.

Tras reanudar su inspección de la ladera con los binoculares, Lorca respondió con una pregunta propia.

—¿Hay otra forma de entrar?

—Conozco al menos otras dos entradas —dijo Simmons—. Una más arriba en la montaña y otra en el otro lado lejano.

Llegar a cualquiera de los dos sin ser detectados sería poco probable, decidió Lorca, y tomaría demasiado tiempo. Amanecería pronto, y esperar a que la luz del día los

alcanzara en este posible escondite tampoco era una táctica prudente. Asaltar esta posición era la elección correcta, pero ¿y si todo esto era una artimaña, o si Kodos y sus seguidores simplemente habían desocupado este escondite en favor de un nuevo refugio?

—O'Bannon —dijo, sin dejar de mirar a través de los binoculares—. Usted y yo seguiremos adelante para ver más de cerca. Decidiremos qué hacer después. —Era consciente del factor tiempo incluso sin consultar su cronómetro. Quedaban menos de dos horas antes de que el primer resplandor de la luz solar comenzara a asomarse sobre el horizonte oriental. Tendrían que moverse rápido y, con suerte, sin llamar la atención.

Estuvo a punto de bajar los binoculares cuando un movimiento llamó su atención. Presionando su cara contra los binoculares, ajustó la configuración de aumento a su nivel más alto. Esperó, queriendo asegurarse de que sus ojos no lo engañaban en la penumbra, pero entonces vio a la figura vestida de negro, caminando de derecha a izquierda frente a la apertura de la cueva. La figura se detuvo cerca del lado izquierdo de la entrada, y otra figura apareció a la vista.

—Veo a dos personas —dijo—. Ambos cerca de la cueva. —Bajando los binoculares, miró a Simmons—. ¿Eso es correcto?

—El hombre a cargo de la seguridad estableció destacamentos centinelas de dos personas desde el principio —respondió Simmons—. Es, o fue, un miembro de las fuerzas de seguridad, y esa es su práctica habitual.

O'Bannon agregó:

—Tiene razón, señor. Aprendí eso mientras recorría un par de las ubicaciones de su recinto.

Después de reflexionar sobre estos detalles, Lorca dijo:

—Bien, nuevo plan. —Hizo un gesto a la Alférez Terri Bridges, que había tomado una posición defensiva a pocos metros de distancia y todavía estaba protegiendo a Odaka Kuzeko, su nuevo informante, que al igual que Simmons tenía las muñecas atadas con esposas de seguridad. Junto con Simmons, Kuzeko había demostrado ser útil durante su renovado avance hacia la colina, por ninguna otra razón que Lorca pensara que serían quienes dispararían las otras trampas explosivas puestas a los fugitivos para obstaculizar la persecución. En su camino hacia aquí, el equipo había encontrado y desarmado tres dispositivos de este tipo sin incidentes, pero cada uno habido servido para aumentar la anticipación y la ansiedad colectiva del grupo.

—Kuzeko y yo iremos allí y analizaremos la situación de primera mano.

O'Bannon dijo:

—Señor, con el debido respeto, ¿está seguro de que es una buena idea? —Señaló a Kuzeko—. No confío en este tipo en absoluto. Deberíamos haberlo dejado atrás con los demás.

—Yo tampoco confío en él, pero es por eso que lo trajimos. —Los otros tres miembros de la pequeña incursión de Kuzeko estaban siendo escoltados en este momento hacia el campamento base más abajo de la montaña, marchando bajo la atenta mirada de dos oficiales de seguridad de los destacamanetos de O'Bannon. Kuzeko, por otro lado,

era de gran utilidad para Lorca. Además de ayudar a detectar posibles peligros durante su marcha por las colinas, podría proporcionar otra ventaja: acceso a la cueva.

A Kuzeko, Lorca dijo:

—¿Establecieron un desafío y una contraseña para sus centinelas cuando usted y su equipo regresaran de su misión?

El otro hombre asintió. Su nerviosismo era obvio.

—Sí.

—Bien. Necesito dar una mirada más cercana, así que usted y yo nos informaremos. Intente cualquier estúpidez, y ya sabe lo que sucederá.

Kuzeko frunció el ceño.

—¿Me matará?

—No de inmediato, pero deseará que lo haga.

Después de indicarle a O'Bannon que preparara a su gente para avanzar en la cueva a su señal, incluido aturdir a Simmons si el deshonrado oficial de seguridad intentaba algo como advertir a sus compañeros, Lorca y Kuzeko salieron de su escondite y comenzaron a subir la suave pendiente de la colina. Les tomó poco menos de dos minutos cubrir el terreno abierto y desigual mientras confiaban solo en la iluminación de la luna para guiar el camino. Mientras caminaban, Lorca tomó las muñecas de Kuzeko y retiró las esposas de seguridad.

—No haga que me arrepienta de esto —advirtió.

Cuanto más se acercaban, más fácil era para Lorca distinguir la apertura de la cueva. Le pareció detectar un tenue resplandor desde algún lugar más allá de la entrada, tal vez una pequeña lámpara u otra fuente de luz portátil dentro de la caverna subterránea. También eran más fáciles de ver las dos figuras —hombres, por lo que Lorca podía ver— de pie en el borde de la abertura. Ambos habían notado el acercamiento de alguien desde la ladera de la colina, y Lorca pudo verlos desenfundando phasers de sus cinturones. No hizo ningún intento por ocultar su presencia, optando por caminar justo detrás de Kuzeko a un ritmo normal, como si su arrivo fuera esperado. Mientras caminaban, mantuvo su mano derecha a su lado, cerca de Kuzeko, mientras sostenía su propio phaser contra su muslo. La artimaña parecía estar funcionando, ya que uno de los hombres en la cueva levantó una mano.

—Deténganse justo ahí. Alfa Cuatro.

Kuzeko pareció dudar antes de responder al desafío.

—Tango Siete.

Ya casi en el borde de la idea de entrar en la proverbial guarida del león, todos los músculos y sentidos de Lorca se afinaron en previsión de una confrontación. Como tal, estaba listo en el instante en que viera a los dos guardias comenzar a levantar sus armas. Fue algo más rápido, levantando su phaser y disparando al primer guardia, que no tuvo oportunidad de reaccionar antes de que el rayo de energía lo golpeara y cayera contra la abertura de la cueva antes de caer al suelo.

Su compañero reaccionó más eficientemente, logrando disparar un solo tiro antes de que el phaser de Lorca le acertara. El segundo guardia se tambaleó, tropezando con una roca y cayendo en un montón pesado mientras se acomodaba sobre su espalda.

Solo entonces Lorca se dio cuenta de que el disparo del guardia había encontrado su propio objetivo.

Mirando hacia atrás, vio a Odaka Kuzeko boca arriba, su expresión plana cenicienta a la luz de la luna. Aunque mirar los ojos abiertos del hombre fue evidencia suficiente, Lorca se arrodilló a su lado para verificar que estaba muerto.

—La tuviste fácil.

Gritos de alarma desde algún lugar delante de él hicieron que Lorca levantara su phaser y apuntara hacia la cueva. Una media docena de figuras emergieron de la abertura, derramándose en el campo abierto. Cada uno llevando una linterna, y pudo distinguir las siluetas de los phasers de mano, así como las versiones de fusil más grandes.

Mierda.

Estaba apuntando a su primer objetivo cuando una gran cantidad de rayos phaser llegaron detrás de él, cada uno encontrando una de las figuras y arrojándolas a la inclinada ladera. En cuestión de segundos, los seis recién llegados quedaron incapacitados, y Lorca escuchó pasos corriendo por la colina detrás de él. Se puso de pie cuando llegaron el Teniente O'Bannon y la Alférez Bridges, esta última empujando a Alexander Simmons por delante de ella. Alrededor de Lorca, el resto del grupo de búsqueda, el personal de seguridad de la *Narbonne* y voluntarios civiles, avanzaban en una línea de escaramuzadores, convergiendo en la cueva.

—¿Se encuentra bien, Comandante? —preguntó Bridges.

Lorca asintió con la cabeza.

—Mejor que Kuzeko. —Le dio al hombre caído una última mirada. Quizás no merecía morir, y probablemente no había forma de saber si había ayudado a Kodos a perpetrar las ejecuciones, pero Lorca se vio incapaz de reunir incluso el más mínimo bocado de simpatía por Odaka Kuzeko, o cualquier otra persona que había ayudado al fugitivo gobernador de cualquier forma.

—Vamos —dijo, dirigiendo su atención hacia la cueva.

Bridges hizo un gesto con su phaser hacia la abertura.

—De seguro saben que vamos.

Comprobando el nivel de carga de su phaser, Lorca cambió la celda de energía del arma por una nueva. Satisfecho de que estaba listo para la próxima confrontación, comenzó a marchar hacia la cueva.

—Entonces que sepan que venimos. No importará.

Era hora de terminar esto.

—¡Gobernador! ¡Están aquí!

Habiendo caído en un sueño irregular mientras estaba sentado en la silla de campo plegable y totalmente incómoda que servía como el único otro mueble dentro de la pequeña caverna en la que había hecho un hogar temporal, Kodos se despertó con el

sonido del frenético grito de advertencia de Ian Galloway. Se levantó de la silla, apartó la lona que actuaba como una cortina de privacidad y entró en la cámara más grande. La sala subterránea estaba llena de actividad, un puñado de hombres y mujeres realizando todo tipo de tareas, pero la mayor parte de las dos docenas de personas que habían venido con él a su lugar de santuario temporal no estaban presentes. Los restantes sacaban armas y otros equipos de los contenedores de almacenamiento y ofrecían instrucciones antes de correr por uno de los túneles que conducían a la caverna.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está todo el mundo?

Galloway, de pie en uno de los seis escritorios de campo dispuestos en círculo y formando una especie de centro de comando, levantó la vista desde donde estaba consultando una terminal de computadora portátil.

—Tenemos intrusos, señor. Los centinelas cerca del punto de control dos informaron que hubo disparos de armas en la superficie, y ninguno de los guardias enviados a esa entrada se está reportando.

Grupos de búsqueda, razonó Kodos. Uno de ellos finalmente debía haber encontrado dónde él y su gente habían hecho su escondite. Kodos maldijo el desafortunado momento. Se suponía que Joel Pakaski y su equipo estaban en camino después de haber asegurado un medio para escapar del planeta. Las transmisiones de Nueva Anchorage habían transmitido informes de la oleada masiva que había incapacitado —aunque temporalmente— partes significativas de la ciudad. Lo que los informes no habían proporcionado era información sobre el estado de la nave de la Flota Estelar atracada en el puerto espacial de la ciudad, aunque era de esperarse. Independientemente de los efectos perjudiciales derivados del aumento de energía, Kodos pensaba que el capitán de la nave elegiría no compartir el alcance de su daño, especialmente si creía que era víctima de un sabotaje.

—¿Alguna actualización sobre Pakaski y su equipo? —preguntó Kodos.

Sacudiendo la cabeza, Galloway respondió:

—No, Gobernador. Ninguno de los centinelas en ninguna de las entradas ha informado de ningún avistamiento de naves, y no ha habido nada en ninguna de las transmisiones.

Algo sobre eso no le parecía correcto a Kodos, pero no había nada que hacer al respecto. Por ahora, había preocupaciones más inmediatas.

De un contenedor de armas cerca de su escritorio, Galloway recuperó una pistola phaser y se la ofreció a Kodos. Era un modelo utilizado por las fuerzas de seguridad de la colonia.

—No podemos quedarnos aquí, señor. Están viniendo.

El eco del fuego de las armas desde algún lugar de los túneles que conectaban con la caverna le dijo a Kodos que la lucha se estaba trasladando cada vez más profundamente en su refugio subterráneo. Si permanecían aquí, existía la clara posibilidad de que pudieran encontrarse atrapados.

Frunció el ceño.

—Solo tenemos que resistir el tiempo suficiente para que llegue Pakaski. —Como protección para su refugio, Pakaski había tomado varias precauciones para proporcionar al grupo rutas de escape y opciones de defensa. Había al menos cinco salidas a la superficie desde la caverna subterránea, algunas más fáciles de acceder que otras, pero todas funcionarían si la situación lo exigiera. Para ayudar a cubrir su retirada en caso de que el escondite subterráneo fuera desbordado u ocupado, Pakaski también había instalado varias cargas explosivas en ubicaciones clave a lo largo de los túneles y las cavernas conectadas.

No habría una rendición simple, y Kodos no tenía intención de responder tranquilamente.

Los ecos de un tiroteo desde uno de los túneles se hicieron cada vez más fuertes, y luego dos de sus seguidores aparecieron desde el pasillo, corriendo hacia la caverna. Kodos los reconoció a ambos como ex miembros de las fuerzas de seguridad, asignados por Pakaski como parte de un destacamento de protección para el gobernador. Fiona Okafor, una mujer delgada y escultural de ascendencia africana, corrió hacia él, mientras que su compañero, un hombre de pelo rubio llamado Nikolaus Cohler, se volvía para disparar su phaser por donde habían venido.

—¡Gobernador! —espetó Okafor—. Tenemos que irnos. *¡Ahora!*

Lo agarró del brazo y tiró de él tras ella mientras continuaba corriendo por la cámara hacia otro túnel.

—¿Qué sucede? —preguntó Galloway.

Hablando por sobre su hombro, Okafor respondió:

—Es uno de los grupos de búsqueda de la Flota Estelar. Han traspasado las defensas exteriores y están entrando cada vez más en los túneles. Lo trasladaremos a una de las estaciones de emergencia hasta que podamos asegurar una ruta de escape.

Había pocos lugares de este tipo dentro de la red subterránea de túneles y cuevas, pero aún así Pakaski había logrado seleccionar y equipar un puñado de posiciones adecuadas. Desde estos puntos, se podría establecer una posición defensiva mientras se cubría un escape a la superficie o incluso más profundamente en áreas de la red subterránea que podrían usarse como escondites. Sin embargo, ninguna de estas contingencias importaría si se quedaban aquí.

Con Okafor liderando y Cohler cubriendo su retaguardia, Kodos y Galloway se dirigieron hacia uno de los otros túneles que conducían desde la caverna. Detrás de ellos, el otro pasillo canalizaba con gran eficacia los sonidos de un tiroteo desde algún lugar cercano. Quienes se dirigían hacia los pasajes subterráneos lo hacía con rapidez y eficiencia.

Los cazadores se acercaban.

34

Lorca emergió primero del pequeño túnel que conectaba la entrada de la superficie a una gran caverna con un techo alto, disparando a todo lo que se movía. Sus dos primeros disparos acertaron a un par de centinelas antes de que pudieran reaccionar, y ambos hombres cayeron al suelo de la cueva. Otro disparo falló, enviando a una tercera persona a buscar refugio y dando a Lorca la oportunidad de acurrucarse detrás de una pila de rocas cercanas.

Delante de él, escuchó gritos de advertencia y otras instrucciones ininteligibles mientras la gente en la cueva y los túneles de conexión respondían a los intrusos en medio de ellos. El envío de los guardias en la superficie por parte del grupo de búsqueda no había pasado desapercibido, como predijo la Alférez Bridges. Desde posiciones ocultas detrás de gruesas estalagmitas de piedra o cerca de las bocas de los túneles que conducían desde la caverna, al menos cuatro o cinco personas disparaban en su dirección. Su lugar de escondite le brindaba cierta protección, aunque podía escuchar los rayos phaser que masticaban las rocas frente a él. Lorca se preguntó por qué sus adversarios no ajustaban sus armas a su configuración máxima y simplemente desintegraban lo que había entre ellos y su objetivo, pero luego se dio cuenta de que destruir demasiadas columnas de piedra podría derribar el techo de la caverna sobre todos ellos.

Hay un pensamiento reconfortante.

El movimiento de arrastre a su izquierda precedió a la llegada de la Alférez Bridges. Estaba empujando a Alexander Simmons delante de ella y arrojándolo al suelo detrás de la pila de roca caída.

—¿Dónde estaría Kodos? —preguntó Lorca, mirando a Simmons mientras el prisionero cambiaba de posición. Sus muñecas, todavía contenidas con esposas de seguridad, obstaculizaban sus movimientos.

—Hay una cueva más grande, más profundamente dentro de la montaña. Varios de los pasajes aquí se le conectan.

Al consultar a su tricorder, Bridges preguntó:

—¿Todo aquí abajo es formación natural, o cavaron sus propios túneles?

Simmons sacudió la cabeza.

—Hasta donde yo sé, todo es natural, pero pueden haber cavado nuevos pasajes que no conozca.

—No lo descartaría —dijo Reece O'Bannon, quien se había acercado al lado derecho de Lorca—. Han sido bastante ingeniosos.

Lorca gruñó en concordancia. Con solo las pequeñas porciones de la guarida subterránea que habían visto, era obvio que Kodos y su gente habían planeado su escondite y posible escape. Habrían necesitado solo unos pocos días de antemano para

hacer los preparativos iniciales y organizar los suministros, armas y otros equipos necesarios. Ahora que habían estado aquí durante al menos unos días desde que huyeron de Nueva Anchorage a raíz de la masacre, habrían pasado una buena parte de ese tiempo fortaleciendo sus posiciones. Suponía un problema para cualquiera que intentara una infiltración, ya que las personas que ya estaban aquí tendrían de su lado la familiaridad con el terreno, junto con cualquier sorpresa que pudieran haber establecido para intrusos no deseados.

Una revisión rápida de su propio tricorder le ofreció a Lorca una lectura confusa del interior de la red subterránea.

—La interferencia aquí está estropenado las lecturas de señales de vida. No puedo estar seguro, pero parece que hay alrededor de una docena de cuerpos corriendo por aquí, sin contar a nuestra gente.

Bridges agregó:

—También tengo un mapa parcial de las cuevas y diseño de los túneles. Está libre por unos cincuenta metros, pero con suerte se llenará a medida que nos movamos.

—Tendrá que servir —respondió Lorca. Al menos podrían maniobrar aquí sin estar completamente ciegos. Aceptaría los pequeños favores donde los encontrara. Detrás de él, Lorca vio que el resto del grupo de búsqueda comenzaba a entrar en la caverna, y miró a O'Bannon.

—Separe a su gente, Teniente. Equipos de tres. —Lorca levantó su tricorder—. Tome ese pasaje a la derecha y úselo para acercarse a la próxima gran caverna. Nosotros tomaremos uno que nos permita movernos desde la izquierda. Cualquiera que no sea uno de nosotros es un objetivo, así que atúrdalo. Llevaremos a estas personas de regreso a Nueva Anchorage.

—¿Incluyendo a Kodos? —preguntó Bridges.

A pesar de sí mismo, Lorca dudó antes de responder:

—Sí, incluyendo a Kodos. —Parte de él no quería que esa fuera su respuesta veraz, pero era la correcta, independientemente de sus sentimientos personales. Adrian Kodos sería juzgado por sus crímenes.

¿Y si se resiste?

Lorca rechazó la pregunta junto con los sentimientos que despertaba en él, centrando su atención en el asunto en cuestión.

La resistencia en el túnel se produjo en forma de tres personas más, un hombre y dos mujeres, todos vestidos con ropa oscura, tratando de montar una defensa en el extremo más alejado del pasaje. Lorca vio movimiento por delante de él, en la forma de una de las mujeres corriendo hacia la caverna de conexión. Antes de que sus compañeros pudieran disparar, se arrojó hacia una de las paredes del túnel mientras la otra mujer soltaba el primer disparo. Bridges, alejando a Simmons del posible peligro, devolvió el fuego, y Lorca escuchó un grito de sorpresa cuando su único disparo encontró su objetivo. Se agachó hacia el lado opuesto del túnel, y Lorca se inclinó hacia el pasillo, disparando su

phaser hacia sus atacantes. Sabía que su disparo había fallado, y el sonido de la descarga del arma fue seguido por pisadas alejándose del túnel.

—Vamos —dijo Lorca, persiguiéndolos. Con Bridges y el poco dispuesto Simmons tras él, cargó hacia la cámara más grande y la encontró repleta de todo tipo de contenedores de carga, equipo de campo y otros artículos diversos. El instinto le dijo que este debía haber sido el principal lugar de reunión para los fugitivos, lo que tenía sentido dada la importancia de esta área dentro de sus escaneos del interior subterráneo. Elegir este como su campamento base no había sido un accidente o una casualidad afortunada, sino un diseño intencional, tanto por su espacio como por las rutas de escape que proporcionaba.

Bastardos inteligentes.

Al otro lado de la masiva cámara, Lorca vio a cuatro personas, tres hombres junto con la mujer que había visto momentos antes, corriendo hacia el otro extremo de la caverna. Allí, otro pasaje subterráneo aguardaba. Lorca tardó unos segundos más en darse cuenta de que reconocía a una de las personas que huían, de una imagen proporcionada por la Comandante Georgiou.

—¡Kodos! ¡Alto ahí!

Uno de los hombres, de complexión musculosa y cabello rubio, cubría la retirada del grupo y fue el último en desaparecer en el túnel. Un momento después se hizo visible otra vez blandiendo una pistola phaser, pero Lorca lo ignoró. En cambio, se centró en el hombre a menos de veinte metros frente a él, cuyo rostro había memorizado. Por fin, su presa estaba al alcance, y corrió hacia adelante, disparando a la carrera y dividiendo su atención entre los fugitivos en retirada, el terreno irregular de la caverna y los diversos obstáculos en su camino. Ninguno de sus disparos acertó a nada; pretendía en cambio infundir miedo y obligar a sus adversarios a detenerse. Hasta ahora, eso no estaba funcionando. Se lanzó alrededor de contenedores de carga, saltó sobre cunas y montones de equipos. Delante de él, Kodos y los demás desaparecieron en uno de los túneles. Lorca los siguió.

Y luego todo se fue al infierno.

Siguiendo a Fiona Okafor, Kodos corría hacia el túnel que los llevaría desde la caverna y más profundamente en los pasajes subterráneos hacia una cámara algo más pequeña pero aún espaciosa. Ese espacio podría haber servido como el campamento principal del grupo, pero para el agua que corría desde el techo y bajaba por las paredes para acumularse en las áreas más bajas de la cámara. El agua, que provenía de manantiales que fluían de pozos subterráneos, también alimentaba el pequeño río que atravesaba el valle al norte del monte Bonestell.

Nada de eso parecía importar ahora.

—La lucha se mueve en esta dirección —dijo Nikolaus Cohler. Mientras cubría su retirada, se acercó a Ian Galloway y le dio un pequeño empujón a Kodos—. Tenemos que seguir avanzando, Gobernador.

A partir de informes fragmentados transmitidos a través de frecuencias de comunicaciones aún afectadas por las propiedades geomagnéticas del valle de la montaña, Kodos sabía que su gente estaba a la defensiva, retirándose e intentando protegerse unos a otros mientras buscaban escapar dentro de la red de pasajes subterráneos. El grupo de búsqueda de la Flota Estelar, mejor entrenado y equipado para luchar en lugares cerrados, estaba ganando ventaja. ¿Cuántas personas le quedaban a Kodos? Menos de una docena, supuso; probablemente mucho menos. Por todo lo que sabía, los tres leales seguidores que lo escoltaban hasta su supuesta seguridad eran todos los que quedaban.

En cuanto al personal de la Flota Estelar, los refuerzos de la ciudad probablemente ya estaban en camino, y Kodos sabía que no se detendrían hasta que estuviera bajo custodia. Aunque no lo había dicho en voz alta, sospechaba que el intento de Joel Pakaski de asegurar el transporte desde Tarsus IV debía haber fracasado. Estaba atrasado y no había señales de actividad de naves en ninguna parte de la región.

Es hora de tomar medidas más directas.

De un bolsillo de su chaqueta, Kodos extrajo el dispositivo del tamaño de una palma que Pakaski le había entregado. Era un teclado simple: un rectángulo con una docena de botones y un dial de control incrustado en un material resistente adecuado para las duras demandas del uso en el campo. Obsequio de Pakaski, le permitiría a Kodos controlar cada uno de los dispositivos de contingencia desplegados dentro de las cavernas. Cada control numerado indicaba un dispositivo plantado en algún lugar de las cavernas. Kodos había memorizado el plan de despliegue de Pakaski. El control de cinco posiciones denotaba el paquete establecido cerca de la entrada al túnel a través del cual llegaban los sonidos de la pelea. En cuestión de segundos, alguien estaría…

—¡Kodos! ¡Alto ahí!

La orden precedió a una andanada de disparos phaser cuando Jodos y los demás llegaron al otro pasillo. Se presionaron contra la pared del túnel. Kodos agarró su phaser con una mano y el teclado con la otra.

—Tenemos que seguir moviéndonos —dijo Okafor. Junto a Kodos, Cohler se arrodilló y se asomó por el pasillo, disparando su phaser a algo que el gobernador no podía ver.

—La Flota Estelar —dijo Cohler, volviendo al túnel—. Dos o tres, creo, pero vendrán más.

—¡Vamonos! —espetó Okafor—. ¡Ahora!

En lugar de responder, Kodos colocó el dial del teclado en la quinta posición y luego presionó la tecla de control correspondiente.

35

La explosión sucedió detrás de él. A pesar de su pequeño tamaño, la onda expansiva en el espacio confinado fue aún suficiente para hacerlo tropezar, mientras que el sonido de la explosión le hizo pitar sus oídos. A pesar de esto, Lorca alcanzó a oír el rumor de la roca desplazada lloviendo dentro del túnel del que acababa de salir. Trozos de piedra y una nube de polvo comenzaron a llenar el aire. Pudo ver que el pasaje estaba obstruido con escombros de piedra, mayormente demasiado grandes y pesados para poder ser movidos sin ayuda, pero eso no le preocupó. En cambio, su pensamiento inmediato fue para las personas que lo seguían a través del túnel.

—¡Bridges! —gritó. Alcanzando su comunicador, abrió la tapa de la unidad—. Lorca a Bridges. ¿Está ahí?

Una respuesta silenciada y confusa se filtró a través del altavoz del comunicador.

—*... bien. Perdimos… ¿todo bien?*

Aliviado de escuchar la voz de la alférez, Lorca dijo:

—Parece que el túnel está bloqueado. ¿Puede encontrar otra forma de rodearlo?

—*... annon en ello… lo seguiremos. Esperando…*

El mensaje entrecortado aún transmitía lo suficiente. Bridges quería esperar a O'Bannon u otros refuerzos antes de continuar su búsqueda de Kodos, pero eso estaba fuera de discusión. El bastardo acababa de intentar matarlo a él y a su gente, y estaba a punto de escapar.

De ninguna manera.

—¡Comandante!

Lorca vio a Reece O'Bannon saliendo de otro túnel, saludándolo con la mano. Dos miembros del destacamento de seguridad de la *Narbonne* siguieron al teniente hacia la caverna, y Lorca les indicó que se mantuvieran en movimiento.

—¿Están bien? —preguntó mientras O'Bannon y sus hombres se acercaban.

El teniente asintió.

—Escuchamos la explosión en el otro túnel. Me alegra saber que todos están bien.

—Esa no fue una simple trampa explosiva. —Lorca señaló hacia el túnel utilizado por Kodos y otros—. Lo activó deliberadamente.

Los ojos de O'Bannon se entrecerraron.

—Creo que necesitamos conversar con él. Pregúntale qué demonios estaba pensando.

—Exactamente en lo que pensaba. Vamos.

Al abrir el camino hacia el siguiente túnel, Lorca se movió a paso rápido, con ojos y tricorder buscando amenazas en el pasaje que tenía delante. Los únicos signos de vida que detectaba estaban varias docenas de metros más adelante. Cuando se acercó al extremo más alejado del túnel, sus escaneos registraron la presencia de algo más. Estaba

cerca del suelo, quizás a diez metros de la boca del corredor subterráneo, y le indicó a O'Bannon y a los demás que detuvieran su avance mientras ajustaba los controles del tricorder para refinar sus lecturas.

Otra bomba.

Hijo de puta.

Sin pensarlo, Lorca aumentó la potencia de su phaser al máximo, apuntó al objeto extraño y disparó. Todo el paquete desapareció en un destello de energía, desintegrándose sin detonar.

—Bueno —dijo O'Bannon—. Eso funcionó bien. Supongo.

Ignorando el comentario del teniente, Lorca continuó. Se movió a menos de un metro de la abertura del túnel, y vio por primera vez la caverna más allá. El sonido del agua goteando llegó a sus oídos, y una humedad surcaba en el aire aquí. Se acercó, reiniciando su phaser para aturdir y sujetándolo con las dos manos delante de él.

El rayo de energía de un phaser disparado a muy corta distancia pasó ante su rostro y se clavó en la pared de roca a su derecha. Se tambaleó hacia atrás, estremeciéndose mientras pedazos de metralla de piedra salpicaban sus piernas y su torso. Cayendo contra la pared del túnel, se deslizó a una posición arrodillada cuando una figura salió a la luz proporcionada por la abertura del pasaje. Era el hombre rubio que había cubierto el retiro de Kodos. Sus ojos se encontraron y el hombre levantó su pistola phaser, pero Lorca disparó primero y el cuerpo de su adversario quedó flácido cuando el rayo aturdidor lo envolvió. Cayó inconsciente al suelo.

Al llegar nuevamente a la boca del túnel, confirmó que el otro hombre, tendido en el suelo a tres metros del pasillo, estaba realmente aturdido. ¿Dónde estaban sus compañeros? ¿Dónde estaba Kodos?

—Hay otro túnel al otro lado de esta caverna —dijo O'Bannon, después de haber venido detrás de Lorca—. También hay un par de afloramientos y niveles alrededor de la habitación, que conducen a otros pasajes más pequeños. Mi tricorder no puede escanear lo suficiente para ver a dónde van.

Lorca asintió, estudiando lo que podía ver de la caverna. Todo sobre esta situación —por no mencionar la experiencia y el instinto— le decía que estaba entrando en una emboscada.

Iría de todos modos.

Señalando una gran estalagmita incrustada de minerales, dijo:

—Una vez que esté tras esa columna, sígame.

Tan pronto como dio su primer paso adelante, alguien disparó desde una posición oculta delante de él. Lorca solo tuvo un latido del corazón para registrar que el ángulo del rayo phaser que perforaba el suelo a sus pies indicaba una trayectoria descendente, y para entonces ya se estaba moviendo. Saliendo corriendo del túnel, disparó a ciegas, apuntando su arma en la dirección general del disparo. Se lanzó hacia el hombre rubio que yacía en un montón en un charco de agua poco profundo y recogió su phaser con su mano libre antes de cambiar de dirección y lanzarse a la estalagmita.

Su salvaje plan de cobertura de fuego parecía funcionar, ya que a nadie se le había ocurrido dispararle mientras estaba huyendo. Al llegar a la enorme columna de piedra, le dio la espalda y dio un vistazo hacia el túnel donde O'Bannon y su equipo aún se escondían. El teniente estaba tratando de cambiar su posición, buscando el peligro, y fue recompensado por un nuevo aluvión de fuego phaser dirigido en su dirección. Lorca vio al otro hombre agacharse perdiéndose de vista, pero la intensidad del ataque continuó. Trozos de piedra caían de los bordes del túnel y de las paredes de roca circundantes, como si la persona que disparaba intentara hacer que el túnel se derrumbara. Entonces Lorca hizo una mueca cuando la estalagmita detrás de él se estremeció, y pedazos fueron arrojados en varias direcciones. Su presa tampoco se había olvidado de él.

—¡Comandante! —Era O'Bannon, gritando desde el túnel, pero cualquier otra cosa que pudiera haber dicho se perdió en medio de otro asalto a su posición antes de que algo más fuera disparado en el túnel, impactando contra la roca sobre la abertura. La pequeña y apagada explosión resonó en la caverna, y Lorca se dio cuenta de que era una especie de granada, seguida momentos después por un segundo explosivo. Las explosiones duales fueron lo suficientemente potentes como para dejar caer un gran trozo de piedra a través de la abertura del túnel, enviando una nube de tierra y agua en el aire.

Apretando más fuerte los phasers que sostenía en cada mano, Lorca se puso de pie, lanzándose a la izquierda mientras abandonaba la protección marginal de la estalagmita. Se giró para mirar hacia la fuente del ataque y vio un rifle phaser disparando desde una posición elevada hacia el túnel. Por un breve momento se preocupó de que O'Bannon y su equipo estuvieran muertos, atrapados en el implacable bombardeo y quizás enterrados bajo toneladas de rocas caídas. No podía permitirse ese pensamiento, ya que todavía era un objetivo. A estadistancia, podía ver al menos dos caras, una mujer y otra figura que no podía identificar. ¿Era Kodos?

Entonces la mujer lo vio y comenzó a balancear su rifle phaser en su dirección.

Oh-oh.

Disparó hacia ellos con ambos phasers, concentrando sus esfuerzos para evitar que se escondieran. Vislumbres momentáneos de contenedores con las marcas familiares de armas y municiones le llamaron la atención, y supo de dónde habían venido las granadas.

Una figura se reveló sobre una porción de afloramiento de rocas, y Lorca disparó en su dirección. El disparo falló cuando la persona se perdió de vista y continuó hasta que golpeó a uno de los contenedores, que explotó.

Solo entonces Lorca se dio cuenta de que el phaser tomado del otro hombre estaba configurado en un entorno más letal, mientras la roca y el fuego eructaban hacia afuera desde el afloramiento, acompañados de gritos cuando quien estaba allí recibía toda la fuerza de la explosión. Las llamas subieron por doquier mientras trozos de piedra caían al suelo de la caverna. La explosión tronó a través de la cámara, derribando a Lorca y arrojándolo hacia atrás hasta que aterrizó en un charco de agua fangosa. El dolor sacudió su cuerpo mientras rodaba sobre su costado, el agua fría y sucia filtrándose a través de su

uniforme. Se puso de rodillas, mirando hacia donde el fuego continuaba creciendo mientras consumía todo lo que estaba en escena en el nivel elevado.

Maldición.

Su comunicador, de alguna manera todavía sujeto al cinturón de su equipo, sonó para llamar la atención. Al recuperar el dispositivo, goteando agua sucia, abrió la tapa.

—Aquí Lorca.

—*¿… ante? Este es O'Ban… ¿don… está?*

No tenía sentido tratar de tener una conversación por sobre la vacilante frecuencia. En cambio, Lorca se dejó caer al suelo de la caverna, suspirando de alivio al escuchar la voz fragmentada de Reece O'Bannon. Apoyando su espalda contra la pared de roca fría y húmeda, Lorca colocó el comunicador aún activo en una roca cerca de su cadera derecha. Bridges u otra persona eventualmente usarían el canal abierto para rastrear su ubicación. Si tenía suerte, lo encontrarían en media hora.

Hasta entonces, se contentó con sentarse aquí y ver arder el fuego.

¿Está ahí arriba, Kodos? Espero que sí.

Habría preguntas, por supuesto, y en este momento no tenía idea de cómo podría responder algunas de ellas. Sus acciones, descaradas como eran, habían salvado al menos a parte de su equipo, y eso no le proporcionaba ninguna comodidad en lo más mínimo. Era obvio para él que Kodos y sus seguidores restantes estaban más que felices de matar para asegurar su escape, como otra extensión de la tragedia que habían causado a los colonos del Tarsus IV para llegar a este punto. ¿Había algo que él, Lorca, podría haber hecho para evitar una mayor pérdida de vidas? Quizás, pero eso sería decidido por otras personas.

¿Y qué había de Kodos? Si efectivamente se había visto atrapado en la explosión y el incendio que reclamaba su lugar final de refugio, ¿la muerte lo ayudaría a escapar del castigo por sus crímenes? Esa, también, era una pregunta que sería mejor respondida por aquellos calificados para emitir tales juicios.

Al final, Balayna Ferasini seguiría muerta, junto con los otros miles de personas, todas víctimas del terriblemente equivocado sentido de sacrificio y nobles intenciones de un solo hombre. Con respecto a Kodos, sabía que estaba mal sentirse como lo hacía ahora en lugar de preguntarse si se había hecho justicia, pero no le importaba. Mientras continuaba mirando el fuego, se sintió satisfecho de que Adrian Kodos, si se encontraba allí arriba, había recibido exactamente lo que merecía.

Disfruta tu funeral.

36

Al ver por primera vez a Lorca, Philippa Georgiou pensó que el hombre podría estar muerto.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó mientras se acercaba al lugar donde el comandante, sucio y ensangrentado, con el uniforme mojado y desgarrado, se apoyaba contra la pared de la caverna. De rodillas al lado de Lorca estaba la Alférez Terri Bridges, que tampoco se veía mucho mejor. Ella había sacado un parche dérmico de emergencia de un equipo médico de campo y lo había aplicado en el lado izquierdo del rostro de Lorca, y le estaba colocando una hipospray con algún tipo de medicamento.

Bridges respondió:

—A pesar de su apariencia, vivirá, Comandante. Lo encontramos sentado aquí así, y hasta ahora nuestra conversación ha sido una serie de gruñidos y señas. —Levantó un escáner de diagnóstico—. No creo que esté en coma, al menos según esto. —Su sonrisa fue forzada, al igual que su comportamiento, y Georgiou supo que la mujer se mantenía en una pieza enfrentando la fatiga y el dolor.

—Estoy cansado —dijo Lorca, su voz baja y tranquila—. Iré a coma más tarde.

El comentario fue suficiente para calmar las preocupaciones de Georgiou.

—Es bueno verle, Comandante.

—También es bueno verla.

No había emoción en la voz del hombre, debido a más que un simple agotamiento, que por sí solo sería más que una causa para que Lorca quisiera permanecer en silencio. Tanto él como Bridges sabían que todavía había asuntos que requerían atenderse antes de que se les permitiera incluso el más breve respiro.

—No sabemos cuántas personas había aquí —dijo—, pero estamos haciendo un barrido completo de toda la red subterránea. Tenemos veintidós personas, ya sea bajo custodia o habiendo recuperado sus cuerpos. —Señaló hacia la entrada del túnel colapsado—. Encontramos un cuerpo justo afuera de ese pasillo, enterrado bajo los escombros. El Teniente O’Bannon y su gente tuvieron mucha suerte.

—Puede decirlo otra vez —respondió Lorca.

Mirando alrededor de la caverna, Georgiou tomó nota del personal de la Flota Estelar y civil que trabajaba en diversas tareas. La mayor parte de la actividad se llevaba a cabo en la cornisa que daba al suelo de la cueva, que Georgiou sabía que era donde Adrian Kodos había hecho su última parada. Las paredes de roca chamuscadas y el olor a materiales compuestos quemados daban testimonio de la fuerza destructiva de los explosivos detonados en ese espacio contenido.

—Granadas termitas —dijo, para beneficio de Lorca—. Todo un contenedor de ellas, allá arriba. Ni siquiera sabía que hacían esas cosas.

Lorca gruñó.

—No lo hacen. Fueron prohibidas hace más de veinte años. Deben haber sido municiones sobrantes, ya sea que fueron traídas aquí por alguien que inmigró a la colonia, o algo enviado por un miembro de las fuerzas de seguridad.

—Bueno —dijo Georgiou—, tiene suerte de que no derribaran toda la caverna alrededor de sus oídos.

—Es solo mi día, supongo. —Hizo un gesto hacia la cornisa—. No creo que hayan dejado mucho allí, ¿verdad?

—Lo dudo, pero los técnicos forenses están revisando todo.

Frotándose el costado de la cabeza, que todavía le dolía incluso con la medicación que le había otorgado Bridges, Lorca dijo:

—Hasta que vea pruebas, Kodos no está muerto.

La duda nubló las facciones de Georgiou.

—No creo que la termita haya dejado mucho.

—Pruebas, o seguimos adelante —dijo con total seriedad—. Después de todo lo que ha sucedido, nada menos que la confirmación absoluta de su muerte es suficiente. —Miró una vez más a la cornisa—. Si él no está allá arriba, entonces juntaré mi equipo y comenzaremos de nuevo.

—Comandante Georgiou.

Era el Capitán Korrapati, cruzando la caverna hacia ella. Caminaba junto a la Gobernadora Gisela Ribiero y otro hombre con uniforme de capitán de la Flota Estelar. El hombre, de unos cuarenta y tantos años, era alto y estaba en forma, con el cabello castaño ondulado que a ojos de Georgiou era algo más largo de lo que normalmente permitían las regulaciones. Sus ojos marrones ardían con la intensidad y la sabiduría obtenidas de una larga carrera en la Flota Estelar, pero Georgiou pensaba que también había un poco de diversión. Supuso que comandaba una de las dos naves espaciales que habían asumido una órbita sobre Tarsus IV poco más de una hora antes.

—Capitán —dijo, asintiendo con la cabeza a Korrapati mientras notaba que Lorca se había puesto de pie. Ofreció saludos a Ribiero antes de volver la mirada hacia el otro oficial de mando—. Lo siento señor. No nos hemos conocido. Comandante Philippa Georgiou, asignada temporalmente a la *Narbonne* al mando del Capitán Korrapati.

El otro hombre sonrió cuando se dieron la mano.

—Oh, sé muy bien quién es usted, Comandante. —Extendió su mano derecha—. Robert April, *U.S.S. Enterprise*. —Su acento británico era nítido, aunque también había una inclinación en su voz que le daba una calidad juvenil a pesar de su aparente edad—. Como le estaba diciendo a Aurobindo, ha hecho un trabajo tremendo aquí. —Su mirada se dirigió a Lorca y volvió a ofrecerle la mano—. Comandante Lorca, también es un placer conocerle. Solo desearía que fuera en mejores circunstancias.

—Yo también, Capitán —respondió el comandante—. Aún así, estamos encantados de verle.

April dijo:

—Venimos trayendo regalos, después de todo. Tiendas de alimentos para toda la colonia, para empezar. Lo querrán por nada. Es lo menos que podemos hacer. También hemos traído un equipo completo de consejeros de duelo y otros terapeutas, y estamos preparados para transportar a cualquier persona que necesite atención médica adicional o extendida a la Base Estelar 11 o su destino de elección. —Sacudió la cabeza—. Nada de eso se acerca a compensar a estas personas por sus pérdidas, pero es un comienzo, y espero que demuestre que a alguien sí que le importa en la forma en que ustedes obviamente han estado demostrando. Me han dejado unos zapatos tremendos para llenar. Espero que mi equipo y yo podamos estar a la altura.

Tomando eso como un aparente apunte, Ribiero dio un paso hacia Lorca.

—Comandante, quería agradecerle personalmente por todo lo que ha hecho por nosotros. Es una deuda que nunca podremos pagar. —Ella buscó su mano y la tomó entre las suyas—. Me han informado de la pérdida personal que ha sufrido, así como de la muerte de sus compañeros oficiales de la Flota Estelar. Tiene mis más sinceras condolencias.

—Gracias, Gobernadora —dijo Lorca—. Aprecio que se haya tomado un tiempo por mí. En cuanto al resto… —Lanzó su mirada hacia el piso de la caverna—. Solo estaba cumpliendo con mi deber, igual que el Capitán Korrapati, la Comandante Georgiou y el resto de la tripulación de la *Narbonne.*

—No era una broma cuando dije que llenar sus zapatos era una tarea difícil —dijo April—. Todos ustedes han logrado mucho en tan poco tiempo. —Miró a Ribiero—. Gobernadora, que la colonia es mucho más estable de lo que esperaba ver al llegar es un testimonio de la gente misma, pero también de su liderazgo.

—Más lo primero, Capitán —respondió Ribiero—. Hemos pasado por mucho y necesito recuperar la confianza de mis conciudadanos, pero perseveraremos y esta colonia pronto volverá a prosperar. Nunca he estado más orgullosa de esta comunidad de lo que estoy ahora.

April asintió con descarada aprobación.

—Y el progreso que se está haciendo para aislar y combatir el contagio es muy impresionante. Mi directora médica espera tener una contraparte viable lista para desplegar en menos de una semana, pero eso no sería posible sin el trabajo que usted comenzó. Hace mucho tiempo aprendí que cualquier estimación que ella proporcione a cualquier cosa es nada menos que la verdad del evangelio.

—Para referencia futura —dijo Korrapati—, la directora médica de la *Enterprise* también es la esposa del buen capitán.

—Sarah. —April sonrió—. La declaración del Capitán Korrapati hace que la mía no sea menos cierta.

La actividad en otra parte de la caverna llamó su atención, y Georgiou vio a un par de oficiales de la Flota Estelar, ambos vestidos con un mono azul pálido, emergiendo del espacio sobre el piso de la cueva. Los reconoció como los técnicos forenses civiles enviados por Korrapati como parte del equipo de apoyo a Lorca y su grupo de búsqueda.

En lugar de usar los crudos peldaños de la escalera clavados en la pared de roca, los técnicos descendieron por una rampa instalada para facilitar el movimiento hacia y desde el piso de la cueva. Entre ellos había una plataforma antigravedad, encima de la cual descansaba una bolsa negra que Georgiou sabía que era lo suficientemente grande como para contener un humanoide, pero que parecía soportar algo mucho más pequeño. Una vez en el piso, uno de los técnicos, una mujer de ascendencia latina, se dirigió hacia Ribiero y el grupo de oficiales.

—Buenos días —dijo a modo de introducción—. Mi nombre es Amelia Cardoso. Soy patóloga forense. Sé que han estado esperando información, y les daré lo que tengo. —Hizo un gesto hacia la cornisa—. Encontramos dos cuerpos allí arriba. Ambos humanos, un hombre y una mujer. No quedaba mucho. Como pueden imaginar, la termita fue bastante eficiente, aunque pudimos obtener muestras genéticas de ambas víctimas.

Lorca, acercándose, preguntó:

—¿Pudieron identificarlos?

—Sí. La mujer se llama Fiona Okafor. Según las bases de datos de administración de colonias, es una trabajadora de mantenimiento asignada a una de las granjas hidropónicas de la ciudad. —Cardoso hizo una pausa y Georgiou vio algo en los ojos de la mujer. ¿Alivio? ¿Tristeza? ¿Alguna combinación extraña de esas dos emociones?

—El hombre es Adrian Kodos.

Georgiou preguntó:

—¿Estám seguros?

—Tanto como podamos estarlo. —Metiendo la mano en el bolsillo de su overol, Cardoso extrajo un escáner médico compacto—. Pudimos realizar comparaciones genéticas entre las muestras recuperadas aquí y las bases de datos médicas de la colonia. Coinciden, no hay duda. Podemos realizar pruebas más exhaustivas una vez que llevemos los cuerpos a un laboratorio adecuado, pero incluso nuestras pruebas de campo son 99% confiables.

—Sería bueno compartir esta noticia con la colonia —dijo Ribiero—. Me gustaría hacer una declaración formal más tarde esta mañana.

Lorca preguntó:

—¿Es lo mejor, Gobernadora? Quiero decir, si no estamos absolutamente seguros…

—Independientemente de este resultado menos que ideal —dijo Korrapati—, la gente necesita saber que hay una resolución para todo esto. Si bien hubiera sido preferible que Kodos fuera juzgado, esto aún proporciona una medida de cierre.

—Creo que tiene razón —agregó el Capitán April—. Por el bien de la comunidad, no creo que deba sentarse en esto.

Georgiou miró a Lorca.

—¿Está de acuerdo con esto?

—Supongo que tendré que estarlo. —El comandante frunció el ceño—. Después de todo lo que sucedió, simplemente no parece real de alguna manera.

April dijo:

—Me parece lo suficientemente real a mí.

—En efecto. —Ribiero puso una mano sobre el brazo de Lorca—. Puede dejar de preocuparse por esto, Comandante. Nos ha brindado un gran servicio. Gracias a usted, Kodos se ha ido para siempre.

—Pero todavía tiene simpatizantes, Gobernadora —respondió Lorca—. Quizás atrapamos a los seguidores más comprometidos, pero ¿qué hay con aquellos que permanecieron en la oscuridad, animando silenciosamente al bastardo y aquellos que lo ayudaron? Esas son las mismas personas que celebraron su destitución y se pusieron detrás de Kodos, fueran o no lo suficientemente valientes como para demostrar esa lealtad. ¿Que hay de ellos?

—Es una pregunta complicada, Comandante —respondió Ribiero—, y no es una pregunta que responderemos hoy. Encontraremos a esas personas, tarde o temprano, pero ¿por ahora? Se ha ganado un merecido descanso.

A pesar de los elogios y las garantías, que Lorca aceptaba con aplomo, Georgiou vio que el hombre no estaba convencido. Algo, ya fuera determinación, ira, insatisfacción o simple dolor, lo estaba royendo, y tendría que purgar estos demonios personales a su manera y en su propio tiempo. Tarde o temprano, llegaría a aceptar lo que la ciencia y el sentido común intentaban decirle.

Adrian Kodos estaba muerto.

37

Los contenedores de diferentes tamaños cubrían la mayor parte del piso del almacén. Algunos se alzaban en solitario, mientras que otros estaban apilados uno encima del otro u ocupaban unidades de estanterías a lo largo de las paredes o estaban dispuestos en filas y grupos. Desde donde se encontraba en una pasarela que se extendía desde el segundo nivel del almacén, Georgiou miraba el laberinto en el que uno podía perderse si no tenían cuidado.

Ya fuera emitido por una de las entidades de apoyo a las colonias de la Federación o proporcionado por la *Narbonne* u otras naves de la Flota Estelar que brindaban asistencia, cada contenedor, cápsula u otra embarcación contenía en su interior los efectos domésticos y otros artículos personales de alguien, tomados demasiado pronto. Aunque cientos de tales paquetes se acumulaban aquí, Georgiou sabía que vendrían muchos más en los próximos días. Equipos de personas trabajaban las 24 horas para inventariar y empaquetar las posesiones de cada colono asesinado, asegurándose de que todo se manejara de manera cuidadosa y reverente mientras se preparaba para el transporte. Cada artículo se entregaría a los miembros de la familia u otras partes designadas, llevando consigo buenos recuerdos, así como la encarnación de la pérdida. Por experiencia, Georgiou sabía que esos recuerdos albergarían para siempre un dolor de pena mudo y prolongado, pero también —si el destino era amable— una pequeña medida de cierre.

La magnitud total de la tragedia infligida a la gente de Tarsus IV había sido puesta en una especie de perspectiva. Mientras que el anfiteatro ofrecía su propia perspectiva sobre el horror desatado allí, este vasto mar de pertenencias huérfanas era un indicador contundente y profundo de la gran cantidad de vidas tan monstruosamente terminadas. Para Georgiou era un golpe de martillo sin piedad, exigiendo que la insensatez de la atrocidad cometida aquí no se olvidara ni se repitiera.

Nunca más. Le debemos a estas personas al menos eso.

No solo a ellos, se recordó a sí misma. Hombres y mujeres habían muerto más tarde, después de las ejecuciones, como consecuencia de la cacería de Kodos. Sus sacrificios también necesitaban ser tenidos en cuenta y honrados.

Pasos en la pasarela a su izquierda hicieron que Georgiou se volviera para ver a Gabriel Lorca caminando en su dirección. Al igual que ella, llevaba un uniforme de gala adecuado para las celebraciones del día. Su barba había desaparecido y había recibido un corte de pelo, por lo que ahora representaba el epítome de un prolijo oficial de la Flota Estelar.

—Comandante —dijo a modo de saludo—. Me dijeron que quería verme.

—Sí. Gracias por venir. La vi en el monumento. Quería decir de nuevo cuánto lamento spérdida.

Lorca asintió con la cabeza.

—Gracias. —En lugar de sentarse con la tripulación de la *Narbonne* que estaba de luto por la muerte de su propia gente, él, el Teniente Aasal Soltani y la Alférez Terri Bridges habían asistido al servicio con un pequeño grupo de colonos, que Georgiou había asumido como amigos u otros conocidos. Dada la relación de Lorca con una de las mujeres que habían muerto, esto era más que comprensible.

—Pensaba que era un servicio encantador —dijo Georgiou.

Lorca asintió, pero no respondió, y ella vio el dolor que aún permanecía en los ojos del hombre. También notó algo más. ¿Era aceptación o tal vez resignación? Después de todo, tenía que saber por qué ella lo había convocado aquí.

—Le dejé continuar la búsqueda de Kodos a pesar de que ambos sabíamos que no estaba en su mejor momento. Llevaba mucha carga emocional, Comandante, pero quiero creerle cuando me dice que no dejó que su dolor afectara la forma en que cumplió con su deber.

Frunciendo el ceño, Lorca respondió:

—No fue así.

—¿Está seguro?

—No negaré haber sido personalmente afectado por todo esto, pero todos los que murieron aquí, los colonos, Meizhen y Piotr, Jason Giler, Balayna, todos ellos, no merecían nada menos que toda la justicia. —Lorca apartó la vista y miró al suelo del almacén—. No sé si alguna vez podremos proporcionarles eso en la medida adecuada, pero espero que sea suficiente para que puedan descansar un poco más pacíficamente.

—¿Sus sentimientos se interpusieron para llevar a Kodos ante la justicia?

La ira brilló en los ojos de Lorca.

—Si pregunta si lo maté deliberadamente, Comandante, la respuesta es no. ¿Lamento que no haya vivido para ser juzgado? Por supuesto, pero ¿lamento que esté muerto? Absolutamente no.

Persuadido por sus respuestas, Georgiou tuvo que reconocer que Lorca había hecho un trabajo tremendo, incluso sobrehumano, manteniendo a raya sus sentimientos personales mientras realizaba la tarea de cazar a Kodos y sus seguidores. En retrospectiva, había sido fácil ver cuánto pesaba el esfuerzo sobre él, y sin embargo, había seguido adelante, dejando de lado el dolor e incluso el deseo de venganza para completar la tarea que se le había encomendado. Con la misión finalizada —Kodos muerto y una pequeña porción de justicia cumplida— Georgiou se preguntaba si Lorca finalmente podría permitirse llorar.

—¿Qué sigue para usted? —le preguntó.

—Están asignando temporalmente un nuevo personal al puesto avanzado. Nosotros cuatro debemos informar a la Base Estelar 11 para que se nos realice un interrogatorio y un permiso extendido en tierra. Probablemente sea lo mejor, creo.

Lo que no dijo, y lo que Georgiou sabía, era que los miembros sobrevivientes del equipo del puesto avanzado, y Lorca en particular, se someterían a una evaluación

psicológica para determinar si podría haber consecuencias residuales y potencialmente dañinas a lo que habían sufrido. Dichas revisiones eran normales después de cualquier pérdida personal, y variaban en alcance e intensidad dependiendo de la naturaleza del incidente en cuestión.

En cuanto a los colonos restantes, se había programado que varios cientos de personas fueran transportadas lejos de Tarsus IV a pedido, a bordo de la *Narbonne* o de una de las otras naves unidas al esfuerzo de ayuda. No le había sorprendido escuchar que la abrumadora mayoría de la población elegía quedarse. Las razones variaban, por supuesto, desde un deseo de mantener alguna conexión con un ser querido perdido, hasta un simple deseo de no sentir que se vieran obligados a abandonar el hogar que habían hecho aquí, hasta un renovado compromiso con los objetivos encarnados por la colonia y el potencial que representaba. Había mucho estímulo e inspiración para tomar de eso.

—¿Y usted, Comandante? —preguntó Lorca—. ¿Adónde se dirige?

—Estaba en camino a la *Desafiante* antes de todo esto. Sospecho que ahí es donde terminaré una vez que volvamos a la Base Estelar 11 y entregue mi informe. —La situación había sido tan agitada desde que llegó a Tarsus IV que había tenido poco o ningún tiempo para considerar su nueva asignación. La nave científica era un buen lugar, y proporcionaría todo tipo de nuevos desafíos a diferencia de los que se enfrentaban a bordo de una nave de patrulla. Lo aprendido a bordo de la *Desafiante* le ofrecería información sobre otro aspecto de la misión general de exploración y expansión del conocimiento de la Flota Estelar. La experiencia le serviría para bien mientras continuara su búsqueda de un día estar al mando de una nave propia.

Pero suficiente sobre mí.

—No le he preguntado cómo le está yendo —dijo.

Lorca respondió:

—Ya tuve una extensa conversación con el Capitán Korrapati sobre todo esto. Como le dije, la misión ha terminado. Kodos está muerto. Sé que hay quienes preferirían que lo trajeran a juicio. Entiendo sus sentimientos y como oficial de la Flota Estelar hice todo lo que estuvo en mi poder para afectar ese resultado, pero Kodos tomó su decisión. Optó por pelear, y como resultado está muerto. En lo que respecta a los informes oficiales, estoy decepcionado de que muriera antes de que pudiéramos arrestarlo, y me entristece que nuestros intentos de capturarlo resultaran en la pérdida incluso de una sola vida.

—¿Pero extraoficialmente?

—Lamento que no ardiera por más tiempo y viviera mientras lo hacía.

Alzando las cejas ante la fría y dura verdad que entrelaza sus palabras, Georgiou asintió.

—Lo mejor es mantener eso fuera del informe.

—Absolutamente. —Entonces, Lorca le ofreció una pequeña sonrisa—. Le agradezco su preocupación, Comandante. Honestamente, y estaría mintiendo si le dijera que estoy bien y que no hay nada de qué preocuparse. La verdad es que estoy muy lejos de estar bien, pero estoy mejor que hace unos días. Dentro de unos días, estaré mejor aún. Pero sé

que pasará un tiempo antes de que lo supere. —Puso su mano en la barandilla de la pasarela—. Puede que nunca lo supere por completo. Balayna era… alguien muy especial. —La sonrisa regresó, y Georgiou pudo decir que no era forzada para su beneficio—. Era todo lo que yo no. Espontánea, serena, tal vez incluso un poco demasiado salvaje en ocasiones. Balayna era un espíritu libre y un alma cariñosa como nadie que haya conocido. Era descendiente de los colonos originales, pero no estaba atrapada en todas las conversaciones aislacionistas y el movimiento para declarar al planeta libre de la supervisión de la Federación. Cuando ocurrió la reubicación, fue una de las personas que más la apoyaba una vez que comenzó la afluencia de refugiados. Había todo tipo de comités y grupos de tareas diseñados para ayudar con la transición a la comunidad, y por lo que sus amigos me dijeron, creo que ella se ofreció como voluntaria para todos ellos. —Hizo una pausa, sus facciones se suavizaron como si recordara algo agradable.

—Desearía haberla conocido —ofreció Georgiou.

—Le hubiera gustado. Me hizo querer ser una mejor persona, hacer algo que valiera la pena con mi vida, y tal vez incluso hacer la vida un poco mejor para otra persona.

Lorca miró al frente, aunque tal vez no enfocándose en nada en particular, y Georgiou lo escuchó soltar una breve y tranquila risa.

—Ella me convenció de probar el paracaidismo orbital. ¿Sabe lo loco y ridículo que suena para mí? Nunca hubiera hecho algo así antes de conocerla. No hubiera intentado muchas otras cosas antes de conocerla. —Suspiró—. Balayna fue buena para mí.

—Aún lo es —respondió Georgiou—. Suena como una persona increíble, y es obvio que tuvo influencia en usted, más allá de la obvia atracción. No se ha dado el tiempo para llorarla correctamente, pero ahora puede. Hágalo, conserve las cosas buenas y no deje que lo que compartieron se desperdicie, Comandante.

Volviendo su atención hacia ella, Lorca levantó una ceja.

—Después de todo lo que hemos pasado, los rangos parecen un poco cargados, Philippa. Soy Gabriel.

—No deje que todo lo que compartió con Balayna se desperdicie, Gabriel, por su bien.

Lorca enderezó su postura.

—No planeo hacerlo. Simplemente no sé cómo hacerlo. Durante un tiempo, incluso estuve considerando dejar la Flota Estelar para quedarme aquí con ella. —Sacudió la cabeza—. Alojarme aquí ya no parece correcto, pero tampoco estoy seguro de que la Flota Estelar sea el lugar adecuado para mí.

—La Flota Estelar necesita buenos oficiales como usted —respondió Georgiou—. También han invertido mucho en su formación y carrera. Sería una lástima si no les diera la oportunidad de obtener un rendimiento decente de esa inversión. —Sospechaba que él sabía esto, al igual que sospechaba que sabía que todavía tenía mucho que ofrecerle a la Flota Estelar. Mientras que algunos se habían unido al servicio porque querían o creían que podían contribuir a algo más grande que ellos, hubo quienes habían respondido lo

que sentían que era un llamado superior: un mandato o incluso un destino, para el cual una vida ordinaria nunca sería capaz para ofrecer un sustituto digno. ¿Gabriel Lorca veía a la Flota Estelar de esta manera? De eso, Georgiou no podía estar segura. En su experiencia, era una pregunta para hacérsela y que fuera respondida por la misma persona a la que afectaba más directamente.

—En el fondo, sé que tiene razón —dijo Lorca—. Tal como sé, es probable que sea el mejor lugar para mí. No puedo huir de lo que sucedió, o esconderme en algún lugar y esperar que pase el dolor o que pueda olvidar. No quiero olvidar. —Hizo un gesto hacia el piso del almacén—. Y no quiero que esto suceda en ningún otro lugar.

Detrás del dolor que todavía sentía, Georgiou escuchaba su convicción. Con solo sus instintos para guiarla, sintió que él no le daría la espalda a la Flota Estelar. Sin embargo, lo que había soportado aquí se quedaría con él. Su corazón se había endurecido frente a lo que había sufrido y perdido, y en las acciones que había tomado para llevar a Kodos ante la justicia. La experiencia se desvanecería, pero siempre acecharía en las sombras. Pesaría para siempre sobre él sin su conocimiento consciente, la forma en que se vivía cualquier evento extremo afectaba la psique de una persona. La forma en que Lorca aceptara o rechazara este cambio inevitable definiría el tipo de persona que sería a partir de este momento.

—Desde esa última pelea con Kodos y su gente —dijo—, me he estado preguntando cómo las cosas podrían haber sido diferentes. Sinceramente, quería traerlo. Quería que las familias y amigos de los que él asesinó lo vieran, junto con aquellos que lo ayudaron, a enfrentar todo el peso de la justicia de la Federación. Pero había una pequeña parte de mí a la que no le importaba. —Se giró para mirarla a los ojos—. Y una parte aún más pequeña deseaba haberlo podido matado con mis propias manos. Hubiera estado mal, y me gustaría pensar que la razón y el deber habrían ganado, pero… si tuviera que hacerlo de nuevo, me pregunto qué habría hecho.

Georgiou sacudió la cabeza.

—Creo que lo sabe. —Miró hacia los contenedores de efectos personales—. Defender un conjunto de ideales puede ser difícil y, a veces, muy cruel. Ser capaz de hacer eso, especialmente en tiempos de adversidad, crisis e incluso grandes tragedias personales, es la verdadera prueba de cualquiera que tenga el privilegio de usar esto. —Levantando la mano, se tocó el pecho para señalar su uniforme de la Flota Estelar—. Estamos obligados a protegeer y defender esos ideales, pero el trabajo más difícil es cumplirlos.

Con su expresión cayendo, Lorca dijo:

—No sé si ya soy capaz de eso. —Suspiró—. De hecho, no sé si alguna vez lo estuve.

—Balayna lo sabía. —Georgiou sonrió—. Algo me dice que la mujer que describió era muy buena jueza de carácter, y no se molestaría con alguien que no tuviera una mente similar a la de ella. ¿Qué cree que le diría si estuviera aquí?

De nuevo, Lorca sonrió.

—Que debería dejar de enfurruñarme y volver al trabajo.

Suena como un buen consejo, decidió Georgiou. *Para todos nosotros.*

38

Resistiendo el impulso de agarrarse a una barandilla o cualquier otra cosa que la ayudarla a mantener el equilibrio, Georgiou esperó a que la turbulencia que envolvía a la *Narbonne* disminuya mientras arañaba los últimos vestigios de la atmósfera de Tarsus IV y se empujaba al espacio abierto. Su estómago fue el primero en registrar el cambio casi imperceptible cuando los sistemas de gravedad artificial de la nave se pusieron en marcha, reemplazando la atracción natural del planeta.

—Hemos alcanzado la órbita —informó la Teniente Melissa Parham desde donde estaba sentada en la consola del timón—. Asegurando los propulsores de lanzamiento y ajustando la trayectoria para el curso estándar de salida de la órbita.

Sentado en su silla en el centro del puente, el Capitán Korrapati dijo:

—Bien hecho, Teniente. Comandante Larson, asegure las operaciones atmosféricas y preparémonos para regresar a casa.

—Sí, señor —respondió la primer oficial de la *Narbonne* desde donde estaba sentada en la estación de monitoreo de ingeniería de popa. Tocó el control para activar el intercomunicador de la nave.

—Comandante Larson a todos los tripulantes. Comenzando las comprobaciones de los sistemas posteriores al lanzamiento.

Korrapati se giró en su silla para enfrentar a Georgiou, quien logró resistir el aturdimiento atmosférico sin recurrir a sentarse. Sonriéndole, dijo:

—Está agarrándole la mano a esto, Comandante. Es posible que todavía hagamos de usted una tolva planetaria. —Hizo un gesto hacia la pantalla—. Sin embargo, prometo que será fácil navegar de aquí en adelante.

—Suena bien para mí, Capitán. —El viaje de regreso a la Base Estelar 11 prometía ser de rutina, seguido de cualquier programa de información que la aguardara con los funcionarios del Comando de la Flota Estelar que aún estaban tratando de entender todo lo que había sucedido en Tarsus IV. Según un mensaje del Almirante Anderson, su asignación a la *U.S.S. Desafiante* todavía estaba en camino, con sus órdenes revisadas para incluir la escala en la base estelar. En este punto, estaba ansiosa por trabajar en la nave espacial. Las demandas hechas al primer oficial de una nave científica debían ser menos exigentes de lo que ella y el resto de la tripulación de la *Narbonne* acababan de sufrir.

No lo malinterpretes.

En la consola de comunicaciones, el Alférez Richard Doherty se volvió en su asiento.

—Capitán, estamos siendo contactados por la *Enterprise*.

Levantándose de su silla, Korrapati rodeó la consola del timón, colocándose directamente frente a la pantalla principal antes de hacer un gesto hacia el oficial más joven.

—Póngalo en la pantalla.

Un momento después, la imagen de Tarsus IV y el espacio más allá de la curva del planeta desaparecieron, reemplazados por el rostro de Robert April. Ahora que había vuelto a bordo de los acogedores alrededores de su propia nave, April estaba cumpliendo con la reputación que le precedía. Georgiou casi sonrió ante su asentimiento a la excentricidad, con el capitán luciendo una chaqueta de punto gris lanudo, cuyo frente estaba abierto para revelar su túnica uniforme de la Flota Estelar. Tenía las manos metidas en los bolsillos, dándole una apariencia de profesor que se veía exacerbada por su cabello despeinado. Detrás de abril, el puente de la *Enterprise* era una colmena de color y actividad, con hombres y mujeres manejando consolas que parecían repletas de controles y pantallas.

—*Aurobindo* —dijo April, ofreciendo una sonrisa mientras evitaba el protocolo adecuado—. *Solo quería desearle a usted y a su tripulación un buen viaje.*

—Gracias, Capitán. Ha sido un honor trabajar con usted. Solo desearía que las circunstancias hubieran sido mejores.

—*Igualmente. Usted y su gente pueden estar orgullosos del trabajo que han hecho aquí. Todavía queda mucho por hacer, pero no estaríamos donde estamos sin todo lo que hicieron. Sospecho que muchas almas, tanto de los muertos como de los vivos, descansarán un poco más fácilmente, gracias a ustedes.*

Aunque estaba ansiosa por continuar con su próxima tarea, una parte de Georgiou quería permanecer en Tarsus IV, para ver cómo progresaban las cosas en las semanas y meses venideros. La gente de Nueva Anchorage y los otros asentamientos estaban en camino de regresar a sus vidas normales, pero las cicatrices dejadas por Kodos no se curarían en mucho tiempo. Varios de sus partidarios estaban a bordo de la *Narbonne*, atracados en habitaciones aisladas y bajo vigilancia constante por los destacamentos de seguridad de la nave; en la Base Estelar11 serían enviados a la estación de seguridad mientras esperaban juicio. Georgiou estaría vigilando esos procedimientos, así como verificando el planeta y el estado del esfuerzo de recuperación.

—Entre la Gobernadora Ribiero, su gente, y usted y las otras naves que la ayudan, creo que Tarsus IV está en buenas manos, señor —dijo Korrapati—. Mucha suerte a todos ustedes.

April sonrió.

—*Buenos vientos y mar de popa,* Narbonne. *Aquí la* Enterprise, *cerrando la sesión.*

La conexión se cortó y April desapareció, devolviendo la pantalla principal a su imagen del planeta, solo que ahora el Alférez Doherty había activado los sensores de la *Narbonne* para proporcionar una vista de la *Enterprise* mientras perseguía su propia órbita estándar de Tarsus IV. Era la primera mirada de cerca de Georgiou a una nave espacial de clase *Constitución*, y la poderosa nave era un espectáculo para la vista.

Supongo que ese es el futuro. Ese es mi futuro.

Excusándose del puente, Georgiou se dirigió por la escalera hacia las áreas de recreación y comedores de la tripulación. Su estómago le recordó que se había perdido el desayuno y que ya era hora de corregir ese descuido. Sin tareas oficiales esperándola ahora que la *Narbonne* se dirigía a la Base Estelar 11, las únicas actividades que exigían su atención eran los informes posteriores a la acción que presentaría al Almirante Anderson y al Comando de la Flota Estelar, y precisamente ninguno la atraía. Por otro lado, un entrenamiento en el gimnasio de la nave seguido de una larga ducha caliente y una siesta generaban una mayor atracción.

Ahora que lo pienso, esa siesta suena mejor a cada minuto.

—¡Comandante!

La joven voz detuvo a Georgiou en seco, y regresó al cruce del pasillo que acababa de pasar para ver a Shannon Moulton, con un peluche familiar Andoriano en la mano, corriendo hacia ella. La madre de Shannon, Eliana, la seguía de cerca, sonriendo con aparente vergüenza.

—Shannon —dijo Georgiou—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Por lo que le habían dicho, no se suponía que se permitiera la entrada de civiles en esta parte de la nave.

Felizmente inconsciente de los protocolos que pudo haber estado violando, la niña corrió hacia Georgiou y envolvió sus cortos brazos alrededor de las piernas de Georgiou.

—Pido disculpas, Comandante —dijo Eliana—. La Comandante Larson dijo que estaría bien si veníamos aquí a buscarla. Shannon ha querido verle.

Cayendo sobre una rodilla para estar a la altura de los ojos de la niña, Georgiou sonrió.

—No pude verte antes de que nos fuéramos, pero sabía que nos encontraríamos tarde o temprano. No es una nave tan grande, después de todo. Entonces, ¿qué te trae por aquí?

—Vamos a ver a mis abuelos —respondió Shannon, cambiando el tema de discusión sin ningún esfuerzo de esa manera que solo los niños pueden hacerlo—. Viven en Marte.

Georgiou había visto a los Moulton en la zona de embarque del puerto espacial antes de la partida de la *Narbonne*. Una rápida revisión de los informes de estado de la colonia le informó que Shannon y su madre estaban entre los que habían optado por abandonar Tarsus IV a favor de un nuevo comienzo. Sin duda, Eliana Moulton esperaba enterrar el dolor y la pena que sentía por la pérdida de su esposo. Shannon, por otro lado, estaba aislada de esa angustia gracias a la misericordiosa inocencia de la infancia. Pasaría un tiempo antes de que entendiera a lo que había sobrevivido y por qué su padre no.

—Si vas a Marte —dijo Georgiou—, entonces debes preguntarle al Capitán Korrapati al respecto. Él nació allí, sabes.

Eliana respondió:

—Nos aseguraremos de hacerlo. Shannon, ¿no tienes algo para la Comandante Georgiou?

En lugar de responder, Shannon levantó el peluche en su mano derecha. El compañero Andoriano ahora lucía dos antenas gracias a los esfuerzos de reparación de Georgiou, y notó que lo habían limpiado desde la última vez que lo había visto.

—Quiero que lo lleves. Quizás él pueda traerte suerte ahora.

El simple gesto fue suficiente para provocar lágrimas, y Georgiou extendió la mano para limpiarse los ojos.

—Gracias, cariño. Prometo cuidarlo bien.

Alcanzando a cepillar el cabello de la niña, se maravilló de cómo esta joven había resistido de alguna manera todo lo que el cruel destino le había arrojado. Le daba a Georgiou la esperanza de que todos los que habían sobrevivido al incidente de Tarsus IV —junto con los que venían a ayudar— pudieran aprender a vivir con lo experimentado.

Miró al peluche. Si bien representaba una pérdida enorme, quizás también servía como un recordatorio para el futuro. A pesar de las acciones de Kodos y sus seguidores, Georgiou se sentía alentada por la forma en que tantos colonos habían podido unirse frente a tal tragedia y ayudarse mutuamente. Su creencia en la empatía y la voluntad de los seres inteligentes para vincularse incluso en tiempos de dificultades extremas podia haber sido puesta a prueba, pero no rota.

¿Podría algo positivo venir de lo que habían experimentado los colonos del Tarsus IV? Por el momento, Georgiou estaba en apuros para ver qué, o cómo podría suceder eso, pero Shannon Moulton le daba esperanzas.

Después de prometer a la niña y a su madre que se encontrarían nuevamente en la Base Estelar 11, Georgiou se despidió de los Moulton y comenzó a retroceder por el pasillo. Al descender al nivel de la tripulación, pasó por la gran área abierta del espacio de la cubierta que albergaba el gimnasio de la nave y otras instalaciones recreativas. Salas separadas alrededor del perímetro de la cámara más grande ofrecían una pequeña biblioteca y alcobas de entretenimiento audiovisual, todo alrededor de una colección de equipos de gimnasia.

Unos pocos miembros de la tripulación de la *Narbonne* estaban trabajando en diferentes máquinas, mientras que un hombre estaba solo en el lado opuesto de la sala, haciendo ejercicio de manera frenética contra un maniquí del tamaño de una persona diseñado para el boxeo y otro entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo. El hombre estaba atacando al oponente simulado lo que Georgiou pensaba era furia apenas contenida.

Era Gabriel Lorca.

Descargó golpe tras golpe, sintiendo que la alcolchada capa exterior sintética del modelo de entrenamiento cedía bajo sus nudillos con cada impacto. Cada golpe descargado provocaba un tono, indicándole un punto agregado a su puntaje. Lorca prefería simulaciones de entrenamiento como esta a simples bolsas de boxeo, por la sensación de enfrentarse a una persona real. Los maniquíes podrían programarse para simular cualquiera de más de cien formas de vida humanoide diferentes, presentando los

puntos vulnerables o blandos respectivos de cada especie y ajustando la configuración de dificultad automáticamente.

Para sesiones como esta, Lorca normalmente prefería enfrentarse a una simulación Klingon, que tendía a presentar uno de los programas más desafiantes. Hoy, sin embargo, había elegido combatir a un humano estándar de la Tierra. Mientras que la computadora no asignaba identidad a su oponente fabricado, Lorca ya tenía una personalidad particular en mente. No satisfecho con el entrenamiento de boxeo estándar, había cambiado a un método de entrenamiento aprendido hacía años, antes de unirse a la Flota Estelar. Una combinación de técnicas dominadas en las clases de artes marciales durante su juventud era aumentada por su entrenamiento en la Academia y en la escuela de seguridad. Lo había dado todo, saboreando el desafío de desarrollar sus habilidades al límite y probándolas contra sus instructores y otros oponentes. Las victorias en tales situaciones habían sido gratificantes, pero también lo fueron las derrotas, ya que casi siempre se alejaba de esos partidos después de haber aprendido algo nuevo sobre sí mismo o descubrir otra mejora que podría perseguir.

Otra cosa que había aprendido a lo largo de los años era que había un momento y un lugar para la forma y la técnica, generalmente en un dojo de entrenamiento o en una competencia formal. Cuando se trataba de situaciones del mundo real, Lorca prefería un estilo de lucha combinado que se basara en ataques rápidos y violentos diseñados para incapacitar a su oponente lo más rápido posible.

Luego estaban los momentos en que solo quería golpear algo.

Cambió su ataque al torso del maniquí, enfocando ahora cada golpe en la cabeza del objetivo. Los pitidos que anunciaban puntos que aumentaban su puntaje no significaban nada. Se escuchaban tonos que decían que había recibido golpes suficientes para aturdir o incluso matar a su oponente imaginario.

Todo lo que veía era a Kodos, el rostro del verdugo, golpeado y sangrando en sus manos. Cada golpe era una retribución. Cada grito percibido de dolor o súplica de piedad era el combustible para impulsar a Lorca con más fuerza.

Tuviste suerte, bastardo.

Lorca presionó el asalto, manteniendo la visión de Kodos en su punto de mira e infligiendo ese dolor mucho más imaginario al gobernador muerto. Si continuaba haciendo esto, podría evitar que las imágenes de Meizhen Bao, Piotr Nolokov y especialmente Balayna Ferasini lo persiguieran por un poco más de tiempo.

No es el mejor plan, pero por ahora lo seguiré.

Solo después de darse cuenta de que el blanco de combate ya no reaccionaba a sus golpes y una voz lo llamaba desde algún lugar, se obligó a detenerse. Con las manos doloridas y los pulmones en llamas, Lorca respiró hondo mientras se alejaba del maniquí antes de percibir que la pareja de miembros de la tripulación lo observaban con los ojos muy abiertos. La pareja —un hombre y una mujer, cada uno vestido con un atuendo deportivo con el nombre y el número de registro de la *Narbonne*— lo miraba con evidente preocupación.

—¿Señor? —preguntó la mujer de la tripulación—. Creo que lo ha matado.

Dando otro paso hacia atrás desde el objetivo de entrenamiento, Lorca vio que el maniquí estaba parado en un ángulo, balanceándose hacia atrás desde la base que lo anclaba a la cubierta. Las hendiduras de sus puños aún eran visibles en la región del pecho del modelo, y su cara estaba deformada e incluso había colapsado hacia adentro varios centímetros.

—Ni siquiera sabía que se podía hacerle eso a estas cosas —dijo el joven oficial, antes de volver su mirada hacia Lorca—. ¿Está bien, señor?

El dolor en sus nudillos le hizo mirar sus manos, y Lorca vio sangre fresca empapando los delgados guantes de entrenamiento. Flexionó sus dedos. Dolerían por un tiempo, pero no había nada roto.

—Estoy mejor ahora.

Realmente estaba muy lejos de estar «mejor», y mucho menos «bien». Pero estos dos suboficiales, que buscaban un entrenamiento libre de distracciones, no merecían ser la peor parte de sus arrebatos emocionales.

Sin decir una palabra más, se volvió y salió del piso del gimnasio, quitándose los guantes de entrenamiento y dando a sus dedos otra flexión tentativa. La sangre allí todavía rezumaba, pero no era nada que un regenerador dérmico no pudiera manejar. Moviéndose hacia un banco donde lo esperaban una toalla y una botella de agua, notó la figura parada cerca de la puerta en el lado opuesto de la habitación: Philippa Georgiou. Su rostro era una máscara de preocupación, sin duda aumentada por la vista de sus nudillos ensangrentados. A pesar de que el latido sordo comenzaba a irradiarse a través de sus manos, se sentía mejor de lo que se había sentido en días.

—Buenas noches, Comandante —dijo, cambiando la botella de agua por su toalla—. ¿Algo que pueda hacer por usted?

—Estaba a punto de hacerle la misma pregunta. —Su tono era plano, pero sus rasgos aún comunicaban la preocupación que lo había recibido a él al notar su presencia en el gimnasio.

—Simplemente trabajando con un poco de exceso de energía. —Lorca se pasó la toalla por la cara y el cabello. Estiró los dedos otra vez. El dolor ya comenzaba a menguar. En unos minutos, podría estar listo para otra ronda con la bolsa.

Georgiou preguntó:

—¿Algo de lo que quiera hablar?

En lugar de responder, Lorca se limpió la cara otra vez. Mientras lo hacía, notó a tres civiles entrando al gimnasio. Sabía que el Capitán Korrapati había ofrecido el uso de todos los servicios de la nave y otras instalaciones a los cientos de pasajeros que transportaba la *Narbonne*, y que la invitación se extendía a aquellas áreas de la nave normalmente reservadas para la tripulación con el fin de ayudar con el posible hacinamiento. Ya había unas pocas personas —los colonos que habían decidido abandonar Tarsus IV para ser transferidos a la Base Estelar 11 y eventualmente

transportados a otro destino— haciendo uso del gimnasio, y Lorca esperaba ver aún más durante los días que le tomaría a la nave completar el viaje.

—Supuse que habíamos discutido todo en el planeta —dijo después de un momento, y por la mirada en los ojos de Georgiou, era obvio que no la tendría tan fácil.

—Y yo tuve la sensación de que estaba ocultando algo.

Soltando un suspiro, se sentó en el banco, apoyado contra el mamparo adyacente mientras tomaba otro sorbo de su agua.

—Lee a la gente bastante bien, Comandante.

—Es un don. —Sin esperar una invitación, Georgiou se sentó a su lado en el banco—. Entonces, ¿qué le está molestando?

Lorca lanzó una pequeña risa sin humor.

—Todo.

—Deme un ejemplo.

Bebiendo de su botella, Lorca reflexionó sobre su solicitud por un momento, y decidió que no había razón para seguir siendo tímido. En este punto, Georgiou había obtenido más que una respuesta directa.

—Deberíamos estar evacuando a todo el planeta. Al diablo con lo que algunos de los colonos quieren. Deberíamos sacar hasta la última alma de allí y reubicarlos, y luego marcar a Tarsus IV como fuera de los límites. Sugeriría destruir la maldita cosa, pero incluso creo que eso podría ser un poco extremo.

—Al menos esperaría a que levantemos a la gente antes de apretar el gatillo.

—Y no crea que no consideré dejar al menos a algunas personas atrás.

Georgiou descansó contra el mamparo, cruzando los brazos.

—Bastante justo. En cuanto a esta idea suya, ¿qué hay con las personas que han decidido quedarse y reconstruir?

—Que se jodan. —Fue una declaración simple y contundente, pronunciada casi sin un pensamiento consciente, y por un segundo o dos Lorca consideró ofrecer algo para suavizarla. Luego descartó esa idea antes de tomar otro sorbo de agua—. A partir de este momento, cualquier mención de Tarsus IV en cualquier libro de historia o base de datos comenzará y terminará con lo que sucedió aquí. No queda nada por reconstruir, excepto un pobre legado de liderazgo, falta de maldita humanidad y una tragedia evitable, y así será para siempre.

Cuando Georgiou no dijo nada en respuesta, agregó:

—No se trata solo de Kodos, sino también del entorno que le permitió hacer lo que hizo. No actuó solo o en el vacío. —Estaba muy bien que aquellos seguidores de Kodos detenidos se enfrentaran a la justicia por ayudarlo y apoyarlo. Por otro lado, a Lorca le había tomado un poco de tiempo y reflexión darse cuenta de que tal acción solo abordaba parte del problema.

—¿Dónde diablos nos equivocamos? Hace dos siglos en la Tierra, casi nos borramos de la existencia bombardeándonos, y esas personas lo suficientemente afortunadas para sobrevivir *aún así* encontraron formas de seguir luchando por lo que quedaba. Tuvimos

suerte de que los Vulcanos aparecieran y optaran por no importarles una mierda lo que hiciéramos. Nos dieron una segunda oportunidad en una bandeja de plata, y por un tiempo allí nos vimos y actuamos como si nos lo mereciéramos.

Terminando la botella de agua, la arrojó a través de la habitación en la dirección general del reciclador. Rebotó en el suelo y rodó hacia el mamparo lejano.

—Imagine lo que dirán los primeros Vulcanos que visiten la Tierra si pudieran ver lo que dejamos que sucediera en Tarsus IV. ¿Qué hay con aquellos que levantaron el infierno cuando finalmente decidimos hacer ese primer vuelo warp fuera de nuestro sistema solar? No es que no les hayamos dado motivos para preocuparse, y aun así permanecieron con nosotros. Estuvieron a nuestro lado durante la crisis Xindi, libraron una guerra con nosotros contra los Romulanos y nos ayudaron a fundar la Federación porque finalmente creyeron que estábamos listos para actuar como una especie madura capaz de permanecer como adultos en un escenario interestelar. ¿Cómo traicionamos esa confianza? Al entrar en pánico frente a la crisis y matar a cuatro mil de nuestra propia gente porque era lo «conveniente» para hacer. Las cuatro mil personas que sobrevivieron a esa purga no merecen el regalo de supervivencia que se les ha dado.

—No fueron todos —respondió Georgiou—. Ni siquiera había un porcentaje significativo de personas de su lado.

—Pero había suficientes. —Lorca sacudió la cabeza—. Hubo quienes creyeron como él o descubrieron que podían vivir con eso porque les ayudaba a salvar sus propios traseros. Algunas de esas personas están muertas, y tomamos a muchos más bajo custodia, pero usted y yo sabemos que entre los sobrevivientes se esconden personas que agradecen a las deidades o al azar o el hecho de que Kodos los encontrara lo suficientemente útiles como para mantenerse con vida. Algunos creían en lo que estaba haciendo, incluso si nunca lo admitan mientras vivan. Dígame cómo algo de eso defiende nuestros elevados valores de la Federación.

Georgiou dijo:

—No lo hace, pero no se puede culpar a todo un grupo de personas por las acciones de unos pocos extremistas. La historia está llena de graves consecuencias provocadas por ese tipo de pensamiento.

Suspirando, Lorca se miró las manos mientras doblaba los dedos. El dolor había desaparecido y la sangre se había secado en sus nudillos.

—¿Pensando en otra ronda? —preguntó Georgiou.

—De hecho, sí. Al menos la bolsa y yo tenemos un entendimiento.

—Si quiere hablar, estoy feliz de escucharle. —Se levantó del banco y se alisó la túnica del uniforme—. No renuncie a esos ideales por el momento, Gabriel. Si he aprendido algo, es que después de una prueba como esta, parece que hacemos bien en recordar lo que nos hace quienes somos, y nos dedicamos nuevamente a esas cosas que apreciamos en una búsqueda por mejorar. La historia también tiene su parte de esas historias, y bien puede probar que está equivocado aquí también.

Lorca se puso de pie.

—Lo crea o no, estaría muy feliz de verlo. —La sonrisa, por pequeña y cansada que fuera, era genuina. Admiraba a Philippa Georgiou, quien a pesar de todo lo que había presenciado en Tarsus IV, todavía encontraba espacio para esperanzarse no solo por el presente, sino también por el futuro.

Limpiándose la mano, la metió en el bolsillo. Recordó cómo Balayna al principio había creído que era extraño cuando él le dio galletas de la fortuna. Era una afectación adquirida años antes, y se había convertido en un juego entre ellos. Más tarde, ella insistió en que la fortuna era la mejor parte de sus citas. Las guardaba, en ese tazón de madera en su departamento, y de vez en cuando sacaba una al azar para leer en voz alta. A veces, bromeaba diciendo que estaba buscando inspiración, o que estaba seleccionando una actitud para enfrentar el día siguiente. Era otra de sus deliciosas excentricidades.

Con el papel descansando en la palma de su mano, Lorca estudió las palabras que contenía.

El odio nunca es conquistado por el odio. El odio es conquistado por el amor.

Parecía que Georgiou y Balayna compartían la misma perspectiva.

Un día, Lorca esperaba poder sentir lo mismo.

39

Estracto de *Los Cuatro Mil: Crisis en Tarsus IV*

Tras la partida de la *U.S.S. Narbonne*, otras naves de la Flota Estelar que operaban bajo el mando conjunto del Capitán de la *Nave Estelar Enterprise*, Robert April, permanecieron en Tarsus IV durante otros setenta y nueve días. A través de su trabajo con la Gobernadora Ribiero y el consejo de liderazgo, el orden se restableció rápidamente y los colonos restantes intentaron centrar su atención en el futuro. Parte de ese proceso abordó las cuestiones aún importantes que persistieron después de la tragedia, que requirieron atención inmediata para que la población sobreviviente siguiera adelante.

Mientras Kodos era asesinado durante el intento de captura, muchos de sus partidarios fueron detenidos. Después de una cuidadosa deliberación con expertos legales de la Federación, se decidió que los acusados de ayudar a Kodos a llevar a cabo las ejecuciones enfrentarían un juicio en un lugar neutral, lejos de Tarsus IV. Las demandas de justicia y trato justo bajo la ley fueron vigiladas; la separación de la escena de su crimen se consideró necesaria. Los veintisiete hombres y mujeres que enfrentaron cargos fueron condenados por sus roles en la masacre de Tarsus IV. Cada uno cumplió cadena perpetua en un puñado de colonias penales de la Federación.

Después de la erradicación de la infección por hongos que devastó los suministros de alimentos de la colonia e inhibió la producción agrícola y otras operaciones de producción de alimentos, los efectos de la peste continuarían sintiéndose durante meses. Incluso después de que la crisis misma se declarara «terminada», los recuerdos de lo que sucedió aquí nunca se desvanecerían realmente.

Diez años después de esos horrendos acontecimientos, para quienes sobrevivieron al breve pero mortal reinado de Kodos, las cicatrices aún son profundas. Hablar con colonos que fueron testigos de los acontecimientos de esa noche terrible revela una gran cantidad de recuerdos malignos. Aquellos que perdieron amigos o familiares todavía hablan con gran afecto y tristeza sobre aquellos cuyas vidas se vieron truncadas de manera tan brutal. Incluso los hombres y mujeres más jóvenes que eran niños en la noche de la masacre llevan recuerdos inquietantes de esa época, capaces de procesar sus experiencias individuales solo años después y con el apoyo de familiares, amigos o consejeros profesionales.

Para cualquiera que optaron por dejar Tarsus IV, esto casi siempre invita a la curiosidad una vez que se entera de que esa persona vivió la tragedia, o es descendiente de un sobreviviente. Dado el estado de la sociedad moderna y los muchos lujos que damos por sentado, a menos que un individuo haya quedado atrapado en el incidente o

tenga una conexión personal con una víctima o un sobreviviente, no hay puntos de comparación. Las acciones emprendidas en Tarsus IV, incluso motivadas por una supuesta pureza de propósito, simplemente están demasiado lejos del pensamiento convencional para comprenderlas o apreciarlas por completo.

Aquellos en Tarsus IV que quedaron atrás para recoger las piezas de vidas destrozadas se encontraron en una encrucijada. Muchas personas, ya fueran descendientes de los colonos originales o personas traídas desde Epsilon Sorona II u otras colonias, optaron por la reubicación en la Tierra u otro mundo de la Federación. Sin embargo, la gran mayoría de la población sobreviviente del planeta eligió quedarse. No contentos con reconstruir solo sus propias vidas, comenzó un movimiento creciente entre la comunidad para garantizar que la masacre, junto con las duras lecciones que había impartido, no se olvidaran. Se construirían monumentos, y los servicios conmemorativos se observarían y se seguirán observando cada año.

Además, hubo y sigue existiendo un esfuerzo concertado para asegurar que tal incidente nunca se repita en otra población, en ningún lugar. En los años posteriores al incidente de Tarsus IV, se realizaron numerosos avances en la mejora de las pruebas de adaptabilidad y compatibilidad para plantas y semillas transferidas entre mundos, con énfasis en verificar la idoneidad agrícola en mundos coloniales existentes y nuevos. Thomas Leighton, él mismo un adolescente durante la masacre, actualmente está estudiando para ser un científico, aprendiendo a mejorar las técnicas agrícolas para que los cultivos de mundos ecológicamente dispares puedan cultivarse lado a lado. Leighton, que en realidad no estaba entre los colonos reunidos para la ejecución, pudo acercarse lo suficiente al lugar para presenciar la masacre de primera mano. Herido durante el caos que siguió, todavía tiene las marcas de sus heridas, con el lado izquierdo de la cara cubierto por una cubierta que se ajusta a la forma para ocultar la carne y los huesos destrozados, así como su ojo perdido. Por razones que elige no compartir, hace años optó por negarse a la cirugía reconstructiva para restaurar sus características.

—Cuando estoy solo, o si estoy acostado en la cama antes de quedarme dormido —dice Leighton en una entrevista realizada para este libro—, todavía puedo ver su rostro y escuchar su voz. Tan claro como cuando lo escuché esa noche en el anfiteatro. —Según los informes oficiales, menos de una docena de personas siguen vivas hoy que vieron a Adrian Kodos en Tarsus IV con sus propios ojos, por lo que para ellos el dolor es aún más profundo, ya que pueden, de primera mano, ponerle cara al hombre que infligió tanto dolor y miedo.

Impulsado para evitar que otro incidente como Tarsus IV vuelva a suceder, Leighton ha dedicado años a sus estudios. Sus éxitos, junto con los de tantos otros como él, continuarán expandiendo los esfuerzos de colonización en mundos en todo el cuadrante. Los nuevos asentamientos disfrutan de niveles de diversidad cultural y tecnológica que solo se podían soñar hace solo unas décadas.

No satisfechos con estos logros, Leighton y otros continúan expandiendo su investigación a otras áreas, como la creación de medios infalibles para combatir o incluso

prevenir peligros ecológicos como la peste que devastó a Tarsus IV. Durante los últimos tres años, Leighton ha centrado su investigación en el desarrollo de alimentos sintéticos para frenar la hambruna y garantizar que nada pueda poner en peligro los suministros de alimentos o las capacidades de producción en un mundo poblado. Su trabajo con zenita, un mineral autóctono del planeta Ardana y utilizado principalmente para mitigar los efectos de las enfermedades de las plantas en los mundos de toda la Federación, ha arrojado resultados prometedores con su nueva investigación. A pesar de los años dedicados a este esfuerzo, Leighton dirá que hace poco para calmar el dolor que aún siente por los eventos en Tarsus IV.

—Aunque dicen que está muerto, él y los actos atroces que cometió quedan grabados para siempre en mi memoria. Todo eso me perseguirá por el resto de mis días.

Sin tener en cuenta los informes oficiales que detallan el destino de Kodos, Leighton es una de las pocas personas que se preguntan si el tirano realmente está muerto. Habiendo visto toda la información presentada por el personal de la Flota Estelar que participó en la búsqueda de Kodos y que estuvieron allí durante la escaramuza final que provocó su muerte, personas como Leighton todavía se preguntan si la historia de Kodos realmente terminó hace diez años en Tarsus IV. El tema es de moderada popularidad en los círculos que entretienen teorías de conspiración de todo tipo, aunque los círculos oficiales no dan crédito a la idea. En cuanto a Leighton, en realidad evita esos chismes sin fundamento.

—Realmente no creo que siga vivo —ofrece el científico, consciente de que mantener tales creencias podría ser perjudicial para su trabajo—. Pero vivirá en mi memoria y en los recuerdos de todos los que sobrevivieron a eso tan sangriento y horrible que nos hizo a todos.

U.S.S. SHENZHOU NCC-1227
16 de marzo de 2256

40

Apoyando el padd sobre su escritorio, Philippa Georgiou se reclinó en su silla, mirando con gran admiración a la autora de lo que acababa de leer.

—Bueno, eso fue un jodidamente bueno.

Desde el sofá colocado contra el mamparo del despacho privado, Shannon Moulton dejó a un lado la lista de datos con la que se ocupaba mientras la capitana leía en silencio. Enderezó su postura, levantando la mirada para encontrarse con la de Georgiou.

—¿De verdad piensa eso?

—Absolutamente. —Georgiou pulsó el padd con los dedos de su mano izquierda—. He leído otros libros sobre Tarsus IV, e incluso algunas entrevistas de sobrevivientes, pero ninguno tiene este nivel de detalle personal. —Puso su mano sobre el padd—. Este es un tributo maravilloso, tanto para los vivos como para los muertos. Es la historia que merecen haber contado durante diez años. Hiciste un trabajo maravilloso al capturar tantas perspectivas y recuerdos diferentes, y al darle a toda la narrativa un equilibrio adecuado. Cada una de las personas que entrevistaste aportó algo único a la imagen general que estabas pintando. Admito que me sorprendió tu inclusión de Fujimura y otros partidarios de Kodos, pero después de leer todo esto, veo que también tenías razón en representarlos.

Georgiou decidió que sería difícil para algunos lectores apreciar los puntos de vista ofrecidos por cualquiera que ayudara o simpatizara con Adrian Kodos, pero creía que la crónica adecuada de cualquier evento histórico requería una visión de todos los lados del suceso. Esto incluía tanto a los perdedores como a los ganadores de cualquier conflicto, y en el caso de Tarsus IV, esto significaba las cuentas de los autores y las víctimas. ¿Qué habría pensado el propio Kodos sobre los esfuerzos de Shannon? Era una pregunta interesante que, por supuesto, nunca recibiría la respuesta que el autor o su trabajo merecían.

Con el rostro enrojecido por la evidente vergüenza, Shannon extendió la mano para cubrir la sonrisa que estaba haciendo lo posible por ocultar.

—Gracias, Capitana. Eso significa mucho viniendo de usted.

Sentada con las manos cruzadas sobre su regazo, mostraba signos de nerviosismo que parecían atormentarla desde su llegada a bordo de la nave. Georgiou consideró la posibilidad de que esta podría ser la primera visita de Shannon a una nave de la Flota Estelar desde que había salido de Tarsus IV. A los dieciocho años de edad, con ropa civil holgada y largo cabello rubio que le pasaba por los hombros, Shannon Moulton estaba muy fuera de lugar a bordo de la *Shenzhou*. Incluso si optaba por una carrera en la Flota Estelar, estaba al menos a cuatro años de distancia para ganarse el derecho de usar un uniforme y servir a bordo de una nave como esta, pero Georgiou sabía que el futuro de la

niña iba por un camino diferente. Eso era obvio por su manuscrito, que aún permanecía en la mente de Georgiou.

¿Han pasado realmente diez años desde la última vez que la vi? ¿Cómo es que todavía no es esa niña con ropa sucia y una pierna rota?

Por otro lado, parecía haber una sabiduría al acecho detrás de los ojos azules de Shannon que desmentían su juventud. La suya había sido una infancia marcada por la tragedia, y que hubiera podido emerger de la calamidad de Tarsus IV siendo capaz de procesar lo que había presenciado y cargando con los recuerdos que aún tenía eran un testimonio de su carácter y fuerza interior. Incluso siendo una adulta encontrándose en los despojos de lo que habían sufrido Shannon y sus colonos, Georgiou permanecía atormentada por esos recuerdos.

Levantándose de su silla, Georgiou rodeó su escritorio, y cruzó el despacho para tomar asiento junto a Shannon en el sofá.

—¿Qué te hizo decidir escribir sobre esto?

Las manos de Shannon se movieron un momento antes de que ella respondiera:

—Es algo en lo que estuve pensando por un tiempo. En ese momento, solo entendía algo de lo que estaba sucediendo. No comprendí la magnitud de todo hasta mucho después. Recuerdo preguntarle a mi madre al respecto una o dos veces, pero ella siempre se mostraba reacia a hablar de ello. —Hizo una pausa, una pequeña sonrisa provocó las comisuras de su boca—. Estoy segura de que pensaba que todavía era demasiado joven para escuchar esas cosas.

La sonrisa se desvaneció y Shannon permaneció en silencio, con la cabeza inclinada hacia abajo hasta que se miró las manos entrelazadas.

—Luego se enfermó, y el final llegó tan repentinamente que ese tipo de cosas simplemente no eran importantes. Más tarde, cuando estaba en la escuela secundaria y vivía con mi tía en Benecia, pocas personas donde vivía sabían lo sucedido. Es como si ya se estuviera olvidando. —Levantó la cabeza, volviendo su atención a Georgiou—. Fue entonces cuando decidí que necesitaba aprender y comprender todo lo que pudiera, y escribir sobre ello, no solo para mí o para los demás sobrevivientes, y ni siquiera para las personas que perdimos. Es una historia que necesita ser contada, y que debe ser escuchada, por la mayor cantidad de personas posible para que nunca vuelva a suceder algo así. Tal vez alguien, en algún lugar, algún día hará un mejor trabajo que yo, pero creo que este es un buen comienzo. —Extendiéndose, colocó una mano sobre la de Georgiou—. No puedo agradecerle lo suficiente por aceptar ser parte de esto.

—Admito que al principio era reacia. —Georgiou recordó su sorpresa varios meses antes al recibir el mensaje subespacial de Shannon, solicitando una entrevista como una de las docenas que compondrían el libro—. No estaba segura de que la mía fuera una voz apropiada para ser incluida, ya que no es realmente mi historia para contar, como si es tuya y de los otros sobrevivientes.

Shannon sacudió la cabeza.

—Pero usted y los demás que vinieron a ayudarnos son parte de esa historia como cualquiera. Nos ayudaron a superarlo, y no solo trayendo comida y otros suministros. Encontraron a Kodos y sus seguidores y los llevarlos ante la justicia fue una parte importante para ayudarnos a todos a sanar. —Su expresión se volvió sombría—. Desafortunadamente, no todos con los que me puse en contacto aceptaron ser entrevistados.

—El Capitán Lorca. —Fue una deducción fácil, dada la falta de entrevistas de uno de los pocos oficiales de la Flota Estelar que había presenciado la masacre y sus consecuencias inmediatas.

—Cortésmente se negó —dijo Shannon—. Al menos, ese fue el mensaje que me dieron. Nunca pude contactarlo directamente, pero un representante del Comando de la Flota Estelar me dijo que había recibido mi mensaje.

Georgiou suspiró.

—No me sorprende que te haya rechazado. Le afectó más de lo que estaba dispuesto a admitir. —Habían pasado años desde la última vez que había visto a Gabriel Lorca, y no tenía idea de su paradero actual—. No sé si alguna vez pudo aceptar lo que sucedió.

—Lo entiendo, pero aún así estoy decepcionada. Su historia también merecía estar allí, pero es suya para contarla. —Suspiró—. Quizás algún día cambie de opinión.

Frotándose las manos en los pantalones de su uniforme, Georgiou dijo:

—¿Quieres salir de aquí por un minuto? Necesito un poco de aire.

—¿En una nave espacial? —preguntó Shannon.

—Es una expresión, joven escritora. Vamos, y humoréame.

Salieron del despacho privado de Georgiou y llegaron al puente de la *Shenzhou*. Su primer oficial y el resto de la tripulación del puente principal estaban oficialmente fuera de servicio, después de haber sido relevados por el turno beta mientras Georgiou estaba leyendo el libro de Shannon. A pesar de la hora, a la capitana no le sorprendió ver al Teniente Saru parado en la estación de ciencias justo detrás de la silla del capitán, absorto en alguna tarea que probablemente prefería completar ahora en lugar de esperar hasta su próximo turno de servicio programado. Sentado en el asiento de mando estaba el Alférez Danby Connor, quien se levantó del asiento al notar la llegada de Georgiou al puente.

—Buenas noches, Capitana —dijo Connor—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Georgiou sacudió la cabeza.

—Descanse, Alférez. ¿Supongo que esto es parte del régimen de entrenamiento de la Comandante Burnham?

—Sí, Capitana. Me ofrecí para soportar una guardia extra.

Además de sus deberes regulares, su primer oficial, la Teniente Comandante Michael Burnham, también supervisaba un programa integral de entrenamiento cruzado para todos los suboficiales de la *Shenzhou*. Burnham creía que un oficial exitoso de la Flota Estelar era competente en múltiples disciplinas fuera de su rango normal de responsabilidades. Georgiou había estado de acuerdo con el sentimiento, refrendando la

iniciativa de Burnham y dándole rienda suelta a su ejecutiva para implementar el programa.

—Continúe, Alférez. Solo le estoy mostrando a nuestra invitada los alrededores.

Cuando Connor regresó al asiento central, Georgiou caminó alrededor de su estrado elevado y las estaciones de conexiones y operaciones hasta que ella y Shannon se detuvieron frente a la pantalla de visión delantera de gran tamaño del puente. Apenas visible desde la proa del puerto de la *Shenzhou* estaba la curvatura de M-11, el mundo remoto que albergaba la instalación terrestre de la Base Estelar 11.

—Es hermoso —dijo Shannon mientras contemplaba la atmósfera de color violeta del planeta.

—Desde aquí arriba, seguro. Sin embargo, no hay mucho para mirar desde el suelo. —Georgiou sonrió—. Creo que me siento más cómoda en el espacio.

Shannon preguntó:

—¿Ha estado en la Flota Estelar por cuánto? ¿Treinta y cinco años? ¿No ha pensado en retirarse y establecerse en algún lugar?

—Después de tanto tiempo, no sé si soy apta para otra cosa. —Apartando la vista de la pantalla, miró a su tripulación del puente—. La Flota Estelar es mi hogar, y mi tripulación es mi familia.

—La colonia Benecia es principalmente gente de la Tierra —dijo Shannon—. O sus descendientes. No hay mucha gente de otros mundos. Lo curioso es que tuve que regresar a la Tierra para tener una idea real de lo diversa que es realmente la Federación. —Contuvo una pequeña risa—. Le sorprendería la cantidad de personas de tantos planetas que viajan a la Tierra para la universidad.

—La Flota Estelar está llegando allí. Durante mucho tiempo, fueron en su mayoría humanos, ya sea de la Tierra o de alguna de las colonias, y para ser sincera, sigue siendo así en gran medida. —Hizo un gesto a Saru—. Mi oficial científico es el primer Kelpien en la Flota Estelar, y hay un Vulcano y un Lirin en la *Enterprise*. La *Intrépida* está tripulada completamente por Vulcanos, y otros mundos están comenzando a enviar sus propios candidatos. ¿Qué mejor ejemplo de valores de la Federación podemos ofrecer a una especie alienígena recién encontrada que una tripulación con representantes de cada planeta de la Federación? Espero con ansias ese día.

Se alejó del ventanal, asintiendo con la cabeza a los oficiales de guardia antes de llevar a Shannon de regreso a su despacho privado. Regresando a su escritorio y dejándose caer en su silla, vio a la mujer más joven detenerse justo dentro de la entrada, entrando lo suficiente como para permitir que las puertas se cerraran detrás de ella.

—Si tan solo hubiéramos tenido ese tipo de comprensión y cooperación —dijo la joven después de un momento—. Deberíamos haberlo hecho, pero en su lugar olvidamos todo eso cuando las cosas se pusieron difíciles. Cuando llegó el momento, volvimos a las peores partes de nosotros mismos, abrazando el miedo y satisfechos de encontrar a alguien más a quien culpar por nuestros problemas. Lo que sucedió en Tarsus IV fue una prueba de todo lo que se supone que debemos apreciar, y fallamos miserablemente.

Georgiou recordó sentimientos similares pronunciados por otros hacía diez años, en particular Gabriel Lorca, quien había abandonado el planeta con una opinión decididamente baja de las personas y las circunstancias que permitieron la masacre. Dada la tragedia personal que había sufrido, no podía culparlo por sus puntos de vista. En cambio, solo podía esperar que él no les hubiera permitido ennegrecer su alma.

—La misión de rescate a Tarsus IV también fue una lección para mí. Reforzó lo que siento por todo lo que se supone que debemos defender. Los valores de la Flota Estelar. Los valores de la Federación. Es cuando son probados por circunstancias extremas que vemos cuán importantes son realmente y cómo debemos trabajar mucho más para mantenerlos. De lo contrario, no valen nada.

Shannon se acercó.

—No dijo nada de esto durante su entrevista. Sus respuestas a mis preguntas me hicieron pensar que preferiría mantener todo eso en el pasado.

En lugar de responder, Georgiou buscó en un cajón de su escritorio y sacó una caja de madera. La colocó frente a ella, acariciando su superficie lisa y desgastada antes de levantar la tapa y extraer el objeto solitario que contenía y colocarlo en el escritorio para que Shannon lo viera. Solo requirió un momento antes de que la otra mujer reconociera el objeto.

—Vran —dijo, mirando al peluche Andoriano. Cuando sonrió, Georgiou notó que sus ojos comenzaban a humedecerse—. ¿Lo guardó todo este tiempo?

—Por supuesto que lo hice. Fue un regalo. —Levantándose de su silla, Georgiou rodeó su escritorio—. Para mí, también es un recordatorio de que no podemos dejar que la tragedia de Tarsus IV nos consuma. En cambio, debemos tener en cuenta las duras lecciones que nos enseñó, y asegurarnos de que algo así nunca vuelva a suceder. Se lo debemos a la gente que Kodos nos quitó. Se lo debemos a los Cuatro Mil.

COLONIA DE LA FEDERACIÓN
PLANETA TARSUS IV
2247

Epílogo

—Buenos días damas y caballeros. Este es la Capitana Gershen hablando. Todos los pasajeros y la carga han sido subidos a bordo, y me acaban de informar que recibimos nuestra autorización del Control del Espaciopuerto. Deberíamos abandonar la órbita en solo unos minutos. Asistentes de vuelo: por favor hagan sus controles finales y prepárense para la partida.

La voz femenina que se filtraba a través del sistema de intercomunicación del compartimiento de pasajeros exudaba seguridad y control, la oradora sin lugar a dudas una piloto experimentada que veía el próximo viaje como otro lanzamiento y vuelo de rutina entre puntos distantes en el espacio. En su defensa, y tal vez la de todos los demás en la cabina, casi con topda seguridad tenía razón.

Pero para Adrian Kodos, era un asunto completamente diferente.

Sentado en la cabina privada a bordo de la nave de transporte *Philomela*, Kodos, que ahora viajaba bajo una nueva identidad que se había esforzado mucho en crear, miraba por los puertos ubicados en una pared de su compartimento. La vista ofrecida era la de Tarsus IV, que se curvaba hacia arriba y hacia su derecha, hacia la parte de popa de la *Philomela* mientras la nave continuaba inclinándose para romper la órbita. Había venido a este planeta con la esperanza de establecer una nueva vida, lejos de las exigencias y trampas de la sociedad moderna de la Federación. El haber sido capaz de vivir ese sueño incluso durante unos pocos años era su propia recompensa en sus ojos. Sin embargo, ese regalo servía para recordarle lo que se había visto obligado a dejar atrás.

También visible en la ventana, gracias a la iluminación empotrada de la cabina, estaba su propio reflejo, y Kodos no pudo evitar observarlo una vez más. Casi sin pensarlo conscientemente, extendió la mano para frotar su cabeza calva, sus dedos jugando en la superficie de su cúpula afeitada. Dejó caer su mano para acariciar su rostro, que estaba libre del bigote y la barba que había usado durante más de dos décadas. Las lentes de contacto habían cambiado sus ojos marrones oscuros a un azul brillante y penetrante. Había perdido peso en el transcurso de las numerosas semanas que pasó viviendo en el desierto después de escapar de su escondite en la montaña con un puñado de leales restantes, consumiendo raciones de comida mientras buscaban cualquier otra cosa que pudieran encontrar. Su rostro había perdido algo de su redondez, particularmente debajo de la barbilla y a lo largo de su línea de la mandíbula. La transformación de su apariencia había sido casi total. No había forma de que el hombre que lo miraba pudiera confundirse con Adrian Kodos.

Kodos el Verdugo.

Frunció el ceño al pensar en el apodo que le habían conferido… o, más bien, en el hombre que solía ser. Ya fuera una invención de algún periodista o un apodo que le diera

uno de los colonos, fue una denominación que casi no tardó en mantenerse. A pesar de los tres meses que habían pasado desde el Sacrificio y la consiguiente persecución que condujo a su presunta desaparición, «Kodos el Verdugo» todavía aparecía en las transmisiones de noticias de Tarsus IV. En estos días, generalmente se relacionaba con informes de hombres y mujeres tomados del planeta para ser juzgados en la corte de la Federación por su parte en la colaboración a la «Revolución» de Kodos y su escape de la captura. Lamentaba que las personas leales a él se vieran obligadas a soportar tales dificultades, pero cada uno de ellos conocía el potencial de riesgo, exclusión e incluso castigo como consecuencia de lo que habían hecho. No importaba si él o ellos creían en la causa que perseguían, o si los medios empleados para lograrlo eran justos. La suya siempre estaba condenada a ser una opinión minoritaria, independientemente de cómo se hubiera desarrollado la crisis de Tarsus IV.

En cuanto a su propia situación, le había llevado meses llegar a este momento, un punto en el que confiaba en que finalmente pudiera escapar de Tarsus IV. Cada componente de su plan y tarea realizada, cada riesgo asumido y apostado cubierto había llevado a esto. Había trabajado con considerables ventajas, comenzando por el hecho de que se le daba por muerto, y del número limitado de personas que recientemente habían visto su rostro, muy pocos seguían con vida. Un puñado, a lo sumo, y era una gran galaxia. En unos momentos, Kodos estaría libre de este mundo, y en dos días se habría ido, mezclándose en el vasto tapiz del espacio interestelar. Había cientos de planetas y lunas habitadas por ahí, la mayoría con grandes poblaciones en las que sería sencillo perderse.

Antes de que todo eso pudiera suceder, la *Philomela* tenía que abandonar la órbita, y eso no ocurriría hasta que el personal de apoyo a los pasajeros y al vuelo de la nave hicieran sus verificaciones finales de los viajeros a su cargo.

—¿Sr. Galloway?

La voz desde la puerta de su compartimento privado pertenecía a un joven humano de entre 20 y 30 años. Llevaba unos pantalones y una chaqueta verde oscuro, bien confeccionados y ajustados, el último de los cuales estaba sujeto a la garganta del hombre. Los ribetes dorados acentuaban el uniforme en su cierre frontal y alrededor del cuello. Las charreteras en cada hombro llevaban una especie de insignia que Kodos no reconocía, y el símbolo de la Compañía de Transporte Interestelar Spaceways decoraba el bolsillo izquierdo del pecho de la chaqueta.

—Sí, así es —respondió Kodos, manteniendo la voz baja.

El hombre, cuyo nombre en la etiqueta decía NATHAN, dijo:

—Bienvenido a bordo de la *Philomela*, señor. Estoy realizando nuestro último control antes de partir. ¿Está cómodo? ¿Hay algo que necesite?

Kodos sacudió la cabeza.

—Estoy bien gracias. —Hizo un gesto hacia el procesador de alimentos ubicado en la pared opuesta de la cabina—. Estaba esperando un vaso de agua.

—Todos los procesadores de alimentos están desactivados hasta que salgamos de órbita, señor, pero la Capitana Gershen generalmente es bastante atenta a las solicitudes directas. —Al entrar en la cabina, Nathan ingresó un código en el teclado junto a la puerta de acceso del procesador de alimentos y un momento después la puerta se deslizó hacia arriba para revelar una jarra que parecía cristal pero que Kodos sospechaba que era aluminio transparente o algún otro material irrompible. Al lado del decantador había un solo vaso compuesto de material similar.

—Muy bien. —Al recuperar la jarra y el vaso, Nathan los colocó en los recesos integrados en la mesa colocada frente a Kodos—. No puedo dejar que se derrame sobre usted y todo lo demás, ¿verdad? —Dio un paso atrás para pararse una vez más en la puerta abierta—. Los cierres en las puertas de las cabinas de pasajeros se anularán momentáneamente, por lo que podrá luego cerrar la suya si desea privacidad. Una vez que hayamos abandonado el sistema solar y entremos en warp, a los pasajeros se les permitirá moverse por la nave. Compras, restaurantes y todas las demás áreas de actividad estarán disponibles en ese momento. —Señaló el intercomunicador colocado en la pared cerca de la puerta—. Mientras tanto, si necesita algo, simplemente presione el botón azul en la comunicación de su cabina y estará conectado conmigo o con uno de los otros asistentes asignados a usted. Disfrute de su vuelo, Sr. Galloway.

Kodos ofreció un gesto de agradecimiento.

—Gracias, Nathan. —A pesar de la interrupción y la inquietud que sentía por la improbable posibilidad de que el asistente lo reconociera, estaba disfrutando de esta pequeña porción de vida normal. Por un momento, pudo olvidar por qué estaba huyendo, o incluso que estaba huyendo en absoluto.

El hombre más joven golpeó con dos dedos de su mano derecha en la sien derecha en un saludo informal antes de desaparecer en el corredor, probablemente dirigiéndose a visitar la cabina adyacente para compartir el mismo discurso y ritual con otros pasajeros. Esperando a que el asistente se fuera, Kodos llenó su vaso de la jarra y cerró los ojos mientras el agua fría le bajaba por la garganta.

Nathan, como todos los demás con los que se había encontrado desde que abordara la *Philomela,* no sospechaba nada.

En este punto, Kodos creía que había pocas posibilidades de que alguien descubriera su verdadera identidad. Había pasado por los procesos de embarque y revisión de pasajeros sin incidentes. La identidad por la que había optado era sólida, o al menos lo suficientemente buena como para hacerlo salir del mundo. Entre eso, la cantidad de tiempo que había pasado desde su aparente muerte y su apariencia alterada, la parte más difícil de su escape ya había quedado atrás. El hombre una vez conocido como Adrian Kodos ya no existía. Todos los rastros de su vida anterior habían sido borrados, reemplazados por el de Ian Galloway. Solo necesitaba ejercitar la paciencia y la prudencia desde este punto, hasta que estuviese muy lejos de Tarsus IV. Una vez que partiera de la *Philomela*, adoptaría otra nueva personalidad, una que había estado elaborando durante semanas en preparación para este día.

Crear una nueva identidad que pudiera resistir el escrutinio de la tecnología moderna presentaba un desafío, por supuesto, pero incluso en ello Kodos había planeado con mucha anticipación. Uno de sus primeros preparativos había sido actualizar los registros informáticos de la colonia incluso antes de su salida apresurada de Nueva Anchorage cuando la primer nave de la Flota Estelar se acercaba al planeta. Los componentes básicos de su nueva identidad ya estaban allí, incluido el intercambio de información personal, escaneos de retina y datos de ADN con los de su difunto ayudante, Ian Galloway. A pesar de la promesa de lealtad a Kodos en los primeros días de la crisis, el joven ingenuo nunca había sabido que algún día podría servir como sustituto en caso de que «el Verdugo» alguna vez tuviera que cubrir su huida. Kodos agradecía no haberse visto obligado a matar al propio Galloway. El destino se había encargado de esa tarea poco envidiable, tan útil para Kodos en su intento de evadir la captura. Las exploraciones genéticas que casi con seguridad se habían realizado en el cuerpo de su ayudante en las montañas se compararían con la información archivada en el departamento médico de Nueva Anchorage. Serviría como el único punto de comparación, ya que a Kodos nunca se le había requerido que presentara tales datos a nadie antes de su llegada a Tarsus IV. Para cualquiera, los escaneos de Ian Galloway mostrarían una coincidencia y una identificación positiva con Adrian Kodos.

Más problemáticos fueron aquellas pocas personas que aún vivían en Tarsus IV que podían identificarlo a la vista. Kodos había considerado intentar lidiar con esos cabos sueltos antes de partir del planeta. Hacerlo solo invitaría a un escrutinio mejorado, incluido el probable cierre del puerto espacial y una prohibición renovada de cualquier persona que viajara hacia o desde el planeta. Lo último que quería Kodos era permanecer en Tarsus IV más tiempo del necesario. Él, en cualquier medida, se había quedado más de lo debido en ese mundo. Eso estaba bien con él, ya que no tenía intenciones de regresar, ni al planeta ni a este sector del espacio. Después de todo, había toda una Federación allá afuera, con fronteras que se expandían casi día a día, que le ofrecían la oportunidad de una nueva vida.

Otro aspecto importante de habitar su nueva personalidad era cortar todos los lazos con su vida anterior. Eso significaba descartar o abandonar todas sus posesiones. Aferrarse a cualquier cosa que pudiera proporcionar un vínculo con su verdadera identidad era un riesgo tremendo, al menos hasta que estuviera lejos de Tarsus IV y fuera capaz de solidificar su nueva vida. Solo un artículo se había salvado de esa purga.

Al abrir su bolsa de viaje, Kodos extrajo *Los Trabajos Completos de William Shakespeare* y depositó el gastado libro en el asiento junto a él. Sus dedos trazaron los bordes del libro, que estaban quemados, y había una nueva gubia en su cubierta imitación de cuero. Tendría que obtener una nueva copia en algún momento, pero por ahora estaba contento de perderse una vez más en los escritos del Bardo.

¿Seguramente tendrás suficiente material para escribir sobre mí ahora?

¿En cuanto a lo que venía luego? Su itinerario de viaje lo llevaría al planeta Deneva, otro mundo colonial de la Federación con una gran población. Desde allí, tomaría otra

nave de transporte, a un destino que aún no había seleccionado. Su identidad de Ian Galloway era una medida temporal, un puente entre Adrian Kodos y el nombre que pronto reemplazaría a su apodo actual. Por el momento, el destino no era tan importante como el viaje. Allá afuera, había un lugar donde Kodos —o cualquier nombre que terminara usando— podría llamar hogar por el resto de sus días, viviendo en la oscuridad y eludiendo un capítulo de la historia en el que sería maldecido para siempre.

Podría vivir con eso.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Hay que agradecer a varias personas por invitarme a esta fiesta en particular:

Primero, está Kirsten Beyer, una de las escritoras del personal de *Star Trek: Discovery* y la designada «Policía de la Continuidad de Star Trek» por la producción para vínculos como la novela que acabas de leer. Fue ella la primera que defendió mi escritura de este libro, y la que trabajó conmigo para desarrollar varias ideas a medida que se desarrollaba mi bosquejo. Todavía sonrío cuando recuerdo algunas de nuestras conversaciones telefónicas más animadas. Kirsten, ha sido una alegría absoluta trabajar contigo cada paso del camino.

A continuación, están mis editores, Ed Schlesinger y Margaret Clark. 2018 marca veinte años desde que Pocket Books publicó mi primera historia de *Star Trek*, y lo he estado haciendo con bastante regularidad desde entonces. Dos grandes razones para eso son Ed y Margaret, quienes han estado en mi esquina durante una gran parte de ese tiempo. Siguen llamándome para jugar en el arenero de *Star Trek*, así que, por supuesto, seguiré diciendo «¡Sí!».

Del mismo modo, hay buenas personas en CBS Consumer Products, a saber, John Van Citters, que revisa y aprueba todas nuestras travesuras vergonzosas. Lo ha estado haciendo casi tanto tiempo como he estado escribiendo para Pocket, y fue otro voto emitido a favor de que me uniera a este proyecto. No les voy a mentir: es agradable ser amado.

Finalmente, estás tú, la pieza más importante de este rompecabezas que llamamos publicación: Lector Leal. Muchos de ustedes han estado conmigo durante todos estos años, y es debido a su continuo apoyo a mi trabajo que estuve en condiciones de ser seleccionado para este libro. No piensen ni por un minuto que no los aprecio.

¡Hasta la proxima vez!

SOBRE EL AUTOR

Dayton Ward comprende y perdona a los lectores que omiten las páginas «Acerca del autor». Es fácil pasarlas por alto. Además, muchas de ellas pueden ser un poco pretenciosas, con el autor enumerando todo lo que ha escrito junto con los nombres de cada gato que ha rescatado de un árbol. Dayton odia ser ese tipo, a pesar de que salva gatos.

Pero si han llegado hasta aquí, háganselo a Dayton al visitarlo en la web en www.daytonward.com, donde pueden leer sobre todo lo que ha escrito y agradecerle por haberles ahorrado el dolor de otra página larga y pesada de «Acerca del autor».

EN OTRA PARTE

Ya estaba despierto cuando se encendieron las luces.

Los primeros parpadeos de iluminación hicieron intentos débiles para ahuyentar la oscuridad antes de que la iluminación interna de la habitación se encendiera. Todavía acostado sobre la losa de metal con un delgado colchón que era su cama, usó un antebrazo para protegerse los ojos mientras se ajustaban al cambio. Miró más allá de sus pies hacia el campo de fuerza que servía como pared delantera de su celda, observando cómo se apagaban las luces en el corredor adyacente. Oscuridad.

Pero siempre tan humilde…

Un guardia se movía fuera de su celda. No reconoció la forma del recién llegado. Enloquecedoramente, nunca había visto ninguna de sus caras. O estaban envueltos en oscuridad o él se despertaba con una capucha atada sobre su cabeza. Cada guardia llevaba un arma lateral y un cilindro pequeño y estrecho que podía extenderse y usarse como bastón.

Para nada ajeno a esos.

—Buenos días —le dijo al guardia. Ya vestido con su camisa y pantalones grises de la prisión, con suaves zapatos cubriendo sus pies, se sentó en la cama.

El guardia se detuvo en el campo de fuerza, como si lo mirara a través de la barrera invisible. Estaba acostumbrado a tal escrutinio. Se preguntó si este era el guardia que tontamente no le encadenaba las manos y los tobillos, lo cual no era probable.

Esperó hasta que el guardia se volvió y continuó por el pasillo antes de levantarse del catre y caminar hacia el campo de fuerza. Una vez que estuvo solo, sacudió la cabeza y sonrió para sí mismo. De pie tan cerca del campo de fuerza, podía escuchar claramente el leve zumbido que emitía, y podía sentir un ligero hormigueo en su piel expuesta. Era una advertencia sutil de no acercarse a la barrera, y el contacto directo con el campo de energía, por supuesto, generaría una respuesta inmediata y dolorosa. Lo había probado una o dos veces al principio, y estuvo satisfecho de que desafiaría cualquier intento de fuga.

Del mismo modo, había inspeccionado cada centímetro de su celda, buscando cualquier defecto o punto de acceso a cualquier cosa que pudiera aprovechar. Soldada al mamparo, la losa de la cama era el único mobiliario de la habitación, excepto un inodoro y un lavabo, que al presionar un control incrustado emergía de la pared opuesta a la cama. Como se esperaba, un estudio cuidadoso de ese mecanismo no había revelado signos de debilidad o puntos de posible explotación. No había una ranura para alimentos y, por lo tanto, no había un panel de interfaz con el que pudiera manipular. Un pequeño conducto de ventilación, demasiado pequeño para que una persona cupiera, descansaba en el techo y proporcionaba el único otro punto de entrada de la celda. Cuando se trataba de planear la fuga, los diseñadores de esta instalación parecían haber anticipado cada contingencia.

Otro día en el paraíso.

Quienquiera que fueran estas personas, la violencia parecía ser una forma de vida para ellos. Eso era obvio desde sus primeras horas en este lugar. La brutalidad desenfrenada hasta e incluyendo la ejecución sumaria era común. Esta actitud se extendía

a los miembros del personal, una realidad desagradable que había presenciado dos veces desde su llegada. Con tal desprecio casual por cualquiera bajo su custodia, así como por los soldados bajo su mando, le hizo preguntarse por qué aquellos en el poder se molestaban con el encarcelamiento. Por otro lado, con algunas excepciones notables, era tratado de una manera muy diferente. Los guardias, aunque fríos e intimidantes, ejercían una gran moderación al tratar con él.

Todavía me quieren con vida. Supongo que eso es algo.

¿Cómo había llegado a estar aquí? ¿Qué era este lugar? ¿Quiénes eran estas personas?

Sentía una malevolencia común. Estos no eran exploradores, ni siquiera una fuerza militar movilizada por la Flota Estelar por alguna razón desconocida.

Con solo el zumbido del campo de fuerza para hacerle compañía, cayó con un profundo suspiro sobre el catre. Se removió para que su espalda descansara contra el mamparo y esperó. Como con todo lo demás, esperar se había convertido en parte integral de su existencia aquí.

Todavía seguro de que estaba solo, dejó que sus dedos trazaran el bulto en el dobladillo inferior de su camisa. Era pequeño, ni siquiera dos centímetros de largo. Alcanzando la parte inferior del dobladillo, buscó la pequeña abertura que había hecho, y con unos pocos movimientos hábiles extrajo el artículo escondido allí. Era un cilindro blanco y delgado, que desenrolló a su longitud verdadera de casi seis centímetros. Hacía mucho tiempo había memorizado la inscripción que contenía.

El odio nunca es conquistado por el odio. El odio es conquistado por el amor.